TENDENCIAS Y CORRIENTES DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DEL SIGLO XX

Conrado Hernández
Coordinador



EL COLEGIO DE MICHOACÁN
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

TENDENCIAS Y CORRIENTES DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DEL SIGLO XX

Conrado Hernández
Coordinador



El Colegio de Michoacán



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

297.272 TEN

Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo **XX** /Coordinador Conrado Hernández. -- Zamora, Mich. : El Colegio de Michoacán /Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.

278 p. ; 23 cm. -- (Colección Debates)

ISBN 970-679-095-0

1.Historiografía - México - Alocuciones, Ensayos, Conferencias
2.Historiografía - Siglo XX - Alocuciones, Ensayos, Conferencias
I.Hernández López, Conrado, coord.
II.t.

Ilustración de portada: José Chávez Morado, *Río revuelto*, 1949 (fragmento), óleo sobre tela, 106.5 x 136 cm, Colección Pago en Especie de la SHCP, Recaudación 1981.

Centro Público de Investigación
CONACyT
Martínez de Navarrete 505
Fracc. Las Fuentes
59699 Zamora, Michoacán
publica@colmich.edu.mx

Instituto de Investigaciones Históricas
Circuito Mario de la Cueva s/n
Zona Cultural, Ciudad Universitaria
04510 México, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

ISBN 970-679-095-0

ÍNDICE

In memoriam Abelardo Villegas Maldonado (1934-2001)

Filósofo, historiador de las ideas, analista del acontecer político, desde luego maestro. Abelardo Villegas Maldonado fue responsable de mantener en sus brazos una estafeta, la de la historia de las ideas. Cuando él inició sus estudios y trabajos, practicar esa línea de investigación era lo más usual, lo correcto. Procedió a hacerlo y lo hizo bien. Sus libros dan testimonio de que no se trataba de estar en una mida, sino de contribuir al esclarecimiento de dudas, al planteamiento de problemas. Sus libros se leen hoy con el doble interés de ser históricos y actuales. Viven hoy porque lo que en ellos se trata atañe a los lectores de hoy. Villegas no se apartó de la noble práctica por el hecho de que llegaron al medio otros vientos metodológicos, teóricos, tanto filosóficos como historiográficos. Si bien en el mundo siguió habiendo historia de las ideas, en México fueron unos pocos los que continuaron en ella. Uno de ellos, en su momento el más destacado, fue Villegas. A poco más de un año de haber abandonado este mundo, los autores de este libro le rendimos homenaje y le expresamos reconocimiento a su memoria.

Álvaro Matute

INTRODUCCIÓN: TENDENCIAS Y CORRIENTES DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DEL SIGLO XX

Conrado Hernández López
El Colegio de Michoacán

Las cosas humanas, como históricas que son, no discurren de golpe y porrazo, sino por eslabón y cadena y sin hiatos ni vacíos: la ruina de una aventura del espíritu es ya otra aventura, proceso nuevo constituido por problemas propios que responden a peculiares vivencias.
O'Gorman, *La idea del descubrimiento de América* (1951).

El presente libro tuvo origen en el ciclo de conferencias Revisión de la Historiografía Mexicana del Siglo XX, realizado entre julio y septiembre de 2000 en El Colegio de Michoacán.[1] Los historiadores invitados no sólo mostraron buena disposición para debatir temas que han formado parte de

1. A su vez, el ciclo tuvo origen en la lectura de *La teoría de la historia en México*, que Álvaro Matute publicó en 1974 (inspirada en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* de Juan A. Ortega y Medina) y cuya relectura llevó a replantear la utilidad de estudiar la influencia de las tendencias y corrientes identificadas con posturas teóricas o con supuestos comunes sobre el sentido y la necesidad de escribir historias. Julio Aróstegui (*La investigación histórica. Teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995) distingue entre una "teoría constitutiva" que versa sobre el "objeto" (por tanto, se formula como una "teoría de la historia") y una "teoría disciplinar", que se ocupa de la estructura interna de la historiografía, es decir, sobre su naturaleza específica. Frente a los grandes sistemas especulativos, apunta Álvaro Matute, la teoría "se dedicó a problemas inherentes a la naturaleza de la disciplina histórica"; por eso, prefiere llamar *Pensamiento historiográfico* (título de una obra reciente donde amplía la perspectiva iniciada en 1974) a las ideas y las reflexiones individuales sobre la historia que, en respuesta a las necesidades específicas de un contexto concreto, lograron un distinto grado de articulación teórica. Por eso cabe preguntar: ¿clasificar por tendencias y corrientes proporciona un marco adecuado para evaluar la producción historiográfica del siglo XX? Al unificar preferencias u orientaciones personales bajo un sentido de dirección o de proyección, esta clasificación oscila entre las funciones "teórica" (que da cuenta del movimiento de la sociedad) y "social" (organizar al pasado en función del presente) de la historia, lo que no excluye la reflexión sobre los problemas inherentes a su naturaleza como disciplina, ni la existencia de supuestos comunes, o en última instancia, de principios comunes al plantear una interrogación del pasado y subordinar la investigación a la respuesta de dicha interrogante. Conviene añadir que, en los últimos años, la revisión y el debate sobre la producción historiográfica en nuestro país ha encontrado un amplio espacio en publicaciones, simposios, congresos, coloquios, cursos y hasta posgrados en un número tan amplio de instituciones que resultaría interminable enumerar.

sus estudios personales sino que, además, aceptaron el reto de plantear criterios para evaluar y analizar la influencia de algunas (no todas, desde luego) de las principales tendencias y corrientes historiográficas desarrolladas en nuestro país a lo largo del siglo XX. El objetivo asumía la necesidad de proponer marcos conceptuales y cronológicos para ordenar una gran parte de la producción historiográfica a partir de sus afinidades temáticas, teóricas o metodológicas, sin olvidar, desde luego, las circunstancias concretas de los historiadores, la situación nacional y las preocupaciones intelectuales de cada época.

El resultado se presenta en diez ensayos, ocho sobre tendencias y corrientes planteadas según el criterio de sus autores, y los dos últimos abordan cuestiones teóricas y metodológicas que, si bien son objeto de práctica y debate común en otros países, apenas ganan terreno en México: por una parte, la invitación a replantear los enfoques y métodos para la práctica de una "nueva historia política", que conciba lo político como el "campo de gestión de la sociedad global"; por la otra, la propuesta de reorientar la historia de las ideas difundida por José Gaos en una "historia conceptual" fundada en el nexo reciente entre hermenéutica e historia. Por eso, antes de pasar a los ensayos, conviene hacer algunas puntualizaciones sobre el objetivo y el orden generales.

A lo largo del siglo XX, la historiografía floreció en las seis acepciones registradas por Luis González: "como institución, como vida, como letra impresa, como literatura, como cantera de datos y como pensamiento".[2] De modo particular, José Gaos distinguía la historiografía (como la "historia escrita") de la historia (que designaba la ingente "realidad histórica"); por eso, utilizó los vocablos "lo histórico", una delimitación temática que lo mismo podía incluir a "la realidad histórica tomada en su integridad" que a

2. Luis González, "La historia de la historia", en *Veinticinco años de historia en México*, México, El Colegio de México, 1966, p. 52. En 1938, O'Gorman ("Sobre la obra de Luis González Obregón", en *Letras de México*, vol. 1, núm. 1, 1938) afirmó que "la forma en que se ha realizado la investigación de los hechos del pasado es, en sí misma, un hecho susceptible de historiarse", por lo que invitó a emprender "la revisión de la historia escrita como lo que es: una manera o forma del pensamiento". En 1940, Ramón Iglesia auguraba que la investigación historiográfica ocuparía un puesto de preferencia y que la lectura de historiadores de antaño "no dará frutos menos valiosos que la rebusca de nuevos documentos", en Matute, *La teoría de la historia en México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (SepSetentas, 126), p. 47. En 1941 fue inaugurado un curso con el nombre de "Historia de la historia" en El Colegio de México, que sirvió de modelo para otras instituciones, en la mayoría de las cuales se llamó "historiografía".

"una parte cualquiera de esa realidad", y "lo historiográfico", conformado por un determinado número de obras y "expresivo de la situación integrada por el historiador y su público y por lo histórico designado por aquel a éste".[3] Así lo histórico designado por el historiador oscila entre lo irrepetible y lo repetitivo, lo novedoso y lo común, lo general y lo singular, pero siempre de acuerdo con las preocupaciones de su tiempo, ya que no es posible separarlo de su mundo particular de relaciones ni de la influencia intelectual que recibe y expresa en un variable repertorio teórico y metodológico.[4]

Aunque es base para la "filosofía de la historiografía" (encaminada a construir una filosofía de la historia), lo historiográfico es objeto de la historiografía, que no puede limitarse a la crónica de obras historiográficas (el objeto de la bibliografía historiográfica) ni a las monografías. En todo caso, el volumen desbordante alcanzado por la acumulación de obras no sólo imposibilita ser abarcado en su totalidad por cualquier estudioso sino que conlleva un riesgo más grave: "la pérdida de visión de conjunto de la historia humana" y de las "enseñanzas insustituibles" derivadas de ésta. Por eso, decía M. de Certeau, "el historiador no hace la historia, lo único que puede hacer es una historia".[5] Sin embargo, los distintos enfoques de lo histórico refieren orientaciones y tendencias, a veces identificadas con corrientes y escuelas, que dan cuenta de una relación estrecha entre las ideas originadas en corrientes de pensamiento de mayor magnitud, las preocupaciones específicas de una época y las circunstancias concretas que dieron origen a un determinado relato histórico (*status* social y económico, formación profesional, experiencia personal de los historiadores). El conocimiento histórico no sólo se enmarca en un movimiento global de la sociedad, sino que "crea" la inteligibilidad del pasado en función de requerimientos del presente. De ahí que el historiador parta de supuestos que se expresan en su manejo personal de lo histórico: elección de periodos, enfoques, planteamientos y estrategias metodológicas.[6]

3. Gaos, "Notas sobre la historiografía", Matute, *op. cit.*, pp. 66 y 72.
4. "La dependencia en que el pasado histórico está del presente del historiador es un caso particular de la dependencia en que el pasado histórico está del presente y del futuro históricos en general". *Ibid.*, p. 80.
5. M. de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1985, p. 9.
6. Luis González (*El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000) cita a Raymond Aron: "consciente o inconscientemente, cualquier actividad historiográfica está ligada a una filosofía de la historia, y es preferible elegirla a sabiendas de lo que se elige a correr el riesgo de tener que bailar con la más fea".

Apoyado en B. Croce, Carlos A. Aguirre Rojas propone entender a la historiografía como "el estudio crítico de la evolución del pensamiento histórico", donde la valoración y el análisis de los aportes de los historiadores, así como de sus filiaciones, influencias, préstamos, redes de circulación, etc., no se desligan de su contexto respectivo ni de la perspectiva global. El proceso historiográfico, apunta Andrea Sánchez Quintanar, está condicionado (ya que no determinado) por las características de la sociedad y la cultura de cada época respectiva. Para Boris Berenzon, la tarea de la disciplina es realizar la crítica de sus conceptos y teorías como productos históricos: desde las condiciones de su producción en un momento dado de la cultura. Por constituir un conocimiento cambiante y plegadizo a las circunstancias, la esencia del conocimiento historiográfico es su continua y necesaria renovación.

El desarrollo de la historiografía muestra los cambios globales en el conocimiento histórico a través de las contribuciones de sus sucesivos creadores; por eso, los ensayos de este libro buscan revisar aportaciones individuales y de conjunto en torno de problemáticas que abarcan desde los debates sobre el origen y el destino de la nación hasta planteamientos alrededor de la estructura y la función del conocimiento histórico. En alguna medida se trata de responder las preguntas de qué conocen los historiadores cuando hablan de historia, cómo conciben la práctica de su conocimiento y cómo explican los fenómenos que califican como históricos.

Al referir la idea de movimiento con una dirección, algunas tendencias y corrientes planteadas en el presente libro se basan en teorías que, independientemente de su origen y su desarrollo en otros países, tuvieron procesos de adaptación peculiares en México: con etapas formativas, de auge y descenso. Si el tiempo presente es el punto de partida de toda interrogación del pasado con una proyección futura, los historiadores estudiados rescatan al pasado bajo una peculiar expectativa del futuro que temen o anhelan. Como los ambientes de conflicto o confrontación de las épocas de "crisis" generaron las más variadas posturas, los autores de este libro recomiendan un manejo cuidadoso de los conceptos originados en el siglo XIX y utilizados en el XX con distintos fines (liberalismo, conservadurismo, positivismo), frente a la influencia académica recibida del exterior y aplicada bajo los más variados criterios (historicismo, Escuela de los Annales, historia de las mentalidades, etcétera).

Obviamente, los presentes ensayos no están exentos de los riesgos inherentes a una disciplina en constante renovación. Si hay una "industria historiográfica" (como afirmaba M. de Certeau), debemos reconocer que la mayoría de los estudios son "centralistas" en el sentido de que sus valoraciones se basan en las obras de historiadores concentrados en la capital (lo que dice mucho de la centralización del aparato cultural a lo largo del siglo). El orden general también dejó fuera otras corrientes historiográficas que cobraron gran fuerza en otros países (la *New Economic History*, el marxismo británico, la historia cultural, etc.) y la producción de subdisciplinas recientes como las historias demográfica, social, del arte y de las instituciones. Otras dificultades surgen con la elección misma de los criterios para adscribir a los historiadores mexicanos en tendencias y corrientes concretas. Además de una delimitación conceptual, esto requiere de la aplicación de una escala de valores que permita destacar los aportes de los autores principales frente a las figuras secundarias o los meros repetidores. Dentro de una misma tendencia o corriente no sólo puede haber historiadores ortodoxos y heterodoxos sino que, con cierta frecuencia, las diferencias pueden alcanzar a sus respectivas ideas de la historia. Por eso es interesante observar los criterios elegidos para incluir, como se ve en algunos casos, a los historiadores más diversos dentro de un mismo rubro propuesto.[7]

En este sentido, conviene unificar las periodizaciones utilizadas por los autores en sus estudios respectivos.

PERIODIZACIONES

En general, ¿qué elementos podemos utilizar para enmarcar las rupturas y las permanencias en la historiografía del siglo XX? Si bien la mayoría de los autores de este libro coinciden en sus periodizaciones, el sentido común recomienda tener cuidado al "seccionar" procesos historiográficos dentro de los 100 años del siglo recién concluido y también al delimitar puntos de

7. Por ejemplo, Jaime del Arenal y Andrea Sánchez Quintanar pensaron incluir a Edmundo O'Gorman como conservador académico o como historiador de izquierda en sus exposiciones respectivas. Otro caso curioso es el de Ezequiel A. Chávez, considerado por Carlos Aguirre como el primer suscriptor mexicano de *Annales* y por Jaime del Arenal como conservador católico.

inicio y fin a partir de los sucesos nacionales y mundiales importantes o los grandes cambios culturales.[8] En este sentido, Carlos Aguirre Rojas ubica "nuestro breve siglo XX", en el ámbito mundial, entre la guerra de 1914 y la caída del Muro de Berlín, y en el ámbito nacional, entre la revolución mexicana de 1910 y el alzamiento neozapatista de 1994, pero Andrea Sánchez Quintanar opina que el siglo XX se liga con la historia moderna del país, originada en el triunfo de la república en 1867, que marca la inserción de México en el sistema de capitalista de producción (lo que coincide con Aguirre, que en la perspectiva global ve en Marx al fundador del proyecto moderno de las ciencias sociales a mediados del siglo XIX).

Algunos historiadores propusieron hacer una "genealogía cultural" de la nación con base en el estudio de las generaciones.[9] El siglo XX según esta perspectiva, que es utilizada por Jaime del Arenal para ordenar a los historiadores conservadores, alberga un ciclo cultural completo desde 1910 hasta 1968, como una "familia cultural" que inicia con la generación de 1915, o los "padres fundadores", continua la de 1929, los "hijos diligentes", seguida de la generación del medio siglo, los "nietos críticos y cosmopolitas", para culminar con la generación de la "ruptura" en 1968, los "bisnietos iconoclastas". En este esquema, las tres últimas décadas del siglo dieron espacio a dos generaciones más: la primera marcada por la crisis económica de principios de los ochenta y la segunda por los cambios políticos de los noventa (Aguirre propone a 1994 como el límite de "nuestro breve siglo XX").

8. En "El pudor de la historia", Borges sospechó que "la verdadera historia es más pudorosa y que sus fechas esenciales pueden ser, asimismo, durante largo tiempo, secretas. [...] Los ojos ven lo que están habituados a ver. Tácito no percibió la crucifixión, aunque la registra en su libro". Véase *Ficcionario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 313.

9. El pensamiento de José Ortega y Gasset fue decisivo para concebir esta forma del cambio desde las categorías de "perspectiva" y "circunstancia", la relación dialéctica de las ideas y las creencias y la convicción de que podía buscarse un "ritmo" en la historia a través de sus protagonistas concretos: la "minoría rectora" que marca los ciclos vitales y culturales. Cuatro generaciones divididas en lapsos de quince años completan un ciclo cultural de 60 años en los que se suceden una generación destructora del antiguo orden, la constructora del nuevo, la crítica y, otra vez, una generación violenta. Aunque en sus quince años de acción comparte el escenario con antecesores y sucesores, cada generación mantiene una propia sensibilidad, basada en experiencias comunes. Véase L. González, *La ronda de las generaciones*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984; y E. Krauze, "Cuatro estaciones de la cultura mexicana", en *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983, pp. 124-168.

La influencia de los procesos económicos y políticos es notable al proponer cortes globales.[10] En el siglo XIX la historiografía fue esencialmente política, si bien durante el porfiriato tomó el lenguaje especulativo de la ciencia. Para Álvaro Matute las tres herencias del siglo XIX fueron el inmediatismo, la erudición y el positivismo, que sufrieron una profunda transformación con la revolución mexicana. En las tres siguientes décadas la escena estuvo dominada por un "empirismo tradicionalista" de corte erudito que coincidió con el modelo historiográfico vigente desde 1940; y, además, por un "pragmatismo político", alimentado con la historiografía generada por testigos de la primera revolución, que se mantuvo hasta los sesenta.

La revolución mexicana marca la ruptura o el inicio de procesos que tienen un fuerte impacto en la orientaciones de la producción historiográfica. Si bien cada tendencia se ubica en un contexto concreto, hay coincidencias por la manera común de vivir sucesos o de compartir preocupaciones. En este sentido, la generación de 1929 toma su nombre del movimiento estudiantil por la autonomía universitaria de ese año, cuando también concluye el conflicto cristero, inicia la recesión del mundo capitalista y, en fin, es fundada la revista *Annales* en la Universidad de Estrasburgo, Francia, dando origen a una historia legendaria. Aunque el periodo tiene como eje a las generaciones de 1915 y de 1929, abarca desde 1910 hasta 1940, cuando no sólo ocurren cambios "institucionales" en el país, sino que Europa y el mundo viven una conflagración de la que saldría un nuevo orden mundial en 1945.

El siguiente corte se establece desde 1940 hasta 1968, que marca la institucionalización de la historia en México e inicia un periodo favorable para la influencia de los hombres del medio siglo que se prolonga hasta la generación de la ruptura en 1968. Desde 1940 hasta 1970, según Charles Hale, se consolidan los "mitos fundadores" del Estado mexicano, y Abelardo Villegas vio a la misma etapa como propicia para un "nacionalismo

10. Albert L. Michaels y Marvin Bernstein dividen el siglo XX mexicano en cuatro etapas marcadas por la gestación (1876-1917), el ascenso (1917-1932), la consolidación (1932-1946), el crecimiento espectacular (1946-1958) y la crisis (1958-1968) de la burguesía mexicana. Véase "The Modernization of the Old Order: Organization and Periodization of Twentieth-Century Mexican History", en *Papers of the IV International Congress of Mexican History*, Los Ángeles, The University of Cahfornia Press, El Colegio de México, 1976, pp. 687-722.

filosófico" centrado en la "temática de lo mexicano". Por coincidencia, en 1945 reapareció en Francia *Annales*, iniciando una etapa que Carlos Aguirre prolonga hasta 1968.

La teoría de la dependencia, dice Norma de los Ríos, fue un análisis de la realidad de América Latina que surgió como consecuencia de la inestabilidad regional y el fracaso de la política desarrollista impulsada por Estados Unidos en los años cincuenta, si bien cobró un auge inusitado a fines de la década siguiente. Para Carlos Aguirre 1968 marca el inicio de una revolución cultural y global de larga duración. En México, por lo pronto, marca el fin del mito de la estabilidad política que, aunado a las crisis económicas subsecuentes, supone un cambio en la orientación de los estudios. Por eso varios autores identifican el periodo de 1968 a 1989 (que Carlos Aguirre extiende hasta 1994) como propicio para la difusión de nuevas formas de hacer la historia, pero también para la persistencia de prácticas calificadas de positivistas o neopositivistas.

El fin de siglo estuvo marcado por la derrota electoral del PRI y la consolidación mundial del liberalismo en sus vertientes política (democracia representativa) y económica (libre mercado). En lo interno, el último periodo parece marcar el fin del ciclo iniciado por la revolución mexicana; en lo externo, el fin de todo paradigma historiográfico a nivel mundial. La trayectoria de la historiografía a lo largo del siglo hace necesario abordar una de las transformaciones más significativas para el oficio de historiador.

LA TRAYECTORIA INSTITUCIONAL

Al evaluar la historiografía anterior a 1940, Robert A. Potash observó que era escasa "la monografía desapasionada fundada en la exploración exhaustiva de las fuentes" y que, según parecía, "los eruditos carecían de tiempo y de recursos económicos para dedicarse a investigaciones prolongadas".[11] ¿Qué efecto tuvo la institucionalización en la historiografía de la segunda mitad del siglo XX? El proceso motivó un cambio importante frente a las

11. Potash, "Historiografía del México independiente", *Historia Mexicana*, vol. 10, núm. 3 (39), enero-marzo de 1961, p. 377.

formas tradicionales de escribir la historia, porque permitió dedicar tiempo completo a la práctica profesional y al desarrollo de la disciplina especializada; estimuló la renovación de los enfoques y métodos; proporcionó medios para la difusión de los resultados; finalmente, contribuyó a enriquecer las perspectivas a través de un contacto creciente, que en muchos casos se convertiría en una colaboración estrecha, con los historiadores del extranjero ocupados en el estudio de temas afines.

En todo el país, como se observó en casi todos los campos, la consolidación de las instituciones coincidió con una evolución cada vez más "escolarizada", encaminada a la producción especializada y protegida en los grandes organismos. Por tradición, dice Álvaro Matute, el historiador escribía por libre voluntad, sin contratos ni compromisos, si bien la mayoría de las veces carecía "de pan o de tiempo" (como ironizó Manuel Orozco y Berra). En cambio, hacer una "carrera institucional" impone una triple dependencia al historiador: vivir exclusivamente de su especialidad, ejercerla en proyectos colectivos (de más o menos larga duración) y, como temía Ramón Iglesia, tener como cliente final a un grupo reducido de académicos (que, a fin de cuentas, son quienes deciden su futuro).[12] En forma paralela, la estructura institucional también proporcionó un marco para negociar recursos y posiciones. En la ruta de la especialización, el rigor documental pasó a ser "garantía" de la calidad del producto generado por el historiador y, en consecuencia, observó O'Gorman en 1945, se favorecieron los enfoques "científicos" o "diplomáticos" muchas veces ligados a prácticas que en un principio serían calificadas de elitistas y, más tarde, de gremiales.[13] Por otra parte, la adopción de ideas y enfoques supuestamente "avanzados" pasaría a constituir otro síntoma de conformismo dentro del orden imperante.[14]

Enrique Florescano señaló que, a diferencia de los tiempos en que las instituciones mantenían la iniciativa en la investigación, la educación y la difusión de la historia, en las últimas décadas se observó la pérdida de esta dirección, el divorcio entre la investigación y la enseñanza, el descenso

12. Gabriel Zaid, *De los libros al poder*, México, Grijalbo, 1988, p. 39.

13. O'Gorman, "Cinco años de historia en México", *Filosofía y Letras*, núm. 20, 1945, p. 183; Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, pp. 202-204.

14. "La frivolidad tiene un sentido cultural profundo, y el hombre que la rechace o vitupere carece de una dimensión esencial". O'Gorman, "Historia y vida", en Matute, *La teoría...*, *op. cit.*, p. 146.

en los niveles de rigor académico y su sustitución por "prácticas populistas, ideológicas y gremiales".[15] Sin ocuparse de renovar los lineamientos de la investigación y la enseñanza, que muestran una brecha cada vez mayor en los niveles básicos, las nuevas generaciones de historiadores parecen interesarse más en desmantelar los antiguos valores académicos, ahondando el desfase entre el conocimiento histórico y los objetivos globales de la sociedad. En los últimos años, la excesiva valoración del capital curricular y la evaluación cuantitativa de la producción provocó un auge nunca antes visto de investigaciones que, independientemente de su carácter especializado, no tienen canales adecuados de difusión. No es posible cumplir aquella profecía de que las ediciones pasaban de las tumbas de los archivos a las tumbas de las bibliotecas porque gran número de ellas no salen de las bodegas (por lo demás, los medios de comunicación también afectan la función global e individual de la memoria histórica). No es sorprendente que, en un tiempo en que proliferan incontables ediciones y publicaciones, buena parte de la crítica se base en lo que O'Gorman llamó el "terrorismo de la erudición", o la obligación de mantenerse al tanto de toda la producción generada sobre un tema. Aunque en los últimos años se ha hecho común la divulgación de "los grandes temas históricos", la publicación de revistas caracterizadas por su calidad y su rigor puede ser un signo de esperanza, pero también una señal de que la reflexión teórica busca refugio en los cenáculos de los iniciados, tal vez a la espera de tiempos mejores.

Sin duda, replantear el papel de las instituciones es importante para el porvenir de la disciplina, pero también hay que confrontar los supuestos en que se basan los enfoques tradicionales con las perspectivas novedosas, pues de este proceso continuo de renovación depende el futuro de la historiografía en el siglo que inicia y que, como todos, encierra temores y esperanzas.

15. Florescano, "La nueva interpretación del pasado mexicano", en Gisela Von Wobeser (ed.), *El historiador frente a la historia*, México, UNAM, 1992, pp. 18-19.

EL PASADO DESDE CADA PRESENTE

Para Heidegger, la historia es una proyección en el pasado del futuro que el hombre mismo se ha elegido. Desde su presente, el historiador expresa una tensión entre pasado y futuro, donde éste se proyecta "hacia atrás" y condiciona lo ocurrido en vista de lo que "debe" llegar a ocurrir. Si el conocimiento histórico cumple esta función de crear la inteligibilidad del pasado en función de los requerimientos actuales, el estudio de la historiografía permite observar los presentes anteriores en los que un tema ha sido examinado, acumulando cargas subjetivas y juicios de valor no tanto para justificar lo que somos o lo que vamos a ser, sino lo que en cada contexto pretendemos que somos y lo que pretendemos llegar a ser. En este sentido, mantiene vigencia la idea de que el conocimiento histórico ayuda a comprender el camino recorrido por las sociedades (el origen de la realidad de hoy y sus perspectivas futuras) e incluso permite plantear las metas a las cuales dirigirse.

Con frecuencia, el conocimiento histórico ha sido concebido como un instrumento para el logro de fines políticos. En estos casos, las preocupaciones teóricas y metodológicas no son ajenas a los propósitos utilitarios, ideológicos o políticos, manifiestos o encubiertos, lo cual se expresó en un rescate parcial o "ecléctico" de diversas teorías y corrientes, con la consecuente falta de coherencia al contener los hechos particulares en la marcha global. Sin embargo, esta dimensión política de la historiografía no renunciaba a difundir su idea sobre la marcha de la sociedad, ni al contacto con el público en general. En este sentido, la revolución mexicana representó un verdadero parteaguas en la vida espiritual del país y, a la larga, "logró imponerse en el campo de las representaciones [del imaginario] como el referente esencial de la interpretación de la totalidad histórica mexicana".[16] Al principio, la historiografía reflejó el paso del interés por las cuestiones políticas a la preocupación por los problemas de justicia social en los terrenos educativo, social, económico, agrario e ideológico. Con el tiempo, el interés de los historiadores por la revolución se transformó conforme cam-

16. Zermeño, "Crítica y crisis de la historiografía contemporánea en México: retos y posibilidades", *Actas del II Congreso Europeo de Latinoamericanistas*, Martin Luther, Universitat Hallen Wittemberg, octubre de 1998.

biaban las circunstancias del país y, con ellas, las condiciones y necesidades de la interpretación.[17]

En los primeros años, una consecuencia importante fue la renovación del conflicto liberal-conservador originado en el siglo XIX que, para O'Gorman, ya había perdido razón de ser. La historia "oficial" difundida por los "gobiernos de la revolución" motivó la reacción de los historiadores católicos. La polémica enfrentó a una "versión liberal" con la "versión cristiana y heterodoxa", ambas apoyadas en una interpretación distinta de los mismos hechos. Desde la "izquierda", los historiadores también vieron al conocimiento histórico como instrumento para la construcción de una sociedad justa e igualitaria. En fin, la concepción instrumental y la coincidencia de tendencias distintas y contradictorias dio lugar a múltiples polémicas con un notable trasfondo político e ideológico.

En la década de 1940, la etapa institucional no sólo propició la renovación de las formas de escribir la historia sino que reorientó las preocupaciones hacia una exploración exhaustiva y "neutral" del pasado del país. El Colegio de México se impuso el propósito de "superar la etapa pre-científica de la historia", dominada por "el anticuario, émulo de la polilla, el discursero, pulidor de héroes y el pedante filósofo de la historia".[18] No es fácil saber hasta qué punto la institucionalización puso fin a la etapa del historiador "constructor de la nacionalidad" porque los fines políticos también hallaron cobijo en la historia objetiva e imparcial. No es extraño que entre 1940 y 1968, según Hale, se consolidaran los "mitos" políticos de la nación mexicana: el liberalismo unificador y la revolución permanente que para la representación oficial forman una continuidad en el proceso histórico y político.[19]

En los mismos años, los enfoques filosóficos del extranjero estimularon una forma de nacionalismo centrado en la temática de "lo mexicano". El arribo de los "transterrados" españoles, desde 1937 hasta 1945, fortaleció

17. Véase J. Rico Moreno, *Pasado y futuro de la historiografía de la revolución mexicana*, México, UAM, INAH, 2000; y J. Meyer, "Periodización e ideología", en Wilkie y Meyer, *Papers of the IV International Congress of Mexican History*, *op. cit.*, pp. 711-722.

18. Hernández Chávez y Miño Grijalva, *Cincuenta años de historia en México*, México, El Colegio de México, 1993, t. I, pp. 5-6.

19. Hale, "Los mitos políticos de la nación mexicana", en *Historia Mexicana*, vol. XLVI, núm. 184(4), abril-junio de 1997, pp. 821-837.

el diálogo entre filosofía e historia que se prolongó las tres décadas siguientes. El cultivo de la historia de las ideas, para José Gaos, facilitaría la comprensión de los productos universales de la filosofía y de paso haría que el pensamiento mexicano dejara su condición de imitador estéril de doctrinas importadas. Esta tendencia, observó L. Villoro, buscó conformar "en el pensamiento una cultura en evolución que sirva de polo espiritual a la integración de la sociedad en una nación".[20]

A fines de los sesenta la temática de "lo mexicano y lo americano" (que preguntaba por la susceptibilidad, la soledad, el azar, el complejo de inferioridad) cedió la escena a temas como el colonialismo, la dependencia, la lucha de clases, el materialismo histórico, la estructura del capitalismo y el socialismo. Para Norma de los Ríos, la influencia de sucesos como la revolución cubana, aunada al fracaso de políticas "desarrollistas" y la inestabilidad en América Latina, generó una corriente historiográfica crítica: la teoría de la dependencia, ocupada del análisis de las estructuras económicas, políticas y sociales en vista de su transformación. Sin embargo, los factores que favorecen este proceso también estimulan la última expresión beligerante de la historiografía católica conservadora que perdió razón de ser, según Jaime del Arenal, con el Concilio Vaticano Segundo.

Si la aplicación de métodos derivados de las ciencias sociales reforzó la tendencia a la abstracción al codificar las acciones de los protagonistas de carne y hueso (como si la historia participara de una lógica separada de los intereses individuales), la reacción en los ochenta no fue menos radical y supuso el abandono de los relatos totalizadores (el "fin de la historia") motivando la pérdida de los antiguos parámetros y la dispersión metodológica y temática. A diferencia de las primeras décadas, la reflexión sobre las funciones teórica y social del conocimiento histórico se enfoca a la desconstrucción de los valores y prácticas, ampliando la brecha entre el desarrollo de la historiografía y el acontecer general de la sociedad, que se mueve bajo reglas distintas.

De la consolidación de la "nación" en el siglo XIX se pasó a la gesta del estado de la revolución en la mayor parte del siglo XX. Y así como la revolución integró al pasado liberal en el discurso oficial, en la última década

20. Villoro, "La historia de las ideas", en *Veinticinco años de historia en México*, *op. cit.*, p. 13.

del siglo el presidente Carlos Salinas propuso al liberalismo como la base para renovar la revolución.[21] El aparente triunfo del liberalismo político y económico mundial, empero, implica un descenso del interés por la revolución, cuyo "concepto es retirado del discurso del Estado, y se repliega ante la llegada de nociones determinantes de apertura y globalización" ante las cuales el nacionalismo revolucionario pasó a ser "un término enano, anticuado y vergonzante".[22] En la historiografía, la crisis de paradigmas que se vive desde los ochenta también ha permitido relativizar la consistencia de los aportes y las reflexiones que justifican el estudio del pasado como un elemento decisivo para la transformación del presente.

En el terreno teórico, se pasó de la discusión por la constitución de la historia (qué es) al planteamiento de su función pragmática (para qué sirve) para nuevamente volver a debatir sobre su constitución como disciplina. Para Boris Berenzon la influencia tardía de corrientes y métodos del exterior hace que imitemos "sin proponerlo o que propongamos sin conocer lo que se está haciendo afuera", situación agravada al perderse el antiguo estatuto de la universalidad histórica en la pluralidad de las razones. En este sentido, urge plantear una forma de "universalidad" (ya no en el orden técnico-instrumental) que otorgue un sentido global a los múltiples relatos y, además, que recupere el sentido comunitario. Mantener la doble fidelidad, a la disciplina y a los problemas actuales, se supedita a la idea de una historia al servicio de la recomposición de una conciencia crítica más allá de las modas intelectuales.

Y algunas propuestas encierran promesas. Por ejemplo, el marxismo, ya desligado de simplificaciones ideológicas, aporta herramientas teóricas muy útiles para el análisis de la realidad social e histórica, si bien no es el único paradigma o modelo de interpretación. En este libro, María Fernanda García de los Arcos propone una "metodología de la nueva historia política" que, en una perspectiva global e interdisciplinaria, enfoque conceptos que, como los casos de "la vida política" y "lo político", divulguen el análisis a nuevos actores, relaciones y estructuras. Finalmente la herme-

21. Hale, "Los mitos políticos de la nación mexicana", *op. cit.*, p. 823.

22. Palacios, "El estado de las ciencias sociales y las humanidades en el fin de siglo mexicano: el caso de la historia", en M. Hernández y J. Lameiras (eds.), *Las ciencias sociales y humanas en México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000, p. 66.

néutica (o ciencia de la interpretación) ha extendido su influencia al estatuto epistemológico de las ciencias de la sociedad y la cultura, abriendo una nueva forma de comprensión de la realidad histórica. Como muestra Luis A. Torres Rojo, en la perspectiva teórica de H. G. Gadamer y R. Kossellek, esta comprensión se enmarca en dos proyectos: uno propiamente *hermenéutico* (según el cual el entender humano es un interpretar o participar en el objeto de la cuestión) y otro *lingüístico* (que considera al lenguaje como medio de la experiencia interhumana del mundo). Aunque parcialmente, la hermenéutica cumple una función moderadora en el campo de las ciencias y las letras, "habiendo conseguido unificar en un horizonte común la pluralidad de posiciones ideológicas divergentes que imposibilitarían sin su presencia todo punto de referencia y toda labor sistemática".[23] Por eso, para G. Vattimo, "la hermenéutica es la nueva *Coiné* cultural de nuestra época", así como "en los decenios pasados se dio una hegemonía del marxismo (durante los años cincuenta y sesenta) y del estructuralismo (en los setenta) hoy, de algún modo y si hubiera un idioma común dentro de la filosofía y de la cultura ésta habría de localizarse en la hermenéutica".[24]

LOS ENSAYOS

En "La historiografía positivista y su herencia", Álvaro Matute precisa el significado del positivismo filosófico e historiográfico frente a la tendencia empirista o diplomática identificada como su legado sin considerar que el examen crítico de documentos es base de la investigación histórica y, como tal, anterior al positivismo. Los positivistas, además, no se interesaban sólo en los hechos, sino en su explicación científica. El vínculo entre rigor documental (representado por la historia diplomática de Ranke) y la concepción evolutiva propia del positivismo se consumó con el célebre manual de Langlois y Seignobos.

23. Ortiz-Osés, "Ensayo de interpretación", en A. Ortiz-Osés y P. Lanceros (dirs.), *Diccionario de hermenéutica. Una obra interdisciplinaria para las ciencias humanas*, Bilbao, Universidad del Deusto, 1998, pp. 11-13. También Ortiz-Osés, *Filosofía de la vida (Así no habló Zaratustra)*, Barcelona, Antrophos, 1989, pp. 204-212.

24. Vattimo, *Etica de la interpretación*, Buenos Aires, Paidós, 1992, pp. 118 y 55.

Como efecto de la revolución, las explicaciones "positivistas" dominantes en el porfiriato se desintegraron, por una parte, en un "pragmatismo político", compuesto por las obras de los testigos directos de la etapa armada y que pierde crédito ante los historiadores profesionales desde 1940; y, por la otra, un "tradicionalismo empírico", que conjugaba "la metodología empirista con un ideario de corte tradicionalista" y que coincidió con el nuevo modelo historiográfico al ocuparse de los documentos inéditos y las monografías eruditas. El proceso iniciado subordinó a las ciencias sociales como "ciencias auxiliares" y mezcló elementos rankeanos y positivistas para concluir "que sin documentos no hay historia posible". Sobre una rigurosa base documental, los estudios institucionales y monográficos a la larga privilegiaron la descripción en detrimento de la interpretación y limitaron la heurística al "examen de fuentes", generando obras reacias a la interpretación y la narración. Si el rigor documental es base de la investigación histórica, pregunta Matute, ¿no son algunos rasgos "positivistas" consustanciales a la práctica histórica? Eso explicaría la frecuencia con que, a pesar de ser refutado con viejos y nuevos argumentos, el positivismo aún parece dar para interminables discusiones.

Para caracterizar la influencia del legado liberal en la historiografía, Evelia Trejo se ocupó de uno de sus principales exponentes: Daniel Cosío Villegas (liberal y estudioso del liberalismo, crítico de la revolución mexicana y buen exponente del rigor documental) y de las razones, recursos y efectos de su obra magna: la *Historia moderna de México*, donde no sólo dio un orden político, social y económico a la historia nacional desde el triunfo de la república, sino que destacó la obra de las grandes figuras para "dar a todos los mexicanos una conciencia común de su pasado, de sus intereses de sus problemas". Después de un análisis previo del rumbo seguido por la revolución mexicana, y desilusionado por el carácter antiliberal y derechista del panorama, Cosío Villegas indagó en la vida política e histórica del país desde su convicción personal en el cambio progresivo de la historia y, al mismo tiempo, en su estudio racional y científico. De ahí su sugerencia de buscar guía en el pasado liberal para mantener la "fe en los destinos superiores de un pueblo". Pero al destacar la trascendencia de esta idea en la formación de la conciencia histórica, Evelia Trejo pregunta si la interpretación liberal o cualquier otra tienen el derecho de apropiarse la interpretación de lo que somos y lo que deberíamos ser.

Esta pregunta fue básica para la historiografía conservadora, o "la otra historia" para Jaime del Arenal. Como secuela de las guerras del siglo XIX y de la reactivación del conflicto religioso en los años posteriores a la revolución, este conservadurismo se basó en "una ideología del poder político, de la religión y de la historia", que es "uno de los denominadores comunes" de buena parte de su historiografía. En la vertiente ideológica y política expresada por el grupo "beligerante", la historiografía conservadora se apoyó en una versión católica y heterodoxa, con una diferente simbología política y dedicada a reivindicar a personajes y periodos negados por la historia oficial. Aunque sus resabios llegan a nuestros días, esta tendencia concluyó en los sesenta, cuando la historia académica retoma sus temas, no su interpretación. Curiosamente, rasgos como el nacionalismo y el rechazo a Estados Unidos acercaron a estos historiadores a posturas no sólo cercanas a la historia oficial, sino a las asumidas en la postura diametralmente opuesta: en la "izquierda" también se concebía a la historia como una herramienta para consumar un proyecto social y político emancipatorio; por eso, su sentido no se dirigía a los especialistas sino al público en general.

Para Andrea Sánchez, las condiciones económicas, políticas, sociales y culturales vigentes desde fines del siglo XIX se sustentan en la validez del modo de producción capitalista que, en su fase imperialista y oligopólica, ha colocado a la sociedad mexicana en una posición de dependencia. Frente a este proceso, la izquierda (concepto originado en el lenguaje político de la revolución francesa) se identifica con la actitud antimperialista, democrática, enemiga de la desigualdad, la opresión y el totalitarismo, etc. En este sentido, la izquierda supone un concepto más amplio que "socialista" o "marxista" y se aplica a los historiadores que acuden a la historia como fuente de su oposición al gobierno. Algunos se autoidentificaron como marxistas (Teja Zabre y Ramos Pedrueza), pero no eran metódicos ni científicos ni el contenido de sus anhelos se apoyaba en el verdadero marxismo (muy poco difundido por las editoriales). En una primera etapa, además de apoyar la educación socialista implantada por el gobierno de Lázaro Cárdenas, intentaron crear conciencia en las clases populares por medio de obras generales y de síntesis, donde englobaban los grandes procesos históricos de la sociedad. En la segunda etapa, desarrollada a fines de los setenta, las perspectivas de la historia científica y las ciencias sociales estimulan un estudio cuidadoso del proceso histórico y la revisión de los viejos estereotipos. A

pesar de los cambios de 1989, el marxismo, dice la autora, sigue representando una opción válida en la concepción de una "historia en construcción".

Por su parte, Abelardo Villegas describió la historia de las ideas desde 1940 hasta 1960 que, bajo la dirección de José Gaos, se ocupó del estudio de temas nacionales con base en enfoques filosóficos del exterior como el historicismo y el existencialismo, adoptados como filosofías de lo concreto. Esta corriente reorientó el objetivo postulado por Samuel Ramos en 1934, de crear una filosofía original a partir del análisis del "modo de ser" del mexicano. Con excepciones como la de Edmundo O'Gorman, esta historia fue obra de filósofos para quienes la filosofía no era sólo una concepción del mundo y la vida, sino un "instrumento" para ubicar la vida en el mundo. Por otra parte, el propósito de actualizar el pensamiento mexicano con la traducción de obras filosóficas e historiográficas generó, por vía editorial, una identificación estrecha con Latinoamérica, la cual encontraría, empero, otro vínculo en las perspectivas marxistas.

Norma de los Ríos, se ocupa de la teoría de la dependencia latinoamericana como un aporte a la reflexión historiográfica occidental, una propuesta crítica de los paradigmas tradicionales de la modernidad, "dentro de la modernidad misma", para después analizar "las nuevas propuestas historiográficas", basadas en la "crítica de la modernidad ilustrada desde una perspectiva posmoderna". Por su condición histórica, postula la teoría de la dependencia, América Latina requiere de "una transformación profunda de las estructuras sociales que posibilitan la reproducción de las condiciones de dependencia"; desde el paradigma de la modernidad, comparte el *ethos* de progreso y emancipación en la perspectiva crítica de una historia "total" para proponer una alternativa de universalización que, en su versión marxista, es un proyecto "tributario" de la revolución socialista. Por otra parte, la crítica "posmoderna" tuvo un impacto negativo en la historiografía. Si el abuso de la historia abstracta supuso la "desaparición del sujeto" (en enfoques que codificaban su acción), la recuperación de éste emprendida en los setenta desembocó en la fragmentación de géneros y métodos (desplazando a la historia al "reino de la contingencia absoluta: un sujeto sin objeto"), y en la renuncia a todo esfuerzo globalizador en la explicación histórica. La posición nihilista fomentada por la crisis de la modernidad no ve a la historia como "historia a realizar" y cuestiona "la cientificidad como la capacidad de penetrar en lo real". Por eso, frente a la orientación posmo-

derna que renuncia a la racionalidad, la autora opta por "la reelaboración de un proyecto social de corte emancipatorio" que parta de los ideales de la ilustración y la modernidad política, en el que los historiadores deben participar "a través de una ciencia social crítica a las condiciones universales de la razón".

Carlos A. Aguirre Rojas aborda la influencia de la corriente francesa de los Annales en una perspectiva de larga duración ("el horizonte del proyecto moderno de la ciencia de la historia") y, en el caso de México y Latinoamérica, desde la presencia cultural francesa. Al poner fin al predominio mundial germano parlante (1870-1930), el proyecto crítico de los *Annales* se constituyó en el nuevo polo hegemónico desde 1930 hasta 1968 como un intento radical de "desconstrucción crítica" de la historia positivista decimonónica. Para dar cuenta de esta corriente en México, Aguirre utilizó los periodos de la publicación en Europa. En la primera etapa, desde 1929 hasta 1938, tuvo un efecto nulo en la historiografía (pues la revolución debilitó la influencia francesa) y su presencia se limitó a la colección particular de Ezequiel A. Chávez. Desde 1945 hasta 1968, se dieron contactos institucionales (en el contexto del intento de Francia por recuperar su hegemonía cultural) que propició la visita de historiadores franceses y la traducción y publicación de importantes obras, pero las condiciones para el arraigo de *Annales* no fueron propicias por el predominio de la historia positivista. En cambio, la influencia fue intensa de 1968 a 1989 en diversas escuelas e instituciones; entre los rasgos más destacados, el marxismo inició un contacto estrecho con las perspectivas de los Annales. La última etapa, que en México empieza en 1994, da cuenta de una ruptura mundial de "larga duración" y supone un reto para todos los historiadores al poner fin a todo polo hegemónico e iniciar una situación "policéntrica" donde "todas las historiografías están convocadas a proponer las nuevas líneas, paradigmas y modelos".

A décadas de su nacimiento, la "historia de las mentalidades", como expone Boris Berenzon, tuvo un eco importante en México y América Latina. Partiendo de la producción generada en nuestro país entre 1970 y 1980, Berenzon analiza sus fundamentos y esboza una propuesta de "lo que puede ser" partiendo de la base de que "los padres fundadores de esta corriente buscaban la globalidad". En tiempos de la especialización, el estudio de la "mentalidad" proporcionó un espacio fundamental para la sub-

jetividad del historiador, y osciló "entre lo fantástico o lo arbitrario y lo desesperadamente vago": para algunos, equivale a actitudes mentales, pero "otros creen que son actores propiamente considerados como los portadores o la encarnación misma de una mentalidad global". Curiosamente, esta historia produjo más en el orden teórico-metodológico "que en la aplicación de sus principios a la realidad histórica".

Como el concepto refiere el problema de la naturaleza de las uniformidades y las bases de la diversidad del pensamiento humano, Berenzon propone abrir el abanico a una interpretación más analítica "que destruya la idea de individualidad para llegar a la del sujeto [...]; descifrar cada uno de los casos que se estudian desde su propia singularidad para llegar al sentido de la globalidad". Es decir, encontrar un mundo en el que la realidad empírica y la realidad psíquica tengan un mismo hilo conductor, donde el hecho histórico cobre valor al confrontarse con la teoría. En el psicoanálisis, los aportes de Freud y Lacan, invalidan "la ruptura entre la psicología individual y la colectiva e incluyen a lo patológico y lo anormal como regiones donde los funcionamientos estructurales de la experiencia humana se exacerban y revelan". El documento para psicoanalistas y para historiadores es "relato, producto de un analizante, protagonista o testigo, cuya interpretación siempre dice una verdad".

En un campo propositivo y desde una actitud crítica hacia los cauces tradicionales, María Fernanda García de los Arcos invita a volver a la historia política desde una metodología renovada, donde la biografía colectiva surge como opción ante la biografía individual y, frente al acontecimiento singular, el estudio de la práctica cotidiana de la vida política a largo plazo, lo que extiende el análisis a nuevos actores, relaciones, estructuras y otros caracteres globales de la sociedad. Por su naturaleza, el objeto de la historia política es interdisciplinario, por el cual los conceptos de carácter amplio como la vida política y lo político suponen un contacto estrecho con otras ciencias sociales y humanas al reunir en su ámbito de estudio a diversas facetas de la realidad colectiva.

Si lo político refiere "el lugar de gestión de la sociedad global", su acercamiento crítico no sólo se ocupa de las fuentes de información, sino del conjunto en el proceso del conocimiento: desde planteamientos, cauces de investigación, pautas de explicación hasta conclusiones parciales y generales. Los métodos de larga duración proporcionan enfoques sobre

cambios y permanencias; la prosopografía, aplicada al estudio de las estructuras de poder, permite la explicación del fenómeno político desde los grupos medios e inferiores en la escala social, así como de sus mecanismos de cohesión. En general, la evaporación de los límites fronterizos entre los campos del saber histórico permitirá "una comprensión más global y más ajustada de los tiempos pasados y de los grandes procesos del presente". Este esfuerzo supone una constante renovación teórica y metodológica que debe comenzar por la crítica de nuestras posiciones mentales y nuestros hábitos más familiares.

De ciencia auxiliar en las operaciones críticas, la hermenéutica extendió su estudio al lenguaje mismo, considerado la estructura fundamental irreductible y correlativa de todo entendimiento o comprensión, lo que influyó en la reflexión sobre los límites teóricos y metodológicos de la ciencia histórica. A partir del encuentro entre hermenéutica e historia (lenguaje y temporalidad), Luis A. Torres Rojo replantea la pregunta sobre el orden y sentido de la ciencia histórica dentro de una "racionalidad existencial o existenciaria" basado en aportes de la historiografía hermenéutica alemana. Al analizar la función de la hermenéutica en la historia de las ideas de José Gaos, el autor propone reorientar el método en una "hermenéutica historiográfica de índole conceptual" que restituya al concepto su dimensión teórica como una forma auténtica de significación y en la que la formalización lógica del lenguaje ceda su lugar al "lenguaje natural" como "sujeto de toda significación". La hermenéutica filosófica de Gadamer permite una "ampliación semántica que restituye al concepto y lo inconceptual su pertinencia como modos de comprensión históricos" (que estructuran su representación y el sentido de su devenir), en tanto que el modelo teórico de R. Koselleck plantea la determinación lingüística de la experiencia histórica para reorientar la pretensión totalizante del *logos* hermenéutico en la histórica, "doctrina de las condiciones de posibilidad de las historias", una respuesta a la bipolaridad inmanente a la historia como acontecimiento y representación.

Una historia de las ideas gaosiana "configurada en la semántica del indigenismo" de Luis Villoro es objeto de una lectura histórica: en el proceso de recepción de la semántica de la modernidad, el "concepto americano de movimiento indigenismo" no se derivó de las fuentes históricas, sino del "espíritu de la época" y, desde su imposición en México, generó sus

propios referentes sociales y políticos. El tránsito desde la historia conceptual conlleva la pregunta por la posibilidad pasada y futura de las historias. Por eso, el conocimiento hermenéutico es una invitación a buscar en el lenguaje "el fundamento más cabalmente humano de la ciencia histórica".

Por último, no queda más que, por una parte, agradecer a los autores del presente volumen y a las autoridades de El Colegio de Michoacán (en especial al doctor José Antonio Serrano Ortega, coordinador del Centro de Estudios Históricos) el haber hecho posible la realización del ciclo; por la otra, dejar al lector la opinión sobre la contribución de estos ensayos con la convicción de que, como apuntó O'Gorman, "dada la índole de la crisis que por todos lados invade nuestra cultura, acertar o no acertar es secundario. Lo que importa es expresarse con valor; darle la cara a los verdaderos problemas, que siempre son los propios, los más íntimos".[25]

25. O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, p. IX.

LA HISTORIOGRAFÍA POSITIVISTA Y SU HERENCIA

Álvaro Matute
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

EL PROBLEMA CONCEPTUAL

No sólo en español o en nuestro medio, sino en general, es marcada la tensión existente entre el uso conceptual y el que se impone a través de la costumbre respecto a la asociación de los términos "historiografía positivista". Es por ello que me debo detener en este punto antes de abordar la secuela que esa historiografía ha dejado en México en el siglo XX.

Desde 1978 llamé la atención sobre dicha tensión, apoyado en la opinión del profesor Paul Kirn, quien en su pequeño manual de *Introducción a la ciencia de la historia*, recuerda el verdadero significado del término *positivista*, asociado al pensamiento de Augusto Comte y, en historiografía, a las obras de Henry Thomas Buckle e Hipólito Taine. Kirn prefiere utilizar la palabra *empirista* para designar a la historiografía "que sólo da validez a los hechos y rehusa lo más posible el vuelo de altura en el reino de las ideas" y que "desconfía de toda fórmula generalizadora".[1] Los verdaderos u originales positivistas nunca se quedaban en los hechos, sino que, como asienta Porfirio Parra, pensaban que la historia era una ciencia que debía poner "en relieve la relación de causa a efecto, que comprueba la ley de causalidad

1. En 1978 presenté en el I Coloquio de Análisis Historiográfico una ponencia titulada "El positivismo, la revolución y la historiografía mexicana", en la que aprovechaba la idea planteada por Paul Kirn, *Introducción a la ciencia de la historia*, trad. Orencio Muñoz, México, Uteha, 1961, pp. 87-88. Este mismo argumento lo retomo en una versión posterior de esa ponencia, que permaneció inédita, y que reelaboré y publiqué con el título de "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, pp. 49-64.

que asciende de los hechos a la ley, al mismo tiempo que ilustrada por la ley interpreta los hechos".[2] El verdadero canon positivista era éste.

Característica de la historiografía positivista auténtica fue su pretensión de ser científica, en el sentido de ofrecer una explicación de los hechos, sin quedarse sólo en ellos. No sólo debía permanecer en la fidelidad documental, sino que debía poseer un modo de argumentación que descansara en una racionalidad científica que condujera lo inmediato fenoménico a la etiología. La explicación en última instancia, tanto de los hechos como de los procesos históricos se debía a algo que los condicionara, como el clima, el suelo, la dieta, la raza, el nivel evolutivo, etc.[3] Otro estudioso, en este caso del positivismo mexicano, William D. Raat propuso centrar el término para designar en exclusiva a los productos intelectuales del comtismo y con el vocablo *ciencismo*, denotar lo que con el mismo nombre de positivismo se salía de la esfera comtiana para abarcar lo asociado con Spencer, Mill, Le Bon, Ratzel, y todo pensador típico de la época. Sin embargo, la palabra *positivismo* sigue teniendo la connotación amplia que señala Kirn, haciendo caso omiso de la limitación que implica.

El problema de origen radica en que el método científico establece que se debe partir de los hechos positivos, de los objetos fenoménicos que pueden captar los sentidos, y aún de objetos metafenoménicos de los que existe constancia. A partir de ellos se puede llegar a la elaboración de leyes, las que, como dice Parra, servirían para interpretar adecuadamente los hechos positivos. La positividad de la historia radica en la constancia documental, asunto que es anterior al positivismo, tan anterior como el bolandismo. De ahí deriva que, si bien no se le adjudica a Dom Mabillon ser positivista, esto sí ocurre con Leopold von Ranke, lo cual si no es propiamente anacrónico, sí resulta inexacto.

El problema común de hacer positivista a Ranke radica en su contemporaneidad con el desarrollo en Francia del positivismo, que en Alemania no tuvo la inmediata repercusión que, por ejemplo, en Inglaterra. El caso es que, bien analizado, nada hay más lejano al positivismo que el pensa-

2. Porfirio Parra, "Los historiadores. Su enseñanza", en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia,* México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1970, pp. 306-308.

3. Ricardo García Granados, "El concepto científico de la historia", en *ibid.*, pp. 321-370, traza un excelente cuadro en el que pasa revista a todos los determinismos que caracterizaron a la historiografía de pretensiones científico-naturales de la segunda mitad del siglo XIX.

miento de Ranke, por su fundamento teológico. Toda proporción guardada, sería el mismo caso que se observa cuando se le otorga a Joaquín García Icazbalceta la misma característica. Don Joaquín tampoco fue positivista.

Ahora bien, el caso es que debido a la falta de rigor conceptual se confunde el acento documental, diplomático, que preconizó Ranke y que en nuestro medio caracterizó a García Icazbalceta, con el de la necesidad de obtener datos positivos provenientes de la constancia documental, que es la única segura –desde la perspectiva del siglo XIX– que puede convalidar la autenticidad de los datos.

Todo esto jamás le preocupó a Augusto Comte, en cuya filosofía la historiografía no desempeña un papel determinante. Preciso: la historia, como desarrollo general de la humanidad, desde luego que sí, pero en cambio, la disciplina cuyo objeto es estudiar la historia no desempeñaba un papel correspondiente. De hecho, la fusión entre positivismo e historiografía diplomática vino más tarde, y una de las muestras más acabadas de ello es el manual elaborado por Langlois y Seignobos, continuadores de la tradición que arranca con Bernheim, quienes asimilan la obsesión documental con una concepción evolutiva de la historia.[4]

Son significativas, en ese sentido, las definiciones del vocablo historia que ofrece Ernest Bernheim en las dos ediciones de su tratado sobre metodología: la primera dice "historia es la ciencia de la evolución del hombre considerado como ser social", y la segunda, "ciencia histórica es aquella que investiga y expone en su conexión causal los hechos de la evolución del hombre en sus manifestaciones (lo mismo las singulares que las típicas y colectivas) como ser social".[5] La raigambre positivista de estas definiciones es inobjetable. El llamado a la evolución las filia en el concepto amplio y original de positivismo. La práctica historiográfica fue la encargada de despojarlo de su vuelo de altura.

4. C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, trad. Domingo Baca, Buenos Aires, La Pleiade, 1972. La primera edición francesa data de 1898. Domingo Baca fue un traductor activo durante los 20 primeros años del siglo XX, especializado en textos de esta línea. Véase (folleto) Álvaro Matute *Heurística e historia*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/UNAM, 1999, p. 29.

5. Ambas definiciones son citadas por J. Huizinga, *El concepto de historia y otros ensayos*, trad. Wenceslao Roces, México, FCE, 1977. Véase especialmente las pp. 85-97 donde profundiza en la definición del concepto de historia.

De hecho no fue sólo la fuerza de la costumbre la que desvirtuó el término positivista para darle la connotación corriente. A propósito conviene señalar que para el *Diccionario de la Real Academia*, positivismo es: primero, "calidad de atenerse a lo positivo", que a su vez es lo "cierto, efectivo, verdadero y que no ofrece duda". Volviendo a positivismo, la tercera acepción señala: "sistema filosófico que admite únicamente el método experimental y rechaza toda noción a priori y todo concepto universal y absoluto". En fin, permanece la acepción conceptual, pero se le da primer lugar al adjetivo causante de haber desvirtuado la idea original.

Es un hecho que, tanto el profesor Kirn, como Raat, como yo mismo, fracasamos en nuestra llamada de atención en torno del término positivista. La fuerza de la costumbre impera y todo el mundo se refiere a positivistas como aquellos que remiten sus esfuerzos de manera exclusiva al basamento documental. Sobre esto conviene señalar algunas cuestiones.

El desarrollo de la diplomática como ciencia auxiliar de la historia es, como ya señalé, anterior a la concepción del positivismo y tendrá derivados en corrientes ajenas al mismo. De ahí que si se pretende hablar con rigor historiográfico, resulte un disparate referirse a Ranke como positivista. Pero no sólo eso. Para algunas mentes que se podrían caracterizar por estar ausentes de cualquier cosa que parezca reflexión, toda historiografía hecha con una seria base documental es positivista, cuando esto debe ser una característica fundamental de cualquier ejercicio historiográfico, con excepción de las grandes síntesis.

EL PROCESO DE DESINTEGRACIÓN DEL POSITIVISMO

Desde 1974 traté de establecer dos categorías historiográficas que comprendieran la bifurcación que se produjo con la desagregación de elementos que sufrió el positivismo una vez que emergieron nuevas tendencias de pensamiento y, dentro de la circunstancia mexicana, acontecimientos como la revolución, que tuvo su inmediata repercusión en la historiografía.[6] Los elementos que se desagregaron fueron los correspondientes al ya mencio-

6. Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (SepSetentas, 126). En la introducción desarrollé por primera vez el tema.

nado vuelo de altura, es decir, el pensamiento evolucionista, la estrategia de explicación científica, el lenguaje conceptual proveniente de la biología, de la química y la física, para quedar solamente en la colección de datos provenientes de los acervos documentales. Mi planteamiento era correcto sólo en parte. Partía del falso presupuesto de que toda la historiografía anterior a 1910 era positivista, cuando eso realmente es una inexactitud. Si bien fue la más significativa, no toda participó de los acuerdos teóricos y metodológicos del positivismo. Lo que sucedió fue que toda la historiografía era aparente o falsamente positivista, por ejemplo, si se piensa en García Icazbalceta o Paso y Troncoso, hay en ellos ese falso positivismo, en la medida en que ninguno de los dos comulgaba en las capillas comtiano-spencerianas. Su característica era el apego al dato, pero eso le venía a la historiografía desde antes del positivismo real y lo que hicieron ellos fue ajustarse a una práctica erudita de manera magistral. Sin embargo, fueron ellos los modelos del prototipo historiográfico que apareció tras la caída de la filosofía positivista, en una práctica consistente en la publicación de documentos inéditos o en la elaboración de monografías eruditas en las que la transcripción documental era la característica mayor. A esa historiografía la llamé tradicionalista empírica, por conjugar la metodología empirista con un ideario de corte tradicionalista que se fincaba principalmente en el rescate de la época colonial. Insistí en el rechazo de parte de sus practicantes de toda reflexión teórica. Ahora me permito deslindar lo que me parece acertado de lo que fue una generalización falta de matices.

Respecto al rechazo teórico, mi "descubrimiento" de Jesús Galindo y Villa me lleva a matizar.[7] Don Jesús fue un epígono del nuevo positivismo historiográfico, es decir, de las corrientes metodológicas que corrían en Europa y que se fincaban en las permanencias de un positivismo desagregado que fue permeando a la historiografía académica tradicional. Si bien son pocas las contribuciones teóricas de Galindo, son lo suficientemente

7. Álvaro Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, FCE/UNAM, 1999. Desde la publicación de la *op. cit.* de Ortega y Medina, se conocía el interés de Galindo y Villa por cuestiones de teoría y método. Al investigar para mi libro, encontré sus textos de 1916 en los que permite profundizar en dichos intereses. Se trata de "Las nuevas directrices de los estudios históricos. Fragmentos de introducción a unos 'Apuntes de metodología y crítica históricas'". Tales "Apuntes" no fueron publicados. Preparo un artículo sobre la labor de Jesús Galindo y Villa como profesor de metodología en el Museo Nacional y la Escuela de Altos Estudios.

indicativas como para evitar la generalización en que yo mismo había incurrido. Por otra parte, no hay que soslayar las muestras de historiografía narrativa que desarrollaron Luis González Obregón, Artemio del Valle Arizpe y, la más tardía de Luis Castillo Ledón, con su magnífica biografía de Hidalgo. Otra generalización era la relativa al colonialismo. En la práctica de los años contemporáneos e inmediatamente posteriores a la revolución también hubo atención a otras etapas de la historia, como la prehispánica y la de la independencia. Para el resto del siglo XIX se procedía con cautela, aunque don Genaro García había rescatado muchos documentos de los archivos de los protagonistas de las luchas entre la república y el imperio. Con todo, y salvo el caso de la reflexión de Galindo y Villa, sostengo como válido el caracterizar como tradicionalista empírica a la historiografía dominante, ya que la valoración de las ciencias auxiliares que surgió en ese momento, fue para apoyar la práctica empirista. Los tradicionalistas, aunque no se ocuparan exclusivamente de la época colonial, entre otras cosas el aliento que animaban era el de rescatar un pasado que nutriera al presente de tradiciones.

La otra categoría era la que nombré pragmatismo político, a pesar de que siempre pensé que estaba estableciendo un pleonasmo. Mi objeto era la obra historiográfica que realizan o en algunos casos perpetran los veteranos de la revolución. El volumen es grande, muy significativo, y se produce en una duración más bien larga, desde recién iniciada la revolución, digamos en 1912 con Roque Estrada, y su libro sobre Madero, y viene a morir en los años sesenta con obras como la de Aarón Sáenz sobre la política internacional de la revolución. Es la historia de los protagonistas, que se sentían los únicos autorizados para hablar de lo ocurrido en su revolución. De esta categoría, salvo el pleonasmo, creo que no hay mayor cosa que comentar, excepto el hecho de que, paralelamente a la empírico tradicionalista, esta sí se ocupaba del presente, tenía una fuerte carga ideológica, que tal vez pudiera implicar resabios positivistas, y se ostentaba como garante de la verdad en la medida en que se basaba en una sólida documentación que reposaba en los archivos de quienes escribían los libros.[8]

8. Estas categorías no tuvieron eco a pesar de las dos ediciones de *La teoría de la historia en México* y de que tanto quien esto escribe como Evelia Trejo hemos enseñado la materia de historiografía contemporánea de México desde 1974, de manera sucesiva, no sólo en la UNAM, sino además en giras a Sinaloa y San Luis Potosí.

EL HORIZONTE ACADÉMICO

Peter Novick, en su muy bien logrado recorrido a través de la historiografía estadounidense,[9] establece con claridad diáfana cómo los historiadores profesionales ofrecieron a la sociedad la garantía de que sus productos no estaban contaminados por la subjetividad interpretativa, sino que su característica central era la objetividad. La profesionalización de la historia trajo consigo la amalgama de los elementos rankeanos con los positivistas para concluir, con Langlois y Seignobos, que sin documentos no hay historia posible. Si bien Novick no se apoya en los metodólogos franceses, la coincidencia entre él y los académicos estadounidenses de principios del siglo XX es plena. Si la sociedad va a apoyar una nueva profesión, la del historiador académico, éste tiene qué garantizar que está diciendo la verdad, por encima de cualquier bandería. Novick muestra cuán difícil se presentaba el panorama para superar los problemas de las interpretaciones de la guerra civil, así como también describe el primer gran tropiezo de la nueva historia profesional, calidad *proof*, impoluta de elementos subjetivos. Apoyados en ideas de Croce, los *new historians* estadounidenses pusieron en tela de juicio la decantada objetividad, que llegó a ser caracterizada como un "noble sueño", que no pudo pasar la barrera que le presentó la primera guerra mundial, cuando los historiadores de Estados Unidos enfrentaron la necesidad de hacer historia propagandística contraria a Alemania.

En el caso mexicano la historia que marchaba hacia la profesionalización corría en una pista paralela con la generada por los veteranos de la revolución. De hecho se creó un muro entre unos y otros. A los pragmáticos políticos les tenía sin cuidado lo que ocurrió en otras etapas de la historia que no fuera la suya propia, como a los historiadores que estaban fincando la profesionalidad historiográfica en México, les causaba horror la sola idea de escribir sobre lo ocurrido del triunfo de la república en adelante. La colonia podía ser un momento propicio para proceder con objetividad, de tal manera que podían convertirla en una época inocua. Lo prehispánico, en cambio, era arqueología y sólo a través de ella era posible confirmar los hechos. Era preferible la colonia para el buen ejercicio de la historia documental.

9. Peter Novick, *That Noble Dream. The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*, Cambridge University Press, 1988 (existe una traducción al español, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997, 2 vols.).

Cuando llegó la mayor profesionalización historiográfica se comenzó a establecer la práctica de la historia de las instituciones, como la mejor garante de la objetividad historiográfica. Su mejor representante fue don Silvio Zavala, quien aprendió el oficio en la fragua de don Rafael Altamira y Crevea.[10] El rigor historiográfico hizo acto de presencia en una historia que, bien practicada podía ejemplificar con innumerables casos el funcionamiento real de las instituciones establecidas por el imperio español en Indias, ya que de no hacerlo, se podía incurrir en el tránsito "por el mal camino del Derecho", como sentenció José Miranda al reseñar la obra de J. M. Ots Capdequí.[11] Si hacer historia institucional era glosar las Leyes de Indias, no había problema; lo importante era ver el comportamiento real de las instituciones, como lo hizo Zavala con la Encomienda y otras instituciones jurídicas, o como lo hizo el propio Miranda con el Tributo Indígena. La reconstrucción histórica, si bien orientada por los aspectos jurídicos, ganó mucho con los trabajos minuciosos que llevaron a cabo, sobre todo, los émulos de Altamira. Algunos de ellos, como Zavala y Miranda, ensayaron los vínculos entre las ideas y las instituciones, en una historia que, respecto del factor relativo al pensamiento, permanecía en una fase enteramente descriptiva, pero en términos generales, fiel a la letra de los escritos en los que se expresaban las ideas directrices que intentaron animar instituciones.

La historia colonial cambió de tono. Se perdió la anécdota propiciada por la plétora de datos que ofrecía un Riva Palacio en su enorme recuento cronológico, y desarrollada con sabor y con el apoyo en leyendas, de González Obregón y Del Valle Arizpe. Era otra "colonia" recreada a partir de legajos y expedientes en la que desaparecían los actores concretos, los matices, los olores, las evocaciones, para dar lugar a la severidad implícita en el funcionamiento institucional. Los archivos se presentaban como repositorios pródigos en temas susceptibles de ser tratados en innumerables monografías.

10. Un buen intento de vinculación reciente es la tesis de Roberto Fernández Castro, "Tres aproximaciones a la historiografía mexicana de 1940 a 1968", México, Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, 2000, p. 200. La primera parte está dedicada a la historia de la civilización, precisamente a los trabajos de Altamira y Zavala.

11. Así tituló Miranda su reseña a *España en América. El régimen de tierras en la época colonial,* de J. M. Ots Capdequí, publicado en 1959. Con toda razón, Miranda objeta lo fácil que es resolver el problema con base exclusiva en la *Recopilación de Leyes de Indias*, y no ir a las fuentes que muestran cómo funcionaron realmente las instituciones. Pone como ejemplo las obras de Chevalier, Simpson y Zavala. *Cf. Historia Mexicana*, vol. X, núm. 3, enero-marzo de 1961, pp. 484-485.

La historia institucional se prestó tal vez mejor que ninguna otra a desarrollar la metodología derivada de lo que se ha dado en llamar positivismo histórico, aunque no es el único género susceptible de caracterizarse por ese tipo de práctica. No se olvide que, de hecho, cualquier investigación histórica debe descansar en una buena base heurística. El problema radica en el origen y el fin de la investigación.[12]

La palabra heurística tiene la doble acepción de significar, por una parte, el imaginar lo que se debe investigar, y por otra, la tarea consistente en examinar las fuentes. El llamado positivismo ha privilegiado la segunda, en desdoro total de la primera.[13] La ortodoxia metodologizante proscribe cualquier participación del elemento imaginativo en la historia. Llega al absurdo de proponer no sólo el que sin documentación no puede haber historia, sino el hecho de partir de qué documentos están disponibles para hacer historia con ellos, sin importar lo que le preocupa e interesa a quien emprenderá la investigación. Es investigar por investigar.

La confrontación de 1945 entre el historicismo y lo que se puede llamar historia científica, naturalista, positivista, diplomática, documentista, etc., no es otra que la que en sus respectivos medios habían enderezado Croce, Ortega y Gasset, Collingwood y los *new historians* estadounidenses, especialmente Carl Becker.[14] Lo que ellos le imputaban a esa historia era su concepción del pasado como algo ajeno al presente, al sujeto investigante, así como su creencia ciega en una pseudobjetividad apoyada en las

12. En rigor, no toda historia de las instituciones puede caracterizarse como "positivista", aunque sin duda se presta para ello. Este tipo de historia reclama un fuerte aval documental, pero dependiendo de la profundidad heurística del autor, puede trascender el quedar solamente en un trabajo de "tijeras y engrudo". Sobre el uso de términos con los que estudiantes de los años cuarenta designaban a sus profesores, véase Luis González, "Sobre la invención en la historia", en *La teoría de la historia...*, *op. cit.*, pp. 109-205. Ahí salta a la vista la designación de "positivista", "idealista" y "ecléctico" para calificar a los historiadores creyentes y practicantes de cada una de esas tendencias. Don José Miranda solía repetir en sus clases el célebre aforismo VC de Francis Bacon, *Novum Organum*, en el que refiere la actividad del hombre de ciencia semejante a la que desempeñan las hormigas, las arañas y las abejas, inclinándose por las últimas que "recogen el material de las flores del jardín o del campo y las transforman con su propia sustancia".

13. *Cf. Heurística e historia*. Es importante insistir en la doble acepción de la palabra, lo cual tiene sentido, porque de la primera, como arte de inventar, dependerá el buen desempeño de la segunda, es decir, de la consulta de las fuentes. En rigor, la regla de la investigación parte de cómo se idea y no solamente de lo que se debe hacer en los archivos. Se trata de la preconcepción, de los *a priori* que contradirían una concepción radicalmente positivista de la historia, que precisamente niega todo *a priori*.

14. La mesa redonda de 1945, que es un hito en el pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX, ya que enfrentó las diferentes concepciones de la tarea histórica, está recogida en *La teoría de la historia...*, *op. cit.* Originalmente publicada en *Filosofía y Letras*, núm. 20, 1945.

fuentes documentales. La defensa de los cientificistas fue epistemológicamente débil, para decir lo menos. La lógica siempre estuvo con los críticos idealistas, historicistas, relativistas, pero fuera de la lógica, los verdaderos ganadores fueron los adversarios, en la medida en que la práctica historiográfica que se impuso fue la de ellos.

¿NEOPOSITIVISMO?

¿Hasta dónde es legítimo referirse a estas prácticas como historiografía neopositivista? ¿Hasta dónde sería válido y hasta dónde no? Neopositivista es un término filosófico y está dirigido a caracterizar a una filosofía que, deslindada de la positivista original, establece profundas diferencias con ella. Se trata de lo que también se identifica como empirismo lógico y que tiene su origen en la filosofía de Wittgenstein, tendiente a negar toda metafísica reduciendo la actividad filosófica al análisis del lenguaje, ya sea científico o común. En filosofía de la historia, asociación de términos de fuerte raigambre precisamente metafísica, apareció un neopositivismo con Carl Hempel y con Karl Popper, opuestos, sobre todo el último, a cualquier resquicio de hegelianismo (de derecha o izquierda) en el pensamiento histórico. Podrían tener en común con los historiadores el empirismo en que se fundan. El problema, de parte de los historiadores, es su antifilosofismo, para decirlo de algún modo. Es decir, si alguien llegara a teorizar, podría haberse apoyado en Hempel o en Popper, pero como todo lo que tuviera reminiscencias filosóficas era sospechoso y había que alejarse de ello, nunca supieron que había una epistemología que los podría sustentar.

Muchos años después de la *no* confrontación de 1945, don Silvio Zavala reivindicó el desempeño artesanal del historiador,[15] el cual no necesariamente tiene que incurrir en la reflexión filosófica sobre su quehacer. La "graciosa huida" de 1945 trató de ser salvada de esa manera. Efectivamente,

15. Véase Silvio Zavala, "Apreciación del historiador frente a la historia", en *El historiador frente a la historia*, México, UNAM, 1992, pp. 47-56. En su conferencia recogida en este volumen, don Silvio Zavala pondera el aspecto artesanal, técnico, del trabajo de historiador. Significativamente cita a la historiadora estadounidense Gertude Himmelfarb que se ha distinguido por su reacción frente a las críticas epistemológicas que cuestionan la objetividad historiográfica.

don Silvio y todos los historiadores que así lo decidan están libres de ejercer su derecho a historiar sin filosofar. El problema es su crítica a quien sí lo hace, fincada en privilegiar la consulta documental. De hecho, la historia artesanal puede defenderse con la calidad que le sea intrínseca, aunque sólo llegue a iluminar una pequeñísima porción del saber. Ya E. H. Carr había señalado que la investigación bien hecha es una obligación de la historia y que se da por hecho que así sea. Recurre al ejemplo del elogio a una casa o un edificio, no por lo bien hecha que pueda estar la obra negra, sino por el conjunto general, con todo y acabados.[16] Ninguna escuela historiográfica desdeña la buena investigación. El único acento que se debe rescatar es el puesto en los libros de síntesis, que son, curiosamente, los más significativos, ya que abarcan temporalidades mayores o largas duraciones, no requieren de demasiadas llamadas eruditas y ponen en primer plano la interpretación o la buena narrativa o ambas, si es el caso. De ahí que deslegitimar a una buena síntesis por no haber agotado fuentes es una crítica pusilánime.

EL IMPERIO DE LA MONOGRAFÍA

Desde antes del debate de 1945 entre los historicistas y los científicos Ramón Iglesia había llamado la atención acerca de la sobre especialización a la que había llegado la práctica historiográfica. También lo hizo poco tiempo después Edmundo O'Gorman. Iglesia expresaba su horror ante el hecho de "escribir para media docena de colegas" y daba el caso de un enajenado profesor alemán que manifestó que iría a visitar el Museo del Prado si había en él sarcófagos paleocristianos, que eran el asunto de sus intereses. O'Gorman hace referencia a la hipotética monografía sobre los pingüinos, que contenía más cosas de las que le podrían interesar a cualquier pingüino.[17]

Han pasado más de cincuenta años y la situación no ha cambiado. Las críticas de O'Gorman e Iglesia siguen vigentes, como sigue igualmente

16. E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1967. En la página 14 cita una frase de Housman: "la precisión es un deber, no una virtud".

17. Los textos de Iglesia, tanto su ponencia en la mesa redonda de 1945 como sus excelentes conferencias tituladas "La historia y sus limitaciones", están recogidas en *La teoría de la historia en México*, *op. cit.*, así como en *El hombre Colón y otros ensayos*. La crítica de O'Gorman a la historiografía "positivista", en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947.

vigente la práctica historiográfica a la que están dirigidas. La construcción de los espacios monográficos ha sido una labor consistente que se va consolidando conforme pasa el tiempo. En una esquematización sobre el desarrollo de la historiografía en los últimos cincuenta o sesenta años, se observa cómo después de una etapa inicial en la que la historiografía académica cumplió con el gran compromiso de llenar lagunas y emprender historias generales como las de Manuel Toussaint sobre el arte mexicano, de Ángel María Garibay sobre la literatura náhuatl o el propio Cosío Villegas con la *Historia moderna de México*, para sólo citar tres casos, se impuso la monografía temática o temporal como garantía de buen cumplimiento de las reglas establecidas. Cumplido ese cometido vino el impulso monográfico en el cual se confirmó la tradicional división en las tres grandes épocas de la historia mexicana y las subdivisiones que dentro de cada una de ellas fuera reclamando la propia investigación. A la vez se fue imponiendo la división temática, que propiciara un mejor resultado en la política, la economía, la educación, la Iglesia, las relaciones internacionales, para sólo citar algunos ejemplos. El interesante caso de la *Historia moderna de México* ya aludida es ejemplar: la política se divide en interior y exterior, y se tratan aparte los aspectos sociales y económicos y no sólo eso, sino que dentro de estos últimos volúmenes hay monografías dentro de la monografía, es decir, tratamientos sobre aspectos demográficos, laborales, educativos, culturales, financieros, agrícolas, industriales, etc. El proceso histórico ha debido ser atomizado por exigencias metodológicas. Imposible llegar a un resultado científico si no es acerca de una unidad temático-temporal bien acotada. En otros ámbitos es posible hacer no la biografía de un hombre sino sólo estacionarse en sus años juveniles. Ahora bien, en eso no radica el problema, sino en el tratamiento que se le dé.

Si se trata solamente de una suma de datos, o como señala Hayden White, de un informe de archivo, se aplica el dicho que se les atribuye por igual a Arturo Arnáiz y Freg o a Edmundo O'Gorman de que la tarea del historiador consiste en sacar los datos de las tumbas de los archivos para pasarlos a las tumbas de las bibliotecas. La historia llamada positivista es la ejecutante de esos efectos. Tal vez alguien algún día consulte aquella tesis perdida que ofrece una pequeña pieza del rompecabezas que otro está armando. Pero es necesario estar prevenido contra otra de las pusilanimidades de los historiadores, consistente en no citar fuentes secundarias, sino

directamente los archivos, aunque ya alguien lo haya hecho previamente. O carecen de sentido práctico o se quieren cubrir de la gloria efímera de citar el documento en toda su pureza, hacer que sea siempre de primera mano.

Triste papel el de la heurística, donde su segunda acepción ha sido la predominante en nuestro medio. Se le apuesta todo a la primera mano documental, cuando la verdadera originalidad radica en la capacidad para imaginar un tema antes de proceder a investigarlo, y que ese imaginarlo sea producto de algo que surja del interior del historiador, algo que sea producto del cotejo de la vida con la historia, que encuentre en la historia algo para la vida. No se olvide al viejo, ácido, Nietzsche que en plena euforia del siglo de la historia vino a echar a perder la luna de miel rankeana. ¿Quién le estaba preguntando qué era útil y qué era inútil de la historia para la vida? Nadie, y sin embargo lo dijo y es difícil hacer oídos sordos ante él y ante sus múltiples epígonos que en el mundo crecen y se multiplican ante la mirada recelosa de los historiadores artesanos, que creen que se está asesinando al pasado.[18]

PARA CONCLUIR

¿Es acaso consustancial a la práctica historiográfica eso que caracterizamos como positivismo? Al parecer todavía hay mucha energía invertida para que las cosas se sigan haciendo de esa manera y se les siga criticando con viejos y nuevos argumentos. Si se parte de un sano principio de tolerancia, debe convenirse en que puede ser una práctica relativamente útil para la sociedad, siempre y cuando alguien profane las tumbas para encontrar el dato aportado. Si quienes llevan a cabo ese tipo de historia piensan en términos paradigmáticos, la severidad de la epistemología caerá sobre ellos.

Y no se trata de historiadores reacios a la interpretación, sino también hacia la narración. Desdeñan la buena escritura por no sacrificar lo máximo de sus aportaciones, que es el dato preciso, el descanso documental. Además de las necesidades interpretativas y narrativas que convierten a

18. Así piensa Keith Windschuttle, *The Killing of History. How Literary Critics and Social Theorists are Murdering our Past*, New York, The Free Press, 1997. Este libro del profesor australiano es un alegato contra los cuestionamientos teóricos que señalan las ingenuidades epistemológicas de quienes practican la historia empirista.

lo que de positivista tiene la historiografía en un medio y nunca en un fin, el siglo XXI llega con nuevos lenguajes y nuevos tipos de fuentes que tienden a dejar en el olvido los paradigmas de hace un siglo. Sin embargo, tras más de cien años de hacerlo, los positivistas seguirán estando ahí.

6 de septiembre de 2000

LA HISTORIOGRAFÍA LIBERAL MEXICANA EN EL SIGLO XX. REFLEXIONES EN TORNO A UN CASO

Evelia Trejo
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

¿Por qué me resulta importante hablar en público de un tema que admito complejo y todavía lejano a mis escasos dominios? Respondo con una brevísima historia de mis quehaceres e intereses actuales. En mi trabajo docente, he lidiado desde hace más de una década con el curso que ha seguido la escritura de la historia en el México del siglo XX y de atender a dicho curso han surgido más preguntas y dudas que certezas, aunque entre las últimas debe colocarse la relevancia que tiene la profesionalización de los estudios históricos y todo lo que de ella se desprende. Paralelamente, mis investigaciones más personales se han dirigido al análisis del discurso de algunos historiadores mexicanos del siglo XIX y, comúnmente admitidos como liberales, en particular el que ilustra en la narración historiográfica las características con las que consignan todo aquello que compete a la cuestión religiosa. Aún cuando se trata de dos tareas diferenciadas, conforme el tiempo avanza se me aclaran los vínculos que he ido estableciendo entre ellas. Actualmente, comienzo a sentir prisa por llegar a los "liberales" del siglo XX; quizá porque se trata ya del nuevo "siglo pasado".

Debo agregar que ejerce en mí una seducción especial lo que se ha dado en llamar "historia oficial" y que ésta puede verse como una razón más para intentar asir, así sea momentáneamente, la relación que tradicionalmente se establece entre una y otra. Me explico, por más de una razón se asume que la historia oficial tiene como fuente a la historia liberal. Detrás de ambas, o por encima de ellas queda pendiente mi pregunta de ¿en qué medida esa o esas historias moldean lo que se entiende por conciencia histórica de los mexicanos?

Ahora bien, considero importante antes de entrar de lleno en las referencias y reflexiones que deseo compartir con el lector, aludir los riesgos que todos corremos de malentendernos si no intentamos acercarnos a lo

que significan los términos que aparecen en el título de este artículo. Por mi parte digo que entiendo la historiografía como ese conocimiento del pasado que ha sido reunido en una suma de proposiciones escritas y que en muchos casos alcanza su expresión más acabada y compleja en una narración acotada dentro de los límites de un libro. "Arte de escribir la historia", dice el *Diccionario de la Lengua Española* en primer lugar; y en segundo añade: "estudio bibliográfico y crítico de los escritos sobre historia y sus fuentes, y de los autores de estas materias".[1] Otras definiciones podrían acudir en mi auxilio para subrayar la importancia que le doy a la primera acepción indicada.[2]

El adjetivo de liberal abre un horizonte mucho más vasto, sin que por ello convengamos en que él del término que le antecede no lo implique. Pero, la vastedad a la que aludo cuando menos a mí me resulta mucho más difícil de abarcar y, por lo tanto, me exigiría un ejercicio de definición que entraña problemas imposibles de abordar en este espacio. Y acudo una vez más a la que propone el diccionario, que indica en una primera acepción: "que obra con liberalidad", y en una sexta: "que profesa doctrinas favorables a la libertad política en los estados". Desde luego habría que añadir mucho más para apreciar la carga de significados que encierran estas palabras.[3]

El resto del título es claro, el objeto de estudio al que me referiré en adelante se ubica en el México del siglo XX. Aunque, para ser más precisa en la capital de la república, al mediar el siglo que termina.

La historiografía liberal mexicana es pues un objeto de estudio posible, en vista de que existen obras que dan cuenta del pasado salidas de la pluma de quienes profesan doctrinas favorables a la libertad política.

1. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, 20a. ed., México, 1984.
2. Por lo pronto escribo la que aporta Carbonell: "[...] la historia del discurso –un discurso que dice ser cierto– que los hombres han hecho sobre el pasado; sobre su pasado". Pese a la amplitud que se desprende de tal proposición, el contenido de su obra remite a trabajos que se ofrecen justamente como narraciones del pasado más allá de las referencias que también aparecen a aquello que podríamos denominar como preceptiva histórica. Charles Olivier Carbonell, *La historiografía*, trad. Aurelio Garzón del Camino, México, Fondo de Cultura Económica, 1986 (Breviarios, 353).
3. Un estudio que ilumina con puntualidad este asunto es el de José Guilherme Merquior, *Liberalismo viejo y nuevo*, trad. Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 15 (Sección de Obras de Política y Derecho). Esta obra, de entrada plantea el problema al que me refiero: "Nietzche dijo una vez que sólo los seres ahistóricos admiten una definición exacta. Es así que el liberalismo, fenómeno histórico múltiple, es casi imposible de definir. Él mismo ha conformado buena parte de nuestro mundo moderno, y por ende refleja la diversidad de la historia moderna, tanto temprana como reciente".

¿Cuántas? Evidentemente muchas más de las que pueden caber en mi horizonte. Por lo pronto considero pertinente plantear una distinción. Existen historiadores "liberales" en México y también existen los historiadores que han estudiado el liberalismo mexicano. Quizá, las más de las veces son los mismos; porque en este como en muchos otros planos de la historia de la historiografía es común advertir que nos convertimos en indagadores de aquello que desde nuestras perspectivas nos plantea dudas pero que a la vez nos sentimos capaces de comprender.[4] En todo caso, creo que las obras escritas por liberales, se asuman los escritores como tales o no, deben ser muchas y no tengo la intención de inventariarlas. Más escasas deben ser, forzosamente, las que toman por tema el liberalismo mexicano desde una perspectiva liberal. De entre las más notables y haciendo a un lado los estudios del liberalismo mexicano escritos por el célebre profesor estadounidense Charles Hale, recientemente homenajeado,[5] llaman la atención dos cuya resonancia ha sido tal que impide que se les ignore. Si quisiéramos juzgar la oportunidad de tomarlas como ejemplo, desde la teoría de la recepción, tendríamos allí un argumento más para ocuparnos de ellas.

Cierto que no era requisito llegar al siglo XX en México para encontrarnos con obras historiográficas que podían ser calificadas de liberales. De hecho, es sabido que este adjetivo entró en circulación para caracterizar el trabajo de algunos historiadores del siglo que le precede.[6] Nuestra tradición historiográfica cuenta en el periodo decimonónico con ejemplos que permiten asegurar la presencia del pensamiento que se ha asignado al término, desde por lo menos la tercera década. También es cierto que la primera mitad del siglo XX dio muestra de la pervivencia del ideario liberal, aún cuando no necesariamente de su hegemonía. Habría que caracterizar y cuantificar para pronunciarse en este sentido.

4. Hans Georg Gadamer, *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, trad. Anada Agud Aparicio y Rafael de Agapito, 4a. ed., Salamanca, Ediciones Sígueme, 1991 (Hermeneia, 7), p. 660. "[...] Estoy convencido de que la experiencia hermenéutica enseña que este esfuerzo [el de comprender] sólo resulta operante dentro de ciertos límites. Lo que se comprende está siempre de algún modo hablando en favor de sí mismo".

5. Josefina Vázquez, *et al.*, *Recepción y transformación del liberalismo en México. Homenaje al profesor Charles A. Hale*, México, El Colegio de México, 1999.

6. Las obras de Fueter y de Lefebvre contienen apartados para presentar a los historiadores liberales del siglo XIX. Véase Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, trad. Ana María Ripullone, Buenos Aires, Editorial Nova, 1953, 2 v., y George Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, trad. Alberto Méndez, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974.

Lo que me interesa ahora es subrayar que las dos obras notables a las que aludiré no surgieron de pronto, sin antecedente alguno en el propio suelo mexicano. Y enseguida indicar que la significatividad que veo en ellas las hace indispensables en un repertorio no elaborado de la dicha historiografía. Sin embargo, precisamente en atención a lo que significan para mí anticipo que me ocuparé propiamente de la que puedo enmarcar con mayor plenitud como narración histórica, pues mientras una pretende contar lo que ocurrió, así, en general, la otra de manera manifiesta utiliza la historia para describir la génesis del pensamiento liberal en México. Las obras en cuestión son *Historia moderna de México. La república restaurada* de Daniel Cosío Villegas y *El liberalismo mexicano* de Jesús Reyes Heroles.[7]

En fin, una vez más hago aprecio de la tradición. La que aquilato con esmero es la de quienes me enseñaron que algo o mucho se gana si cuando nos acercamos a un libro de historia tenemos en mente al individuo que tomó la pluma para escribirlo, y en atención a ella aviso que en los casos presentes esto constituye una tarea ardua porque ambos sujetos resultan personalidades de gran peso, que, por lo demás han sido valoradas y divulgadas en cuanto tales con elementos mucho más expertos que los que hoy pongo en juego. Tanto Daniel Cosío Villegas como Jesús Reyes Heroles, ocuparon en la vida de México escenarios que han reclamado ya esfuerzos para describirlos y explicarlos. No es el momento de hacer una lista bibliográfica o hemerográfica de lo que se ha escrito en ese sentido.[8] Sí en cambio existe para mí el imperativo de decir que la atención que se les ha

7. Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La república restaurada. Vida política interior*, 2a. ed., México, Buenos Aires, Hermes, 1959 (1a. ed., 1955). Como se sabe es este el primer volumen publicado de los diez que conforman la obra, cinco de los cuales salieron de la pluma de este autor, esto es, además del mencionado los cuatro que se refieren a la vida política interior y exterior del porfiriato. Por otra parte, está la obra de Jesús Reyes Heroles, *El liberalismo mexicano*, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1974, 3 vols. (la primera edición de esta obra fue publicada por la UNAM, y consta de I. *Los orígenes*, 1957; II. *La sociedad fluctuante*, 1958 y III. *La integración de las ideas*, 1961).

8. Entre otros trabajos dignos de atención, menciono solamente algunos: Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980, y *Daniel Cosío Villegas. El historiador liberal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984 (Vida y pensamiento de México). De Laura Angélica Moya López, *En política la forma es fondo. Jesús Reyes Heroles y el liberalismo mexicano*, México, El Nacional, 1991. Esta autora, que se ha perfilado como una importante estudiosa de Reyes Heroles ha publicado otros artículos sobre su pensamiento, y a ella debo y agradezco los datos de un trabajo comparativo de los enfoques de Cosío y Reyes sobre el liberalismo mexicano. El de Marcos Tonatiuh Aguila Medina, *El liberalismo y la sucesión presidencial de 1880*, México, UAM-A, Porrúa, 1995. Recientemente la tesis

brindado no agota las posibilidades de estudiarlos y que un estudio comparativo de sus aportaciones en materia de conocimiento histórico enriquecería notablemente nuestros juicios sobre los alcances de la historiografía liberal mexicana.

PRIMER ACERCAMIENTO A COSÍO O DE LOS MOTIVOS PARA EMPRENDER UNA HISTORIA

Concreto esta exposición a un caso, para mí muy elocuente, del relieve de este tipo de historiografía. Para abordarlo me propongo apuntar los motivos, recursos y fines del trabajo histórico con el que Cosío Villegas da comienzo a su empresa de dar a conocer la *Historia moderna de México.*

La república restaurada. Vida política interior fue impresa en el año de 1955. Formaba parte de una serie que aparece a partir de esa fecha y concluye en 1971. La historia que precede al libro ha sido contada más de una vez, pero vale la pena repetirla. Dícese que Daniel Cosío Villegas, nacido en julio de 1898 y muerto en marzo de 1976, cuyos primeros años transcurren en dos ciudades de la provincia, Colima y Toluca, cada una de ellas cargada de significados distintos en la memoria de Cosío, tras la experiencia como estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria en la ciudad de México, durante los años de la lucha armada revolucionaria, fue acumulando ricas vivencias de diversa índole, cerca de cinco de los Siete Sabios, en sus estudios de derecho, como heredero del curso de sociología de don Antonio Caso, en su carácter de dirigente de la Federación Mexicana de Estudiantes, en los contactos con estudiantes latinoamericanos, en los estudios en el extranjero; en una carrera multifacética que incluyó la docencia, la diplomacia, la empresa editorial, la empresa cultural, la economía; y que, con todo ello en su haber, un buen día desembocó en la desilusión más completa por el curso que tomaban los acontecimientos en México y escribió su celebérrimo artículo sobre "La crisis de México".

---

de licenciatura en historia, presentada por Roberto Fernández Castro e intitulada "Tres aproximaciones a la historiografía mexicana de 1940 a 1968", dedica consideraciones importantes a las obras de estos dos autores en el capítulo: Historia, ciencias sociales y el compromiso con el presente. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2000.

Corría el año de 1946 y estaba próximo a ocupar la silla presidencial Miguel Alemán, el escrito en cuestión cayó como una bomba entre políticos e intelectuales. Cosío, en las páginas de ese texto publicado en *Cuadernos Americanos*[9] toma en sus manos una porción de la historia de México para establecer un diagnóstico. A partir del paradigma de las metas que adjudica a la revolución mexicana, examina el fracaso. Se pregunta por qué y cuándo se agotó el programa de la revolución y considera que todos los hombres involucrados en su realización han resultado inferiores a las metas propuestas. Pese a las exigencias modestas que se hiciera el movimiento revolucionario que no era sino un movimiento democrático, popular y nacionalista, y a pesar de los logros obtenidos en diversos órdenes no se consiguió una mayor felicidad.[10]

Cosío somete a examen uno a uno los supuestos básicos de la revolución señalando algunas de las dificultades que han enfrentado. Y ya en uno de esos exámenes, al proponer la solución para la democracia, alude a la historia como parte de la educación y afirma que se debe "dar a todos los mexicanos una conciencia común de su pasado, de sus intereses, de sus problemas". Asimismo manifiesta su reconocimiento al triunfo liberal, pues contaba la gesta que emprendieron los liberales con hombres sin par, que, pese a todo, sucumbieron al militarismo. La razón por la que se muestra partidario de aquellos hombres es que tenían un programa. A propósito de lo cual, viene a cuento una aseveración que hace en sus *Memorias*, de que él admiraba a Miguel Palacios Macedo porque "confiaba no tanto en su talento [...] como en la disciplina y la previsión".[11]

Estabamos entonces en que Cosío hace un balance de la revolución que no resulta positivo. Juzga que, además, ésta ha perdido prestigio y autoridad moral; augura que la revolución y los partidos conservadores borrarán diferencias y se convertirán en parientes legítimos, y que con ello la revolución irá hacia la esterilidad. Los congresos revolucionarios le parecen servi-

9. "La crisis de México", firmado por Cosío en noviembre de 1946, aparece por primera vez en *Cuadernos Americanos*, año VI, 6 de marzo de 1947. Mi lectura sin embargo, proviene de la publicación de su texto en Daniel Cosío Villegas, *Extremos de América*, México, Tezontle, 1949, pp. 11-43.

10. Gadamer, apunta que en un último sentido formal es cierto que para toda praxis humana hay algo que está ya decidido, y es que tanto el individuo como la sociedad están orientados hacia la felicidad, *op. cit.*, t. I, p. 662.

11. Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, p. 52.

les. Se extraña, dice, el apoyo que brindaba al Congreso de 1867 la prensa periódica. En los tiempos que corren, convertida en prensa informativa, no ilustra más. Los logros de la revolución en lo que toca a la libertad política, reforma agraria y organización obrera habrían sido bastantes para mantener su autoridad moral de no ser por la deshonestidad, la corrupción y la impunidad que campean.

Aún Vasconcelos, a quien reconoce la gran labor que desarrolló en la educación, es juzgado severamente por la ambición política que manifestó, opina que desprestigió el nombre, la profesión y las intenciones del intelectual. La juventud, su obra educativa, es como él, reaccionaria y enemiga de la revolución, afirma.

En suma, lo que Cosío pretende es advertir de la crisis gravísima que observa y para ello hace oscuros augurios sobre el porvenir. En uno de los escenarios posibles sitúa a Estados Unidos como consejero de México en todos los órdenes. Se pregunta sobre las posibilidades de felicidad de los mexicanos en tal caso y enseguida plantea las vías más probables para reconquistar el camino y alcanzar al mismo tiempo que un progreso material una mejor organización política, social y humana.

Una de ellas es dejar el país en manos de las derechas, lo que a su juicio propiciaría que se purificaran las izquierdas, se limpiaran y fortalecieran las organizaciones obreras y campesinas; aunque también supone que en tal caso la Iglesia mostraría su verdadera condición, oscurantista y codiciosa. El perseguido sería el liberal y en esa lucha, dice, se fortalecerían y "se templarían su cuerpo y su espíritu". A fin de cuentas ve demasiados peligros en esa opción y llena de críticas a la derecha.

La otra posibilidad que plantea, y que es obviamente por la que él se inclina, radica en que salga de la propia revolución una reafirmación de sus principios y una depuración de sus hombres.

> Sí no se reafirman los principios, sino que simplemente se les escamotea; sí no se depuran los hombres, sino que simplemente se les adorna con ropitas domingueras y títulos… ¡De abogados! Entonces no habrá en México autoregeneración, y en consecuencia, la regeneración vendrá de fuera, y el país perderá mucho de su existencia nacional y a un plazo no muy largo.[12]

12. Cosío, "La crisis…", *op. cit.*, p. 43.

No es necesario practicar un análisis demasiado minucioso a esta pieza maestra de Cosío para advertir en ella la semilla del historiador que se desarrollaría en pocos años, ni tampoco es difícil advertir tras una lectura cuidadosa esas interesantes paradojas presentes en los liberales. Cierto que no estamos más frente a los encarnizados enemigos de la Iglesia católica en particular, ni de la religión en general, pero no deja de llamar la atención que el lenguaje liberal del ya para entonces distinguido personaje revelara con frecuencia esa cultura cristiana cautelosamente marginada por la tradición liberal ya consolidada, muchas veces bien plantada en los cimientos de su filosofía del hombre y de la vida. Algunas veces de manera más explícita y otras como de paso, las frases de Cosío remiten a una formación moral de raigambre cristiana que de filiarse con su etapa estudiantil y no con la tradición familiar, llevaría a indagar con cuidado la influencia de su maestro Caso y, por qué no, las vetas de filosofía espiritualista, de la que fuera exponente José María Vigil.[13] A fin de cuentas no es sólo en ese terreno en el que podríamos apreciar coincidencias entre uno y otro, pese a la distancia temporal que los separa.

El punto es que Cosío cuando habla de la riqueza agrícola y de la manera en que la revolución se propuso resolver el problema de las diferencias entre ricos y pobres, señala que el argumento que utilizó era de prosapia cristiana y planteaba la injusticia social. Más adelante, cuando opina sobre la labor de Vasconcelos en educación afirma que entendió su tarea como misión religiosa, que fue una labor apostólica en la que se planteó la fe en el libro. Otros términos usados, igualmente permitirían encontrar vasos comunicantes en su discurso que pueden servir de guías para apreciar el tejido de las convicciones de Cosío. Aunque no debe pasarse de largo su observación, cuando hace la crítica a las derechas, al punto de que distingue bien entre "el catolicismo" y "una jerarquía eclesiástica que no tiene superioridad moral".

La importancia que tiene para mí llamar la atención sobre este particular radica en que tratándose como se trata de un liberal puro, en opinión del más importante de sus biógrafos, conviene tener presentes los matices y peculiaridades que presenta. Y con ello ir anotando las semejanzas y dife-

13. Una tesis recientemente presentada ofrece líneas interesantes para relacionarlos. Véase José Hernández Prado, "Sentido común y liberalismo filosófico. La cuestión en José María Vigil y Antonio Caso", tesis de doctorado, UNAM, 2000.

rencias posibles con liberales de otros tiempos y de otras latitudes. Además, anticipándome a algunas de las cosas que hasta ahora puedo concluir, habría que penetrar en esos planos para valorar la repercusión de los distintos mensajes de Cosío sobre el pasado y el futuro de México, de los cuales las páginas de "La crisis de México", no eran sino un adelanto.

SEGUNDO ACERCAMIENTO A COSÍO O LOS RECURSOS QUE SE TIENEN PARA ESCRIBIR ESA HISTORIA

Cuando en las primeras páginas del *México a través de los siglos* se anuncia que es la "historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual"; y se muestran credenciales para advertir al lector de que hallará en ella una: "obra única en su género, publicada bajo la dirección del general d. Vicente Riva Palacio, e imparcial y concienzudamente escrita en vista de cuanto existe de notable y en presencia de preciosos datos y documentos hasta hace poco desconocidos por los reputados literatos [...]", obviamente se está en las reglas del juego de la disciplina histórica que privan ya en los espacios europeos y americanos donde los profesionales de la historia se han preocupado por trazarlas, aún sin que pueda hablarse de profesionalización del trabajo histórico en el país. Pero más de medio siglo después, en México se han incorporado esas normas a los espacios académicos y se puede proponer sin mayor duda que la escritura de la historia le compete a quienes las conocen.

De ahí que, no puede extrañarnos para nada que la obligación que se impone Daniel Cosío Villegas, tras su diagnóstico de la vida política de México, requiriera para su cumplimiento además de una ardua y fatigosa labor, de una declaración abierta y explícita sobre el compromiso que como historiador había adquirido.

Cosío en lo que decidió denominar *Llamada general* invita a los lectores de los diez tomos que componen su imponente *Historia moderna de México* a seguir sus pasos para investigar y dar a conocer esa historia que, a su parecer daría las claves para entender el México de su tiempo.

Comienza por el principio: justifica la temporalidad a la que habrá de referirse y le coloca una historia antigua o formativa a lo que considera

el periodo inaugural de la "historia moderna", el momento en que "la autoridad del Estado domina las fuerzas tradicionales contrarias al desarrollo de la nacionalidad". Está convencido de que "con la victoria total de la república sobre el imperio y del liberalismo sobre la reacción conservadora, se alcanza un equilibrio político que subsiste cuarenta y cuatro años. Por eso, para mí –dice– la historia moderna de México se inicia en 1867".

A la vez que ve en el porfiriato la clave de la historia moderna y de la contemporánea, ve en la república restaurada la clave del porfiriato. Discurre sobre la conveniencia de ver ambos periodos como un ciclo completo, aunque insistiendo en la subdivisión, como discurre en la necesaria observación de los aspectos económico y social para ofrecer un cuadro integral de la realidad que comprende dicho ciclo. Y, de inmediato, deja ver al historiador liberal, tras el que estamos. La historia que quiere narrar es una historia de grandes figuras; la de un mundo poblado de aquellos hombres que "parecían gigantes", anota siguiendo a su maestro Caso.

Los términos en los que se expresa acerca de la duración de la vida de algunos de ellos y sobre todo el sentido que frases tales como "eliminación despiadada", o "circunstancias desafortunadas" nos evocan, así como las que utiliza para referirse a la Constitución de 1857, en pocas páginas nos garantizan que no hay lugar a equívocos. Se trata de un liberal frente al tema del liberalismo en la política mexicana. Los nombres propios, los sustantivos y los adjetivos obran la magia de las palabras y comunican el entusiasmo de Cosío por su tema de estudio.

También descubre algo más de lo que dice cuando hace eco a quienes frente al relato de la historia mexicana pueden sentir vértigo y repugnancia. Pero, inmediatamente señala a los culpables. Los historiadores carecen de penetración o aprenden imperfectamente el oficio o bien, y esto es digno de subrayarse, enseñan de manera mecánica y repetitiva la historia; la enseñan "falta del aliento que da la fe en los destinos superiores y permanentes de un pueblo". Él no dice que los tenga, pero es evidente que la última lo sostiene y el primero lo impulsa. Sereno, ofrece el complemento perfecto para la historia política, la social y la económica. Finalmente son muchos más los mexicanos que aparecen en éstas, de allí dice, proviene el "plan general" de la obra que se propone publicar.

Inmediatamente después vienen las declaraciones que deben asociarse a la portada del *México a través de los siglos*. Si a mediados del siglo

XX se trata de dar razón de una historia que explica el presente, habrá que hacerlo como la disciplina manda: abarcar todo el ciclo histórico propuesto, atender a los tres aspectos mencionados y lo que se repetirá más de una vez, se va a "cimentar la obra [...] en un estudio agotador de las fuentes primarias". Se trazará el cuadro con material nuevo: "fuentes documentales desconocidas, intocadas [...]", "prensa [...] abundante, rica [...] libre", documentos oficiales, fuentes regionales. " [...] Con la consigna de no admitir ninguna afirmación o hipótesis sin hallarle una comprobación documental y tan primaria como fuera posible".

Hasta ese punto, la oferta resulta muy interesante. Además la empresa requerida para un compromiso tal, muestra sus nada desdeñables proporciones. Cosío describe la organización, consigue del lector la confianza de que un equipo completo y bien jerarquizado garantiza la labor heurística y la crítica. La prueba de fuego, la redacción, quedará en manos de quienes demuestren la capacidad de reunir en uno al individuo libre que tiene iniciativa y a la vez admite la crítica que le señala sus errores.

El historiador liberal que comanda la empresa, el propio Cosío, admite en ella el concurso de todas las gamas ideológicas sin llegar al extremo de incorporar marxistas, advierte; pero eso sí, todos bajo un principio cardinal: "distinguir tajante, inequívocamente, el juicio, aún la mera apreciación, de lo que es una afirmación de hechos [...] y no hacer jamás ninguna [...] sin el apoyo de un documento cuya autenticidad ha sido debidamente medida". Del estilo, no exige sino la expresión clara y correcta.

Mayor sobriedad no es posible pedir. Daniel Cosío Villegas en este primer volumen dado a la imprenta en 1955, nueve años después de que manifestara su disgusto por los derroteros de la vida política de México, postula que acomete la tarea con una profunda convicción de que habrá que dar con la verdad de lo ocurrido.

No voy a detenerme en la descripción de los volúmenes que integran esta etapa del trabajo historiográfico de Cosío Villegas y su equipo. Ni siquiera es posible que ofrezca una apreciación justa de los cinco que salieron de su pluma.[14] Sólo quiero acercarme a las páginas que preceden al

14. Baste con señalar que la *Historia moderna de México* consta de diez volúmenes, cinco de los cuales se refieren a la vida política, tres a la vida económica y dos más a la vida social. Los cinco primeros son de la autoría de Cosío Villegas, y el conjunto de la obra se publicó de 1957 a 1972.

relato de la vida política de la primera etapa elegida por Cosío para advertir las obsesiones que pone por delante el historiador liberal que, a estas alturas –y es apenas el comienzo–, ya se deja ver.

Paso a paso, Cosío señala al lector la ruta que siguió para asegurarse de que no hacía sino colocarse en un estado de virginidad para recibir las impresiones de las fuentes que le mostrarían a la república restaurada "noble y trágica, preñada de lecciones, venero inagotable de meditación; también coherente y vestíbulo obligado del porfiriato". Anuncia que su conclusión de ese ejercicio metodológico que implicó ir a la historia, dejando incluso a un lado las hipótesis, se trató de un tiempo de "preocupaciones centrales".

No sé si a los lectores todo esto les diga lo que a mi me dice. Quiero puntualizar que el rescate de las frases no implica una ironía de mi parte. Estoy atenta y me detengo en ellas porque juzgo que la elocuencia de Cosío respecto a los procesos que sigue un historiador es enorme. Lo cierto es que la posición que él guarda frente al trabajo indica su convicción de que el historiador *realmente* recibe las impresiones del pasado sin poner nada en ellas, sino el esfuerzo de unir de manera coherente los elementos que se consiguen. En el recorrido subsecuente, Cosío incluso explica la arquitectónica de su trabajo; da razón de títulos y contenidos, de los motivos para empezar en donde empieza y terminar en donde termina. Y, sin poderlo remediar, pese a que la simple enumeración de capítulos ha puesto en evidencia al narrador, Cosío reitera que en sus obras los hechos predominan en número y significado por encima de interpretaciones y opiniones. Insiste en el apoyo en hechos más que en bibliografía, dos veces menciona el número de citas que contiene el volumen, 3 120. Apunta lo que considera la tarea única de la historia: "[...] descubrir los cambios a través del tiempo, o sea, cómo y por qué las cosas de ayer fueron distintas de las de hoy, o cómo y por qué surgieron después cosas inexistentes antes". Es decir, el historiador en el que piensa Cosío cuando traza estas líneas descubre, pero también explica. ¿Cómo lo hace?, sí para pronunciar cualquier juicio u opinión hay que probarla, es un arte que habrá que elucidar en una lectura analítica de esta obra.

La lectura somera, de un cuadro escrito con algo más que corrección y claridad, con un verdadero estilo, dista de aparecer como una suma de noticias abrevadas en fuentes primarias y cuidadosa de los compromisos que contrae el historiador cuando ejerce su oficio. Ya he dicho que el simple enunciado de temas y contenidos deja entrever la carga de significados que

están allí, en medio de los nombres y los hechos. Cosío compone una historia y la compone como lo puede hacer un convencido liberal puro, mexicano, de mediados de siglo, que mira a un pasado seguramente con toda la intención de escudriñarlo en su total realidad, pero que ve en él, y esto resulta inevitable, un acto fundador. Allí, en la república restaurada, nació México a la vida política.

Los obstáculos, los desaciertos, los fracasos; son enseñanzas que los mexicanos deberán apreciar para servirse de ellos. Pero, allí en ese territorio que Cosío Villegas elige para explicar su mundo está su posibilidad de instalar la utopía y con ella elaborar un cuadro histórico.

A nosotros lo que nos corresponde es leerlo, quizás utilizar los datos que ha obtenido si nuestra mira está en los sucesos ocurridos en el México de 1867 a 1877, o bien atisbar al historiador liberal que está presente entre las líneas e intentar descifrar su mensaje.

En mi opinión, la historiografía liberal, como cualquier otra, tiene derecho a poblar el campo del conocimiento histórico; lo interesante es averiguar si ésta o cualquier otra tiene derecho a apropiarse de la interpretación de lo que somos o deberíamos ser. A mi juicio hay allí uno de los objetos de estudio de los historiadores de la historiografía. Averiguar los por qués, cómos y para qués de las historias escritas aquí y allá es parte de nuestro quehacer.

Tercer y último acercamiento a Cosío o de los posibles efectos de su historia

No me queda ninguna duda de la representatividad que tiene la obra de Cosío Villegas, tanto en su totalidad como en el volumen aquí aludido, de la historiografía liberal mexicana del siglo XX. Los protagonistas que pueblan mayoritariamente el relato, las capacidades y limitaciones que se les adjudican para ir por el mundo resolviéndolo o complicándolo, las responsabilidades que se les señalan, las conclusiones implícitas que el autor va dejando para crear los eslabones necesarios entre el pasado de lo narrado, el presente narrado y el futuro que el historiador conoce, invitan como ya dije a una lectura analítica del texto.

Sin embargo, en este momento lo que me parece de singular importancia es especular sobre la trascendencia de este tipo de historias en la formación de la conciencia histórica. Y digo especular, porque carezco de las metodologías que supongo que vienen en el mismo paquete de la teoría de la recepción, o se le irán agregando, y que sin duda serán de mucha utilidad.

Quiero, pues, suponer que el esfuerzo de Cosío Villegas por mantener atado al pensador liberal, sin conseguirlo, no es en vano, ni permite manifestar la frase chocantísima de que su trabajo ya ha sido superado. Quiero pensar que la autenticidad de su pregunta por el pasado que confiaba explicaría su presente, la dedicación y el esfuerzo por recabar información y cernirla, han dado frutos. Que más allá de lo que el propio Cosío obtuvo de esta primera obra histórica que produjo, de las que la acompañaron a lo largo de la investigación y edición, y de las que le siguieron, la recepción que ha tenido su obra toda permite aprendizajes diversos.[15] Quiero suponer también que estos provienen no sólo de los datos y los hechos que tan celosamente quiso consignar, sino que se desprenden del ideario que lo movió a buscarlos, del entramado con el que logró poner ambas cosas en concierto y de las implicaciones que tiene para nosotros el contacto con el lenguaje de un liberal que quiso creer en un México, que desde luego ha cambiado, que quizá nunca fue exactamente como él lo vio e indudablemente tiene más protagonistas de los que desfilaron por su pluma, pero que en las imágenes que proyecta también está atrapado. Porque Cosío fue de México, y hay una parte de México que fue de Cosío y nosotros el día de hoy podemos admitir que una parte de sus mensajes nos ha constituido y a la vez nos ha dejado incompletos. Sus respuestas no pueden ser las nuestras. Como, en el caso de asumirnos como tales, su manera de ser liberal no puede ser la que nos defina.

Tenemos respecto a Cosío un trecho más de historia política que ha ocurrido, que ha sido leída e interpretada y que conviene contrastar con los pronósticos de este autor, a veces visionario, para saber en qué medida su versión liberal de la política mexicana todavía nos explica.

15. Una cronobibliografía de Cosío Villegas desde 1922 hasta 1971 aparece en *Extremos de México. Homenaje a don Daniel Cosío Villegas*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1971, (Nueva Serie 14), pp. 12-30.

Por mi parte, pese al uso reiterativo que he hecho del término liberal estoy convencida que lo usamos con ligereza, que nos deberíamos disponer a analizarlo y a discutir la conveniencia de seguir calificando con él los escritos históricos del siglo XX; como en todo caso deberíamos discutir otros conceptos semejantes que han ido acumulando significados a veces distintos, y por consiguiente, perdiendo el sentido unívoco que en repetidas ocasiones se espera de ellos.

Aunque debo reconocer que algunos de los conceptos que Hayden White toma de Karl Manheim para caracterizar a los liberales decimonónicos, permiten identificar ciertos rasgos y actitudes del historiador Cosío Villegas,[16] tales como su percepción del cambio social; la estructura de la sociedad como algo sólido y por ello mismo los cambios eficaces operando sólo en una parte de ella; el ritmo en el que deben darse los cambios: "los liberales favorecen el ritmo llamado *social* del debate parlamentario o el de los procesos educativos y contiendas electorales entre partidos comprometidos a la observancia de leyes de gobierno establecidas". Asimismo, respecto a las orientaciones temporales, quizá, y esto lo aventuro, es Cosío uno de esos historiadores que imaginan un momento en el futuro en que la estructura institucional puede mejorar, pero proyectan esa condición utópica hacia un futuro remoto de manera que desalientan todo esfuerzo por realizarla precipitadamente y por medios radicales.

Otro renglón en el que definitivamente sí se puede apreciar a Cosío como un historiador liberal es el que indica que respecto a los paradigmas de la forma que debe adoptar la explicación histórica los liberales, al igual que los radicales, creen en la posibilidad de estudiar la historia racional y científicamente, pero no piensan lo mismo de esos términos. Unos buscan leyes de las estructuras y los procesos; y otros, tendencias generales o corriente principal de desarrollo.

Cosío Villegas creyó en las capacidades de los hombres para abrirse paso en la historia y construir sociedades más democráticas, a la vez, mantuvo una posición crítica que enjuiciaba a quienes estaban por debajo de los principios que se habían dado como directrices y con recursos que muchas

16. Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 32 y ss.

veces remiten a la moral cristiana, pedía honestidad y justicia para salir avante. Hace falta un largo recorrido para calar hondo en su obra historiográfica. Ojalá que todos los historiadores liberales hubieran construido propuestas tan imponentes como la suya. Mientras detectamos a sus semejantes, tenemos tela de donde cortar para entretenernos.

"LA OTRA HISTORIA": LA HISTORIOGRAFÍA CONSERVADORA*

Jaime del Arenal Fenochio
Escuela Libre de Derecho

INTRODUCCIÓN

En esta ocasión me corresponde tratar sobre "la otra historia": la historia de la historiografía conservadora, la llamada historiografía de la derecha católica mexicana, porque aclaro que hay diversas "derechas". El término conservador nos remite, desde luego, a la historia política del siglo XIX. Nuestros autores son herederos de los historiadores conservadores como Lucas Alamán, Niceto de Zamacois, Luis Gonzaga Cuevas y Francisco de Paula Arrangóiz; pero más allá de estos autores mexicanos estaba el irlandés Edmund Burke (1729-1797) y, en especial, el francés Joseph de Maistre (1753-1821), los ideólogos del conservadurismo europeo del siglo pasado, entendido sobre todo como un pensamiento antirrevolucionario.

Es un conservadurismo, en particular el del segundo, cargado de elementos religiosos que elaboró una doctrina, una ideología del poder político, de la religión y de la historia, ciertamente muy polémica; pero que se convirtió en uno de los denominadores comunes de casi todos nuestros autores. Según esta tesis –que los llevó a ser descalificados por la historiografía académica del siglo XX– el mundo occidental ha sido víctima, a partir de la revolución francesa, de una conjura judeomasónica tendiente a destruir a la Iglesia católica y al catolicismo en general. La historia occidental de los siglos XIX y XX se explicaría desde la lucha permanente entre la Iglesia y las sociedades secretas de origen judío. El poder político de los Estados modernos, europeos y americanos, estaría controlado por las sociedades masónicas y, detrás de éstas, por el judaísmo internacional, cuya meta es la

* Versión revisada por el autor, conferencia dictada en Zamora, Michoacán, el 9 de agosto de 2000.

"descristianización" de occidente. El catolicismo, su gran enemigo, sería suplantado por los ideales de la revolución francesa, seculares, ateos, laicos, modernos: la tolerancia religiosa, el liberalismo, la libertad de prensa, el divorcio, el individualismo, el laicismo en la educación y la secularización de la vida en todo sentido.

Es bien sabido que la palabra revolución es clave en la historiografía mexicana del siglo XX, ya sea porque es invocada por historiadores conservadores como por los de otras ideologías. Pero los primeros no se refieren a la revolución liberal ni a la revolución mexicana de 1910, sino la "revolución judeomasónica" dirigida a descristianizar a Occidente, cuyos primeros pasos fueron dados con la reforma protestante. En el siglo XVI, el protestantismo fue el primer instrumento en la gran lucha para acabar con la Iglesia; en el siglo XVIII, lo fueron las sociedades de iluminados concretamente las logias masónicas. Muchas de estas ideas provienen de Joseph de Maistre y otros pensadores (muchos jesuitas) que entendían la historia como una epopeya en defensa de la Iglesia católica.

Si bien tuvo algún efecto en la historiografía mexicana del siglo XIX, esta ideología no influyó con todo su radicalismo en los historiadores conservadores mexicanos sino hasta el siglo XX, cuando la mayoría de los autores –no todos– se dejaron guiar por sus orientaciones. A estos dos primeros elementos –políticos y religiosos– hay que agregar el hispanismo acentuado en nuestros autores, hispanismo que supone una actitud contraria a todo lo estadounidense y, en general, a lo anglosajón.

LAS GENERACIONES

Para esta exposición seleccioné únicamente a cuarenta autores. En toda selección aparece el problema de elegir y descartar. Después de pensarlo mucho, escogí a cuarenta historiadores (aunque soy consciente de que hay más) porque creo que son los que tuvieron mayor difusión y gozaron, desde luego, de mejor suerte editorial. Los clasifiqué según dos criterios: por la corriente que representan y por generaciones. Me refiero a ellos como el grupo "beligerante", que incluye a los que utilizan a la historia como instrumento o arma para destruir a la otra historia (la de los liberales, la revolucionaria) y mantienen una continúa polémica con la historiografía del Estado

mexicano triunfante en el siglo XX. Estos cuarenta constituyen el centro de mi exposición, aunque después y en forma incidental me referiré a dos grupos más: los eruditos tradicionalistas y los académicos, cuyas obras superan y trascienden la polémica conservadurismo *versus* la historia oficial.

Grupo beligerante

Sacerdotes	Cátolicos laicos	Ex liberales
Primo Feliciano Velázquez (Querétaro 1860-SLP 1946)	Luis García Pimentel (México 1855-1930)	Francisco Bulnes (México 1847-1924)
Emeterio Valverde Téllez (Villa del Carbón 1864-León 1868)	Francisco Elguero (Morelia 1856-1932)	Toribio Esquivel Obregón (León 1864-México 1946)
Francisco Regis Planchet (Jonsieux, Francia, 1864-?)	Antonio Gibaja y Patrón (Mérida 1863-México ¿1926?)	Victoriano Salado Álvarez (Teocaltiche 1867-México 1931)
Francisco Banegas Galván (Celaya 1867-Querétaro 1932)	Alejandro Villaseñor (México 1864-1912)	Ezequiel A. Chávez (Aguascalientes 1868-México 1946)
Gerardo Decorme S. J. (Talencieux, Fra., 1874-Texas, 1965)	Eduardo J. Correa (Aguascalientes 1874- México 1964)	Carios Pereyra (Saltillo 1871-Madrid 1942)
Jesús García Gutiérrez (Huixquilucan 1875-México 1958)	Alberto María Carreño (Tacubaya 1875-México 1962)	José Vasconcelos (Oaxaca 1882-México 1959)
Mariano Cuevas S. J. (México 1878-1949)	Andrés Barquín (¿-1967)	Nemesio García Naranjo (Lampazos 1883-México 1962)
Rafael Martinez del Campo S.J. (México 1888-1965)	Alfonso Junco (Monterrey 1896-México 1974)	Alfonso Taracena (Cunduacán 1897-México 1995)
Joaquín Márquez Montiel S. J. (Puebla 1897-?)	Armando de María y Campos (México 1897-1967)	
José Bravo Ugarte S. J. (Morelia 1898-México 1968)	Jesús Guisa y Acevedo (Salvatierra 1899-México 1986)	
Daniel Olmedo S. J. (México 1903-1984)	Salvador Abascal (Morelia 1910-México 2000)	
Gabriel Méndez Plancarte (Zamora 1905-México 1949)	Alfonso Trueba (Celaya 1915-?)	
Heriberto Navarrete S. J. (?)	Antonio Rius Facius (México 1918-?)	
José Gutiérrez Casillas S. J. (?)	José Fuentes Mares (Chihuahua 1919-1986)	
Lauro López Beltrán (Cuautla 1904-?)	Celerino Salmerón (Oaxaca 1920-?)	
J. H. L. Schlarman S. J. (Illinois 1879-?)	Carlos Alvear Acevedo (México 1920-?)	

En primer lugar incluyo a los sacerdotes. Es obvio que todos comulgan y abrevan en raíces profundamente religiosas y se comprometen en la defensa del catolicismo. De dieciséis sacerdotes, la mayoría jesuitas, destacan autores muy conocidos como los padres Mariano Cuevas, Jesús García Gutiérrez y José Bravo Ugarte. Sólo el libro del jesuita estadounidense Joseph H. L. Schlarman *México, tierra de volcanes* se ha editado más que cualquier otro texto de historia oficial, lo que habla de la incidencia que ha tenido la historiografía conservadora en el público en general. Aunque habría que precisar quiénes leen estos libros, hay que reconocer su suerte editorial.

Un segundo grupo lo forman los católicos laicos. No todos son católicos ortodoxos, sino algunos son más o menos liberales, pero todos expresan su catolicismo de algún modo en su obra: García Pimentel, Elguero, Gibaja y Patrón, Villaseñor, Correa, Carreño, Barquín, Junco, De María y Campos, Guisa y Acevedo, Abascal, Trueba, Rius Facius y Fuentes Mares. Como Salvador Abascal (un abogado muy polémico) falleció el 23 de marzo de 2000, los únicos sobrevivientes son Celerino Salmerón y Carlos Alvear Acevedo.

Por último, menciono a los ex liberales. ¿A quiénes llamo ex liberales? A los autores que después de abandonar en cierto momento su catolicismo infantil regresaron a él en su madurez. Durante su juventud tuvieron una formación liberal, laica; algunos incluso tuvieron vínculos con logias masónicas, pero en un momento de su vida asumieron una inclinación francamente conservadora. Muchos sufrieron el exilio, algunos en Estados Unidos, pero regresaron a México y se afiliaron al pensamiento conservador, católico e hispánico. El grupo lo forman personajes como Bulnes, Esquivel Obregón, Salado Álvarez, Chávez, Pereyra, Vasconcelos, García Naranjo y Taracena, que representan una corriente propiamente conservadora por sus características combativa, apologética, reivindicadora, heterodoxa y apasionada.

Siguiendo el método y cronología de Luis González podemos ubicar a nuestros cuarenta autores en las siguientes generaciones:

Los Científicos 1841-1856	Generación Azul 1857-1872	El Ateneo 1873-1888	Generación de 1915 1889-1905	Generación del 29 1906-1920
Francisco Bulnes	Primo Feliciano Velázquez	Gerardo Decorme S. J.	P. Joaquín Márquez M. S. J.	P. Heriberto Navarrete S. J.
(México 1847-1924)	(Querétaro 1860-SLP 1946)	(Francia 1874-Texas 1965)	(Puebla 1897-?)	(?)
Luis García Pimentel	P. Emeterio Valverde T.	P. Jesús García G.	P. José Bravo Ugarte S. J.	P. José Gutiérrez Casillas
(México 1855-1930)	(Villa del C. 1864-León 1948)	(Huix. 1875-México 1958)	(Morelia 1898-México 1968)	(?)
Francisco Elguero	P. Fco. Regis Planchet	P. Mariano Cuevas S. J.	P. Daniel Olmedo S. J.	P. J.H.L. Schlarman S. J.
(Morelia 1856-1932)	(Jonzieux, Fra.1864-?)	(México 1878-1949)	(México 1903-1984)	(Illinois 1879-?)
	P. Fco. Banegas Galván	P. Rafael Martínez del C.	P. Lauro López Beltrán	Salvador Abascal
	(Celaya 1867-Gro. 1932)	(México 1888-1965)	(Cuautla 1904-?)	(Mor.1910-México 2000)
	Antonio Gibaja y Patrón	Eduardo J. Correa	Gabriel Méndez Plancarte	Alfonso Trueba
	(Mérida 1863-México ¿1926?)	(Ags. 1874-México 1964)	(Zamora 1905-México 1949)	(Celaya 1915-?)
	Alejandro Villaseñor	Alberto María Carreño	Andrés Barquín	Antonio Rius Facius
	(México 1864-1912)	(México 1875-1962)	(¿-1967)	(México 1918-?)
	Toribio Esquivel Obregón	José Vasconcelos	Alfonso Junco	José Fuentes Mares
	(León 1864-México 1946)	(Oax. 1882-México 1959)	(Mtrrey. 1896-México 1974)	(Chihuahua 1919-1986)
	Victoriano Salado Álvarez	Nemesio García Naranjo	Armando de María y C.	Celerino Salmerón
	(Teocaltiche 1867-Mex.1931)	(N.L. 1883-México 1962)	(México 1897-1967)	(R. La Libertad, Oax. 1920-?)
	Ezequiel A. Chávez	Jesús Guisa y Acevedo	Carlos Alvear Acevedo	
	(Ags. 1868-México 1946)	(Salvatierra 1899-Mex. 1986)	(México 1920-?)	
	Carlos Pereyra	Alfonso Taracena		
	(Saltillo 1871-Madrid 1942)	(Cunduacán 1897-Méx. 1995)		

La generación de 1929 marca el fin de la polémica conservadurismo *versus* la historia oficial. En los años sesenta y principios de los setenta encontramos una intensa producción de estos autores, pero después del Concilio Vaticano II cesó la polémica contra los principios del liberalismo combatidos antaño por los conservadores. Cuando la Iglesia católica se abrió a la modernidad, muchos "integristas" se quedaron prácticamente "en el aire" y los más tradicionalistas se sintieron deslegitimados y sin apoyo para seguir publicando. Algunos inclusive rompieron su vínculo o se mostraron escépticos o críticos con la Iglesia católica.

Después del Concilio prácticamente termina lo que llamo la corriente "conservadora beligerante" y comienza a surgir una historiografía menos apasionada y nada combativa, ya académica y científica, forjada en instituciones como El Colegio de México o la UNAM, comprometida con el manejo de fuentes y con los métodos modernos de la interpretación histórica. Aunque sus temas pueden ser los mismos que trabajaron los historiadores conservadores, su tratamiento es distinto, pues ya no plantea la polémica ni busca los mismos objetivos de aquéllos salvo el de desacralizar a la historia oficial.

Es justo reconocer que no todos estos historiadores aceptaron las ideas más radicales del pensamiento conservador, como la interpretación de la historia guiada por una conspiración judemasónica o el utramontanismo católico. Como siempre, hay matices, diferencias y hasta ideas y planteamientos contrarios. Es imposible conjuntar a un Gibaja con un Taracena o un García Naranjo. En esta perspectiva, por ejemplo, la labor de José Fuentes Mares representa un auténtico parteaguas entre una y otra época; por eso es el antepenúltimo de nuestros historiadores. En sus primeras obras asumió ideas claramente conservadoras, pero siempre trabajó la historia con un oficio de historiador profesional. Sus últimos libros siguieron en la línea de un pensamiento tradicional, pero ya no tenían el carácter combativo y polémico de los primeros. Para mí, Fuentes Mares puso fin a la historiografía conservadora del siglo XX.

De los dos vivos, Celerino Salmerón se ubica en los extremos más radicales, dentro de los grupos ultramontanos y los falangistas mexicanos. Es de los que encuentran masones hasta por debajo de las piedras e insisten en que la historia de México es la historia del combate del judaísmo inter-

nacional contra la Iglesia. Salmerón aporta ideas a los grupos de la ultraderecha beligerante tipo MURO, tipo Tecos, pero precisamente esto lo separa de la historiografía conservadora que hacen, por ejemplo, Fuentes Mares o los últimos autores conservadores como Carlos Alvear Acevedo, que no se ajustan a la línea combativa o beligerante radical. El segundo es autor de un libro de texto de historia de México muy difundido, que lleva más de treinta ediciones y fue el más leído en las escuelas particulares católicas de todo el país a nivel de secundaria (yo lo estudié en el Colegio Cristóbal Colón). Es una cuestión que no se debe soslayar: no es el libro de texto de la Secretaría de Educación Pública, pero tiene un gran impacto editorial y la visión conservadora de un historiador de relativa segunda importancia.

Por su origen, nueve nacieron en la ciudad de México (uno en Tacubaya), y veinte en la provincia: cuatro en Michoacán (dos en Zamora), cuatro en Guanajuato, dos en Aguascalientes, Estado de México, Oaxaca, Nuevo León y uno en San Luis Potosí, Puebla, Yucatán, Chihuahua, Jalisco, Morelos, Tabasco y Coahuila. Por regiones, domina el centro (veinte) y le siguen el occidente (seis), el norte (cinco) y el sur. Prácticamente todo el país está representado –de Chihuahua a Yucatán– y los autores no están vinculados sólo al centro o centro occidente de México (los territorios cristeros), sino también a regiones con un catolicismo muy atenuado como Nuevo León, Chihuahua o Coahuila. Cuando menos veintidós murieron en la capital del país que es el imán que atrae y atrapa a intelectuales de todo tipo, políticos, periodistas y escritores. Hay tres extranjeros: dos franceses y un estadounidense.

En cuanto a formación intelectual predominan los que cursaron estudios superiores y obtuvieron un título o un grado: dieciséis son sacerdotes (la mitad jesuitas), dieciséis abogados (uno también sacerdote), cuatro periodistas, tres filósofos (dos también abogados), dos historiadores sin título, un profesor y un ingeniero.

Por su desarrollo profesional y actividades diversas a su profesión, hay diez políticos y un diplomático. Algunos se dedicaron a la docencia o combinaron a ésta con otras actividades. Desde luego, todos escribieron con gusto historia, biografía, literatura, crónica periodística, memorias, antologías, manuales escolares, libros jurídicos, filosóficos o religiosos, y todos compartieron el deseo por rescatar "la otra historia de México".

HISTORIA E IDEOLOGÍA

¿Cuál es el ideario de la historiografía conservadora? Primero, defender a la Iglesia de los masones y otros enemigos que pretenden infiltrarse en su interior. Los grupos más integristas, incluso, pensaron que el Concilio Vaticano II fue manipulado por los masones y que los progresistas de la Iglesia en los años de 1968-1970, también eran voceros de la masonería, el judaísmo y el comunismo mundial. Comunistas, protestantes, liberales, socialistas, republicanos, federalistas, todos eran masones y a todos había que combatir. Aquí subyace una añoranza por la Monarquía católica o por el Estado autoritario católico que los vincula con el fascismo de los años treinta. Pero el Estado autoritario católico que ellos defendieron difiere del fascismo italiano en que éste se basa en un corporativismo de Estado. En el México de Cárdenas, como en la Italia de Mussolini, se corporativizó a la sociedad a la fuerza y verticalmente, mientras que el corporativismo católico se entiende al revés: el Estado surge de abajo, del conjunto de sus corporaciones naturales. También el autoritarismo nace en forma espontánea y no es el Estado el que lo impone o el que genera la corporativización de la sociedad. Habría, pues, diferencias claras que los hacen afines al pensamiento de Franco en España y de Salazar en Portugal, quienes reivindicaron este corporativismo natural (las sociedades intermedias que forman a la sociedad política) y después impusieron el autoritarismo.

Para los conservadores mexicanos, la historia es un arma sobre todo defensiva, no para el ataque; bueno, también atacan, pero lo primero es defenderse y rescatar esa otra historia que el Estado mexicano se encarga de descalificar, ignorar y destruir. Valga un ejemplo: el 27 de septiembre de 1921, en una sesión solemne en la Cámara de Diputados para festejar el centenario de la independencia, se apagaron las luces y los diputados derribaron el nombre de Agustín de Iturbide (que estaba inscrito en letras de oro en los muros del recinto parlamentario) y brindaron por cada letra que iba cayendo. Es decir, el Estado también se encarga de destruir: cambia los nombres a las calles y los pueblos para imponer su historia. Por eso los conservadores combaten, inclusive físicamente (hace años Salmerón integró grupos de choque de la ultraderecha), en defensa de su visión de México, una visión unida estrechamente a la acción de la Iglesia católica.

Para la mayoría de estos conservadores, la historia deviene en ideología no en verdad científica ni en comprensión del pasado, pues está cargada de tintes subjetivos y de fines claramente ideológicos. Su historia es heterodoxa (pues combate a la historia liberal-oficial impuesta en el siglo pasado) e iconodúlica porque, al igual que la historia oficial, gusta de las imágenes, las estatuas de mármol o bronce y los retratos (Miramón, Iturbide, Lucas Alamán, Hernán Cortés). Tiene la clara intención de rescatar al personaje, casi siempre calificado de mártir, para el culto y la veneración popular. Los grupos más reaccionarios aún conmemoran la muerte de Maximiliano y organizan misas los 27 de septiembre de cada año en la tumba de Iturbide. En estas ceremonias tocan el himno nacional, enarbolan banderas y, aunque no dejan de ser interesantes, cada vez son menos concurridas. Si la historia es arma, ésta nos lleva obviamente a la polémica, al combate. Recordemos *La hoja de combate* que Salvador Abascal dirigió hasta poco antes de morir: desde los años sesenta fue un instrumento periodístico para dar a conocer estas ideas y emprender críticas, a veces justas, contra las distintas actitudes del poder político revolucionario.

Otra característica de esta historiografía es su tendencia reivindicadora. Lo que más le importa reivindicar es el papel de la Iglesia en la historia de México y, junto con ella, la memoria de sus personajes afines, es decir, los que en la colonia o el siglo XIX lucharon por su defensa, como Iturbide o Miramón. De aquí su carácter apologético: de la Iglesia, la conquista, la Nueva España, la república conservadora y, sobre todo, de los cristeros.

Asimismo, estos historiadores escriben con pasión. Como defensores de la obra española, el hispanismo es un rasgo que comparten todos ellos e incluso algunos parecen defender más a España que al catolicismo. España era la madre patria y de ella nos vino el castellano y la religión. Aunque algunos se hicieron enemigos del indigenismo en su defensa del idioma, la mayoría no se metió con los indios y los vio como algo superado. Esquivel Obregón y Vasconcelos advirtieron sobre los peligros del indigenismo como ideología; en cambio, rescataron las bondades de la obra española que evitó que nos siguiéramos comiendo unos a otros, nos dio la fe católica, nos creó como nación, nos unificó en el idioma, nos enseñó a pensar en griego y latín, y nos trajo las luces de la civilización occidental.

De su valoración de España se desprende un acentuado hispanoamericanismo. Para ellos, el imperio español se desmembró a principios

del siglo XIX debido a una conspiración judeomasónica. En toda América masones como Bolívar, San Martín, Sucre y otros; disolvieron la fuerte unidad cristiana, católica y monárquica, y crearon pequeñas, medianas o grandes naciones independientes, pero desunidas y débiles. Se disolvieron los vínculos forjados a lo largo de 300 años y conocimos la enemistad entre hermanos. Al vivir historias separadas el gran continente hispanoamericano cayó al nivel de una civilización frustrada y de un progreso negado. De aquí la necesidad de recomponer la unidad hispanoamericana, término que en sí mismo tiene conotaciones ideológicas: no hablan de América Latina o Latinoamérica, sino de Hispanoamérica, que incluye a España y Portugal.

Comparten un nacionalismo acentuado. Luis González ha reconocido que quizá la historiografía conservadora sea la más nacionalista de todas las historiografías aparecidas en nuestro país en el siglo XX. Este nacionalismo (más fomentado por los conservadores que el "nacionalismo revolucionario" del ex presidente De la Madrid) vincula lengua, raza, geografía, historia, creencias espirituales y religiosas, entendidos como puntos de identidad comunes. Conciben una nación fuerte, poderosa, con su propia individualidad (su gran historia y su capacidad de darse al mundo) y con un enorme destino, pero paradójicamente siempre frustrada e inacabada por el acoso de la revolución y de los gringos.

Ante todo, son antirrevolucionarios: antirrevolución moderna, antimasonería, antirrevolución americana, antirrevolución francesa, antisecularización, antiliberalismo, antirrevolución comunista y, desde luego, antirrevolución mexicana. La revolución minó la grandeza hispánica de los siglos XVI-XVIII y empujó al país y a las naciones hispanoamericanas a su desunión y decadencia, sobre todo por la acción de los estadounidenses, el gran enemigo de los conservadores mexicanos de los siglos XIX y XX. Todos coinciden en que Estados Unidos es culpable de todos nuestros males o de la mayoría de ellos, lo que también ha servido de pretexto para disculpar las faltas y errores propios. En este aspecto se vinculan con la izquierda mexicana y el nacionalismo oficial. En el siglo XX hubo una educación antiyanqui en el país, oficial o conservadora, que ha cambiado en los últimos años, pero los conservadores no la cambiaron y dirían (si hablaran, pues la mayoría murió) que ha ocurrido lo que denunciaron desde principios de siglo: el país está en vías de convertirse en una colonia estadounidense y, prueba de ello, es la llegada a la presidencia de la república de un ex director de la

Coca Cola. Con sus argumentos subrayarían esta tendencia a la asimilación. En *La hoja de combate*, Abascal preveía que, a la larga, el Tratado de Libre Comercio nos convertiría en otra estrella de Estados Unidos.

En fin, para los historiadores conservadores el país está constante y perpetuamente amenazado. Si no se ha fragmentado o caído bajo el dominio gringo es gracias a la religión, al nacionalismo y a la herencia de España. Su historia, "la otra historia", es su gran fuerza, el ingrediente indispensable para enfrentar al enemigo perpetuo: la Norteamérica blanca, protestante y capitalista. Este ideario lo encontramos prácticamente en todos los autores.

Las instituciones

¿Cómo y dónde difundieron sus ideas?, ¿cuáles fueron sus foros de expresión?, ¿con quiénes se vincularon?, ¿dónde trabajaron? El gran foro de expresión para la historiografía conservadora en México desde los años cuarenta hasta principios de los setenta, la época de mayor actividad y combatividad, fue la editorial JUS (en sus orígenes vinculada al PAN y a Manuel Gómez Morín), que tomó su nombre de una revista jurídica de alta calidad y utilizó como símbolo la cúpula de la Basílica de San Pedro. Por casi 30 años fue dirigida por Salvador Abascal, abogado egresado de la Escuela Libre de Derecho, líder del sinarquismo nacional, hombre combativo y admirable por la lealtad a sus ideas. Con Abascal, la editorial alcanzó un auge extraordinario. Abascal leía todo lo publicado en JUS, pues se concebía asimismo como un censor, un Torquemada, y no podía permitirse la inconsciencia de publicar una idea, frase o línea, que no fuera acorde con la ortodoxia católica. Cuando Fuentes Mares publicó la primera edición de *Poinsett*, lo obligó a aceptar notas de pie de página donde manifestaba no estar de acuerdo con alguna conclusión del autor. Si bien era un Torquemada, hizo mucho por la historiografía y por la literatura conservadora. Publicó dos colecciones que ahora son joyas rarísimas y magníficas en su contenido (aunque su papel era muy barato): *Figuras y episodios de la historia de México* y *México heroico*. Con más de cien títulos cada una, ambas brindaron a la mayoría de estos autores un foro de expresión y difusión. La editorial Campeador –vinculada estrechamente a JUS– reeditó los primeros números de la colección *Figuras y episodios*.

La Academia Mexicana de la Historia no acostumbra publicar mayor cosa (publica su interesante *Boletín* y ya), pero la considero aquí porque agrupaba algunos (no a todos) conservadores mexicanos y mantiene el cariz de institución conservadora. Incluyo a la editorial Polis y su revista *Lectura*, dirigidas durante muchos años por Jesús Guisa y Acevedo (filósofo y escritor, que incluí dentro de los historiadores porque tiene dos o tres libros de autobiografía e historia reciente), buen escritor, pero hombre radical que renunció a la Academia Mexicana de la Lengua y al PAN, se peleó con todos los católicos y terminó muy amargado. La revista *Ábside* de los hermanos Méndez Plancarte es una buena fuente para escribir la historia del conservadurismo mexicano del siglo XX; se ocupó principalmente de la literatura, pero difundió artículos históricos de Alberto María Carreño y muchos otros autores. Habría que añadir a la editorial Botas que, si bien publicó obras de autores de las más diversas ideas, también fue un foro para algunos de estos pensadores (Vasconcelos publicó aquí las primeras ediciones de su obra autobiográfica).

Cabe mencionar que, cuando Salvador Abascal abandonó JUS (disgustado con el grupo de los panistas más renovadores), fundó la editorial Tradición, donde mantuvo su acentuado conservadurismo y reeditó muchas obras de aquella. Yo diría que Tradición es –hasta la fecha– el resabio de este conservadurismo católico, que sirvió a Abascal para continuar su combate personal por la historia y contra los estadounidenses, la revolución y demás enemigos de México.

LOS TEMAS

Los temas generales de la historiografía conservadora son, en primer lugar, las historias o manuales de la historia de México, de la Iglesia o de la América Española. Los estudios particulares o monográficos son muy variados, empezando por la conquista y sus actores. En especial, hacen la apología de Cortés, a quien Vasconcelos llamó el "creador de la nacionalidad" en una biografía publicada por la editorial Xóchitl.

Después siguen la evangelización y las muchas biografías de sus misioneros. En *Figuras y episodios de la historia de México*, Alfonso Trueba, jurista de la Escuela Libre de Derecho, redactó una treintena de biografías

de personajes de la colonia en cuadernos breves (a quienes después nadie ha biografiado). Hoy serían un buen indicador para redactar biografías modernas. Obviamente, la virgen de Guadalupe es un tema socorrido, pues es la clave por la que México no ha caído todavía ante el embate estadounidense: es la atalaya, la trinchera, el gran símbolo. Todos estos historiadores suscribirán la frase de Altamirano: el culto a la virgen mexicana es el único vínculo que une a los mexicanos.

La acción y presencia de España supone el interés por comprender la forma de gobierno y el funcionamiento de las instituciones coloniales, como muestra el libro de Bravo Ugarte: *Instituciones políticas de la Nueva España*. Toda la acción gubernamental de España durante trescientos años es bien vista por estos historiadores. Los jesuitas fueron las víctimas de Aranda y de Gálvez, instrumentos de la masonería del siglo XVIII, que con Portugal a la cabeza iniciaron la destrucción de la única orden que podría haber salvado la ortodoxia católica en nuestro país. La expulsión de los jesuitas es simbólica porque representa una gran derrota para el catolicismo y el comienzo de la decadencia. Además, de los jesuitas, se ocuparon de la inquisición. La obra de Alfonso Junco *Inquisición sobre la inquisición* (un clásico que todos de adolescentes leíamos en las escuelas católicas) demostraba que en tres siglos ésta sólo había condenado a muerte a 43 reos (cifra triplicada por cualquier policía judicial estatal en cinco años). La terrible, la maldita, la perversa, la horrible, la espantosa inquisición no quedaba tan mal parada, al menos en México, porque estos autores no hacían la historia de la inquisición en España, sino en la Nueva España, donde no hubo más de 43 quemados, y algunos sólo en efigie.

También estudiaron a la insurgencia con toda la carga combativa y polémica. En efecto, los conservadores reconocían que Hidalgo y Morelos habían sido curas y, por lo mismo, no podían enaltecer su papel de caudillos militares. Es interesante la opinión de estos autores sobre las figuras de Hidalgo y de Morelos porque se ubican entre el aplauso y la crítica: ambos salieron del ministerio, mataron y ordenaron muertes; pero lo hicieron por la independencia de México. En cambio, Iturbide no les provoca ningún problema de conciencia: es un militar victorioso, un hombre que pudo cambiar y le dio a la patria los colores y el significado de su bandera, que hizo la independencia en forma pacífica y rápida (aquí les viene muy bien el juicio de Lorenzo Zavala); un hombre que quiso darle un proyecto constitucional

propio al país, una monarquía acorde con su pasado monárquico y católico, pero no ajeno a ideas modernas e ilustradas. Iturbide se convertirá en el símbolo del conservadurismo mexicano. No en todos los casos, por cierto, porque Vasconcelos siempre fue un crítico feroz en tanto que el padre Mariano Cuevas hizo la colección documental más importante sobre la obra de *El libertador*, que debería ser completada y superada. Hasta la fecha, Iturbide es el personaje más negado de la historia oficial y, por lo tanto, su enemigo simbólico; y es que ha habido y continúa habiendo una auténtica maquinación (las maquinaciones son utilizadas desde el poder en todo el mundo cuando se trata de imponer una idea) en su contra por lo que representa para el conservadurismo mexicano. A ningún personaje se le ha negado todo mérito como a Iturbide, ni a Cortés, ni a Maximiliano, quizá sólo a Victoriano Huerta.[1]

Posteriormente tenemos temas vinculados con Estados Unidos, el gran enemigo: el impacto de la doctrina Monroe (en los trabajos de Carlos Pereyra) y, en especial, la influencia de Poinsett (Fuentes Mares), quien introdujo la masonería yorkina, presionó para establecer la república federal e hizo que nuestro nombre oficial sea hasta la fecha Estados Unidos Mexicanos; es decir, es el hombre que nos vinculó con el expansionismo estadounidense. La pérdida de Texas y el gran robo de la guerra de 1846-1848, son vistos con toda su carga de injusticia, maldad, racismo y expansionismo religioso. En tal sentido, estos autores llegaron a conclusiones que hoy comparten los modernos historiadores. Efectivamente, cuando uno lee libros como *Los soldados irlandeses en México* de Hogan se da cuenta del racismo existente en la invasión estadounidense y de la religiosidad que había en el "destino manifiesto". Esto ya lo habían denunciado nuestros autores desde los años treinta, o más aún, desde el siglo XIX.

También encontramos el tema de la masonería (Félix Navarrete) –el gran e ignorado tema por estudiar todavía por la historiografía actual– y, en estrecha relación, el de la figura discutida de Benito Juárez. Fuentes Mares le dedicó cuatro libros: *Juárez y la república*, *Juárez y la intervención*, *Juárez y el imperio* y *Juárez y los Estados Unidos*. No fue el único. De hecho, en 1904 Bulnes, un liberal, publicó un libro que se convirtió en

1. En la revista de la Escuela Libre de Derecho publiqué un artículo sobre la maquinación empleada por el poder político durante los siglos XIX y XX para borrar el nombre de Iturbide de la memoria popular.

piedra de toque del conservadurismo, porque fue la primera obra heterodoxa contra Juárez: *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*; luego publicó *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*. Al escribirlos suscitó la publicación de una serie de apologías de Juárez (Heriberto Frías, Iglesias Calderón), es decir, su crítica tuvo una consecuencia similar a la provocada por los sinarquistas en los años cuarenta del siglo XX, cuando encapucharon la estatua de Juárez en la Alameda y provocaron que el 21 de marzo fuera declarado día de fiesta nacional. Al parecer, no había que tocar al ídolo porque, cuando lo hizo Bulnes, prohijó una literatura juarista que lo enalteció al nivel de santo patriarca de la sociedad mexicana. Los libros de Bulnes fueron influyentes en manos de los conservadores. Por ejemplo, si hay alguien diametralmente opuesto a Bulnes (en cuanto a ideas, origen y pasado) es Celerino Salmerón y, sin embargo, éste siempre recomendaba su lectura.

El clásico libro de Salmerón (profesor oaxaqueño como Juárez, pero mixteco) *Las grandes traiciones de Juárez,* muestra a Juárez como un traidor por haber firmado los tratados de MacLane-Ocampo (que no aparece en ningún capítulo de la historia oficial), Wyke-Zamacona y Corwin-Doblado, los cuales demostraban que, efectivamente, Juárez estuvo a punto, él y su grupo, de entregar la soberanía mexicana a los estadounidenses y a los ingleses con tal de obtener apoyo y reconocimiento oficial en la guerra de Reforma. Después la historia oficial trataría de corregir las cosas y diría que no se encuentra en ningún lugar el tratado MacLane-Ocampo (sabemos que la copia mexicana se quemó en la Cámara de Diputados durante el porfiriato, pero que en los archivos de Washington se puede obtener una fotocopia del original); y, después, Blanco Moheno y otros historiadores priístas refirieron que en realidad obedeció a una estrategia genial de Juárez, que obviamente no iba a firmarlo porque sabía que ganaría la guerra y que los estadounidenses no lo ratificarían. Quien tenga duda de su existencia que lea *El nuevo código de la reforma*, donde Blas José Gutiérrez transcribió dichos tratados y expuso la crítica de los liberales contra Juárez por haberlos suscrito. De todo esto sabíamos en nuestra adolescencia porque leíamos a Celerino Salmerón –cuyo libro iba en su décima edición en 1986– y, años más tarde, a Genaro María González.

Otro tema recurrente es la reforma entendida como el gran robo de los bienes de la Iglesia (porque cuando le quitas algo de su propiedad y sin su

consentimiento a alguien y no se lo pagas es robo, aunque le llames nacionalización o expropiación). Con la crítica a la reforma y el enaltecimiento de Miramón (en las obras de Islas García y Fuentes Mares), continúan los temas "malditos" y las biografías de los "malos" de la historia mexicana.

Como tema, el segundo imperio también les creó problemas de ambigüedad y contradicción. Aunque fue apoyado por los conservadores mexicanos, Maximiliano fue un gobernante liberal. Por eso, el segundo imperio siempre los ha colocado en posiciones contradictorias; a veces lo enaltecen y lo defienden e incluso asisten a las misas por el aniversario de la muerte del emperador o, por el contrario, lo atacan (porque desde luego era masón). Es decir, hay una verdadera ambivalencia frente al segundo imperio.

También hay temas más recientes como el Partido Católico (en las obras de Correa o Banegas Galván) y la Cristiada, con su gran cantidad de autores: Félix Navarrete, Heriberto Navarrete, Andrés Barquín, Rius Facius, que son los primeros en trabajar el tema (Jean Meyer no fue el primero pero quizá es quien mejor lo ha tratado en la historiografía moderna). En JUS se publicaron obras de obispos, curas y testigos que intervinieron con las armas. No hay que olvidar, por ejemplo, los libros de Regis Planchet, *La cuestión religiosa en México*, y de Kelley, *México el país de los altares ensangrentados*. Antes de Jean Meyer, el tema había sido planteado con propósitos de defensa, denuncia y combate, para exhibir la gran tragedia que había sido la guerra Cristera.

Sobre el sinarquismo de los años cuarenta, la magnífica autobiografía de Abascal es muy recomendable e indispensable, un libro espléndido (independientemente de que uno esté o no de acuerdo con sus ideas) y bien escrito (algunos de estos hombres se formaron en el seminario de Morelia donde aprendieron a escribir muy bien). Aquí está toda la historia del sinarquismo mexicano. Desde luego, la apología del sinarquismo corre paralela con las críticas a Cárdenas, al socialismo y al comunismo.

Por último, los temas obvios: la Iglesia en general (la época del Concilio que dividió a los católicos de los años setenta en progresistas, conservadores y tradicionalistas) y la expansión del protestantismo en México. Aunque en los años setenta todavía no hacía su aparición la gran influencia protestante que se verá en los ochenta y noventa, ya se siente como una amenaza. Nuestros autores denunciaron la llegada de las sectas y las Iglesias pro-

testantes como parte de la conspiración yanqui y masónica, para infiltrarse en el país y acabar con la nacionalidad mexicana, definida como católica.

Las obras

En cuanto a las obras, preferí ubicarlas por el orden alfabético de sus autores en la bibliografía final. Sin embargo, si me fuera exigido escoger las diez obras más representativas de la historiografía conservadora del siglo XX entre todas las mencionadas –que superan las 250– yo seleccionaría las siguientes:

1. *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio* de Bulnes, es la obra de un liberal que inicia el ataque contra la figura sagrada de la historia oficial y que terminó escribiendo una historia claramente conservadora.

2. La obra del padre Cuevas, *Historia de la Iglesia en México* en cinco tomos, todavía no ha sido superada, aun cuando contiene gran cantidad de exabruptos y juicios radicales. Salvo la obra de Gutiérrez Casillas, no hay ninguna otra que se le pueda comparar en la historia de México, ni el tomo de la *Historia de la Iglesia en México* de la *Historia de la Iglesia en América Latina* de la Comisión Episcopal para América Latina.

3. Una obra rarísima, auténtica joya bibliográfica, de Antonio Gibaja y Patrón (abogado yucateco nacido en 1863, aunque, ignoro la fecha en que murió, parece ser que feneció en la ciudad de México) es *Comentario a las revoluciones de México* en cinco tomos. La primera edición de 1926 es casi desconocida y nadie la ha trabajado (en 1973 la editorial Tradición hizo una reedición que también se agotó). Gibaja y Patrón es quizá el autor síntesis del conservadurismo mexicano, pues toca todos los temas revisados: asume la idea de la conspiración masónica y la lleva al extremo. Es un gran lector de Zamacois, a quien supera para dejarnos una idea muy amplia de la historia de México desde la perspectiva del conservadurismo profundamente antiyanqui y, desde luego, antiprotestante. Es un libro raro que no es fácil encontrar en bibliotecas.

4. La *Breve historia de América* de Carlos Pereyra, expresa la visión continental de los historiadores conservadores mexicanos. A mí me causó un mal sabor de boca que, en su libro sobre los historiadores mexicanos del

siglo XX, Enrique Florescano no incluyera a ningún conservador. Si alguna omisión es injustificable (yo no metería a Salmerón, desde luego), es la de este historiador mexicano que fue leído en toda América Latina y España, que ha sido traducido a otros idiomas, prologado y convertido en objeto de estudios monográficos y de biografías escritas no sólo por mexicanos, sino por argentinos, españoles y chilenos; el único que ha tenido influencia internacional, cuando menos hasta los años sesenta. Que era un hombre de derecha y conservador, no hay duda, pero publicó una enorme cantidad de libros importantes, por lo que creo que tiene un lugar bien ganado en la historiografía mexicana del siglo XX cuando menos por la proyección internacional que le dio a los historiadores mexicanos. En esa perspectiva considero que su *Breve historia de América* también es representativa de su actitud crítica.

5. Bajo el seudónimo de Félix Navarrete, García Gutiérrez escribió *La acción anticatólica en México*, pero su libro más difundido fue *La lucha entre el poder civil y el clero a la luz de la historia*, la respuesta a un libro de Emilio Portes Gil escrito hacia la época de la segunda Cristiada. Ya como ex presidente, Portes Gil había publicado un libro con el mismo título donde hacía una síntesis de la historia oficial contra la Iglesia católica (todo un resumen de lo que ésta había perjudicado al país). Es claro el tono de polémica utilizado por García Gutiérrez: se trata de un opúsculo, un auténtico panfleto, como lo fue el de Portes Gil. Esta polémica sintetiza la visión de la historiografía conservadora frente a la historiografía oficial en el siglo XX alrededor del polémico tema de las relaciones Iglesia-Estado.

6. Los cuatro títulos que integran las *Memorias* de Vasconcelos, sobre todo *Ulises criollo* y *La tormenta*, dos de los grandes libros del siglo XX. Con posiciones cada vez más beligerantes y radicales, Vasconcelos asumió una posición claramente conservadora, católica e integrista. Cuando publicó *En el ocaso de mi vida* y *La flama* ya es un hombre totalmente entregado al hispanismo católico, después de haber venido –como confesó– del liberalismo masónico.

7. Los tres tomos de la *Historia de México* del jesuita michoacano José Bravo Ugarte, constituyen un clásico aún no superado por ninguna historia oficial. Es para mí, quizá, la historia más seria y confiable de los historiadores conservadores y si bien no tiene notas, sí maneja una espléndida bibliografía. Bravo Ugarte y Fuentes Mares empiezan a abandonar el campo de la polémica y hacen historia académica.

8. *Agustín Iturbide, libertador de México* de Ezequiel A. Chávez, es la biografía más confiable escrita por un mexicano sobre este polémico personaje (también escribió las biografías de Morelos y de Hidalgo). Chávez trata de recuperar una imagen mucho más equilibrada del héroe, más ponderada; si bien mantiene el tono apologético, ya no se queda en el discurso sino que hace un trabajo serio. Es quizá la biografía más confiable porque la de Trueba es un simple folleto y la de Barquín un trabajo muy periodístico.

9. De Fuentes Mares escojo el *Poinsett, historia de una gran intriga*, la más conservadora de sus obras.

10. Por último, *Las grandes traiciones de Juárez* del profesor Celerino Salmerón, que es la última expresión de este tipo de conservadurismo.

La superación del conservadurismo

De 1940 a 1970, el *modus vivendi* entre el Estado y la Iglesia permitió que las escuelas católicas se abrieran a diestra y siniestra, que todos pudieran recibir la primera comunión y, en fin, que cesara la persecución anticlerical. La Constitución no se modificó, pero las leyes constitucionales quedaron como simple amenaza, sin aplicación. Por otro lado, la reunión del Concilio Vaticano II supuso nuevos aires al interior de la Iglesia, una actitud ecuménica y tolerante frente al mundo secular. Durante los años sesenta se sintió la amenaza continental del comunismo soviético que acabó por apoderarse de la revolución cubana. En este ambiente sobrevivieron, e incluso tuvieron un relativo auge, los grupos más integristas de la ultraderecha alimentados ideológicamente por los libros de Salmerón, Abascal o Salvador Borrego; los más incendiarios y polémicos.

Sin embargo, en la centuria aparece otro grupo de historiadores "conservadores" no beligerantes que si bien rescatan los temas clásicos del pensamiento conservador, sobre todo coloniales y eclesiásticos, no asumen las posiciones ni el ideario hasta aquí recordado. Son conservadores en su formación y sus temas, pero no asumen sus características típicas: no son polemistas, ni gente de armas, ni usan a la historia como instrumento ideológico. Son eruditos y su perspectiva no es combativa. Pretenden rescatar y recrear; por eso, realizan una espléndida utilización de fuentes documentales y utilizan un estilo que colinda con la literatura. A ellos debemos el

rescate de un gran número de valiosos documentos de nuestro pasado. Los he denominado el grupo de los:

Eruditos tradicionalistas

1. P. Vicente de P. Andrade (México 1844-1915)
2. P. Francisco Plancarte y Navarrete (Zamora 1856-Monterrey 1920)
3. P. Francisco Orozco Jiménez (Zamora 1864-Guadalajara 1936)
4. Francisco A. de Icaza (México 1865-Madrid 1925) Polígrafo s/t
5. Manuel Romero de Terreros (México 1880-México 1968) Polígrafo s/t
6. Artemio del Valle Arizpe (Saltillo 1884-México 1961) Abogado
7. José Ignacio Dávila Garibi (Guadalajara 1888-México 1981) Abogado
8. Francisco Pérez Salazar (Puebla 1888-México 1941) Abogado

Para terminar, conviene recordar que en las tres últimas décadas los temas caros a los historiadores conservadores se siguieron cultivando, pero ahora por historiadores académicos formados en El Colegio de México, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM o en el extranjero, principalmente en los años sesenta. Naturalmente estos temas son tratados sin el tono combativo y polémico y ni con la carga ideológica de los historiadores beligerantes, sino como temas que requerían explorarse, debatirse, y asumirse como parte de una historia nacional; más allá de cualquier maniqueísmo o compromiso político o ideológico. Se puede decir que los nuevos historiadores que enfrentan estos temas "malditos" desde una perspectiva académica y con métodos científicos son legatarios del conservadurismo, pero no sus discípulos. Reciben temas, asuntos, debates; pero no se implican en ellos, aun cuando en lo personal algunos o muchos puedan, por su formación o creencias, calificarse de conservadores. No creen ya en la conspiración judeomasónica, y si lo creen se guardan de decirlo. En su obra ya no meten judíos, ni protestantes, ni masones, ni luteranos, si no hay necesidad y pruebas que justifiquen su inclusión. Hacen una obra académica y profesional. Yo señalaría a los siguientes, a quienes me permito denominar como los historiadores:

Académicos

1. Antonio Pompa y Pompa (Guanajuato 1904-México 1994) Historiador
2. Ignacio Rubio Mañé (Mérida 1904-México 1988) Historiador s/t
3. Silvio Zavala (Mérida 1909-?) Abogado
4. P. Guillermo Porras Muñoz (El Paso 1917-México 1988) Abogado s/t
5. Ernesto de la Torre (Tlatlauqui, Puebla, 1917-?) Abogado s/t
6. Josefina Muriel (México 1918-?) Historiadora
7. P. Rafael Montejano (San Luis Potosí 1919-?)
8. Luis Weckman (Ciudad Lerdo 1923-San Miguel Allende ?) Abogado
9. P. Alfonso Alcalá (?)
10. P. Luis Medina Ascencio S.J. (?)
11. Luis González (San José de Gracia 1925-?) Historiador
12. P. Aureliano Tapia Méndez (Jacona, 1931-?)
13. Jean Meyer (Francia 1942-?) Historiador
14. Carlos Herrejón (Morelia 1942-?) Sacerdote e historiador
15. Jorge Adame (México 1948-?) Abogado e historiador
16. Manuel Ceballos (Nuevo Laredo ?-?) Hermano marista e historiador

La mayoría pertenecen a generaciones más recientes como la del "medio siglo" (1921-1935) o de "1968" (1936-1950), pero ya no están en esta línea de la historiografía conservadora, sino comprometidos con un trabajo académico en el Archivo General de la Nación, El Colegio de México, la UNAM o El Colegio de Michoacán.

BIBLIOGRAFÍA

ABASCAL, Carlos, *La reconquista espiritual de Tabasco en 1938*, México, Tradición, 1972.

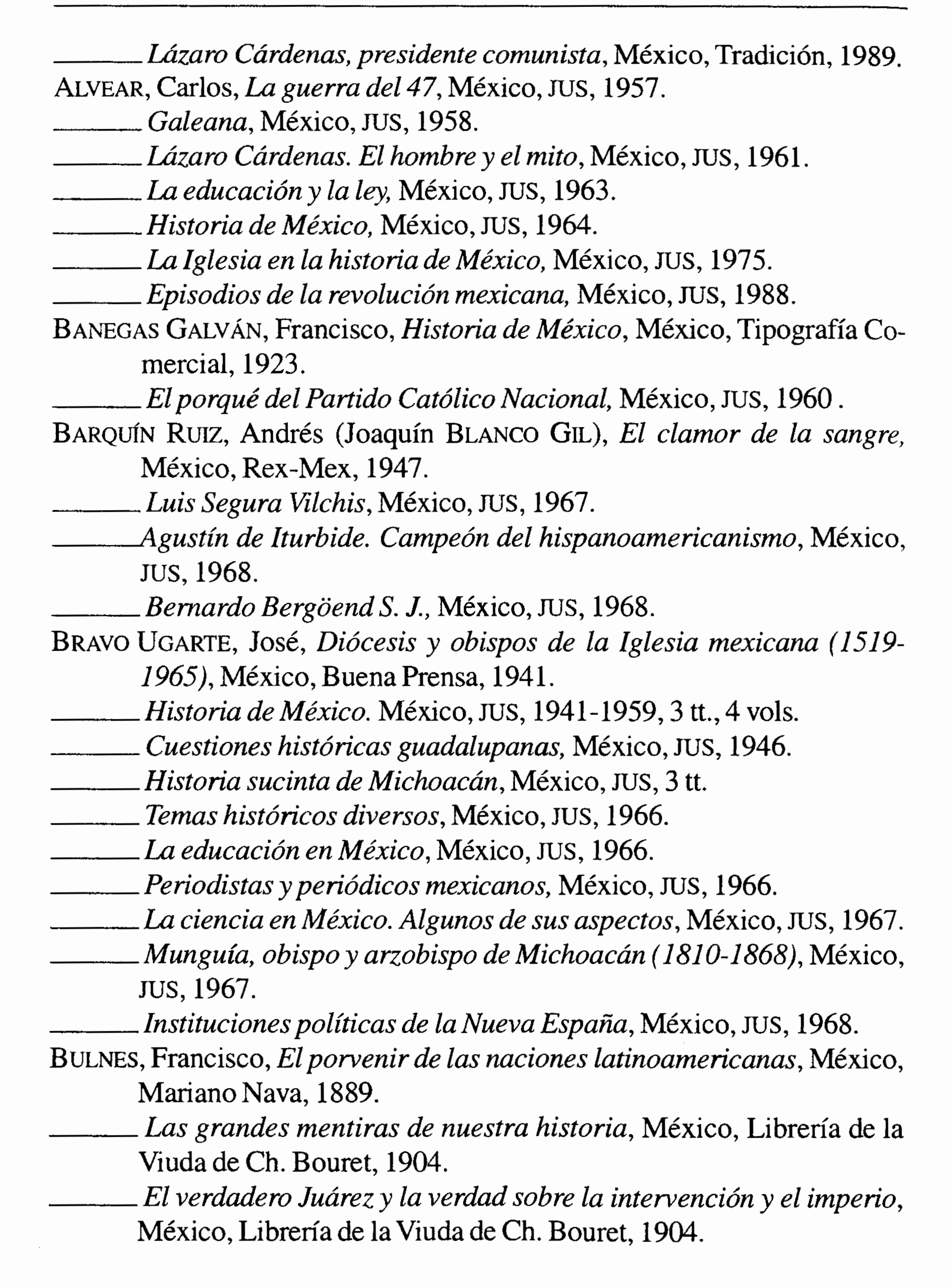
——— *La revolución antimexicana,* México, Tradición, 1978

——— *Mis recuerdos. Sinarquismo y colonia María Auxiliadora*, México, Tradición, 1980.

——— *La Constitución de 1917,* México, Tradición, 1982.

——— *Madero, dictador infortunado*, México, Tradición, 1983.

——— *Tomás Garrido Canabal. Sin Dios. Sin curas. Sin iglesias*, México, Tradición, 1987.



———*Lázaro Cárdenas, presidente comunista*, México, Tradición, 1989.

ALVEAR, Carlos, *La guerra del 47*, México, JUS, 1957.

———*Galeana*, México, JUS, 1958.

———*Lázaro Cárdenas. El hombre y el mito*, México, JUS, 1961.

———*La educación y la ley,* México, JUS, 1963.

———*Historia de México,* México, JUS, 1964.

———*La Iglesia en la historia de México,* México, JUS, 1975.

———*Episodios de la revolución mexicana,* México, JUS, 1988.

BANEGAS GALVÁN, Francisco, *Historia de México*, México, Tipografía Comercial, 1923.

———*El porqué del Partido Católico Nacional,* México, JUS, 1960 .

BARQUÍN RUIZ, Andrés (Joaquín BLANCO GIL), *El clamor de la sangre,* México, Rex-Mex, 1947.

———*Luis Segura Vilchis*, México, JUS, 1967.

———*Agustín de Iturbide. Campeón del hispanoamericanismo*, México, JUS, 1968.

———*Bernardo Bergöend S. J.,* México, JUS, 1968.

BRAVO UGARTE, José, *Diócesis y obispos de la Iglesia mexicana (1519-1965),* México, Buena Prensa, 1941.

———*Historia de México.* México, JUS, 1941-1959, 3 tt., 4 vols.

———*Cuestiones históricas guadalupanas,* México, JUS, 1946.

———*Historia sucinta de Michoacán*, México, JUS, 3 tt.

———*Temas históricos diversos*, México, JUS, 1966.

———*La educación en México*, México, JUS, 1966.

———*Periodistas y periódicos mexicanos,* México, JUS, 1966.

———*La ciencia en México. Algunos de sus aspectos*, México, JUS, 1967.

———*Munguía, obispo y arzobispo de Michoacán (1810-1868),* México, JUS, 1967.

———*Instituciones políticas de la Nueva España*, México, JUS, 1968.

BULNES, Francisco, *El porvenir de las naciones latinoamericanas*, México, Mariano Nava, 1889.

———*Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1904.

———*El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio,* México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1904.

_______ *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, México, Antigua Librería de Murguía, 1905.

_______ *La guerra de independencia. Hidalgo-Iturbide*, México, El Diario, 1910.

_______ *El verdadero Díaz y la revolución*, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1920.

CARREÑO, Alberto María, *México y los Estados Unidos de América*, México, Imprenta Victoria, 1922.

_______ *La diplomacia extraordinaria entre México y Estados Unidos. 1789-1947*, México, JUS, 1951, 2 tt.

_______ *Misioneros de México,* México, JUS, 1961.

_______ *Fragmentos de historia*, México, Ediciones Victoria, 1963.

CORREA, Eduardo J., *El Partido Católico Nacional y sus directores*, México, FCE, 1991.

CUEVAS, Mariano, *Historia de la Iglesia en México*, México, Asilo Patricio Sanz, 1928, 5 tt.

_______ *Historia de la nación mexicana*, México, Talleres Tipográficos Modelo, 1940.

_______ *El libertador*, México, Patria, 1947.

CHÁVEZ, Ezequiel A., *Agustín de Iturbide, libertador de México*, México, JUS, 1957.

_______ *Morelos*, México, JUS, 1957.

_______ *Benito Juárez. Estadista Mexicano*, México, JUS, 1958.

_______ *La educación en México en la época precortesiana*, México, JUS, 1958.

_______ *Hidalgo*, México, JUS, 1962.

_______ *Apuntes sobre la Colonia*, México, JUS, 1958, 3 tt.

_______ *La evangelización de los indios*, México, JUS, 1958.

DECORME, Gerardo, *Historia de la Compañía de Jesús en la República mexicana durante el siglo XIX*, México, El Regional, 1914, 1921, 1959, 3 tt.

_______ *La obra de los jesuitas mexicanos en la época colonial*, México, Antigua Librería de Robredo, 1941.

_______ *Mártires jesuitas de la provincia de México*, 1957.

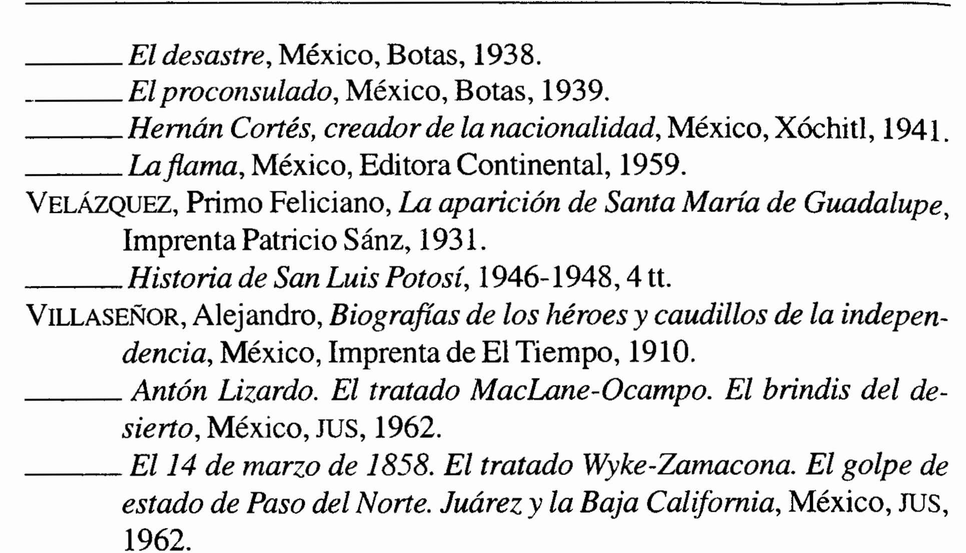
ELGUERO, Francisco, *Efemérides históricas y apologéticas*, México, Juan Pueyo, 1920, 2 tt.

_______ *Reliquias de América española*, México, Imprenta Salesiana, 1922.
_______ *Museo intelectual*, México, Imprenta Patricio Sanz, 1928.
_______ *Historia de las Leyes de Reforma, hasta la caída del general Díaz.*
ESQUIVEL OBREGÓN, Toribio, *Influencia de España y los Estados Unidos sobre México*, México, Calleja, 1918.
_______ *Mi labor en servicio de México*, México, Botas, 1934.
_______ *Apuntes para la historia del derecho en México*, México, Polis-Escuela Libre de Derecho, 1937-1945, 4 tt.
_______ *Hernán Cortés y el derecho internacional en el siglo XVI*, México, Polis, 1939.
FUENTES MARES, José, *Poinsett, historia de una gran intriga*, México, JUS, 1951.
_______ *Santa Anna. Aurora y ocaso de un comediante*, México, JUS, 1959.
_______ *Juárez y los Estados Unidos*, México, JUS, 1960.
_______ *Juárez y la intervención*, México, JUS, 1962.
_______ *Juárez y el imperio*, México, JUS, 1963.
_______ *Juárez y la república*, México, JUS, 1965.
_______ *La revolución mexicana*, México, Joaquín Mórtiz, 1971.
_______ *Miramón, el hombre*, México, Joaquín Mortiz, 1974.
_______ *Génesis del expansionismo norteamericano*, México, El Colegio de México, 1980.
_______ *Cortés, el hombre*, México, Grijalbo, 1981.
_______ *Biografía de una nación. De Cortés a López Portillo*, México, Océano, 1982.
GARCÍA GUTIÉRREZ, Jesús (Félix NAVARRETE), *La lucha entre el poder civil y el clero a la luz de la historia*, Rev. Book, 1935.
_______ *La Capilla Votiva de la ciudad de México*, México, s/e, 1936.
_______ *Apuntes del Regio Patronato Indiano*, México, Escuela Libre de Derecho, 1941.
_______ *La Iglesia mexicana en el segundo imperio*, México, Campeador, 1955.
_______ *De Cabarrús a Carranza. La legislación anticatólica en México*, México, JUS, 1957.
_______ *La masonería en la historia y en las leyes de Méjico*, México, JUS, 1957.
_______ *Acción anticatólica en México*, México, JUS, 1960.

GARCÍA NARANJO, Nemesio, *Porfirio Díaz,* México, Editorial Lozano, 1930.
______ *Memorias,* México, Imprenta Laborie, Talleres del Porvenir, 1966, 10 tt.
GARCÍA PIMENTEL, Luis, *Documentos históricos,* 1903-1907, México, 5 vols.
GIBAJA Y PATRÓN, Antonio, *Comentario a las revoluciones de México,* México, Tipografía Universal, 1926, 5 tt.
GUISA Y ACEVEDO, Jesús, *Hispanidad y germanismo*, México, Polis, 1946.
______ *El ciudadano Luis María Martínez,* México, Polis, 1956.
______ *La revolución y su Luis Cabrera*, México, Polis, 1975.
GUTIÉRREZ CASILLAS, José, *Jesuitas en México durante el siglo XIX,* México, Porrúa, 1972.
______ *Historia de la Iglesia en México*, México, Porrúa, 1974.
______ *Papeles de don Agustín de Iturbide*, México, Tradición, 1977.
JUNCO, Alfonso, *Iturbide*, México, Administración de Acción y Fe, 1924.
______ *Un radical problema guadalupano*, México, Academia Mejicana de Nuestra Señora de Guadalupe, 1932.
______ *La traición de Querétaro. ¿Maximiliano o López?*, México, JUS, 1956 (1930).
______ *Carranza y los orígenes de su rebelión*, México, Botas, 1935.
______ *Un siglo de México, de Hidalgo a Carranza*, México, Botas, 1934.
______ *Inquisición sobre la inquisición*, México, JUS, 1949.
______ *El increíble fray Servando, psicología y epistolario*, México, JUS, 1959.
______ *Juárez intervencionista*, México, JUS, 1961.
LÓPEZ BELTRÁN, Lauro, *La protohistoria guadalupana*, México, Tradición, 1981.
______ *La persecución religiosa en México*, México, Tradición, 1987.
MARÍA Y CAMPOS, Armando de, *Allende, primer soldado de la nación,* México, JUS, 1964.
______ *Matamoros, teniente general insurgente,* México, JUS.
______ *Carlota de Bélgica,* México, Rex, 1944.
MÁRQUEZ MONTIEL, Joaquín, *La Iglesia y la Constitución mexicana,* México, Regional, 1950.
______ *La doctrina social de la Iglesia y la legislación obrera mexicana,* México, JUS, 1958.

______ *Datos raros sobre caudillos de la independencia*, México, JUS, 1963.
______ *La Iglesia y el Estado en México*, México, JUS, 1978.
MARTÍNEZ DEL CAMPO, Rafael (Aquiles MOCTEZUMA), *El conflicto religioso de 1926*, México, JUS, 1929, 2 tt.
MÉNDEZ PLANCARTE, Gabriel, *Humanistas mexicanos del siglo XVIII*, México, UNAM, 1941.
______ *Hidalgo, reformador intelectual*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1945.
______ *Humanistas mexicanos del siglo XVI*, México, UNAM, 1946.
NAVARRETE, Armando, *Por Dios y por la patria. Memorias*, México, JUS, 1961.
______ *Los cristeros eran así*, México, JUS, 1968.
OLMEDO, Daniel, *Manual de historia de la Iglesia*, 1946-1950, México, 3 tt.
______ *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, México, Porrúa, 1964.
______ *Historia de la Iglesia católica*, México, Porrúa, 1978.
PEREYRA, Carlos, *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, México, América, 1916.
______ *Historia del pueblo mexicano*, México, Ballescá, s/a, 2 tt.
______ *El crimen de Woodrow Wilson*, México, Imprenta de Juan Pueyo, 1917.
______ *La obra de España en América*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1920.
______ *Historia de la América española*, Madrid, Saturnino Calleja, 1920-1926.
______ *Méjico falsificado*, México, Polis, 1949, 2 tt.
______ *Breve historia de América*, Madrid, Aguilar, 1930.
______ *El mito de Monroe 1763-1860*, Madrid, Aguilar, 1931.
______ *El mito de Monroe*, México, El Buho, 1959 (1916).
REGIS PLANCHET, Francisco, *La cuestión religiosa en México*, México, s/e, 1957.
RIUS FACIUS, Luis, *Méjico cristero. Historia de la ACJM. 1925-1931*, México, Patria, 1960.
______ *La juventud católica y la revolución mexicana. 1910-1925*, México, JUS, 1963.

Salado Álvarez, Victoriano, *La vida azarosa y romántica de Carlos María de Bustamante*, Espasa Calpe, 1933.
______ *Memorias. Tiempo viejo, tiempo nuevo*, México, Ediapsa, 1946.
______ *Rocalla de historia,* México, SEP, 1956.
______ *Poinsett y algunos de sus discípulos*, México, JUS, 1968.
______ *Cómo perdimos California y salvamos Tehuantepec*, México, JUS, 1968.
______ *De cómo escapó México de ser yankee*, México, JUS, 1968.
______ *El agrarismo ruina de México*, México, JUS, 1969.
Salmerón, Celerino, *Las grandes traiciones de Juárez*, México, JUS, 1960.
______ *En defensa de Iturbide*, México, Tradición, 1974.
______ *El general Guerrero*, México, Tradición, 1983.
Schlarman, Joseph H. L., *México, tierra de volcanes*, México, JUS, 1950.
Taracena, Alfonso, *Mi vida en el vértigo de la revolución*, México, Botas, 1936.
______ *Madero, vida del hombre y del político*, México, Botas, 1938.
______ *La verdadera revolución mexicana*, México, JUS.
______ *Madero, víctima del imperialismo yanqui,* México, JUS, 1960.
Trueba, Alfonso, *La guerra de Tres Años*, México, Campeador, 1953.
______ *Santa Anna*, México, Campeador, 1953.
______ *Iturbide. Un destino trágico*, México, Campeador, 1954.
______ *La expulsión de los jesuitas, o el principio de la revolución*, México, Campeador, 1954.
______ *Hernán Cortés, libertador del indio*, México, Campeador, 1954.
______ *Zumárraga*, México, Campeador, 1954.
______ *Dos virreyes*, México, Campeador, 1954.
______ *Doce antorchas*, México, Campeador, 1955.
Valverde, Emeterio, *Bibliografía filosófica mexicana,* Imprenta de Jesús Rodríguez, 1913, 2 tt.
______ *La Iglesia y la civilización en México,* México, Isart Durán Editores, 1928.
______ *Bio-bibliografía eclesiástica mexicana (1821-1843)*, México, JUS, 1949, 3 tt.
Vasconcelos, José, *Ulises criollo*, México, Botas, 1935.
______ *La tormenta*, México, Botas, 1936.
______ *Breve historia de México*, México, Botas, 1937.



______ *El desastre*, México, Botas, 1938.

______ *El proconsulado*, México, Botas, 1939.

______ *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad*, México, Xóchitl, 1941.

______ *La flama*, México, Editora Continental, 1959.

VELÁZQUEZ, Primo Feliciano, *La aparición de Santa María de Guadalupe*, Imprenta Patricio Sánz, 1931.

______ *Historia de San Luis Potosí*, 1946-1948, 4 tt.

VILLASEÑOR, Alejandro, *Biografías de los héroes y caudillos de la independencia*, México, Imprenta de El Tiempo, 1910.

______ *Antón Lizardo. El tratado MacLane-Ocampo. El brindis del desierto*, México, JUS, 1962.

______ *El 14 de marzo de 1858. El tratado Wyke-Zamacona. El golpe de estado de Paso del Norte. Juárez y la Baja California*, México, JUS, 1962.

LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DE IZQUIERDA*

Andrea Sánchez Quintanar
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

No es extraño, al término de un periodo cronológico como es el siglo ya concluido, el echar una vista atrás para analizar algunos aspectos que se han desarrollado en este lapso. No es inusitado, tampoco, que los especialistas de cada disciplina del conocimiento revisen los avances, las características o los defectos del desarrollo de su área, como lo intentaremos aquí algunos historiadores con la historiografía contemporánea de nuestro país. Pero sí resulta curioso que, precisamente entre historiadores, se elija un lapso de tiempo sólo cronológico –el siglo XX– que no necesariamente define el inicio o término de algunos procesos históricos, y sí en cambio puede seccionar otros que se habían iniciado décadas atrás –como es el caso del régimen porfiriano– o habrían de iniciarse años después, como es el caso de la revolución.

Cabe señalar que la revisión historiográfica no es novedosa en el momento presente, puesto que ya desde mediados de este siglo el Instituto Panamericano de Geografía e Historia se había dado a la tarea de realizar un recuento del estado de la historiografía en América Latina. Y si bien es cierto que el propósito no se cumplió a cabalidad, pues quedaron varios países sin reseñar, se logró en cambio conocer la situación que presentaba por entonces la tarea historiográfica en varios otros, entre ellos México.[1]

Posteriormente, han sido varios los estudios que se han hecho para revisar la obra historiográfica en nuestro país, entre ellos los elaborados por

* Ante todo, debo agradecer a El Colegio de Michoacán su amable invitación para participar en el ciclo de conferencias: Revisión de la Historiografía Mexicana del Siglo XX, y de manera especial a José Antonio Serrano Ortega y a Conrado Hernández López, del Centro de Estudios Históricos, quienes de manera entusiasta se dieron a la tarea de organizar el ciclo con todos los problemas y dificultades que ello conlleva.

1. Véase *La historiografía en ...*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1947.

Luis González,[2] Miguel León Portilla,[3] Enrique Florescano en varias publicaciones de las cuales una de las más recientes y conocidas es *El nuevo pasado mexicano*,[4] sin contar la excelente biobibliografía elaborada por don Ernesto de la Torre Villar, en cinco volúmenes recientemente reeditados, con el título *Lecturas históricas mexicanas*,[5] entre otras compilaciones del mismo autor. Cabe señalar también el más modesto esfuerzo que se realizó por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, y que fue publicado con el título de *Panorama actual de la historiografía mexicana*, en el que participaron José María Muriá, Gloria Villegas y Andrea Sánchez, entre otros.[6]

Mención especial merecen los esfuerzos realizados por Álvaro Matute, quien a partir de la cátedra que imparte en la UNAM –en la que compartimos intereses y entusiasmo– se ha dado a la tarea de la revisión historiográfica, con importantes resultados entre los cuales se cuentan el volumen de SepSetentas titulado *La teoría de la historia en México (1940-1973)*,[7] y sobre todo la obra que recogerá el *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX*, cuyo primer volumen acaba de aparecer en una coedición del Fondo de Cultura Económica y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.[8] Habría que agregar a ello, también, la obra compilada por Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, con el título de *Historiadores de México en el siglo XX*, que publican en coedición el Fondo de Cultura Económica y CONACULTA.[9]

Todas estas revisiones, y algunas más, que seguramente dejo en el tintero de manera involuntaria se ocupan de forma diversa de la producción

2. "75 años de investigación histórica en México", en *México, 75 años de revolución. IV. Educación, Cultura, Comunicación*, México, FCE-INHERM, 1988.
3. "Tendencias en las investigaciones históricas en México", en *Las humanidades en México. 1950-1975*, México, UNAM, 1978.
4. Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991.
5. De la Torre Villar, *Lecturas históricas Mexicanas*, 2a. ed., México, UNAM, 1997, 5 vols.
6. *Panorama actual de la historiografía mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1983.
7. Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (SepSetentas, 126).
8. Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, UNAM, FCE, 1999.
9. Florescano y Pérez Montfort (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, FCE, 1995.

historiográfica mexicana contemporánea. En ocasiones se trata de una mera enumeración de obras y autores; en otras se incluye una breve biografía y una amplia bibliografía de los mismos; a veces se compilan textos de algunos historiadores, en función de un tema o un aspecto de la historia que se quiere revisar. Todo ello implica la dificultad y la variedad de posibilidades que presenta el análisis historiográfico en función de la complejidad de la obra histórica, de la multitud de temas que puede abordar, de las diversas posiciones teóricas que puede sustentar y, en fin, de las condiciones históricas en que viven los autores que recrean la historia, la propia y contemporánea, o la distante y aparentemente ajena.

De aquí que un ciclo como éste presente una diversidad de temas, enfoques, periodos, corrientes, y formas de análisis, en fin, que de todas maneras resultarán sugerentes puntos de partida para desarrollar una evaluación posterior, mucho más amplia y profunda.

Habrá que considerar que, al fin y al cabo, toda esta revisión forma parte de la crítica de las fuentes que resulta indispensable para el quehacer de todo historiador, dedíquese éste a la sesuda investigación en insondables archivos o a las formas de difusión, más amplia y general, entre las cuales las labores de la enseñanza histórica no excusan, sino antes bien obligan, de conocer a fondo la producción historiográfica en que se basa cada tema, fenómeno o proceso que se muestra o se enseña.

Quizás antes de continuar deba hacer algunas consideraciones, sin pretender que lleguen a definiciones, pero que sí puedan ser, al menos, supuestos conceptuales de principio que nos permitan partir de un consenso para esta revisión.

Por mi parte, entiendo la historiografía como un fenómeno histórico por sí mismo. Es decir, que forma parte del proceso histórico, que se encuentra inmersa en él y, por lo mismo, está condicionada –aunque no determinada– por las características de la sociedad y de la cultura en la época en que se produce. En tal sentido, quiero entender el periodo que ahora revisamos como el de la historia contemporánea, que abarca unos años más atrás del siglo XX, por lo que veremos enseguida.

Es bien sabido que, en todo caso, la temporalidad puede ser percibida en múltiples formas y que la periodización no es sino un recurso metodológico que los historiadores empleamos *ad libitum*, para tratar de entender

mejor el transcurso continuo e ininterrumpido de la historia, una vez que la hemos seccionado en partes.

Entiendo lo contemporáneo como lo coetáneo, es decir, lo que sucede *al mismo tiempo*. En todo caso, abordamos aquí lo que es contemporáneo a nosotros, lo que vive al mismo tiempo que nosotros, pero no de una manera individualista y limitada al corto espacio de nuestra vida personal, sino proyectada con criterio histórico a la sociedad que nos acontece. En tal sentido, lo contemporáneo en nuestra sociedad será el conjunto de condiciones que la caracterizan y se habría iniciado esta contemporaneidad cuando tales características hubieran aparecido. Aunque, es difícil precisar estas características: ¿la injusticia social?, ¿el partido de Estado, que hoy ya no es tal quizá para fortuna nuestra?, ¿el arribo de la mujer en masa a la vida económica?, ¿la inseguridad social?, ¿el centralismo político?, ¿el narcotráfico?

Me parece que lo que subyace a todo esto, y a otras condiciones que cualquiera de nosotros podría mencionar, es la vigencia de un modo de producción capitalista como dominante, aunque desigual y combinado, en su fase imperialista y oligopólica que coloca a la sociedad mexicana en un carácter de dependencia. Este sistema sustenta la mayor parte de las condiciones económicas, políticas, sociales y culturales que son coetáneas a nosotros; y que efectivamente se han desarrollado a todo lo largo del siglo XX, pero que se iniciaron, a mi manera de ver, hacia el último tercio del XIX, al comenzar el largo régimen de Porfirio Díaz.

Con lo anterior, entiendo también que la historiografía contemporánea sería la que abarca este largo periodo de casi 130 años, y no sólo los 99 y fracción que aún estamos transcurriendo de este siglo XX. En el mismo sentido, disiento también de lo que Álvaro Matute propuso en una brillante conferencia, al señalar 1940 como el año de arranque de la tan traída y llevada contemporaneidad, porque es entonces:

> [...] Cuando dan principio las prácticas que hoy en día son comunes al medio al que pertenecemos, es decir, que la historia sea una disciplina que se estudia en aulas y que sus practicantes sean 'profesionales' de ella, o sea, que laboren en instituciones creadas *ex profeso* para que ello tenga lugar.[10]

10. Á. Matute, *Ensayo de un esquema para el estudio de la historiografía contemporánea mexicana*. Conferencia. VIII Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe. La Muralla, Querétaro, Julio, 1994.

Esto es, más bien, lo que yo llamaría "historiografía institucionalizada", como señalaré más adelante.

Por otra parte, esta breve argumentación tiene que ver también con el contenido de este artículo, cuyo título apareció en el ciclo como "La historiografía de la izquierda mexicana", probablemente porque yo misma lo propuse así, pero que después corregí para llamarlo "La historiografía mexicana de izquierda", que no es exactamente lo mismo.

Aquí se hacen necesarias otras dos consideraciones: en primer lugar, lo que haré enseguida será proponer una serie de sugerencias para abordar la revisión historiográfica desde una perspectiva teórica e ideológica. Después de todo, el análisis historiográfico no implica la mera enumeración de autores y títulos, sino el abordaje específico desde un determinado punto de vista: los periodos que se abarcan, los temas que se abordan, los enfoques con que se percibe la historia... En este caso particular me interesa señalar una determinada posición política, ideológica y quizá teórica, desde la cual se comprende el conocimiento histórico y se entiende su sentido, no sólo para los especialistas sino, como suele decirse, para el público en general. Y aquí la segunda observación: como es de todos sabido, se ha dado en llamar "izquierda", en materia política, a las posiciones radicales "que sustentan las opiniones contrarias a los opuestos, llamados de derecha, o derechas" y que hace referencia a los diputados de la Asamblea Nacional, posterior a la revolución francesa, en la que los también llamados "jacobinos", extremistas o radicales, se sentaban de este lado –la izquierda– en el recinto parlamentario en el que se sostenían enconados debates sobre el rumbo que habría de seguir el gobierno revolucionario, posterior a la gran crisis de julio de 1789.

A partir de entonces, siempre se ha dado por supuesto que se sabe bien lo que el término "izquierda" o "izquierdista" debe significar, aunque nunca nadie ha pretendido definir con precisión el sentido de tal enunciado. Y no pretendo hacerlo ahora, si bien me parece necesario señalar que en este concepto incluyo a todos aquellos sujetos que sostienen una posición antiimperialista, que se identifican con las luchas populares, con las reivindicaciones de los sectores más depauperados de la población, que se interesan por el desarrollo de los fenómenos de masas, particularmente campesinos y obreros, que luchan por el establecimiento de formas de gobierno democráticas e incluyentes, que repudian toda forma de represión

que pretenda imponer regímenes totalitarios, depredadores de los derechos individuales y sociales del hombre, que se oponen a una injusta distribución de la riqueza y a las formas de producción basadas en la explotación del hombre por el hombre, y que pretenden la igualdad de oportunidades para todos los individuos de la sociedad a través de las cuales se logre satisfacer el conjunto de demandas que implican la alimentación, la salud, la vivienda, la educación, la soberanía, etcétera.

En este sentido, los hombres y mujeres "de izquierda" existen y han existido a todo lo largo de la historia de la humanidad y si bien la denominación que ahora usamos ha surgido hace apenas poco más de dos siglos, puede ser aplicada indistintamente a otras épocas y otras sociedades, y no necesariamente debe depender de una filosofía específica, una teoría de la historia concreta o una *Weltanschaaung* definida. Sería necesario quizás, también, indicar que en cada periodo de la historia la "izquierda" asume posturas de oposición al régimen vigente en tanto es un régimen explotador, o representante de los intereses de la clase explotadora, y que en cada etapa histórica la izquierda puede tener propuestas diversas, como pudiera ser el caso de la posición de un Estado intervencionista, que regule las condiciones de la vida social y económica.

En diferentes momentos de la historia nacional, en el caso de nuestro país, sin embargo, la izquierda ha asumido la defensa del régimen vigente, particularmente como en el caso de los gobiernos posrevolucionarios (1920-1940), en tanto se considera que representan legítimamente los intereses populares por razones históricas obvias. En otros momentos, en cambio, la izquierda asume posturas oposicionistas beligerantes, por razones también obvias de modificación de lo que se consideró "el camino de la revolución", de 1940 en adelante.

Abordar una revisión de la historiografía mexicana en el presente siglo desde la perspectiva de una posición conceptual sociopolítica específica no es una mera ocurrencia circunstancial, sino que surge de la necesidad de realizar una revisión de tal naturaleza, que implica la obligación de considerar la producción historiográfica contextualizada en los procesos históricos de los que surge y en los que se ubica. Todo ello se realizaría con el propósito de poder aquilatar mejor las aportaciones historiográficas, en el sentido del fin último de la producción histórica que es, a mi juicio, el de conocer el pasado para comprender el presente y proyectarse hacia

el futuro en un proceso de construcción responsable y participativa, con el propósito específico de la formación de la conciencia histórica, indispensable en la construcción del conocimiento del pasado y que es el propósito de nuestro quehacer.

Debo decir que, cuando se me invitó a participar en este ciclo y se me sugirió abordar el tema de la historiografía marxista, que ha sido objeto recurrente de mi reflexión en este campo, me pareció necesario abordar el asunto un poco más ampliamente para intentar, si no una revisión exhaustiva y una definición acabada de lo que el título de este texto sugería, al menos la propuesta inicial de una serie de reflexiones que, me parece, pueden dar lugar a una revisión más profunda y necesaria para un futuro inmediato.

Tal propósito se ha consolidado cuando, al buscar una definición de la izquierda, me encuentro con la curiosa propuesta del muy reaccionario *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia Española de la Lengua, que a la sazón dice: "izquierda: hablando de colectividades políticas, la que guarda menos respeto a las tradiciones del país". ¿Querrá ello significar que las tradiciones del país implican la permanencia de un modo de vida específico y la imposibilidad del cambio, tanto más si este cambio implica una transformación revolucionaria? Podemos especular cualquier cosa a partir de tan abstrusa definición.

En todo caso, basta con no hacer caso de esta propuesta, y abocarnos a nuestro propósito, que es el de identificar las personas y las obras que en el terreno de la investigación histórica puedan considerarse como "de izquierda", para definir una tendencia conceptual, en ocasiones teórica, que nos permita seguir una línea de interpretación de la historia nacional, en la secuencia de la historiografía mexicana contemporánea.

Cabe señalar que aún, antes de seguir, en la identificación de estas orientaciones, no consideraré sólo la producción de aquellos historiadores que se han considerado como "socialistas", y menos aún, sólo los "marxistas", puesto que en la denominación "de izquierda" cabrán otros que vamos a mencionar, por las razones que también expresaremos.

Una característica de la obra historiográfica que puede englobarse en este sector es la de considerar la historia como un conocimiento indispensable para la comprensión del presente y la construcción de un futuro que necesariamente se concibe como más justo, incluyente y participativo; independientemente de la forma o características específicas que pueda asumir.

Es la idea de *La historia como arma* de la revolución, que postulaba Manuel Moreno Fraginals hace unas décadas.[11] Es también una historia que podríamos considerar generalizante y de síntesis en la que se contemplan los grandes procesos de desarrollo de la sociedad mexicana y se visualizan nuevos "sujetos históricos": el pueblo, los obreros, los campesinos; para dar algún ejemplo, pero sin desatender a las figuras individuales destacadas para afianzar el santoral cívico de la patria y sin considerar aún la particularidad de los sectores marginados que todavía no son tomados en cuenta: los niños, las mujeres, los ancianos y los indios.

En las polémicas entre conservadores y liberales, o entre indigenistas e hispanistas, aún vigentes en el siglo XX, los historiadores de izquierda asumen, en una primera etapa, la defensa de los liberales y de los indios. En una segunda etapa, que se empieza a desarrollar a partir de la década de los setenta, se ha iniciado un estudio más cuidadoso de cada proceso histórico, que ha llevado a la revisión de ciertos estereotipos históricos, para llegar a conclusiones más válidas en la perspectiva de la historia científica y con la invaluable aportación de los avances de las ciencias sociales. Tal podría ser el caso, por dar sólo un ejemplo, de los estudios realizados por Enrique Semo, en una primera mención, o por Gilberto Argüello, en otra.[12]

Sería necesario abordar un estudio pormenorizado de las características de cada obra, lo que rebasa el propósito meramente pionero de esta charla. Y habría que desarrollar un análisis mucho más amplio y detallado, que dejamos para futuras empresas y empresarios, que no solamente a mí compete.

Es necesario advertir también que mi visión peca de "centralista". A estas alturas del milenio sería indispensable considerar la abundante producción historiográfica que se ha realizado en la república entera y particularmente en algunos lugares como Michoacán, Jalisco, Veracruz, Sinaloa, Nuevo León, Campeche, Yucatán, *et al.*, tarea que dejo para los jóvenes historiógrafos que podrán compilar, analizar y evaluar las muy importantes aportaciones que al trabajo histórico se han hecho.

11. Manuel Moreno Fraginals, *La historia como arma*, La Habana, Cuba, [c. 1969], Mim.
12. E. Semo, *Historia del capitalismo en México*, México, Era, 1972; Gilberto Argüello, "La colonia", en Semo (coord.), *México, un pueblo en la historia*, México, Alianza Editorial, 1983, vol. 2.

Dicho lo cual, me lanzo de lleno a la siguiente parte de mi disertación. El triunfo de la república sobre la intervención extranjera, en 1867, marcó también la preeminencia de la que hasta ese momento se consideró la teoría revolucionaria para la consolidación de la nación: el liberalismo. Y lo fue, en buena medida, hasta que al convertirse en poder, y para lograr la paz largamente anhelada, la orientación liberal debió ceder posiciones, en el ejercicio del poder real, hasta llegar al extremo opuesto de sus planteamientos iniciales, con la estructuración de un régimen dictatorial y antidemocrático consecuente con la retoma del poder económico e ideológico de la jerarquía eclesiástica católica y con la apertura a la influencia del capital extranjero en las ramas exportadoras de la economía, además de llevar a sus últimas consecuencias la propuesta jurídico-política del liberalismo, que consolida y expande la propiedad latifundista de la tierra y libera la mano de obra indígena y campesina para convertirla en mercancía de extrema explotación.

A lo largo de los últimos treinta años del siglo XIX, la historiografía aún se dedicó a revisar lo que se considera con justicia el éxito de la construcción nacional y, a partir de las propuestas positivistas y liberales, a realizar las grandes obras de síntesis que consagran el avance histórico del pueblo mexicano: *México a través de los siglos* y *México, su evolución social*,[13] son buenos ejemplos de ello, además de otras obras menores de compilación y de los libros de texto que empiezan a proliferar. Como suele suceder, el trabajo histórico va a la zaga de la construcción sociopolítica y no se presenta en ese periodo una historiografía que pueda considerarse de oposición.

Será sólo al recrudecerse las contradicciones del régimen porfiriano cuando algunos analistas de la política y la sociedad manifiesten sus críticas al régimen. Encontramos así a los dos primeros críticos de izquierda, que revisan la historia mexicana como fuente de su oposición al gobierno, a pesar de que sus posiciones teóricas sean tan divergentes: Ricardo Flores Magón, por una parte, y Andrés Molina Enríquez, por la otra. El primero se apoya en la historia nacional para encontrar en ella, desde la perspectiva de un liberalismo radical que después se convierte en anarcosindicalismo, el

13. V. Riva Palacio, *et al.*, *México a través de los siglos; historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso y militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual; obra única en su género, publicada bajo la dirección del general Vicente Riva Palacio*, México, Editorial Cumbre, 1956 (edición facsimilar).

sustento de las luchas populares por un régimen económico y social justo, democrático y equitativo; mientras que el segundo encuentra en el pasado histórico, desde una perspectiva positivista, el origen de un sector social, el mestizo, que habrá de lograr la reivindicación de los grandes problemas nacionales, además de proponer la estructura de un Estado intervencionista, regulador de la justicia social y económica que habría de privar en un nuevo orden social.

Se argumentará, tal vez, que Flores Magón no es un historiador, propiamente dicho, en el sentido de que realice investigación que sustente sus posiciones. Es cierto. Sin embargo, es un historiógrafo en tanto que escribe sobre la historia que conoce, expresa un concepto de la misma y fundamenta su percepción del mundo y un programa de acción política sobre la base del conocimiento histórico.[14]

En el caso de Molina Enríquez, se ha señalado muchas veces la importancia de su obra que, a partir de un bien asumido positivismo, reinterpreta el proceso histórico mexicano para proponer al mestizo como elemento clave del progreso y como puntal para el desarrollo del país. Al mismo tiempo, denuncia la injusticia en que los procesos económicos y políticos han colocado a la sociedad mexicana y enuncia la necesidad de una transformación inminente, poco antes de lanzarse él mismo a la revolución.

En un sentido similar podríamos considerar también a otros autores, filósofos o todólogos, como son Antonio Caso y José Vasconcelos, e incluso Alfonso Reyes, quienes, sin ser historiadores profesionales ni realizar tampoco lo que se pudiera considerar como investigación histórica, abordan los problemas del pasado nacional o mundial, para proponer la construcción del futuro, a partir del derrumbe del "antiguo régimen", contra el cual luchan, en el terreno de la política o en el de las ideas, pero al final de cuentas, como opositores de la injusticia y reivindicadores de la construcción de un mundo nuevo en el que el pueblo habrá de adquirir, a través de un proceso educativo conducido por los intelectuales, la presencia y el estatuto cultural que a través de los siglos se le ha negado.

Caso y Vasconcelos me parecen buenos ejemplos de quienes pueden ser opositores de un régimen, cuyo impulso intelectual crítico los lleva pos-

14. No es posible citar un texto explícitamente histórico de Ricardo Flores Magón, sino que es necesario revisar toda su obra para encontrar ahí las referencias a la historia nacional que aludo en este escrito. Cito, en todo caso, las compilaciones más relevantes de su obra.

teriormente a romper lanzas contra el poder en la defensa de una autonomía individual por la cual han de mantener una independencia relativa que acaba por ser profundamente reaccionaria.

De todos modos, los jóvenes miembros integrantes del Ateneo de la Juventud, enarbolaron un concepto de historia que habría de contraponerse a "las tradiciones del régimen" porfiriano, con lo cual se ubican, a mi parecer, dentro de lo que podemos denominar ahora la crítica de izquierda en los primeros años del siglo XX, y aún varios años después, al menos hasta finales de la segunda década de este siglo.

El proceso armado de oposición al régimen porfirista, que finalmente lo hará caer, da lugar a un conjunto de acontecimientos que han sido interpretados de diferente manera, a los que se comprende con el enunciado general de revolución mexicana; y paralelo al cual se produce también un conjunto de producciones teóricas, las llamadas "ideologías de la revolución", dentro de las cuales se presentan diversas formas de historiografía –formas escritas de la historia– que generalmente constituyen narraciones presentistas de los hechos vividos por cada autor, y que constituyen inapreciables fuentes de conocimiento de toda esta secuencia histórica, si se analiza cada obra y a cada autor dentro de su posición inserta en el fenómeno revolucionario conjunto. En este sentido, las obras de Luis Cabrera, las de Miguel Alessio Robles, las historias militares de Juan Barragán, del mismo Álvaro Obregón y las propias descripciones autobiográficas de Vasconcelos, Pani o Palavicini, constituyen perspectivas de la oposición al "antiguo régimen" y de las propuestas de construcción de un nuevo destino nacional.

Más adelante, en las dos décadas de los veinte y los treinta –consecutivas al proceso armado–, aún violentas y conflictuadas, puede contemplarse el reacomodo de las fuerzas desatadas por el proceso revolucionante de los primeros años del siglo.

El impacto del fenómeno revolucionario incide de diversas maneras en los intelectuales mexicanos que viven el momento que Luis Villoro ha llamado el de "mayor generosidad y optimismo de la inteligencia".[15] La crisis política, la violencia armada que se produce en los primeros veinte años del siglo XX colocan a los intelectuales ante una encrucijada en la que,

15. Luis Villoro, "La cultura mexicana de 1910 a 1960", en *Historia Mexicana*, vol. X, núm. 2, octubre-diciembre, 1960, p. 214.

por una parte, estaban conscientes de la necesidad de derribar valores ya caducos, y por otra no parecían vislumbrar con claridad el camino a seguir. Se manifestaban claramente las contradicciones del capitalismo en su fase imperialista, en un país de economía dependiente, bajo las condiciones de un desarrollo desigual y sumamente complejo.

Precisamente por eso el futuro se presentaba para ellos como un campo abierto en el que podía construirse todo, desde los cimientos, a partir de la nacionalización de la cultura para lograr de ahí su universalización. Integrado en una pequeña burguesía, de ideología no bien definida, el intelectual cobra conciencia ante la realidad de lo precario de su situación, pero no siempre se identifica con la clase "en cuyas manos se encuentra el porvenir", que en muchos casos le es ajena todavía.

De ahí que en varios grupos de la inteligencia mexicana la renovación intelectual no se da como antecedente del movimiento sociopolítico, sino que se produce en simultaneidad con él. La cultura se hallaba en crisis, como lógica consecuencia de la crisis social.

> Una vez cerrado el periodo militar de la revolución, muchos jóvenes intelectuales empezaron a colaborar con los gobiernos revolucionarios. El intelectual se convirtió en el consejero secreto o público del general analfabeto, del líder campesino o sindical, del caudillo en el poder. La tarea era inmensa y había que improvisarlo todo [...].[16]

Pasan entonces a servir a este propósito con todo el bagaje ideológico que les otorga su procedencia de la pequeña burguesía: el sistema teórico político del liberalismo decimonónico enfrentado a los problemas sociales candentes, las orientaciones metodológicas del positivismo y la importante influencia de las corrientes vitalistas que la generación del Ateneo había aportado. Pero por sobre todo ello, y catalizado por los problemas sociales que exigían imperativamente solución, existían un conjunto de ideas, que formaban un todo heterogéneo, provenientes del socialismo utópico y del anarquismo; así como los conocimientos elementales del socialismo científico, fragmentariamente difundidos, que no llegaban a definir una interpretación coherente, pero apuntaban ya su intención.

16. *Ibid.*

Este es el caso de historiadores como José Mancisidor, Miguel Othón de Mendizábal, Luis Chávez Orozco, Rafael Ramos Pedrueza y Alfonso Teja Zabre, entre otros, que pueden calificarse como intelectuales revolucionarios e incluso llegan a autodenominarse socialistas, si bien este término implicaría en cada uno una conceptuación diversa.

Estos autores se agrupan entre si por esta razón, pero además, por una condición generacional, por el hecho de haber vivido su plena adolescencia y juventud en la revolución mexicana. Algunos participan en la lucha con las armas en la mano; todos ellos habrán de ocupar diversos puestos públicos, como funcionarios en los regímenes posteriores a 1920, formando parte del aparato gubernamental constituido entonces. Aceptan, pues, como válidos a los gobiernos "emanados de la revolución" y su colaboración con ellos lleva implícita la adhesión a su política, lo que no impide que mantengan al mismo tiempo una posición crítica a partir de una percepción de las contradicciones que se manifiestan en la posrevolución.

El momento de mayor producción de estos autores se inicia en la década de los treinta, periodo por demás importante en la historia mundial que se manifiesta con características bien definidas en el caso mexicano. La crisis económica del capitalismo en 1929, el avance impresionante de la Unión Soviética y el arribo a diversos niveles de poder de los grupos socialistas y comunistas en Europa, previos a su propia crisis, hacía confiar a los intelectuales progresistas en un avance de los procesos revolucionarios del mundo entero. En México, este periodo se identifica con el régimen de gobierno encabezado por Lázaro Cárdenas, que logró la realización de diversas reivindicaciones populares, independientemente de la forma en que análisis más recientes puedan hoy calificar este periodo.

Uno de los aspectos más destacados de este régimen, el de la educación popular y pretendidamente socialista, fue el que impulsó a los autores mencionados a volcar sus labores en un gran esfuerzo por la difusión y el conocimiento de la historia entre las clases trabajadoras, propósito evidente que se percibe en todas sus obras: el dar a conocer la historia al pueblo, a través de obras de síntesis que destacaran la participación de amplios sectores populares en el esfuerzo de forjar la historia. Sus obras fueron usadas como textos escolares en distintos niveles de la enseñanza, y es indudable que tuvieron un gran impacto en la formación de la conciencia histórica de quienes los leyeron, al superar un concepto de la historia meramente nacio-

nalista, al entenderla como un proceso de lucha de clases que se daba a nivel internacional y concibiéndola, sobre todo, como un proceso progresivo cuyo conocimiento es indispensable para la comprensión y, más aún, la transformación de la sociedad presente.

Es preciso señalar que el conocimiento que estos autores tuvieron del socialismo, o mejor dicho, del materialismo histórico, es elemental y fragmentario. No se conocían, para la época en que escriben la mayor parte de sus obras, las traducciones al español de los textos clásicos del marxismo que, salvo la traducción de *El capital* de 1930, sólo empiezan a difundirse más ampliamente después de los cincuenta, gracias, en buena medida, a las traducciones que Wenceslao Roces hizo al español.[17] Es por ello que la posición de estos autores se basa más en una percepción sensible y subjetiva de los procesos históricos, pese a estar muchas de ellas muy bien fundamentadas en investigación bibliográfica y documental, como es el caso de Chávez Orozco, Mendizábal, Mancisidor y Teja Zabre.

Podría decirse que estos primeros intentos resultan elementales. Incluso, también, que pecan de ingenuidad y de subjetivismo o que carecen de una metodología rigurosa y de un soporte empírico sólido. Hasta decirse que muchas de sus afirmaciones han sido ya notablemente superadas. Como toda obra histórica, la de estos autores es superable. Precisamente por ello constituyen una etapa necesaria en la historiografía, y en ello radica justamente gran parte de su valor. Plenamente imbuidos de las concepciones idealistas, no llegan a precisar una metodología que no conocen del todo, y para aplicar la cual no cuentan aún con elementos suficientes como los que existen hoy día: estudios antropológicos, económicos, demográficos, sociológicos y aun políticos; en pocas palabras, la infraestructura interdisciplinaria indispensable a la ciencia social que es la historia.

Es el suyo un intento más de entender el proceso histórico mexicano de una manera nueva, desenajenada, partiendo del proceso mismo de la lucha popular: descubren nuevos sujetos históricos y los proponen para su estudio; entienden la vigencia de un proceso de largo plazo, y detallan la secuencia de los sucesos de corto plazo dentro de la dinámica general. Las

17. Tal es el caso, por ejemplo, de la ya clásica traducción de *La ideología alemana* de 1958, o de los *Grundrisse* de 1971.

fallas de su percepción habrán de ser superadas por los científicos sociales que les sigan, décadas después.

En realidad es sólo una década y media después. Desde los primeros años de los sesenta hasta hoy se ha venido conformando en nuestro continente un interés por estudiar la historia bajo un criterio científico que permita entender las realidades de una actualidad inquietante y crítica, a través del conocimiento del pasado, que ofrece una respuesta a la problemática actual.

En este empeño se conjugan los muy importantes esfuerzos de científicos sociales de diversas disciplinas: sociólogos, economistas, politólogos, antropólogos, incluso pedagogos... Pero al menos en nuestro país, los historiadores parecían haber quedado un tanto rezagados en esta labor, hasta hace pocos años, en la medida en que las investigaciones historiográficas seguían dependiendo de enfoques teóricos idealistas, más bien tradicionales: por una parte el neopositivismo, y por la otra, las más recientes escuelas de historia social y económica europeas y estadounidenses –los Annales, la *New Economic History*, la Escuela de Chicago. Sólo muy recientemente algunos historiadores han iniciado la investigación bajo los enfoques del criterio que, a mi juicio, es el único que permite un conocimiento totalizador y completo de la realidad social: el materialismo histórico.

México es uno de los países de nuestro continente donde por primera vez se concentraron los esfuerzos de una interpretación histórica bajo la teoría del socialismo científico. En otros países latinoamericanos se dieron también estos intentos, como principio de un trabajo que habría de consolidarse más adelante, con las coincidencias históricas que también se dan ahora en América Latina y que, como en aquel entonces, identifican los esfuerzos comunes de los historiadores de nuestro continente.

Sí como historiadores estamos convencidos de que el estudio del pasado resulta indispensable para orientar nuestra participación de la realización de la historia presente, derivo de aquí la importancia de analizar los esfuerzos pioneros de los historiógrafos que abrieron brecha en el intento de rescatar para la acción una disciplina que de otra manera se concibe sólo como una mera contemplación que limita su sentido humano, si no se traduce en una aplicación a la resolución de los problemas que nos presenta nuestro momento, y que sería el objetivo de toda ciencia.

Es un hecho incuestionable que la interpretación historiográfica depende de las formaciones ideológicas surgidas del contexto histórico en que vive el historiador que las sustenta y del lugar en que éste se sitúa en ese mismo contexto social. El historiador es entonces una doble fuente del conocimiento histórico por la transmisión de los datos que consigna en su obra y, de manera no menos importante, por la interpretación de los mismos, que constituyen su propia visión y que refleja el sistema de ideas que le sirven de fundamento teórico, que a su vez depende de la posición en que el intelectual se sitúe en la sociedad.

El historiador llega a comprender mejor los problemas de las transformaciones sociales, en el presente y en el pasado, en la medida en que la propia sociedad a la que pertenece llega a un momento de crisis y atraviesa por ella. En estos momentos, puede reconocerse o no como parte de una clase, pero de ninguna manera puede evadirse del momento en que vive y las condiciones de la crisis social que afectan, quiéralo o no, su interpretación; que conlleva las particularidades de su formación teórica y del desarrollo metodológico que aplique a sus investigaciones.

Esto es, justamente, lo que sucedió con los historiadores mexicanos que han vivido los diferentes momentos de crisis de la sociedad mexicana en el presente siglo, particularmente los que referimos en el acontecer del primer cuarto de esta centuria. Y así también, con los que estamos trabajando en las décadas posteriores a los años sesenta: hacia mediados de siglo la importancia de la historia y su estatuto como saber consagrado en el concierto de la intelectualidad tornaba casi innecesaria la reflexión sobre su carácter, sentido y destino. La crisis del fin de la segunda guerra mundial, la constante zozobra de la Guerra Fría, la emergencia de las jóvenes soberanías independientes de Asia y África, y aun los estallidos rebeldes encabezados por jóvenes estudiantes a fines de los años sesenta, parecían orientar a una nueva problematicidad el sentido de la marcha de las sociedades humanas, si es que iban a algún lado. En particular en América Latina, el avance de la revolución cubana, sus consecuencias políticas de rebelión –no siempre exitosas en otros países– y otros eventos obligaban a volver los ojos al interior de la propia realidad, pero al mismo tiempo, a la búsqueda de orientaciones teóricas que permitieran explicarla.

Entre los intelectuales apareció entonces la necesidad de "ensimismarse" nuevamente, como había ocurrido en otros momentos, al decir de

Samuel Ramos en los años treinta. Es decir, surge la inquietud por volver a buscar en el propio pasado, en el "sí mismo" de la historia, las razones de un proceso que apuntaba esperanzador para los pueblos latinoamericanos. Y también, por otra parte, para hallar en el pasado los motivos por los cuales la transformación socialista no se daba en otros países del continente, o incluso fracasaba al intentarse por vías diversas.

Por ello, a fines de los años sesenta, a lo largo de los setenta y aún de los ochenta, se produce en este continente un proceso de auge y consolidación del marxismo como fundamento teórico; y una amplia gama de revisiones de sus planteamientos conceptuales que se aplicaban, con mayor o menor éxito, al análisis de los fenómenos sociales, políticos, desde luego económicos, artísticos, y aun religiosos y científicos de nuestra latinoamericanidad.

Es necesario mencionar aquí la aportación fundamental que a los estudios marxistas han dado dos procesos externos que han incidido sobre México, en la forma del exilio español de los años cuarenta y el latinoamericano de las décadas de los setenta y ochenta. Del primero cabe destacar la ardua, paciente, titánica labor de Wenceslao Roces en la traducción y difusión de los textos fundamentales del marxismo, póstumamente completada en los veinticuatro tomos publicados por el Fondo de Cultura Económica en la década de los noventa, del siglo XX. Cabe destacar también los aportes que al conocimiento y reinterpretación de la teoría marxista ha hecho Adolfo Sánchez Vázquez, preocupado por dilucidar significados y formas de aplicación de la teoría a la realidad viva y actual. En este mismo contexto, aunque no como derivación del exilio español, no puedo dejar de mencionar las importantes reflexiones de Carlos Pereyra Boldrini, sobre temas sustanciales de teoría marxista de la historia que desgraciadamente dejó inconclusas, aunque postuladas como una motivación y como un reto para una revisión y una complementación que está por hacerse. Cabe mencionar también los textos que sobre filosofía de la historia han publicado Juan Brom, Corina de Yturbe y María Rosa Palazón.

En cuanto al segundo proceso, la llegada al país de muchos colegas latinoamericanos, de muy diversa talla en valor y proporción, produjo interesantes polémicas e incluso nuevas formas de autovaloración. Todo lo cual ha resultado enriquecedor para el trabajo intelectual en general, e histórico en particular.

Pese a todo este arsenal teórico, en el terreno del trabajo historiográfico, la definición de su propio significado no siempre se hacía explícita. En ocasiones, en cambio, llegaba a ser la expresión de aquel famoso "marco teórico de referencia" que maniataba, más que explicaba, la orientación del trabajo histórico que le seguía.

De todas maneras, el interés por una reinterpretación de la historia motivó que varios jóvenes cultivadores de las ciencias sociales redescubrieran en la historia y aún más allá, en las varias acepciones del materialismo histórico, la orientación que permitiera entender e interpretar la realidad de su momento desde el análisis del pasado, en la afirmación de una teoría válida, por comprobada en la práctica. A partir de aquí se ha dado una abundante producción historiográfica –imposible de recoger en su totalidad, y ni siquiera parcialmente– que ha realizado interesantes aportaciones a la revisión del proceso histórico de México, en forma fragmentaria o parcial, pero que indudablemente va conformando una nueva visión de la historia mexicana.

Encontramos entonces los importantes trabajos de Pablo González Casanova y Arnaldo Córdova en la historia política; de Sergio de la Peña, Alonso Aguilar, José Luis Ceceña y otros en la historia económica; de Juan Felipe Leal, el mismo De la Peña, también González Casanova y otros en la historia social; y desde los terrenos de la antropología, las importantes visiones históricas de Guillermo Bonfil Batalla, Arturo Warman, Roger Bartra, Gilberto López y Rivas y, desde luego, Antonio García de Léon. En este terreno, a manera de precursores, es indispensable mencionar a autores como Manuel Gamio, Gonzalo Aguirre Beltrán, cada uno de los cuales merecen una consideración aparte, y una caracterización específica, tanto o más que la primera mujer que destaca en este terreno: doña Eulalia Guzmán, polémica, combativa y debatida, pero que indudablemente aportó una visión desde la izquierda a los estudios históricos de la conquista y otros temas.

No es posible dejar de mencionar, también desde los ámbitos de la antropología, a otra investigadora notable, Marcela Lagarde, cuya tesis doctoral mereció el Premio Marcos y Celia Maus a la mejor tesis de Doctorado en Antropología, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

La institucionalización de la historia, a partir de la década de los cuarenta, no dejó de hacer mella en la investigación histórica que se hacía desde la perspectiva de la oposición política. De ninguna manera pretendo

insinuar que el trabajo del historiador "se venda", aunque suele hacerse. Pero es incuestionable que el quehacer intelectual requiere de una relativa tranquilidad y comodidad institucional, que en buena medida alejan a los autores de la materia de su análisis y no necesariamente le permiten el contacto directo con la fuente de su trabajo en el terreno socioeconómico y político, especialmente en los momentos de crisis que afronta el país.

Importantes excepciones encontramos en quienes la convicción de una posición ideológica y política les permiten participar en el acontecer cotidiano, y desde él enfrentar el análisis conceptual e histórico. Tal es el caso de autores como Alfredo López Austin, Enrique Semo, Víctor Castillo Farreras, que además de mantener la independencia de criterio y la autonomía política, orientan sus esfuerzos a la consolidación de un análisis histórico científico, a una investigación profunda y, sobre todo, al aprovechamiento de las condiciones que la estructura institucional ofrece para sustentar su trabajo de análisis y penetrar en el conocimiento histórico para el beneficio de la colectividad.

No puedo soslayar el importante esfuerzo de difusión que para los historiadores de izquierda constituye una labor de primera magnitud. Una producción relevante para los historiadores que se preocupan por la educación de los más amplios sectores de la sociedad es la de difusión del conocimiento histórico, y de ahí deriva su empeño en la elaboración de algunos libros de texto, como de historia para niños o de obras de síntesis que puedan ser accesibles –económica e intelectualmente– a grupos de la población que no necesariamente participan de los niveles superiores de educación.[18]

La temática ha variado: las circunstancias del país así lo imponen. Ha sido necesario abordar ahora la problemática de las colectividades indígenas, del movimiento obrero, de los problemas agrarios, de la educación, de la participación de la mujer en la historia... En fin, los avatares del presente imponen temas de investigación, que se abordan ya, con fruición.

Es necesario, sin embargo, señalar una serie de temáticas que han sido descuidadas por los colegas que se interesan en el estudio científico del

18. Tal es el caso de los trabajos de A. López Austin en cuentos para niños, de Juan Brom en libros de texto y obras de difusión, y de Enrique Semo en la coordinación de obras de síntesis, en las que han participado también autores como Adolfo Gilly, Gilberto Argüello, Francisco Javier Guerrero, Américo Saldívar, Margarita Carbó, Elsa Gracida, Esperanza Fuijigaki, Enrique Nalda y algunos más.

pasado para provecho del presente y construcción del futuro. Entre ellos se encuentran, sólo a manera de ejemplo: los conservadores en la historia de México; la historia y características de Estados Unidos; la historia y características de España; la historia y características de la Iglesia católica en México y en el mundo; las modificaciones en teoría-metodología del materialismo histórico y otras teorías.

Se han estudiado, en cambio: los movimientos campesinos, la propiedad de la tierra; algunas características de la producción y de la distribución, todo ello auspiciado por el Centro de Estudios de Historia del Agrarismo en México (CEHAM). Por otra parte, desde apenas iniciado el siglo XX, y sobre todo inmediatamente después de la revolución, empezaron a estudiarse, por obvias razones, los movimientos obreros y laborales en general; labor en la que destacan, primero, las obras de algunos apasionados del tema, como Rosendo Salazar; posteriormente, el importante esfuerzo institucional del Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero en México, que cuenta con su propia difusión bibliográfica y recientemente, de manera más científica y mejor documentada, la muy amplia y completa obra coordinada por Pablo González Casanova.

Se ha realizado también un poco de historia de la educación y, en la última década, la historia de los indios vivos y no sólo de los arqueológicos, por la aparición del EZLN que ha vuelto insoslayable su presencia en la realidad actual.

En este panorámico recuento de una parte de la historiografía no es posible olvidar la importancia de los trabajos de algunos lobos solitarios como Jesús Silva Herzog y José C. Valadés, que no necesariamente pueden integrarse en los grupos de historiadores que he mencionado anteriormente. Si bien Valadés es uno de los fundadores del Partido Comunista, y Silva Herzog se llama a sí mismo un "socialista de estado", son más bien cultivadores aislados y científicos de su trabajo histórico, cuyas aportaciones no han sido aún suficientemente evaluadas en el contexto de la historiografía nacional, como grandes desestereotipadores de varios mitos históricos, en el caso de Valadés, o constructores de algunos otros, en el caso de Silva Herzog. En el mismo sentido habría que consignar las obras de Gildardo Magaña y Jesús Sotelo Inclán.

Sería importante también mencionar a los literatos y a muchos filósofos, Luis Villoro, Abelardo Villegas y Leopoldo Zea entre otros, así como

a algunos autores no mexicanos que han hecho grandes aportaciones a las revisiones históricas de esta tendencia, como los intelectuales españoles del exilio de los cuarenta o algunos latinoamericanos de los exilios de los cincuenta, setenta y ochenta.

Imposible mencionar aquí a todos los jóvenes historiadores o científicos sociales ocupados de la historia que hacen ahora investigación, desde una perspectiva crítica, que bien podemos llamar de izquierdá. Es necesario intentar un levantamiento específico, de carácter historiográfico, para lo cual exhorto a todos los involucrados a iniciarlo. El beneficio para la obra histórica y social, presente y futura, es incuestionable. Ojalá podamos realizarlo en un breve tiempo, con el apoyo de las instituciones que hoy nos brindan su auspicio.

EPÍLOGO

Difícilmente la historiografía de izquierda en México puede ser una obra acabada, sobre todo si atendemos a los autores que intentarán aplicar el materialismo histórico como teoría válida de análisis del pasado. Tanto más cuanto que las diferentes versiones del marxismo permiten entender esta teoría no como una concepción dogmática, que implique explicaciones acríticas de la realidad social, pasada o presente, que confunden la aplicación de una teoría científica con el mero mecanicismo casi positivista de otros momentos.

Además de estos problemas, es importante considerar el desconcierto producido recientemente, entre muchos intelectuales sedicentes marxistas, por la caída del llamado "socialismo real". Tal parece que el relativo fracaso de una práctica que no demostró su validez inutilizara también la teoría; que debe ser revisada y actualizada, indudablemente, pero no necesariamente desechada, como no se desecha, por ejemplo, la teoría de la física nuclear por el fracaso del lanzamiento de un cohete en Cabo Cañaveral, o la grave falla de la planta nuclear de Chernobyl. En última instancia, la historia marxista, la historia científica es, al decir de Pierre Vilar, una historia en construcción, en prospectiva constante hacia el futuro.

BIBLIOGRAFÍA[19]

AGUILAR, Alonso, *et al.*, *La época de la revolución de independencia. 1808-1824*, México, Nuestro Tiempo, 1986.

______ *Dialéctica de la economía mexicana: del colonialismo al imperialismo*, 2a. ed., México, Nuestro Tiempo, 1972.

______ *Estado, capitalismo y clase en el poder en México*, México, Nuestro Tiempo, 1983.

AGUILAR, Alonso, Fernando CARMONA y Jorge CARRIÓN, *Problemas del capitalismo mexicano: ensayos*, 3a. ed., México, Nuestro Tiempo, 1977.

AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo, *El proceso de aculturación y el cambio sociocultural en México*, México, FCE, 1992.

______ *Formas de gobierno indígena*, México, Universidad Veracruzana, Instituto Nacional Indigenista, 1991.

______ *La población negra de México: estudio etnohistórico*, 2a. ed., México, FCE, 1972.

ALESSIO ROBLES, Miguel, *Historia política de la revolución*, México, Botas, 1938.

ARGÜELLO, Gilberto, *La colonia*, en SEMO (coord.), *México, un pueblo en la historia*, México, Alianza Editorial, 1983, vol. 2.

BARTRA, Roger, *El salvaje en el espejo*, México, Era/UNAM, 1992.

______ *Las redes imaginarias del poder político*, México, Océano, 1996 (El Ojo Infalible).

BONFIL BATALLA, Guillermo, *México profundo*, México, INAH, 1965.

BROM, Juan, *Para comprender la historia*, 59a. ed., México, Nuestro Tiempo, 1991.

CABRERA, Luis, *Obras completas*, estudio introductorio y selección de Eugenia W. Meyer, México, UNAM, 1978, 3 vols.

CARBÓ, Margarita y Andrea SÁNCHEZ QUINTANAR, "La oligarquía", en SEMO (coord.), *México, un pueblo en la historia*, México, Alianza Editorial, 1989, vol. 3.

19. Se asientan los registros bibliográficos actualizados en lo posible, para mayor facilidad de localización y utilización de los lectores. Cabe señalar que no se trata de una bibliografía exhaustiva: no se registran todas las obras de los autores mencionados, sino sólo algunas, a manera de ejemplo.

CASO, Antonio, *Discursos a la nación mexicana*, México, Imprenta Manuel León Sánchez, 1922.

______ *El concepto de la historia universal y la filosofía de los valores*, México, Imprenta Manuel León Sánchez, 1923.

______ *El problema de México y la ideología nacional*, México, Imprenta Manuel León Sánchez, 1924.

CASTILLO FARRERAS, Víctor M., *Estructura económica de la sociedad mexicana, según las fuentes documentales*, México, UNAM, 1972.

CECEÑA, José Luis, *El capitalismo monopolista y la economía mexicana*, México, Cuadernos Americanos, 1963.

______ *México en la órbita imperial*, 2a. ed., México, El Caballito, 1973.

CHÁVEZ OROZCO, Luis, *Historia de México*, México, Editorial Patria, 1962, 2 vols.

______ *La situación del minero asalariado en la Nueva España a fines del siglo XVIII*, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1978.

______ *Páginas de historia económica de México*, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1976.

FLORES MAGÓN, Ricardo, *Antología*, introducción y selección de Gonzalo AGUIRRE BELTRÁN, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario).

______ *La revolución mexicana*, en A. Sánchez Rebolledo (comp.), México, Grijalbo, 1986 (Enlace, Iniciación, 74).

______ *Regeneración. 1900-1918. La corriente más radical de la revolución mexicana de 1910 a través de su periódico de combate*, prólogo, selección y notas de Armando Bartra, México, Era, 1991 (Problemas de México).

FLORESCANO, Enrique y Ricardo PÉREZ MONTFORT (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/FCE, 1995.

______ *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991.

GAMIO, Manuel, *Comentarios sobre la evolución de los pueblos latinoamericanos*, Roma, Istituto Poligrafico dello Stato, 1932.

______ *Forjando patria. Pronacionalismo*, México, Porrúa, 1916.

GARCÍA CANTÚ, Gastón, *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental. 1810-1962*, México, Siglo XXI, 1965.



______ *El socialismo en México. Siglo XIX*, México, Era, 1969.

______ *Las invasiones norteamericanas en México*, México,Era, 1974.

______ *Universidad y antiuniversidad*, 2a. ed., México, Joaquín Mortiz, 1973.

______ *Utopías mexicanas*, México, Era, 1963.

GARCÍA DE LEÓN, Antonio, *et al.*, *El siglo de la hacienda. 1800-1900*, México, Siglo XXI/Centro de Estudios de Historia del Agrarismo en México, 1988.

______ *Historia de la cuestión agraria mexicana*, México, Siglo XXI, CEHAM, 1988.

______ *Resistencia y utopía: memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, México, Era, 1985, 3 vols.

GARCÍA RUIZ, Alfonso, *Ideario de Hidalgo*, México, SEP/INAH, 1955.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, *Historia y sociedad*, México, UNAM, 1987.

______ *Imperialismo y liberación en América Latina: una introducción a la historia contemporánea*, México, Siglo XXI, 1991.

______ *La democracia en México*, México, Era, 1965 (Serie Popular Era).

GUZMÁN, Eulalia, "Caracteres esenciales del arte antiguo mexicano. Su sentido fundamental", tesis de maestría, UNAM, México, 1932.

______ *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión del Anahuac*, México, Editorial Orion, 1966, 2 vols.

______ *Una visión crítica de la conquista de Mexico-Tenochtitlan*, México, UNAM, 1989.

______ *La historiografía en ...*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1947.

LAGARDE, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 1991 (Colección Posgrado).

LEAL, Juan Felipe y José WOLDENBERG, *Del Estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista*, 3a. ed., México, Siglo XXI, 1983.

______ *Del Estado liberal al Estado interventor en México*, México, El Caballito, 1991.

LÓPEZ AUSTÍN, Alfredo, *Hombre-dios: religión y política en el mundo náhuatl*, México, UNAM, 1973.

______ *et al.*, *Un recorrido por la historia de México*, México, SEP, 1975.

______ *Cuerpo humano e ideología*, México, UNAM, 1980.

______ *El conejo en la cara de la luna. Ensayos sobre la mitología de la tradición mesoamericana*, México, CONACULTA, 1994 (Colección Presencias).

______ *Un día en la vida de una partera mexica*, México, Jaka Books, 1997.

______ Andrés MEDINA y Mari Carmen SERRA (eds.), *Origen y formación del Estado en Mesoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1986.

______ y Leonardo LÓPEZ LUJÁN, *El pasado indígena*, México, FCE, 1996.

MAGAÑA, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, México, Editorial Ruta, 1951, 5 vols.

MANCISIDOR, José, *Historia de la revolución mexicana*, 10a. ed., México, Libro Mex Editores, 1968.

______ *Miguel Hidalgo, constructor de una patria*, México, Xóchitl, 1944.

______ *Síntesis histórica del movimiento social en México*, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1976.

MATUTE, Álvaro, *Ensayo de un esquema para el estudio de la historiografía contemporánea mexicana*, Conferencia, VIII Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, La Muralla, Querétaro, Julio de 1994.

______ *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, SEP, 1974 (SepSetentas, 126).

______ *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. la desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, UNAM/FCE, 1999.

MENDIZÁBAL, Miguel Othón de, *Ensayo sobre las clases sociales en México*, México, Nuestro Tiempo, 1985.

MENEGUS, Margarita y Juan Felipe LEAL, *Hacendados y campesinos en la revolución mexicana: el caso de Tlaxcala. 1910-1920*, México, UNAM/Grupo Editorial EON, 1995.

MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés, *La revolución agraria en México*, México, Talleres Gráficos del Museo de Arqueología, Historia y Etnografía, 1932-1936.

______ *Los grandes problemas nacionales*, México, s.e., 1909.

MORENO FRAGINALS, Manuel, *La historia como arma*, La Habana, Cuba, [c. 1969], Mim.

MURIÁ, José María, *et al.*, *Panorama actual de la historiografía mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1983.

NALDA, Enrique, "De la aparición del hombre al dominio colonial", en SEMO (coord.), *México, historia de un pueblo*, México, Alianza Editorial, 1986, vol. 1.

OBREGÓN, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, estudio preliminar de Francisco L. Urquizo y Francisco J. Grajales, México, FCE, 1959 (Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana, V).

PALAVICINI, Félix F., *Historia de la Constitución de 1917*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1938.

______ *Los diputados. Lo que se ve y no se ve de la Cámara*, 2a. ed., México, Imprenta Francesa, 1995.

______ *México, historia de su evolución constructiva*, México, Editorial El Libro, 1945.

PANI, Alberto J., *Apuntes autobiográficos, exclusivamente para mis hijos*, México, Editorial Stylo, 1945.

______ *El cambio de regímenes en México y las asonadas militares. Síntesis histórica*, París, Le Livre, 1930.

______ *El problema supremo de México. Ensayo de crítica constructiva de la política financiera*, México, Inversiones ARPA, 1955.

______ *Mi contribución al nuevo régimen (1930-1933) a propósito del "Ulises criollo", autobiografía del licenciado don José Vasconcelos*, México, Cultura, 1936.

______ *Una encuesta sobre educación popular. Con la colaboración de numerosos especialistas nacionales y extranjeros y conclusiones finales formuladas por Ezequiel A. Chávez, Paulino Machorro Narváez y Alfonso Pruneda*, México, Departamento de Aprovisionamientos Generales, 1918.

PEÑA, Sergio de la, *La formación del capitalismo en México*, 8a. ed., México, Siglo XXI, 1981.

______ *Trabajadores y sociedad en el siglo XX*, México, Siglo XXI, 1984.

PEREYRA, Carlos, *et al.*, *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980.

______ *Configuraciones: teoría e historia*, México, EDICOL, 1979.

______ *El sujeto de la historia*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1988.



RAMOS PEDRUEZA, Rafael, *Estudios históricos, sociales y literarios*, México, s. e., 1922.

______ *Francisco Javier Mina, combatiente clasista en Europa y América*, México, s. e., 1957.

______ *La lucha de clases a través de la historia de México: ensayo marxista*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1936.

RIVA PALACIO, Vicente, *et al.*, *México a través de los siglos; historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso y militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual; obra única en su género, publicada bajo la dirección del general Vicente Riva Palacio*, México, Editorial Cumbre, 1956 (edición facsimilar).

SALAZAR, Rosendo, *Historia de las luchas proletarias de México. 1923-1936*, México, Avante, 1938, 2 vols.

______ *Las pugnas de la gleba*, México, Avante, 1932.

______ *Líderes y sindicatos*, México, Ediciones TC Modelo, SCL, 1953.

______ *México en pensamiento y acción. Obra ilustrada con muchedumbre de reproducciones de la colosal obra pictórica de José Clemente Orozco, Diego Rivera y Dr. Atl y fotografías de prominentes representativos de nuestra revolución*, México, Avante, 1926.

SALDÍVAR, Américo, "Fin de siglo", en SEMO (coord.), *México, un pueblo en la historia*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1989 (El Libro de Bolsillo), vol. 7.

SEMO, Enrique (coord.), *México, un pueblo en la historia*. México, Alianza Editorial, 1989, 10 vols.

______ *Historia del Capitalismo en México*, México, Era, 1972.

______ "Setenta y cinco años de investigación histórica en México", en *México, 75 años de Revolución. IV. Educación, Cultura, Comunicación*, México, FCE/INHERM, 1988.

SILVA HERZOG, Jesús, *Breve historia de la revolución mexicana*, México, FCE, 1960 (Colección Popular), 2 vols.

______ *El pensamiento económico en México*, México, FCE, 1947.

______ *Historia y antología del pensamiento económico*, México, FCE, 1939.

______ *Ideología de la revolución mexicana*, México, FCE, 1962.

SOTELO INCLÁN, Jesús, *Raíz y razón de Zapata*, México, Editorial Etnos, 1943.

TEJA ZABRE, Alfonso, *Historia de México. Una moderna interpretación*, 3a. ed., México, Botas, 1951.

_______ *Panorama histórico de la revolución mexicana*, México, Botas, 1939.

_______ *Teoría de la revolución*, 2a. ed., México, Botas, 1947.

_______ *Vida de Morelos*, México, UNAM, 1959 (Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie, núm. 48).

_______ "Tendencias en las investigaciones históricas en México", en *Las Humanidades en México. 1950-1975*, México, UNAM, 1978.

TORRE VILLAR, Ernesto de la, *Lecturas históricas mexicanas*, 2a. ed., México, UNAM, 1997, 5 vols.

VALADÉS, José C., *El juicio de la historia: escritos sobre el siglo XIX*, introducción, efemérides biográficas y selección de Oscar Javier Acosta Romero, México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1996.

_______ *El porfirismo: historia de un régimen*, México, UNAM, 1941, 3 vols.

_______ *Historia general de la revolución mexicana*, México, M. Quesada Brandi, 1963, 10 vols.

_______ *Santa Anna y la guerra de Texas*, 2a. ed., México, Patria, 1951.

_______ *Sobre los orígenes del movimiento obrero en México*, México, CEHSMO, 1979.

VASCONCELOS, José, *Breve historia de México*, México, Polis, 1944.

_______ *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana*, Buenos Aires-México, Espasa Calpe, 1948.

_______ *Ulises criollo*, 6a. ed., México, FCE, 1981.

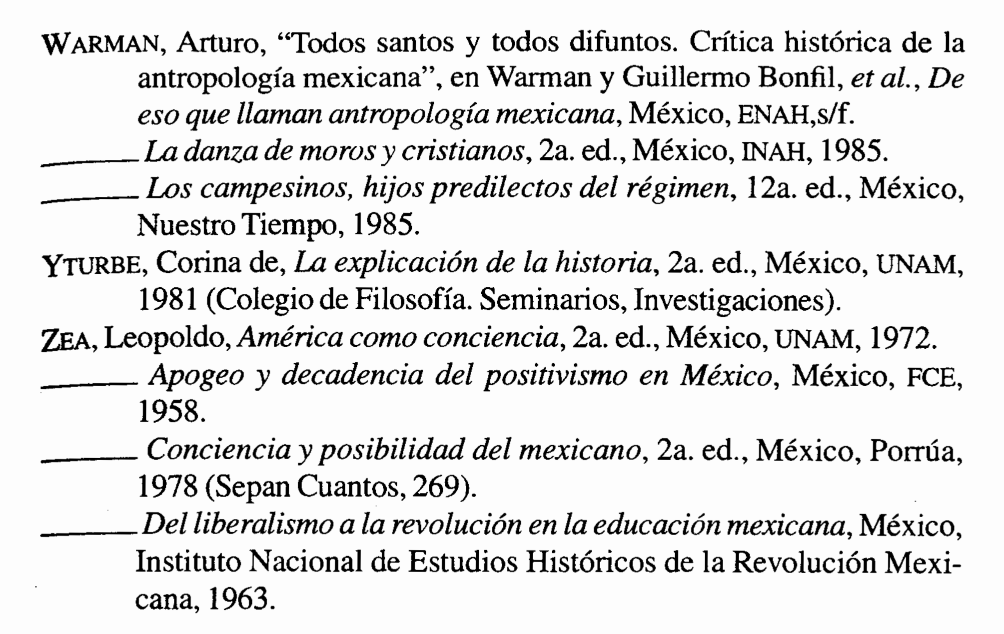
VILLEGAS, Abelardo, *La filosofía de lo mexicano*, México, FCE, 1960.

_______ *Positivismo y porfirismo*, México, Pormaca, 1972.

VILLORO, Luis, "La cultura mexicana de 1910 a 1960", en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol. X, núm. 2, octubre-diciembre, 1960.

_______ *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM, 1963.

_______ *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 3a. ed., México, FCE, 1998.



WARMAN, Arturo, "Todos santos y todos difuntos. Crítica histórica de la antropología mexicana", en Warman y Guillermo Bonfil, *et al.*, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, ENAH, s/f.

______ *La danza de moros y cristianos*, 2a. ed., México, INAH, 1985.

______ *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, 12a. ed., México, Nuestro Tiempo, 1985.

YTURBE, Corina de, *La explicación de la historia*, 2a. ed., México, UNAM, 1981 (Colegio de Filosofía. Seminarios, Investigaciones).

ZEA, Leopoldo, *América como conciencia*, 2a. ed., México, UNAM, 1972.

______ *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, México, FCE, 1958.

______ *Conciencia y posibilidad del mexicano*, 2a. ed., México, Porrúa, 1978 (Sepan Cuantos, 269).

______ *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1963.

LA HISTORIA DE LAS IDEAS ENTRE 1940 Y 1960*

Abelardo Villegas (†)
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Antes de iniciar aclaro que yo no soy historiador, sino que soy, o pretendo ser, filósofo, lo cual puede restarme méritos frente a un público de historiadores. Sin embargo, la historia de las ideas elaborada en el periodo que nos ocupa (1940-1960) no fue un mero recuento de las ideas mexicanas. En una tendencia general, la historia ideológica del país se convirtió en una preocupación de los filósofos, pero su interés y objetivos trascendían el ámbito puramente académico. Ahora trataré de explicar por qué fue un asunto de filósofos y por qué es difícil limitar el tema dentro de una disciplina o especialidad.

La historia de las ideas que se empezó a elaborar en México en los años cuarenta estaba inspirada en José Ortega y Gasset, quien décadas antes en su prólogo a las *Meditaciones del Quijote* había formulado una definición del hombre que tuvo un fuerte impacto en toda Hispanoamérica: "Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo". Era una definición de la historicidad del hombre y también un imperativo de "salvación". Pero Ortega tenía un concepto muy particular de la salvación: "dado un hecho –un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor–, llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado",[1] eso es salvarlo.

> Hay dentro de toda cosa la indicación de una posible plenitud. Un alma abierta y noble sentirá la ambición de perfeccionarla, de auxiliarla para que logre esa su plenitud. [...] La 'salvación' no equivale a loa ni ditirambo; puede haber en ella

* Versión depurada, y revisada por el autor, de la conferencia dictada el 12 de julio de 2000 en El Colegio de Michoacán.

1. Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista de Occidente, 1963.

> fuertes censuras. Lo importante es que el tema sea puesto en relación inmediata con las corrientes elementales del espíritu, con los motivos clásicos de la humana preocupación. Una vez entretejido con ellos, queda transfigurado, transubstanciado, salvado.[2]

Esta es la definición que Ortega tiene de la salvación: salvar un objeto, un hecho, una idea, un sentimiento, es situarlo en su propia circunstancia, en la plenitud de su significado, para que pueda lucir en su mejor aspecto.

En *El perfil del hombre y la cultura de México* (1934) y la *Historia de la filosofía en México* (1943), Samuel Ramos realizó varias operaciones de salvación, como la del "complejo de inferioridad" y la de la "imitación", ambos predicados sobre el mexicano con acritud. La gente simplemente decía que teníamos un complejo de inferioridad y que imitábamos a la cultura europea. Ramos examinó ese complejo de inferioridad y lo salvó al convertirlo en un factor explicativo de la historia mexicana, en un motor y una consecuencia de nuestra historia desde la independencia.

Además de realizar una corrección al complejo de inferioridad, Ramos afirmó que los mexicanos imitábamos porque nuestra circunstancia histórica hacía posible esa tendencia. En 1934, Ramos mostró que los mexicanos de 1824 creíamos tener una altura política equivalente a la de Estados Unidos y, por eso, nos organizamos como una república federal, que tenía que fracasar porque nunca existió en la práctica. Al considerar que la organización política de Estados Unidos era la más avanzada de la época, los constitucionalistas mexicanos creyeron que debíamos ser federalistas contra la advertencia de fray Servando Teresa de Mier, que conocía bien Estados Unidos y varios países de Europa. Francia, por ejemplo, tenía una organización "centralista", en departamentos, pero también era liberal y no una monarquía absoluta. Por eso, en su célebre "Discurso de las profecías", Mier afirmó que no era posible, después de 300 años de monarquía, saltar a la república federal porque fracasaríamos, y pedía diez años de centralismo para no hacer tan abrupto el cambio. No le faltaba razón: el centralismo y el autoritarismo eran una salvación frente a los poderes regionales que buscaban afianzarse en la federación y se disfrazaban de republicanos sin serlo.

2. *Ibid.*, p. 2.

El centralismo era una salvación frente al caudillismo, el caciquismo y otros males que han sido el azote de México hasta la fecha.

Adoptamos el federalismo, según Samuel Ramos, porque creíamos tener méritos políticos y sociales similares a los de Estados Unidos. Es decir: nos organizamos siguiendo una visión "errada" de nosotros mismos. Y claro: el federalismo fracasó, al igual que el centralismo. Por eso, José Manuel Hidalgo escribió en sus cartas –muy sensatas– que lo único que faltaba es que fracasara la monarquía. Pero cuando lograron la monarquía, ésta era liberal. La monarquía inglesa no sólo era constitucional, sino parlamentaria. En ese caso, también partimos de una visión errónea de nuestra realidad política y social. Como insistimos en esa visión, la solución –observó O'Gorman– fue muy interesante: queríamos un emperador-presidente y conseguimos un presidente-emperador. Porfirio Díaz era un emperador disfrazado de presidente y gobernó 30 años (mucho menos que el PRI), pero su fuerza surgió no sólo de los acontecimientos, sino de esta consideración de nuestra realidad social, una consideración engañosa.

Samuel Ramos salvó el complejo de inferioridad porque se basaba en una visión errónea de nosotros mismos. Este complejo podía incluso ser justificado. Si yo me siento inferior a Bertrand Russell no pasa nada, pero si escribo un libro y lo considero mejor que *Principia matematica*, es probable que me sienta mal si me dicen que no es tan bueno. El complejo de inferioridad de los mexicanos es algo que se puede quitar, como se cambia de chaqueta, por medio de una especie de psicoanálisis social (estilo Alfred Adler), o sea, regresando al pasado para localizar su origen. Como producto y motivación de la historia mexicana, el complejo de inferioridad y la imitación fueron salvados y lucieron. Aunque podían ser criticados como errores históricos, fungían como explicativas de nuestra historia. Además, ya no eran meras opiniones, sino que generaron todo un programa para la vida nacional.

Más cerca de lo que es propiamente una "idea", Leopoldo Zea en *El positivismo en México* mostró que las modificaciones hechas por los positivistas mexicanos a esa doctrina respondían a las peculiaridades de nuestra historia nacional. Zea fue alumno de José Gaos en la Facultad de Filosofía y Letras cuando era una especie de Escuela de Altos Estudios (pues la mayoría de los alumnos tenía una formación previa). Por medio de sus trabajos en clase, Gaos se interesó por Zea, quien estudiaba derecho en la mañana,

filosofía en la tarde y era mensajero de telégrafos por la noche. Gaos consideró que Zea tenía que ser "salvado", pues moriría con ese ritmo y le consiguió la primera beca de El Colegio de México. Zea pensaba hacer una tesis sobre Platón, pero Gaos le sugirió que estudiara al positivismo mexicano, entonces severamente criticado por Antonio Caso. Y Zea salvó al positivismo: lo situó en su circunstancia histórica y mostró la misión que le señalaron Juárez y Gabino Barreda. El resultado fue una reflexión que se extendió a toda América Latina. Después, Zea publicó *El positivismo en México* y *Apogeo y decadencia del positivismo en México*. La doctrina apareció bajo otra luz y hasta la fecha no hay estudio que lo supere. Para eso tendría que cambiarse de enfoque y realizar otro tipo de salvación.

Zea llegó a una conclusión muy diferente de las de Antonio Caso. El positivismo fue un esfuerzo de la conciencia mexicana y un elemento para luchar contra la Iglesia católica, derrotada en los campos de batalla pero no en las mentes. Se requería una educación con un fundamento científico y eso fue lo que Juárez quiso que hiciera Gabino Barreda; por eso, el lema de la preparatoria sigue siendo positivista: "amor, orden y progreso". El libro de Zea fue impactante y el mismo W. Jaegger afirmó que le había iluminado el concepto de positivismo. Como el primer becario profesional mexicano, Zea viajó a Estados Unidos y conoció a Jaegger, quien le explicó que ahí no había filósofos. Para comprobarlo, fueron a una clase de filosofía donde discutían un analítico y un neopositivista. Este último mostraba que lógicamente era imposible que el otro profesor atravesara una pared. Necesitamos un filósofo, señaló Jaegger, que sepa filosofía y no que demuestre si se puede atravesar la pared, pues basta con que se estrelle con ella.

Con una beca para estudiar el pensamiento político latinoamericano del siglo XIX, Zea fue a la biblioteca del Congreso en Washington, leyó lo habido y por haber sobre América Latina y escribió *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, que era un estudio del liberalismo y el positivismo. Después Zea viajó a Sudamérica e hizo un libro magnífico que sería reeditado con el título de *El pensamiento positivista latinoamericano*, donde mostró que el movimiento positivista cundió por toda América Latina con idénticos propósitos que en México, si bien con modificaciones según el país. Por ejemplo, los brasileños adoptaron la religión de la humanidad. En México, Juárez y Porfirio Díaz no estaban dispuestos a continuar la guerra con la Iglesia católica. En Europa, el positivismo de Comte fue un instru-

mento de la reacción en contra de la revolución francesa, pero en México fue un instrumento del liberalismo contra el conservadurismo derrotado en los campos de batalla. Como eran dos cosas diferentes, cumplieron papeles distintos, lo cual sólo se podía saber haciendo la crítica del positivismo, no desde una teoría general de la sociedad, sino a la luz de sus circunstancias históricas concretas. Eso fue lo que hizo Zea en el caso de México y, después, de Hispanoamérica.

Los brasileños sí establecieron una religión de la humanidad. Comte consideraba que la energía que las personas ponen al servicio de la religión debía ser aprovechada para crear la religión de la humanidad. Por eso, escribió un *Catecismo positivista*, sacó a la "diosa Humanidad" del cuadro de Botticelli para colocarla en el templo y nombró "Papisa" a su amante, Clotilde de Vaugts, que era prostituta. Cuando los brasileños siguieron a Comte, éste ya había muerto al igual que su religión de la humanidad. Un prosélito brasileño viajó a Francia para visitar los santos lugares y, como no lo dejaron entrar a la casa de Comte, se fue a la de Clotilde de Vaugts, lo cual muestra que la historia también se puede entender según se sitúen los acontecimientos.

Años después, en tiempos de la dictadura de Castelo Branco, fui a Brasil a hacer un trabajo sobre la ideología política del siglo XX. Después de recolectar el material en Sao Paulo, busqué el templo de la diosa Humanidad en Río de Janeiro y no sólo lo encontré en los barrios antiguos, sino que asistí a una misa. Los fieles de Augusto Comte eran muy viejos y el edificio, de principios del siglo XX, estaba pintado de verde, que es el color positivista (la bandera de Brasil fue diseñada por los positivistas). No tenían santos, pero estaban Kepler, Newton, Aristóteles y otros científicos y filósofos de la historia occidental. En el centro estaba la diosa Humanidad del cuadro de Botticelli, lo que me pareció sensacional. El cura me preguntó quien era y le dije que era mexicano y que había viajado a Brasil sólo para ver su templo. Entonces me llevó a la sacristía para ver la imagen del cuadro de Botticelli, las chaquetas de los padres positivistas del siglo XIX, sus fotografías y una serie de reliquias (pude comprar muchos panfletos positivistas y soy el único que los tiene en México).

Como yo había leído un libro de Antonio Gómez Robledo (que fue embajador en Brasil), fui a ver a la religión de la humanidad, que fue un producto de la historia de las ideas. El positivismo tuvo una noble influencia

y siempre fue un instrumento modernizador de la sociedad. Eso no lo había entendido Antonio Caso, que odiaba a los positivistas. Por eso, era necesario cambiar de enfoque, como Gaos sugirió a Zea. Además de ser interesantes para la historia de las ideas los libros de Zea, *El positivismo en México* y *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, dieron origen a una serie muy larga de obras sobre el tema.

Para Zea, las modificaciones de los positivistas mexicanos a esa doctrina respondían a las peculiaridades de la historia nacional. A diferencia de Europa, donde el positivismo fue una corriente ideológica conservadora, en México fue un instrumento de liberalismo para consolidar la derrota de la Iglesia en el orden de las conciencias. Aunque Caso había señalado los errores del positivismo en función de la filosofía general, Zea lo situó en su circunstancia histórica y bajo esa luz se transformó por completo. Así se explica el énfasis que Gabino Barreda (quien había sido oyente en los cursos de Comte) puso en la libertad en su histórico discurso de Guanajuato, donde hizo una interpretación positivista de la historia mexicana y terminó cambiando el lema de Comte "amor, orden y progreso", por "libertad, orden y progreso". La palabra libertad era un reconocimiento al triunfo de los liberales y la referencia que hizo Barreda era muy expresiva de esa situación histórica. Después, Zea extendió esta operación histórica a toda Latinoamérica hasta construir una filosofía de la historia de América.

Por su parte, José Gaos había hecho una de las primeras traducciones mundiales de *El ser y el tiempo* de Martín Heidegger. Como no era una obra de lectura fácil Gaos escribió *Introducción a El ser y el tiempo*, un estudio introductorio y aclaratorio que resultaba aún más difícil que la obra original. Para leer a Heidegger, yo me serví de la obra de Gaos como de un diccionario porque tenía todas las definiciones de los términos técnicos. Se necesitaban buenas traducciones, que ya habían comenzado bajo los auspicios de la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset. Gaos ya había traducido en España a Husserl, continuó en México con Heidegger y puso a disposición de los estudiantes una traducción directa del griego de los *Fragmentos*, de los presocráticos griegos, publicada por El Colegio de México. Eugenio Ímaz realizó la traducción de las obras de Dilthey, un filósofo de la historia. El curador de la biblioteca del Congreso en Washington, me decía que compraban todo lo que se publicaba en América Latina de pensadores originales, no traducciones. Habían comprado, empero, la traducción de Ímaz

porque a los alumnos estadounidenses les costaba más trabajo leer a Dilthey en alemán que en español.

Wenceslao Roces tradujo *El capital* de Marx; las *Lecciones sobre la historia de la filosofía* y la *Fenomenología del espíritu* de Hegel; *El asalto de la razón* de Georg Lukács, y *El problema del conocimiento*, la magna obra de Ernest Cassirer. Los emigrados españoles continuaron en México la tarea que Ortega se había propuesto en España: la occidentalización, entendida como poner a la disposición de los lectores de lengua española las grandes obras de la cultura europea, en especial de la alemana. Algunos españoles escribieron en México libros importantes y otros hicieron la totalidad de su obra. Con sus traducciones y obras personales, los españoles pusieron a México al día en materia de filosofía y de historia de las ideas. Gaos publicó casi toda su obra en México, agrupada en 26 tomos, donde destacan: *De la filosofía*, *Del hombre*, *Historia de nuestra idea del mundo*, *Pensamiento de lengua española*, *Filosofía mexicana en nuestros días*, *En torno a la filosofía mexicana*, etcétera.

Joaquín Xirau publicó dos obras importantes *Amor y mundo* y *Lo fugaz y lo eterno*; José María Gallegos Rocaful *El hombre y el mundo de los teólogos españoles*, *El pensamiento del padre Francisco Suárez* y *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*. En un terreno más filosófico, Eugenio Ímaz escribió *Asedio a Dilthey: un ensayo de interpretación* y Eduardo Nicol *La vocación humana*, *Historicismo y existencialismo* y *Metafísica de la expresión*. Adolfo Sánchez Vázquez, filósofo marxista, publicó *Filosofía de la praxis* y *Del socialismo científico al socialismo utópico*. Ramón Xirau prepara un libro sobre esta herencia hispánica, que todavía requiere un estudio profundo. Si bien la obra de los españoles fue amplia, muchos parecían muy decepcionados: Eugenio Ímaz se suicidó y a Joaquín Xirau lo mató un tranvía frente a la Facultad de Filosofía y Letras. Pero Gaos, Nicol y, más tarde, Sánchez Vázquez, sí echaron raíces. En general, fue un avance importante en materia de historia de las ideas.

Sin embargo, al plantear la historia de la filosofía, Gaos afirmó que en México no se debía hacer historia de las ideas filosóficas, sino historia de las ideas en general, porque teníamos más originalidad en materia de ideas que en filosofía. Además, es claro que la historia de las ideas supone una perspectiva más amplia que hacer historia de las ideas filosóficas. Hay una diferencia importante entre las ideas generales y las ideas filosóficas. Por

ejemplo, el proletariado es una idea, no los proletarios. El concepto de "proletariado" no es filosófico, sino sociológico y económico. En cambio, el "ser" de América sí es un concepto filosófico.

Profundo conocedor del historicismo, Gaos condujo por ese camino a sus alumnos e intentó una salvación nacional apoyado en la fenomenología y en el perspectivismo de Ortega y Gasset. La fenomenología supone una investigación sobre la "esencia" a partir de un análisis minucioso de los ejemplos particulares. Para elevar el ser del hombre al ser en general, la ontología de Heidegger partía de la descripción de la vida cotidiana. Si el lector de Heidegger logra traspasar el velo terrible de los términos técnicos, se encuentra con que *El ser y el tiempo* es una fenomenología de la vida cotidiana. ¿Por qué? Porque Heidegger buscaba al ser del hombre y el ser en general basado en Husserl, el principal platónico de nuestro tiempo, para quien las "esencias" son ideas y que es una manera platónica de decir que son. El fenomenólogo tiene que acceder a las ideas por la vía de los casos particulares. Por ejemplo, el hombre Heidegger quería hacer un análisis del ser del hombre (eso es *El ser y el tiempo*) y, en este horizonte, averiguar qué es el ser en general (el análisis del ser del hombre partía del estudio de los hombres concretos). De manera magistral, Heidegger mostró como podemos acceder al ser del hombre al analizar cuando alguien clava un clavo para colgar un cuadro. Gaos decía que cuando clava el clavo, el hombre está denotando su esencial "moribundez". Heidegger inventó una terminología para hablar del ser (porque éste no era una cosa sino una idea y no podía utilizar términos que designan cosas) y Gaos hizo algo peor: inventó su traducción. La fenomenología consistía en partir hacia la esencia por la vía de los ejemplos particulares. Cuando Ortega exhortaba a meditar sobre la circunstancia con una intención filosófica no hacía sino enunciar una tarea que realizarían los filósofos alemanes de manera sistemática.

Aunque no fue discípulo de José Gaos, Samuel Ramos escribió en 1943 que el valor más eminente que podía tener para nosotros una obra filosófica estaba en su eficacia para despertar de algún modo la conciencia de nuestro "ser propio" y para ayudarnos a dirimir nuestra personalidad en formación. Para los hispanoamericanos, la filosofía no vale sólo como una concepción del mundo y de la vida humana, sino como un instrumento para ubicar nuestro mundo y nuestra vida en ese ambiente. Ver ese mundo descubierto por la filosofía europea, pero con ojos americanos y fijar nues-

tro propio destino en relación con el todo de ese modelo. Así lo entendió Ramos cuando quería hacer un análisis del hombre mexicano para acceder al hombre en general. Esa es la esencia de la "filosofía de lo mexicano": la búsqueda de lo que Hegel llamó lo "universal concreto".

Después de seguir ese programa en numerosos libros, Leopoldo Zea concluyó que la no buscada "originalidad" del pensamiento hispanoamericano resultaba del esfuerzo por adaptar el pensamiento europeo a la circunstancia americana. Al hacer patente el carácter instrumental no sólo de nuestro pensamiento sino de casi toda la cultura latinoamericana, Zea pudo hacer la distinción entre la circunstancia histórica oriunda y la cultura europea utilizada como instrumento. Por eso, pasó del análisis de lo mexicano a la filosofía de la historia. Entre sus últimas obras, hay un libro excepcional llamado *El mundo desde el punto de vista de la marginación y la barbarie*, que es una filosofía de la historia universal desde el punto de vista americano, o sea, desde el punto de vista de los "bárbaros" y los marginados. Como Zea hizo muchos libros, sus alumnos decían que no tenía chiste porque nada más le daban un tema y él echaba a andar el leopoldógrafo, pero su trayectoria se expresa muy bien en *América como conciencia, La conciencia del hombre y la filosofía, Filosofía de la historia americana*, etc. Además ganó el Premio Alfonso X el Sabio, de España y tiene todos los doctorados habidos y por haber (y en México, para tener enemigos, lo único que se tiene que hacer es hacer algo).

Al señalar algunos rasgos característicos del pensamiento mexicano en su espléndido libro *En torno a la filosofía mexicana*, Gaos destacó que, en algunos casos, los pensadores mexicanos expresaron ideas que los europeos desarrollarían más tarde. Así, la obra de José María Luis Mora contiene rasgos comtianos o positivistas, y en la de Antonio Caso aparecen enfoques que más tarde serían expresados por Max Scheler. Esto se debió, según Gaos, a que los autores americanos tenían los mismos antecedentes académicos que los europeos y, por eso, llegaron a conclusiones parecidas.

Gaos también censuró lo que llamaba "el imperialismo de las categorías" o la tendencia a utilizar en nuestra historia los conceptos y categorías de la cultura europea. Esto puede resultar útil algunas veces, pero en otras produce graves confusiones. En todo caso, hay que formular las categorías a partir del propio terreno que se estudia. Cuando Miguel León Portilla publicó *La filosofía náhuatl* (donde utilizó categorías del pensamiento

europeo) tenía presente esta advertencia metodológica de Gaos y, en su prólogo, explicó que la "filosofía" náhuatl se parecía al pensamiento presocrático porque estaba escrita en poemas, fragmentos, de manera metafórica, por lo que no le pareció extraño ni forzado designarlo con la palabra filosofía. Pero en el estudio también encontró que muchas ideas no eran designables con categorías europeas y entonces acuñó conceptos generales derivados del mismo material historiográfico que manejaba. Algunos chicanos decían que el pensamiento chicano también era un conjunto de categorías para designar algo original y que el libro de León Portilla les inspiraba mucho.

El imperialismo de las categorías es utilizar designaciones impropias para hechos e ideas. El trabajo de categorización hecho por León Portilla fue toda una hazaña. Por mi parte, traté de hacer lo mismo en *Reformismo y revolución en el pensamiento político hispanoamericano*. Los discursos marxistas cubanos, por ejemplo, pecaban de imperialismo en las categorías. Fidel Castro sostuvo en la Segunda Declaración de La Habana que el sujeto de la revolución en Cuba era el proletariado, como habían afirmado Marx y Lenin. Como Cuba no tuvo revolución industrial, no había proletarios sino campesinos y uno que otro obrero en los ingenios. Castro no podía decir que los líderes de la revolución cubana fueron los proletarios, sino en todo caso los campesinos y los estudiantes universitarios. El que enfrentó esto de una manera muy particular fue Mariátegui, quien estuvo en Europa y conocía bien el marxismo. Cuando regresó al Perú modificó la tesis de Lenin: los sujetos de la revolución peruana y socialista eran los indígenas. Mariátegui pensaba que el marxismo es como un mapa (no describe con detalle los caminos, ni dice si hay fieras, etc.) para orientarse y no una bola de cristal que adelante los problemas que van a surgir con su aplicación. El "Che" Guevara dijo que los revolucionarios cubanos habían sido marxistas sin saberlo, lo cual quiere decir que no habían estudiado a Marx y que después se preocuparon por buscar la forma de aplicarlo como una concesión a los rusos. Los argentinos sí podrían decir que su revolución sería hecha por el proletariado porque tuvieron una revolución industrial y muchos emigrados eran un producto de la revolución industrial en Italia, pero ¿Cuba o México? Por eso cuando escribí *Cultura y política en América Latina* y *Reformismo y revolución en el pensamiento político hispanoamericano* tuve en cuenta no incurrir en este imperialismo de las categorías.

También es necesario mencionar las aportaciones de Edmundo O'Gorman, quien planteó en diversas obras el problema del "ser histórico" de América. En este sentido, *La invención de América* no es una historia de las ideas filosóficas, sino una historia hecha con filosofía de la idea de América. Es un libro básico, pero se aprovecha mejor si se tienen conocimientos de filosofía. O'Gorman se refería a los conceptos básicos por medio de los cuales el conocimiento histórico "dota" de un sentido a los acontecimientos: por ejemplo, el ser de América estará constituido por la serie de conceptos que otorgan sentido y significación al continente, lo que incluye su carácter geográfico y su desarrollo histórico. El rango ontológico de estos conceptos proviene de que funcionan como esencialmente explicativos de la realidad americana. Cuando O'Gorman habla de la "invención" de América se refiere a la invención del concepto y no a la entidad geológica.

Esto es muy importante: América es un concepto y, como tal, fue inventado, según expuso O'Gorman en *La invención de América*. No se concibe a los indígenas, sino al concepto y por cierto equivocado (es un concepto típico del imperialismo de las categorías, pues "indígenas" son los habitantes de la India). En la historia, dice O'Gorman, se van elaborando conceptos explicativos de una realidad histórica y son estos los que constituyen el ser histórico. Su rango ontológico depende de que son explicativos, por ejemplo, de la realidad americana, como mostraron *La idea del descubrimiento de América* y, sobre todo, *La invención de América*, libro extraordinariamente hegelinano (no por casualidad, O'Gorman asistió durante una década al seminario de Gaos sobre la *Lógica* de Hegel). *La invención de América* muestra cómo se acuñó el concepto de América como "cuarto continente", el cual, al confrontarse con la realidad, rompió la concepción tripartita del mundo antiguo. Esta ruptura hizo necesaria una nueva concepción del mundo o de la "Ecumene": la habitación cósmica del hombre. Como discípulo y amigo de Gaos, O'Gorman aplicó esta noción de historia de las ideas en muchos de sus estudios.

Finalmente, un miembro del grupo Hiperión y también discípulo de José Gaos, Luis Villoro, escribió *El proceso ideológico de la revolución de independencia* y *Los grandes momentos del indigenismo en México*, que están hechos con estos conceptos, pues ambos textos expresan una búsqueda fundada en la filosofía existencialista. En el prólogo de la primera edición de *El proceso ideológico*, Villoro dice que se propone mostrar al hombre

cuando se transparenta en sus actos muy concretos. Por ejemplo, analiza la decisión de Hidalgo al lanzarse a la guerra y lo muestra como un ejemplo de la libertad humana.

En general, Ramos, Gaos, O'Gorman, Zea, Villoro y otros eran filósofos historiadores e historiadores filósofos. Por eso, creían necesario que el historiador supiera filosofía. No les faltaba razón, porque mientras el historiador no tenga una buena base conceptual lo único que hará será clasificar los acontecimientos o las ideas. En nuestros días eso lo hace una computadora. Los filósofos y los historiadores deben saber ambas cosas y tiene que haber un tránsito constante porque la filosofía y la historia no son especialidades, sino conocimientos universales, generales. Por lo tanto, quien los tome como especialidades se equivoca de medio a medio.

En las décadas de 1940 y 1950, se consideró el problema de la falta de comprensión a fondo de los procesos. Si bien O'Gorman publicó otros libros con otras ideas, nunca renunció a *La invención de América*, pero terminó decepcionado porque no fue entendido. La crítica es siempre difícil y la obra de O'Gorman fue poco comprendida. Ramos y Gaos decían que los libros pueden ser dos cosas: cortinas de papel que dejen ver el mundo o ventanas abiertas al mundo. El filósofo y todo intelectual corren el peligro de quedarse en la cortina de papel.

Esto fue, en pocas palabras, el panorama de la historia de las ideas en México desde 1940 hasta 1960. Un periodo muy interesante y fértil, pero desapareció. Sin duda, después se siguió haciendo historia de las ideas. Pero el proceso de creación de una metodología y la preocupación por nuestra historia ideológica bajo esta perspectiva sí terminó en la década de 1960. Después se aplicaron otros criterios, pero esa ya es otra situación.

BIBLIOGRAFÍA

CASSIRER, Ernest, *El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia moderna*, trad. Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

GALLEGOS ROCAFUL, José M., *El hombre y el mundo de los teólogos españoles de los siglos de oro*, México, Stylo, 1946.

______ *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*, México, UNAM, 1951.

GAOS, José, *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1982.

______ *Del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica/UNAM, 1970.

______ *En torno a la filosofía mexicana*, México, Porrúa y Obregón, 1952-1953.

______ *Filosofía mexicana en nuestros días*, México, Imprenta Universitaria, 1954.

______ *Historia de nuestra idea del mundo*, México, El Colegio de México, 1973.

______ *Introducción a El ser y el tiempo de Martín Heidegger*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

HEGEL, George W. F., *Fenomenología del espíritu*, trad. Wenceslao Roces y Ricardo Guerra, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

______ *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, trad. José Gaos, Madrid, Revista de Occidente, 1974.

ÍMAZ, Eugenio, *Asedio a Dilthey: un ensayo de interpretación*, México, El Colegio de México, 1945.

LEÓN PORTILLA, Miguel, *La filosofía náhuatl: estudiada en sus fuentes*, México, UNAM, 1979.

NICOL, Eduardo, *Historicismo y existencialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

O'GORMAN, Edmundo, *La idea del descubrimiento de América*, México, UNAM, 1951.

______ *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista de Occidente, 1963.

RAMOS, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Mundial, 1934.

______ *Historia de la filosofía en México*, México, Imprenta Universitaria, 1943.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Del socialismo científico al socialismo utópico*, México, Era, 1981.

VILLEGAS MALDONADO, Abelardo, *Cultura y política en Latinoamérica*, México, UNAM/UDUAL, 1978.

______ *Reformismo y revolución en el pensamiento político hispanoamericano*, México, Siglo XXI, 1978.

VILLORO, Luis, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM, 1981.

______ *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, CIESAS, 1979.

ZEA, Leopoldo, *América como conciencia*, México, UNAM, 1983.

______ *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1944.

______ *Discurso desde la marginación y la barbarie*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

______ *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica: del romanticismo al positivismo*, México, El Colegio de México, 1949.

______ *El positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1943.

______ *Filosofía de la historia americana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

DE LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA A LOS NUEVOS GÉNEROS HISTORIOGRÁFICOS

Norma de los Ríos M.
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

En el marco de este ciclo de conferencias que pretende revisar las corrientes y tendencias historiográficas, esta exposición titulada "Nuevos géneros historiográficos" intenta abordar fundamentalmente algunos problemas teóricos y metodológicos de las nuevas temáticas, corrientes o propuestas historiográficas que predominaron durante la década de los ochenta, que no en vano ha sido bautizada como la "década perdida". El calificarla como tal podría suponer, de entrada, una valoración esencialmente peyorativa y negativa, que por otra parte podría resultar bastante cierta, si sólo lo relacionamos con la pérdida de certidumbres y certezas que, en el ámbito de los modelos teóricos, aspiraban a explicar la realidad y, consecuentemente, en la viabilidad de los proyectos políticos que se proponían la transformación social. Dicha pérdida había empezado a manifestarse desde tiempo atrás pero por circunstancias históricas concretas, permea más tardíamente nuestras sociedades latinoamericanas en relación con las sociedades europeas.

Como el tema a tratar resulta vasto y muy complejo, conviene acotar no sólo sus límites cronológicos, sino sobre todo el enfoque metodológico en el que queremos inscribirlo. A sugerencia de los propios organizadores, iniciaré este texto con algunas consideraciones acerca de la llamada "teoría de la dependencia latinoamericana", que se enmarca aún en lo que podríamos llamar una propuesta historiográfica crítica de los paradigmas tradicionales de la modernidad, pero dentro de la modernidad misma, para continuar y terminar con un acercamiento a las llamadas nuevas propuestas historiográficas, llámense *nouvelle histoire*, "historia de las mentalidades", "historia cultural", etc., las cuales, por el contrario, proponen una crítica a la modernidad ilustrada desde una perspectiva posmoderna (aunque aquí tampoco conviene generalizar).

Para hablar de la teoría de la dependencia en América Latina, tenemos casi obligadamente que mencionar como su antecedente inmediato a la teoría del desarrollismo cepalino, es decir, la propuesta histórica de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) que, sin que ello signifique menospreciar en modo alguno sus ricas e interesantes aportaciones, particularmente en el ámbito de la teoría económica pretende, como su propio nombre lo indica, encontrar las vías del desarrollo latinoamericano (industrialización, sustitución de importaciones, mejoría de los términos de intercambio, autonomía de la burguesías nacionales, política social de masas y una activa intervención estatal a través de la planeación, etc.) e intenta devorar siglos en lustros dentro de un esquema desarrollista, evolucionista, crítico del imperialismo y los errores del capitalismo avanzado; en cierta medida, pero también confiado en el progreso de nuestras sociedades apoyado en las reformas señaladas anteriormente, que no suponían, en términos generales la alternativa de un proyecto verdaderamente contestatario del sistema capitalista.

Tal vez resulte innecesario ubicar históricamente el surgimiento de la CEPAL (en 1948) dentro de las postrimerías de la trágica década de los cuarenta, en el marco de la recuperación europea después de la devastación económica, social y cultural, producida por la segunda guerra mundial con toda su cohorte de tragedias, y también, por ende, en el marco del desplazamiento definitivo del eje del desarrollo capitalista hacia Estados Unidos. La CEPAL se crea en el contexto del proceso de descolonización de la posguerra y como parte de la creación de organismos regionales destinados a elaborar propuestas de solución a los problemas del capitalismo atrasado. Esta perspectiva suponía que el atraso de nuestros países "constituía una situación transitoria, la cual –una vez cumplidas ciertas condiciones– dejaría su lugar a etapas superiores".[1] Es decir, se inserta en una visión aún esperanzada y etapista del progreso.

Hay que señalar, además, que en aquellos años, en términos muy generales y sin hacer alusión a ningún proceso nacional específico (donde encontraríamos como es evidente profundos desfases), se vive en América Latina un relativo *boom* económico y una revitalización de la economía por la política de sustitución de importaciones y otra serie de beneficios de

1. Estay Reino, "El aporte de la CEPAL", en *La teoría social Latinoamericana*, México, 1994, p. 23.

carácter social (fundamentalmente por lo que toca a la población urbana), que derivarían en la conformación de lo que se ha dado en llamar el "Estado benefactor" y alimentarían las esperanzas de un futuro promisorio para la región, que entre las décadas de 1950 y 1960 parecía tomar carta de ciudadanía al menos en varios países latinoamericanos.

La década de los sesenta, que se inicia justamente con la extraordinaria experiencia de la revolución cubana, significó no solo un parteaguas en el terreno de la historia latinoamericana y de la revolución como esperanza continental, sino que nutrió y desarrolló de manera casi exponencial la reflexión teórico-metodológica y el análisis histórico en todo el mundo, pero especialmente en Latinoamérica.

Esta década trajo igualmente consigo el auge sin precedentes del marxismo y del materialismo histórico como método de análisis de la realidad social, que habiendo tenido por supuesto larga vida previa, sobretodo desde las décadas de 1920 y 1930 en el seno de los partidos socialistas y comunistas y en los movimientos sociales y populares de esos años. Derivaría ya en los años cincuenta pero particularmente en los sesenta en lo que podríamos llamar la institucionalización de los estudios marxistas en el seno de las universidades latinoamericanas y no sólo en los círculos más restringidos de luchadores de izquierda o como expresión programática de los partidos políticos.

Por otra parte, el agotamiento de la política de sustitución de importaciones, por la propia recuperación de las economías metropolitanas, comenzaba a taladrar las ilusiones desarrollistas de gobiernos e instituciones. Es en este marco general donde podemos situar el surgimiento de la teoría de la dependencia, que desde cierto ángulo puede ser sin duda considerada como una aportación latinoamericana a la reflexión historiográfica occidental.

Señalé al principio que la teoría de la dependencia puede y debe ser considerada historiográficamente como una teoría crítica de la modernidad dentro de la modernidad misma. ¿Qué quiero decir con esto?

Continuando con la práctica de las generalizaciones, podría aventurar que el desarrollismo cepalino en su conjunto todavía podría inscribirse en una lógica de progreso racional y lineal, heredero de la ilustración y de la tradición positivista, donde "toda información es asequible y todo problema susceptible de solución" (estoy glosando arteramente una frase de Lord Acton citada como ustedes saben por E. H. Carr, en su obra *Qué es la*

historia), y de la sucesión de etapas superiores de desarrollo que corregirían, poco a poco o aceleradamente, los desfases injustos del desarrollo capitalista mundial. Las propias limitaciones de la teoría del desarrollo que son fundamentalmente el fruto de la propia realidad histórica, obligan a replantear no sólo los modelos económicos de crecimiento en la región, sino, mucho más allá de ello, a repensar la propia realidad con una mirada crítica y una propuesta alternativa de carácter críticamente estructural. Hay que recordar, además, que la década de los sesenta fue extraordinariamente rica en acontecimientos y en transformaciones sociales, que en el caso de Latinoamérica van, como ya hemos señalado, desde la experiencia revolucionaria en Cuba hasta la instauración de gobiernos dictatoriales particularmente en el cono Sur, por no dar sino dos referencias: la caída de Goulart en Brasil en 1964 y el golpe de estado en Argentina en 1966 que instaura la dictadura de Onganía. Una serie de situaciones históricas sobre las que resultaría muy largo abundar, amén de las razones ya esgrimidas, hicieron que el desarrollismo entrara en una profunda crisis que ni siquiera la ampliación de su horizonte de análisis hacia los aspectos sociopolíticos del desarrollo, logró paliar. Verificar que la industrialización no traía automáticamente mayores niveles de equidad significó un mentís a la versión optimista y lineal del desarrollo.

La teoría de la dependencia, por el contrario, rompe con ese paradigma lineal-ascendente y sostiene que la dependencia constituye una condición estructural de la inserción de América Latina en el sistema capitalista mundial; por eso, se trata de una condición histórica que no puede ser corregida con paliativos desarrollistas ni políticas meramente coyunturales, sino con una transformación profunda de las estructuras sociales que posibilitan la reproducción de esas condiciones de dependencia.

Con los antecedentes históricos mencionados, resulta evidente que la teoría del imperialismo y la teoría de la dependencia recorrerán juntas un largo trecho a lo largo y a lo ancho de nuestro continente. En este camino tendrán un compañero fiel y permanente: el marxismo y, más específicamente, el método de análisis marxista, evidentemente en sus varias aplicaciones: desde las simplistas y mecanicistas hasta las más profundas, complejas y sustentadas en análisis rigurosos de nuestra propia realidad, es decir, las de un marxismo crítico y, por ello, fértil, no estéril y dogmático.

Este camino que mencionamos se hará conjuntamente con otras propuestas teóricas explicativas de la realidad, ya sea la sociología webe-

riana, el estructural funcionalismo de la escuela estadounidense (Parsons en especial) y, por supuesto, el estructuralismo marxista que en su vertiente althusseriana permeará toda la década de los setenta. Por supuesto, la teoría de la dependencia tiene diversas vertientes e incluso en el seno mismo de una corriente expresa las diferencias conceptuales de los diversos autores que la elaboran.

Si la teoría de la dependencia constituye una crítica a la modernidad dentro de la modernidad misma ¿cuáles son los paradigmas de la modernidad que comparte y con los cuales se identifica?, ¿cuáles aquellos que descarta y supera?, ¿qué parte de la "modernidad" sigue considerando suya y reconoce, no sólo como referencia, herencia o patrimonio, sino como fuente, casi como matriz epistemológica fundamental?

A) Parte de la herencia ilustrada racional de progreso y de emancipación humana que constituye el *ethos* de la modernidad. Pero no se trata aquí de un progreso lineal y acumulativo, ni de un sujeto histórico centrado en un ordenamiento racional natural, del que no puede desprenderse, en tanto el proceso histórico unidireccional lo conduce, objetivado hacia la realización de la "única" y "perfecta" historia.[2] Esta visión propia de la filosofía de la naturaleza y de la historia tradicional y que en términos políticos correspondería a la tradición liberal y positivista, es cuestionada y superada por la teoría de la dependencia particularmente en su versión marxista crítica. Se trata en cambio, de un proceso dialéctico donde las "verdades históricas" no absolutas surgen de la contradicción y donde toda pretensión explicativa de la teoría exige una permanente confrontación con la realidad histórica a partir de la cual se elabora toda conceptualización, quedando por tanto necesariamente sujeta a su permanente renovación y actualización.

B) Comparte la visión ilustrada de la historia como "totalidad", pero en la perspectiva crítica y no mecanicista, por su búsqueda explicativa de los nexos y relaciones entre los diversos niveles de la realidad y entre las diferentes temporalidades y ritmos de la historia, que sustenta la pretensión epistemológica de la inteligibilidad de lo real. Por ello centra

2. P. Ravelo, "De la modernidad a la posmodernidad", en *Debates Americanos*, La Habana, núm. 2, julio-diciembre de 1996, p. 75.

su análisis en las estructuras y la capacidad de transformación de las mismas.

C) Se deslinda del proyecto "unificador" tradicional de la modernidad proponiendo una nueva alternativa de universalización, la cual da cuenta de la gran heterogeneidad estructural y parte de la crítica temprana a la tecno-ciencia y al paradigma dominante de la escuela sociológica estadounidense funcionalista (al que ya nos hemos referido). En este caso, específicamente en su versión marxista, constituye un proyecto emancipador alternativo de dimensión continental, tributario en ese sentido de la teoría de la revolución y particularmente de la revolución socialista. Retoma del marxismo su condición histórica de constituir una teoría de la transformación social. De ahí el acento puesto, de acuerdo con la caracterización de Gunder Frank, en el "desarrollo del subdesarrollo" y el énfasis en el análisis riguroso no sólo de las relaciones centro-periferia, sino en los procesos internos específicos de las sociedades latinoamericanas, lo que por otra parte condujo a la elaboración de tipologías explicativas de las formaciones sociales en América Latina.

D) Evidentemente no podemos dejar de señalar que, junto con un marxismo crítico de excelente factura, también existió, fruto de la ideologización política, un marxismo mecanicista simplificador de la realidad y más tributario de lo que se hubiera pensado de una modernidad esclerosada y fundamentada en una lectura etapista de Marx, según la cual la historia es una sucesión lineal de modos de producción, visión de la cual, por cierto, todos fuimos en algún momento y en alguna medida, víctimas y responsables. No pretendemos ignorar que parte de esta herencia mecanicista o reduccionista se encuentra presente en algunas versiones, no las mejores, de la teoría de la dependencia.

No puedo extenderme, aunque quisiera, en el debate sobre los aportes y pertinencia de la teoría de la dependencia, ni menos aún en el debate específico entre los teóricos. Pero sí me interesa señalar, de manera especial, la gran fertilidad de esta escuela de la dependencia latinoamericana y dejar planteada la posibilidad de seguir hurgando en sus aportaciones originales y en su crítica histórica a la razón instrumental, también considerada en su originalidad como una importante renovación teórico-metodológica del pensamiento occidental. Habría que analizar, cuando menos, las con-

cepciones de sus teóricos más destacados, lo mismo que las de aquellos más eclécticos o heterodoxos y los ortodoxos pero no dogmáticos, que se inscriben críticamente dentro de la tradición marxista, aunque entre ellos existen muchas diferencias.[3]

Por último, resulta necesario recordar el auge en estas décadas de la historia económica y social, de la fascinación por una metodología cuantitativista, aplicada a veces sin ton ni son a diversas realidades reacias a métodos cuantitativos o seriales, sin por supuesto menospreciar los avances o aportes logrados en ciertos terrenos por esta metodología.

Otra perspectiva historiográfica y metodológica que conviene recordar es la del auge de la interdisciplinariedad entre las ciencias sociales y las humanidades, que fuera también uno de los lugares comunes más visitados y más caros para una buena parte de los historiadores y de los científicos sociales latinoamericanos, particularmente en las décadas de 1960 y 1970. En el caso mexicano, y particularmente en la UNAM, el "último reducto", como la llama un autor contemporáneo, de la elaboración de la teoría de la dependencia, pudimos observar la fértil y vasta producción en ciencias sociales, la riqueza y fecundidad del debate teórico, reavivado y nutrido por el exilio latinoamericano.

Pasemos ahora al complejo y complicado tema de abordar lo que he llamado "nuevas propuestas" historiográficas que surgen igualmente de la crítica a los paradigmas de la modernidad pero desde la perspectiva de lo que se ha dado en llamar la "posmodernidad", término que en su aparentemente concreta etiología encierra las más diversas posturas críticas. Desde aquéllas, lamentablemente minoritarias, que pugnan por una recuperación crítica de ciertos postulados de la modernidad; hasta aquéllas que, amparadas en un discurso devastador y "desconstruccionista", han conducido no sólo a la fragmentación de la realidad histórica en una miriada de objetos a cuál más "pequeños" y con frecuencia intrascendentes (la famosa "historia en migajas" de la que nos habla, entre otros, François Dossé) sino, lo que resulta mucho mas grave, a las propuestas de dilatación de un presente legitimado por el "fin de la historia" entendida no sólo como filosofía, sino como proyecto alternativo liberador, y en la profusión de vertientes conser-

3. Por mencionar sólo algunos: F. H. Cardoso y Enzo Faletto, o bien Ruy Mauro Marini, Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra y Agustín Cueva.

vadoras proclives a las "modas" en cuanto tales y a los "retornos" de viejos géneros disfrazados de nuevos y que se viven como evasiones, eso sí, sancionadas por la "historia académica", en el rechazo de todo esfuerzo teórico dirigido a lograr los consensos sobre una nueva concepción y escritura de la historia que nos obligue y nos permita seguir pensando históricamente nuestras sociedades y lo que es aún más importante, nos permita recuperar la función social de nuestra disciplina.

No podría, aunque quisiera, referirme al profundo y profuso debate de la posmodernidad, que nos llevaría de Roland Barthes a Foucault, pasando por Derrida, y obligaría, lo que por cierto sería muy necesario, a leer y trabajar los textos fundamentales de Habermas, los de Vattimo o los de Lyotard, por sólo referirme a unos cuantos. Por otra parte considero que un análisis y un debate de tal naturaleza debería ser abordado por especialistas del pensamiento posmoderno, o en su defecto, por un equipo multidisciplinario destinado a establecer los puentes, los deslindes y el balance entre las diferentes versiones de la posmodernidad.

Desde un ángulo mucho más acotado, lo único que intentaré a lo largo de este artículo, será poner el acento en ciertos resultados peligrosos, en mi opinión, que la crítica posmoderna ha traído para el oficio del historiador y las pretensiones científicas de nuestra disciplina y sobretodo, ¡cómo no decirlo!, para nuestra responsabilidad social como comunidad científica.

Es indudable que el "abuso", por así decirlo, del paradigma estructuralista en cualquiera de sus manifestaciones y la aprehensión economicista de la realidad, trajo entre otras consecuencias, la desaparición del sujeto o su subsunción en estructuras que parecían destinadas a ordenar y codificar su acción, como decía E. P. Thompson refiriéndose a la "estructura dominante" de Althusser, que parecían algo así como señoras gordas que se habían engullido al proceso y con él al sujeto histórico. Para decirlo de otra manera, aquella relación entre el "continuo y el cambio perpetuo" tan cara a Marc Bloch, parecía inclinarse desfavorablemente a favor de lo sincrónico, intentando congelar el cambio y la acción, o encerrando ésta en una sola dirección determinada por una concepción omnicomprensiva y absoluta. La rebelión del "sujeto" no se haría esperar. La realidad histórica, la praxis histórica, se encargaba ya de señalar las limitaciones de aquel proyecto de la modernidad al que nos hemos referido.

Ya en los años sesenta y setenta la crítica de la historia objetivista, economicista, cuantitivista, da paso a una recuperación del sujeto en el terreno de lo social, cuya mejor expresión, a mi parecer, es la historia social de los marxistas británicos (Thompson, Hobsbawm, Hill, Dobb, etc.). En el mismo sentido, el relativo relegamiento por la historia económica de otros ámbitos fundamentales de la realidad, traerá también como fruto la eclosión de la llamada historia de las mentalidades, considerada, aún en su profunda ambigüedad (Le Goff), como una etapa de la Escuela de los Annales.[4]

Pero del discurso crítico de la modernidad se derivará también, entre otras muchas cosas, el abandono de toda referencia a la "historia total" como método de investigación, lo que traerá como resultado la "fragmentación hasta el infinito en temas, géneros y métodos",[5] a la que ya hemos aludido.

No intento por supuesto "condenar" sin más el surgimiento de nuevos temas, de nuevas propuestas metodológicas, y menos aún de nuevos sujetos sociales (los jóvenes, las mujeres, las comunidades étnicas, etc.) que irrumpen de manera vigorosa en la vida de nuestras sociedades, mal haría en hacerlo, yo que pertenezco a la generación del 68 y que participé de manera activa e idealista en lo que considerábamos el cambio social más importante de nuestra era, con todo nuestro entusiasmo juvenil, nuestra convicción política revolucionaria y nuestra ingenua prepotencia. Lo que me interesa señalar es la diferencia entre la ampliación o el ensanchamiento de los horizontes metodológicos lo que por supuesto es bienvenido y la fragmentación de la historia no sólo por la multiplicación temática, lo que sería igualmente pertinente: la causalidad subjetiva y no sólo objetiva de la lucha social, la mentalidad, la política, el poder, las instituciones, etc., sino, lo que me parece más peligroso, por el abandono de toda referencia de totalidad y la renuncia a todo esfuerzo globalizador en la explicación histórica. Es decir, la sustitución de un objetivismo economicista y reduccionista, por formas a cuál más subjetivistas, presentistas y con frecuencia irracionales del análisis histórico.

En suma, me atrevería a decir, la sustitución del canto del cisne de la racionalidad decimonónica tradicional, por el canto de sirena de la innova-

4. Véase Carlos de Barros, "La historia que viene", en *Historia a debate*. Santiago de Compostela, Actas del Congreso Internacional Historia a Debate, 1995.
5. *Ibid.*

ción por la innovación misma del "todo se vale" y del retorno a las formas más chatas de la erudición o del neopositivismo, disfrazados de rigor metodológico. El carácter más destructivo que constructivo del posmodernismo, dice Carlos de Barros, "lo inutiliza como alternativa historiográfica" por su insistencia en subrayar la indeterminación de los hechos históricos, "al punto de que la historia sería el reino de la contingencia absoluta: un sujeto sin objeto".[6]

Otro peligro significativo que se deriva de todo lo dicho anteriormente lo constituye obviamente el nuevo cuestionamiento a la cientificidad de nuestra disciplina, entendiendo tal cientificidad como la capacidad de penetrar la inteligibilidad de lo real, dicho de manera más sencilla, de poder comprender y explicar la realidad buscando en su "lectura" y no sólo en su "escritura" una cierta racionalidad explicativa. Frente a esta postura, lo que parece haber predominado a partir de la versión más radical del llamado "giro lingüístico", es la idea de que es imposible aprehender la realidad más allá del discurso, como si el propio discurso no fuera a su vez producto de la realidad, de las mediaciones del sujeto y no sólo invención interpretativa y con frecuencia altamente ideologizada, carente de historicidad.

Por supuesto resulta fundamental señalar los efectos benéficos de la crítica a la modernidad, entendida como la crítica a la modernización tecnocrática (la tecno-ciencia) y a los terribles efectos sociales que acompañaron el llamado "*boom* tecnológico" del desarrollo de la producción industrial en los denominados sectores de punta (cibernética, informática, electrónica, etc.) y el reforzamiento de la globalización neoliberal con sus efectos perversos principalmente en las zonas más dependientes, empobrecidas y explotadas del planeta. Pero por desgracia no es esta perspectiva la que ha predominado en los estudios históricos ni en las orientaciones historiográficas en la década de 1980 en el contexto latinoamericano y ya en la década anterior en las sociedades industriales:

> El sujeto se atomiza a su 'grado cero' y 'muere' porque es aniquilado tanto por la propia dinámica de la modernización tecnológica, como por la presión que ejercen la sociedad y sus ramificaciones de poder sobre él. Toda una gran sensación de renovación y rebeldía, pero también de frustración y desencanto, lo contrario

6. *Ibid.*

de lo que ocurrirá por entonces en las sociedades periféricas con el reavivamiento de nuevas teorizaciones (el desarrollismo cepalino, la teoría de la dependencia, el marxismo latinoamericano) e ideologías de tipo nacionalistas, continentalistas y tercermundistas.[7]

No puedo ni pretendo, como ya lo dije, proceder a una crítica de la posmodernidad sólo intentaré recuperar a modo de conclusión la justeza de algunas de sus críticas y los peligros de muchos de sus planteamientos, y/o sus excesos, para el oficio del historiador y para el futuro de nuestra disciplina.

¿Con qué nos identificamos y qué rechazamos de la crítica posmoderna en cuanto a sus efectos sobre el quehacer histórico?

A) Con la crítica a los discursos modernos legitimadores de la historia de la razón instrumental sí, pero mucho más que la deslegitimación de esta visión instrumental, nos preocupa la explicación histórico-concreta, de sus limitaciones y de su inviabilidad.
B) Coincidimos (con Lyotard) en que no podemos seguir pensando la historia como el gran relato globalizador que desprecia o minimiza lo plural y lo particular, en una abstracción ahistórica de un sistema cerrado, ni podemos seguir considerándola como el curso indefectible de una única "verdad" ideológica, ni como el resultado de la acción de un sujeto único y principal agente del cambio histórico. Pero no derivamos de ahí ninguna posición nihilista filosófica que en vez de considerar a la historia como "historia a realizar" la vea como "una historia devenida tragedia debido a la perversión de ese ideal de 'progreso' corporeizado en los medios tecnológicos y los sistemas de información y comunicación [...] que han generado una deshumanización total (crisis del humanismo) [...] y que permiten hablar de una 'inmovilidad no histórica'".[8] Convenimos en la perversión del ideal de progreso y en la crisis del humanismo, pero, una vez más, nos interesan sobretodo las razones históricas explicativas de dicha perversión y dicha crisis, más allá de su mera comprobación empírica; pero no derivamos de ahí

7. Ravelo, *op. cit.*, p. 80.
8. *Ibid.*, p. 82.

"inmovilidad histórica" alguna, y coincidimos con Ravelo al señalar que la "ontología del declinar" de Vattimo, "como respuesta a la crisis de historicidad vigente, resulta una mezcla de historicismo y nihilismo amenazada de un relativismo [...] apocalíptico".[9]

Para finalizar: "una profesión de fe" y una propuesta de reflexión a mis colegas:

1) De las dos orientaciones de la posmodernidad, aquélla que renuncia a la racionalidad y aquélla que pugna por un rescate de la racionalidad y por la reelaboración de un proyecto social de corte emancipatorio, me sitúo sin ninguna duda en esta última perspectiva. En ese sentido, me declaro más cercana a la postura de Jürgen Habermas y de muchos otros que desde las diferentes ciencias sociales se inscriben en este esfuerzo imprescindible de rescate que es al mismo tiempo renovación y avance, puesto que en esta perspectiva "la defensa de la modernidad no constituye un asunto sólo histórico-conceptual [...] sino es ante todo un asunto político: la conservación y continuación de los ideales emancipatorios de la ilustración; es decir, la defensa de los ideales de la modernidad política (la libertad individual, la democracia, el progreso, etcétera)".[10]
2) La labor prioritaria de los historiadores, como la de todos los científicos sociales y los humanistas, debe consistir, a mi parecer, en un esfuerzo de reconstrucción racional "a través de una ciencia social crítica a las condiciones universales de la razón", para cerrar el paso a los discursos desmovilizadores e irracionalistas, presentistas y conservadores que dieron lugar a esa visión fragmentada de la realidad, fruto indudablemente de la erosión del paradigma ilustrado y de la propensión de muchos historiadores de abrazar sin recato y lo que es peor a veces, sin rigor metodológico, cuanta moda historiográfica tiene a bien producir la "mercadotecnia" de la historia. En suma, desearía que el reflujo de estas "modas" de los ochenta, bajo el anunciado "fin de la historia",

9. *Ibid.*
10. *Ibid.*, p. 83.

potenciado por los acontecimientos de 1989 y los procesos sociales que los siguieron, reflujo reavivado hoy, a fin de milenio, por el quiebre evidente del proyecto neoliberal que ha traído consigo el incremento exponencial de la pobreza y de la injusticia social, particularmente en nuestras regiones, no se resuelva en la vuelta a una historia de corte tradicional, sino en un esfuerzo colegiado de búsqueda de consensos entre historiadores que permita a las generaciones futuras construir un nuevo racionalismo, crítico, humanista, plural, democrático, ético y esperanzador.

Esto constituye un reto que sólo podemos abrazar la comunidad toda de humanistas y científicos sociales si consideramos que el género humano es capaz de algo más que "autoinmolarse"[11] en la lucha por el poder, sino, por el contrario, de entregarse a la búsqueda incansable y generosa del mejoramiento de la condición humana.

BIBLIOGRAFÍA

Para el debate teórico-metodológico e historiográfico:

ANDERSON, Perry, *Los fines de la historia*, Barcelona, Anagrama, 1992.

BARROS, Carlos de (ed.), *Historia a Debate*, Santiago de Compostela, Actas del Congreso Internacional Historia a Debate, 1995, 3 vols.

______ "La historia que viene" en *Historia a Debate*, Santiago de Compostela, HaD,1996.

BLOCH, Marc, *Apologie pour l'histoire ou le métier d'historien,* París, Armand Colin, 1993 (existe una edición reciente en español: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, FCE, 1997).

CASANOVA, J., *La historia social y los historiadores,* Barcelona, Crítica, 1991.

11. Sergio Bagú, *Catástrofe política y teoría social*, México, Siglo XXI, 1997.

CASULLO, Nicolás, *et al.*, *El debate modernidad posmodernidad*, Buenos Aires, Punto Sur, 1989 (en particular Marshall BERMAN, "Brindis por la modernidad"; Perry ANDERSON, "Modernidad y Revolución"; y Jürgen HABERMAS, "Modernidad: un proyecto incompleto").

DOSSÉ, François, *Histoire du structuralisme*, París, La Découverte, 1992, tt. I y II.

______ *L'histoire en miettes. Des annales á la "nouvelle histoire"*, París, La Découverte, 1987.

ECHEVERRÍA, Bolívar, *El discurso crítico de Marx*, México, Era, 1986.

FONTANA, Joseph, *Historia: análisis del pasado y proyecto social,* Barcelona, Grijalbo/Crítica, 1991.

______ *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992.

HOBSBAWM, Eric, *Crítica*, Barcelona, Grijalbo/Mondadori, 1998 (edición original: *On history*, 1997).

JOACHIM, Benoit, *Perspectivas hacia la historia social de Latinoamérica*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979.

LEFEBVRE, Henri, *et al.*, *Estructuralismo y marxismo*, México, Grijalbo, 1970.

RAVELO, Paul, "De la modernidad a la posmodernidad", en *Debates Americanos*, La Habana, núm. 2, julio-diciembre de 1996.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Ensayos sobre arte y marxismo*, México, Enlace/Grijalbo, 1983.

SCHAFF, Adam, *Estructuralismo y marxismo,* México, Enlace/Grijalbo, 1976.

THOMPSON, E. P., *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981 (*The Poverty of Theory and other Essays*, 1978).

VILAR, Pierre, *Pensar la historia*, Introducción, traducción y notas de Norma de los Ríos, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1992.

Para el pensamiento cepalino y la teoría de la dependencia:

BAMBIRRA, Vania, *El capitalismo dependiente latinoamericano,* México, Siglo XXI, 1974.

______ *Teoría de la dependencia: una anticrítica*, México, Era, 1978.

Cardoso, Fernando Enrique, "Notas sobre el estado actual de los estudios de la dependencia", en *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*, México, Nuestro Tiempo, 1973.

Cueva, Agustín, "Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia" en *Historia y Sociedad*, México, núm. 3, 1974.

Marini, Ruy Mauro y Márgara Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana: subdesarrollo y dependencia,* México, El Caballito, 1994, t. II (en particular los artículos de Jaime Estay Reino, Estela Gutiérrez Garza y Ruy Mauro Marini, para la CEPAL y el desarrollismo; y los de Jaime Osorio y Nildo Domingos Ouriques para la teoría de la dependencia).

Marini, Ruy Mauro, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 1969.

______ *Dialéctica de la dependencia*, México, ERA, 1973.

Osorio, Jaime, "El marxismo latinoamericano y la dependencia", en *Cuadernos Políticos*, México, núm. 39, 1984.

LA PRESENCIA DE LA CORRIENTE FRANCESA DE LOS *ANNALES* EN MÉXICO. PRIMEROS ELEMENTOS PARA SU INTERPRETACIÓN*

Carlos Antonio Aguirre Rojas
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Abordar el complejo tema de la presencia de la corriente francesa de los Annales, dentro de los itinerarios y los desarrollos de la historiografía mexicana del siglo XX, significa sin duda adentrarse dentro de los territorios de la rama específica de los estudios históricos que se conoce hoy como la historia de la historiografía. Y es importante señalar que esta rama de la historia se ha cultivado hasta hoy realmente "muy poco" en México. Son muy escasos los autores y los historiadores mexicanos actuales que se han consagrado, seriamente y desde una perspectiva crítica y creativa, a este campo de los estudios historiográficos dentro de la historia. Porque incluso algunos de los pocos que se han atrevido a abordar estas temáticas, lo han hecho y lo hacen de una manera muy positivista, muy puramente descriptiva y enunciativa, con lo cual en lugar de darnos verdaderos estudios de una seria historia de la historiografía, lo que hacen es darnos listas tediosas de autores y de obras, resumiéndonos a estas últimas un poco al estilo de la serie "Platícame un libro" de Severo Mirón.

Porque en estas versiones de la historia de la historiografía mexicana, que quizá sean las dominantes aún hoy en día, *no* se propone por ejemplo una "periodización" de esa historiografía en curso, ni tampoco se establecen "clasificaciones comprensivas" que nos expliquen qué autores pertenecen a una determinada tendencia o corriente, y si sus obras tienen o no determinadas filiaciones intelectuales internas y/o externas, o si representan proyectos historiográficos que han intentado aclimatarse en México en una determinada coyuntura intelectual. Ni tampoco se sitúa de manera

* Texto ligeramente corregido de la conferencia impartida el 30 de agosto de 2000 en Zamora, Michoacán.

creativa y sistemática a estas obras y a estas corrientes de historiadores dentro de los múltiples y complejos contextos en que ellas se desenvuelven, estableciendo los vínculos sutiles de mediación que conectan a estos elementos. Y tampoco se discrimina a los autores "inclasificables" o excepcionales de esta historiografía, autores como por ejemplo Michel Foucault, para mencionar un caso tomado más bien de la historiografía europea. Ya que si ustedes me preguntan qué es Foucault, si es marxista o hegeliano, o bachelardiano o discípulo de Canguilhem, les diré que la única respuesta acertada es que Foucault es foucaultiano, es decir que es el fundador de un sistema de pensamiento y de una cosmovisión muy personales, y es por ello que se trata de un autor inclasificable dentro de otras tendencias o corrientes de la historiografía o de la epistemología o de las ciencias sociales del siglo XX, lo mismo que en casos como los de Norbert Elías o Walter Benjamin.

Así que es claro que todavía es una tarea pendiente en la historiografía mexicana el desarrollar con seriedad y sistemáticamente esta rama de la historia de la historiografía, emprendiendo a partir de ella la reconstrucción crítica, comprensiva y clasificatoria de los itinerarios que han seguido nuestros estudios históricos a lo largo de la última centuria. Una nueva historia de la historiografía, no positivista ni puramente monográfica, que sea capaz de elaborar los diversos modelos explicativos que requiere el abordaje de este complejo campo de investigación de lo que ha sido la historiografía mexicana del siglo XX. Y debo decirles que estoy personalmente convencido de que esta tarea *no* será hecha por los historiadores actuales, los ya consagrados, sino que es una misión que habrán de acometer solamente los historiadores más jóvenes, los seguidores de Clío de las nuevas generaciones.

Dado este abandono y esta carencia profunda de estudios serios de historia de la historiografía mexicana en el siglo XX, se hace necesario comenzar incluso con una definición "precisa" de lo que es y debe ser la historia de la historiografía. Así que inicio con mi definición personal de lo que es esta *historiografía*: la historia de la historiografía es, como afirmó hace ya casi un siglo Benedetto Croce, el análisis crítico de la evolución del pensamiento histórico, y por lo tanto agregamos nosotros, el estudio histórico-crítico de las obras y de los aportes de los historiadores, pero ubicando siempre a esas obras y autores en sus diferentes contextos historiográficos, intelectuales, sociales, políticos y generales, con el fin de establecer periodi-

zaciones referenciales de la curva de la historiografía que se estudia, a la vez que definimos de modo claro y coherente las diversas tendencias, las escuelas, las corrientes y los autores originales e inclasificables que componen a ese universo historiográfico bajo examen, y reconstruimos con cuidado, sabiduría y paciencia las principales líneas de encuentro, las filiaciones y las influencias, los préstamos y las redes de circulación y de funcionamiento que caracterizan y determinan a las diversas dinámicas de los sucesivos periplos recorridos por esa historiografía.

Una definición que nos da la medida de la complejidad y de la dificultad de esta tarea, y nos explica quizá en parte el porque muy pocos historiadores mexicanos se han atrevido a acometer este campo de estudios, y porque aquellos que lo han hecho han terminado en las versiones descriptivas y limitadas que antes refería. Pero es un hecho que este tipo de estudios se intentan y se hacen actualmente en la historia de la historiografía argentina, o francesa, o alemana o italiana y no veo por qué aquí en México no seríamos capaces de hacer y de desarrollar lo que hoy se hace en muchas otras partes del mundo.

Mi campo de trabajo, desde hace ya varios lustros, es el del estudio de las principales curvas de la historia de la historiografía occidental contemporánea, así que no soy especialista en particular de esta misma historiografía mexicana. Sin embargo y como parte de mis investigaciones más generales, y puesto que es mi entorno de trabajo más inmediato, he tratado también de incursionar en esta historiografía mexicana del siglo XX, aunque desde el ángulo específico de tratar de registrar cuál ha sido el impacto y el reflejo que han tenido las principales corrientes de la historiografía occidental del siglo XX sobre dicha historiografía de nuestro país.

Por lo demás, cabe precisar que cuando hablo de historiografía contemporánea, me refiero muy claramente a aquella que arranca con el proyecto crítico de Marx y se prolonga hasta nuestros días. Porque, en mi opinión, es sin duda Marx el que "abre" el horizonte del proyecto moderno de la ciencia de la historia. Así que mi objeto de estudio ha sido, en los últimos años, el del análisis detallado de las diversas corrientes historiográficas que han existido en los últimos ciento cincuenta años, desde la perspectiva de la definición de historiografía que he propuesto anteriormente. Y es desde este enfoque que voy a abordar el tema que nos ocupa, el de la influencia de

la corriente francesa de los Annales sobre los desarrollos de la historiografía mexicana.

Al abordar este último problema enunciado, debemos tener en cuenta dos elementos importantes. El primero es que el tema de la historiografía mexicana del siglo XX, *no* se entiende adecuadamente si nos quedamos solamente dentro del ámbito de lo que es y ha sido México. Y es este un error recurrente de varios de los estudios de la historiografía mexicana del siglo XX hoy existentes. Porque, por ejemplo y desde su misma formación, la editorial mexicana del Fondo de Cultura Económica y el grupo de sociabilidad intelectual que era dirigido por Jesús Silva Herzog, y que se ha organizado claramente en torno de la publicación y la difusión de la importante revista *Cuadernos Americanos*, tuvieron una vocación expresamente "latinoamericana y latinoamericanista", un punto sobre el que volveré más adelante.

El Fondo de Cultura Económica no se fundó pensando en el mercado editorial mexicano, sino en el mercado de libros de todo el semicontinente latinoamericano. Y es un dato importante el testimonio de muchos historiadores de América Latina, entre otros de Argentina, de Colombia, de Venezuela, de Perú o de Chile; que al referirse a sus propios procesos de formación como historiadores señalan siempre que una buena parte de esa formación se hizo apoyada en las ediciones de los libros publicados dentro de las colecciones del Fondo de Cultura Económica de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. Así que resulta imprescindible resituar a México y a la historiografia mexicana del siglo XX, dentro del contexto más global de toda la América Latina, porque simplemente *no* se entienden las curvas de esa historiografía mexicana si no las resituamos y las vinculamos directamente dentro de esos contextos de las ciencias sociales y de la historiografía latinoamericanas.

Un segundo elemento, sobre el que volveré más adelante, es el que se refiere al hecho de que esta "presencia e influencia" de la corriente de los Annales en la historiografía mexicana, simplemente no es comprensible sin remitirla también a la función que la mal llamada Escuela de los Annales cumplió, primero en Francia y desde sus mismos orígenes, y luego en todas las historiografías del planeta donde se ha ido aclimatando. Porque en un cierto sentido fundamental, este proyecto crítico de la corriente francesa de los Annales ha sido un intento "radical" de "desconstrucción" crítica y sis-

temática, de desmontaje intelectual, de esa vieja historia positivista decimonónica, que fue codificada en el célebre manual de la *Introducción a los estudios históricos* de Charles Langlois y de Ch. Seignobos, y que aún continúa causando muchos estragos en distintas historiografías de todo el mundo, y también y con mucha fuerza en la historiografía mexicana.

Y para medir el todavía muy fuerte arraigo que, lamentablemente, tiene esta historia positivista en nuestro país vasta mirar el tipo de historia que se produce y se enseña "mayoritariamente" aún en la Licenciatura y el Posgrado de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, un tipo de historia que aún hoy sigue estando cortada por el molde de esa escuela positivista historiográfica que tuvo fuerza y difusión en toda Europa a finales del siglo XIX y en los inicios del siglo XX cronológico, y que no sólo será totalmente criticada y puesta en evidencia por la corriente de los Annales, sino por prácticamente todas las escuelas y tendencias historiográficas realmente "innovadoras" de todo el siglo XX. Pero en México se sigue enseñando esa vieja y anticuada historia positivista, como si toda la historiografía del siglo XX *no* hubiese existido, ignorando entonces olímpicamente lo mismo a la corriente de los Annales que a la actual microhistoria italiana, al análisis de los sistemas-mundo de Immanuel Wallerstein, igual que a la historiografía socialista británica o a las propuestas de Reinhart Koselleck, entre tantos otros autores y tendencias importantes que podría mencionar.

Así que no es posible entender tampoco el papel que han jugado y que juegan aún los Annales, como una de las influencias historiográficas importantes de los últimos cincuenta años dentro de nuestra historiografía, si no partimos de reconocer esta inercia cultural importante y este peso aún muy grande del positivismo historiográfico mexicano, que se refleja también en que en una inmensa mayoría de las universidades de provincia, lo mismo que en El Colegio de México y en otros de los colegios fundados bajo su modelo, sigue aún siendo "predominante" esa historia positivista, descriptiva, empirista, y siempre temerosa de construir modelos interpretativos más audaces y coherentes. Así que en este sentido, podríamos decir que la corriente de los Annales *no* ha terminado de ejercer todavía en nuestro país toda su posible influencia, en la medida en que aún sigue abierto entre nosotros ese combate contra la historia positivista que podríamos decir que fue el "objetivo estratégico" de toda la contribución de la corriente de los

Annales, y eso lo mismo en Francia que en Perú o en toda América Latina, igual que en Turquía, China o Rusia, por ejemplo.

Apoyándome entonces en estas dos observaciones iniciales, quisiera comenzar por proponer un primer esbozo de una posible periodización histórica de este proceso de influencia de los Annales en la historiografía mexicana. Para ello debemos recordar que la corriente francesa de los Annales arranca su ciclo de vida pública y oficial a partir del 15 de enero de 1929, con la publicación del primer número de los célebres *Annales d'Histoire Economique et Sociale* que van a ser editados al principio dentro de la Universidad de Estrasburgo, y no desde París, lo que representa el comienzo de una historia que es hoy casi una leyenda entre los historiadores y que es la historia de esa fundamental tendencia de historiadores franceses que se conoce ahora bajo el incorrecto y equívoco aunque amplísimamente difundido nombre de la Escuela de los Annales.

Si queremos comenzar por ubicar esta influencia de esos *Annales* en México y en América Latina, tendremos que partir estableciendo primero la propia periodización de la historia "interna" de esos mismos *Annales*, la que por lo demás y no de manera casual, se corresponde en "líneas generales" con la periodización de las etapas mismas que la historia general europea ha recorrido a lo largo del siglo XX. Para luego, en un segundo momento, tratar de ubicar como se ha desplegado, también en distintos momentos y coyunturas históricas, esa influencia de la perspectiva annalista dentro de nuestro semicontinente latinoamericano y dentro de nuestro país. Y al llegar a este punto, nos sorprenderá un poco comprobar que también la periodización de esta influencia se ajusta, con desfases relativamente menores, a la misma periodización de la historia de Europa en general. Lo que nos lleva a la conclusión, polémica pero fácilmente demostrable, de que la historia general de América Latina es más o menos similar a la historia europea en lo que se refiere a estos cortes significativos de sus distintas etapas históricas y, en consecuencia, a la comprobación de que los grandes cambios de la historia "interna" de los Annales, se corresponden con bastante cercanía con los virajes principales y con las mutaciones de etapa de esta misma influencia que queremos analizar.

De tal modo que en la historia intelectual y social de América Latina, los periodos principales corresponden a las similares periodizaciones europeas, lo que nos recuerda que somos, como dijo alguna vez un autor francés,

un "extremo occidente" y que la "universalización" histórica ha avanzado enormemente, por lo que el reloj de nuestros desarrollos parece también seguir los ritmos de las grandes transformaciones de la historia europea.

En esta línea de razonamiento, pienso que esta posible periodización de la influencia de la corriente de los Annales en la historiografía mexicana, ha recorrido las siguientes etapas o momentos principales: existiría un *primer* periodo que se inicia en 1929, el año de la fundación de la revista, y que llegaría hasta aproximadamente 1945, la fecha del fin de la segunda guerra mundial. Aunque en el caso de México, la fecha que cerraría esta primera etapa sería más bien la de 1940, que como todos ustedes saben es una fecha fundamental de nuestra historia, porque no sólo marca el fin del cardenismo sino también y sobre todo el fin de un ciclo importante de las transformaciones estructurales esenciales que produjo la revolución mexicana y que acompañaron al propio ciclo de vida de la misma generación viva que protagonizó directamente a esa revolución mexicana. La *segunda* etapa abarca entonces desde 1940 o 1945 hasta 1968, año a la vez trágico de nuestra historia nacional, pero también, y como en el planeta entero año simbólico fundamental para todo el espacio de la historia "cultural". Año que acompañó a esa revolución cultural planetaria y de profundos impactos civilizatorios que fue la de 1968 y que es a la vez el inicio de un *tercer* momento, que correría desde 1968 hasta 1989 en Europa, y hasta 1994 en México. Porque es claro que es esta fecha igualmente emblemática del levantamiento neozapatista la que no solamente cierra nuestro corto o breve siglo XX, sino también esa coyuntura que se abrió con las grandes revueltas juveniles de finales de los años sesenta. Finalmente podríamos hablar de una *cuarta* etapa, la última, que comenzo en 1989 o 1994 y que se extendería hasta nuestros días, esbozando apenas unos perfiles que no son tan fáciles de identificar y establecer con demasiada precisión aún.

Por lo demás es oportuno señalar que estoy convencido de que esta periodización de la influencia annalista en México, es "igualmente válida" para la historia de la historiografía mexicana vista en general. Es decir que también las curvas de esta última muestran, cuando se les investiga con cuidado, estos mismos cortes propuestos, de la revolución a los años de la segunda guerra, de ésta a 1968, desde 1968 hasta 1994, y de allí a nuestros días, cortes que jalonan los cambios principales que han sufrido nuestros estudios históricos a lo largo de nuestro breve siglo XX. Cortes

que siendo tan evidentes a través de multitud de signos diferentes, son sin embargo frecuentemente ignorados por nuestros historiadores e incluso también por nuestros especialistas de la historia de la historiografía de México. Y quizá sería un ejercicio instructivo el de comparar las posibles periodizaciones propuestas por estos especialistas con la que estoy postulando ahora.

¿Qué presencia real van a tener esos *Annales* franceses en nuestra historiografía y en nuestras ciencias sociales durante la primera etapa de 1929-1940? Para responder, cabe recordar que en esos años, *Annales* era sólo una pequeña revista perdida en la inmensidad del territorio cultural e historiográfico francés, publicada primero en Estrasburgo y luego en París y con sólo alrededor de 500 suscriptores regulares. Lo que no impide que Fernand Braudel haya afirmado que estos "primeros" *Annales* de los años 1929-1939 fueron los más interesantes, los más creativos y los más innovadores de toda la larga historia de la corriente. Existe incluso un gran debate entre los especialistas de esta tendencia historiográfica francesa acerca de lo que, en términos más profundos, significaron estos primeros *Annales* en la historiografía francesa, debate en el cual algunos afirman que dicha significación es la de haber constituido como proyecto intelectual una auténtica "revolución en la teoría de la historia". Una tesis que yo suscribo completamente, en la medida en que creo que esos *Annales* son una total subversión y cambio de paisaje radical "frente" a la historia positivista, aburrida, puramente descriptiva, que sigue repitiendo que la historia es la ciencia del pasado, y que ésta se hace sólo basándose en textos "escritos", por lo cual divide todavía a la historia de la prehistoria a partir de la invención de la escritura, para terminar una vez más contándonos "en prosa" lo que ya estaba escrito "en verso" en los documentos.

Pero los *Annales* han llevado a cabo esa verdadera revolución en la teoría de la historia, para demostrarnos entre muchas otras cosas algo que todavía no termina de asimilar la historiografía mexicana, y es el hecho de que la historia *no* es la ciencia sólo del pasado sino también del más absoluto presente y además que es ridícula y estéril esa división entre prehistoria e historia, pues la historia abarca igualmente el examen del más remoto de los pasados humanos. O para decirlo en los términos de Marc Bloch, quien nos enseñó que la historia no es otra cosa que la ciencia que estudia "la obra de los hombres en el tiempo".

Por eso es totalmente legítimo que un historiador estudie, por ejemplo, con una mirada histórica densa, los efectos de la catástrofe que ha comenzado a vivir nuestro país desde el reciente 2 de julio de 2000, explicándonos las razones que crearon esa desafortunada coyuntura electoral que desembocó en la notable regresión cultural y social que habrá de representar el nuevo gobierno. E igualmente, es también completamente pertinente que cualquier seguidor de Clío trate de ocuparse del análisis del más arcaico pasado prehistórico, con las mismas herramientas y elementos que le proveen los instrumentos habituales de toda práctica historiográfica.

Y son también los Annales los que nos han ilustrado respecto al hecho de que esta historia *no* reduce sus fuentes a los simples textos escritos, sino que incorpora y se apoya con la misma pertinencia en los recursos de la fotografía aérea, del análisis del polen, del uso del microscopio, de la dendrocronología, del análisis iconográfico, de la historia cuantitativa, del estudio de las pinturas o de veinte métodos y técnicas más.

Así que frente a la limitada y rutinaria historia positivista, que todavía se enseñorea en gran parte de nuestras instituciones académicas, esta historia annalista va a reivindicar un "nuevo" y muy diferente tipo de historia, mucho más ambiciosa, creativa e imaginativa, a la vez que mucho más rica en dimensiones y puntos de apoyo diversos. Nuevo tipo de historia que se construye desde los interesantes paradigmas de la historia global, del método "comparativo", de la historia-problema, y de la historia abierta o en construcción. Paradigmas que no puedo desarrollar aquí con más detalle, pero que constituyen sin duda el "núcleo duro metodológico" de la propuesta global de estos primeros *Annales*.[2]

¿Cuál fue entonces la influencia o la presencia que tuvieron en México esos primeros *Annales* franceses del periodo de 1929 a 1941? Podemos responder señalando un indicador curioso al respecto: si esos *Annales* tenían alrededor de 500 suscriptores regulares, de los cuales 400 eran fran-

2. Que me sea permitido remitir aquí al lector a la consulta los libros en donde he desarrollado con más amplitud estos importantes puntos. *Cf.* Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Los Annales y la historiografía francesa*, México, ed. Quinto Sol, 1996; *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Barcelona, ed. Montesinos, 1996; *Braudel a debate*, Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 1998; *La Escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*, Barcelona, ed. Montesinos, 1999; *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, La Habana, ed. Centro Juan Marinello, 1999; *Ensayos braudelianos*, Rosario, ed. Manuel Suárez, 2000 y *Breves ensayos críticos*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2000.

ceses y los otros 100 eran casi todos italianos –lo que no deja de ser un dato interesantísimo y digno de una investigación más acuciosa–, podríamos preguntarnos entonces ¿cuántos de esos suscriptores regulares eran mexicanos? Y la respuesta que teníamos a esta pregunta hace sólo diez años, podría tal vez cambiar a partir de un curioso descubrimiento reciente que hizo una joven historiadora española de Santiago de Compostela que vino a trabajar a México hace algunos años. Ella descubrió los trazos que permiten afirmar que *quizá* –lo que es aún un dato por confirmar– existió efectivamente *un* suscriptor mexicano de esos primeros *Annales*.

Se trata de un intelectual mexicano que es Ezequiel A. Chávez, y que fue rector de la UNAM. Sin saber aún a ciencia cierta como llegaron a este destino final, es un hecho comprobado que en la biblioteca personal de este rector de la UNAM, se encuentra la que muy posiblemente sea la *única* colección que hoy existe en nuestro país de los ejemplares de la revista que cubren los años de 1929 a 1938.

Para explicar esta presencia que podemos calificar de "puntual", de esos primeros *Annales* en México, hay que señalar que Ezequiel A. Chávez fue un hombre muy cosmopolita, que viajaba fuera de México y que tenía muchos contactos con gente de Europa y de Estados Unidos. Hay que agregar que está registrado que en 1936, la propia revista de los *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, publicó una breve reseña, de media página y escrita por el propio Lucien Febvre, de uno de los libros de Chávez, lo que abona la idea de que existió realmente un vínculo directo entre este intelectual mexicano y la corriente de historiadores franceses. E incluso es posible avanzar la hipótesis de que este vínculo se haya construido a través de la mediación de uno de los miembros no muy importantes del primer Comité de Dirección de esos *Annales*, que fue André Sigfried, un especialista del campo de la ciencia política que visitó México en esos años e incluso llegó a recibir el Doctorado Honoris Causa precisamente de la Universidad Nacional Autónoma de México. Pero se trata de un tema aún no muy estudiado, y que valdría la pena profundizar con más cuidado en el futuro.

Sin embargo, también hay que subrayar el hecho de que Ezequiel A. Chávez *no* era historiador ni desarrolló un trabajo especialmente relevante dentro de la historiografía mexicana. Además, analizando de cerca su actividad en general es claro que *no* es posible tampoco considerarlo como

un posible "transmisor" o difusor del mensaje de los *Annales* en México. Porque no hay que olvidar que en aquellos tiempos de su primera etapa de vida, los *Annales* no eran lo que son ahora. Eran una revista que si bien fue extraordinariamente "innovadora" y "revolucionaria" dentro del campo de los estudios históricos, tenía en aquella época una todavía débil implantación, tanto en Francia como en Europa. Hoy la revista *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, tira cada dos meses 6 mil ejemplares, y es claro que no existe ninguna otra revista en el mundo entero que edite un número similar de ejemplares y además de ejemplares que efectivamente se venden y se distribuyen, en la proporción aproximada de unos 3 mil en Francia y 3 mil fuera de ella. Pero en aquellos años veinte, cuando el tiraje era mucho menor y la difusión y presencia de los *Annales* en todo el mundo eran muchísimo más limitadas, resulta no obstante curioso encontrar a un mexicano que se vincula directamente con la revista y con ese grupo de innovadores historiadores del hexágono.

Así que la influencia y la presencia de *Annales* en ese México de los años de 1929 a 1940-1945, ha sido muy puntual y acotada, y con efectos prácticamente nulos sobre nuestra historiografía. Lo que en parte se explica por el específico contexto intelectual y social que vivió México en esa época, y que no era, de manera coyuntural, demasiado propicio para la presencia o el impacto de las influencias culturales francesas en general, y por lo tanto para las influencias historiográficas en particular. Y esto, a pesar de que desde una genuina perspectiva de "larga duración", es claro que la influencia cultural externa "más importante" en nuestra historiografía y en todas nuestras ciencias sociales, no sólo en México sino en toda América Latina, ha sido sin duda alguna la influencia francesa.

Pues es claro que desde la revolución francesa, la cultura de Francia ha servido recurrentemente como verdadero "modelo a imitar" por parte de todas las elites políticas e intelectuales latinoamericanas, funcionando a todo lo largo del siglo XIX como una presencia que era un referente ineludible para el desarrollo de nuestra medicina, de la biología, de nuestra arquitectura e incluso hasta el patrón de ciertas modas y costumbres que llegaron hasta el punto de la adopción del propio idioma francés como una de las lenguas de comunicación de esas mismas elites. Y a tono con esta presencia social general, también ha sido fundamental y persistente esta influencia francesa dentro de las distintas curvas e itinerarios de todas las ciencias

sociales y de todas las historiografías de América Latina. Y pienso que es imposible entender adecuadamente el impacto de *Annales* en México en el siglo XX, si no partimos de esta coordenada general, de esta "estructura cultural de larga duración" de dicha presencia central y general de la cultura francesa en la historia y en las ciencias sociales latinoamericanas de los últimos dos siglos.

Pero, más allá de esta "estructura de larga duración", el análisis coyuntural nos muestra que, en particular, los años de entre las dos guerras mundiales fueron en México la época de más débil presencia francesa en nuestro país. ¿Cómo se explica esto? Ya que si el porfiriato fue una época de auge extraordinario del positivismo francés y de la cultura francesa en México, entonces ¿por qué desde la revolución mexicana se abrió un largo paréntesis que abarca hasta la segunda guerra mundial y en el cual dicha presencia francesa disminuye notablemente? La respuesta tiene que ver con una tesis muy sugerente que ha planteado Carlos Monsiváis al abordar este periodo de la historia de la cultura mexicana, y que afirma que esa revolución mexicana ha representado, entre tantas otras cosas, la verdadera "ruptura" de los límites casi siempre rígidos y siempre difícilmente franqueables, entre la "cultura de la elite" dominante y la "cultura popular".[3]

En estos años de la propia revolución, y luego durante los veinte y los treinta, ocurre una verdadera irrupción del "subsuelo en el ámbito de la cultura dominante", lo que, por ejemplo, se expresa en el hecho notable de que mucha gente empieza a alfabetizarse en forma masiva, fuera de los espacios escolares. Un dato extraordinario de la revolución mexicana es que, aún cuando las escuelas estuvieron cerradas por la guerra, la cantidad de personas que sabía leer y escribir en 1920 era una cifra que es, más o menos, un millón mayor que la cifra equivalente de 1910. ¿Cómo aprendió la gente a leer y a escribir en una época en la que casi todo el sistema escolar estaba semiparalizado? La respuesta es elemental: sucede que de pronto, miles de campesinos que nunca se habían interesado en aprender

3. Vale la pena insistir en el hecho de que Carlos Monsiváis, que *no* es historiador de oficio, ha dicho sobre esta historia de la cultura mexicana del siglo XX cosas más inteligentes que prácticamente todos los historiadores de oficio especialistas en este mismo campo, lo que nos demuestra, dicho sea de paso, que nuestras Escuelas de Historia y nuestros Posgrados de Historia *no* están formando a los historiadores que se requieren en el país, con la suficiente "sensibilidad histórica" para captar y analizar con profundidad, por ejemplo, estos temas de la historia cultural, los que en cambio son tan agudamente percibidos por un intelectual que no necesariamente se ha formado dentro de los terrenos de nuestro oficio.

a leer y escribir, porque esto no tenía ningún sentido o utilidad mayor para ellos, comenzaron a participar en los movimientos y en las luchas de las tropas villistas, zapatistas, etc., y entonces empezaron a querer conocer por sí mismos –leyéndolos– el contenido de los manifiestos y de las proclamas, o también ser capaces de leer directamente los relatos y las crónicas de los periódicos sobre el curso y el desenlace de las batallas, de los acontecimientos de otras zonas del país, etc., a la vez que desarrollaban igualmente la necesidad de escribir para contarle a sus familiares sus anécdotas y su suerte dentro de "la bola", o para informarles de sus urgencias y necesidades más apremiantes. Por eso, sencillamente, aprendieron masivamente a leer y a escribir de una manera autodidacta, lo que quizá sea una lección interesante para reflexionar por parte de los pedagogos actuales.

De tal modo que en los años veinte y treinta se vive en México una situación de profunda ebullición cultural derivada de esta irrupción masiva de la cultura popular en el imaginario social general de la sociedad mexicana de entonces. Pues aunque la revolución mexicana ha sido derrotada, sobre todo en lo que se refiere a sus proyectos de transformación más populares y más radicales, sin embargo, es claro que en el ámbito de la cultura esta misma revolución ha tenido un impacto tan fuerte que, durante toda una generación, afirmó sobre todo los elementos autóctonos de nuestra cultura, a la vez que bloqueaba en cierta medida el conjunto de las restantes presencias o influencias culturales y, por ende, también historiográficas de aquellos años.

Lo que se hace evidente, por ejemplo, en el claro fracaso de la ofensiva que Estados Unidos va a desarrollar para intentar difundir e implantar la cultura estadounidense en México y América Latina, en esos años posteriores a la primera guerra mundial, ofensiva que bajo el lema de la doctrina Monroe, "América para los (norte) americanos", se promovió con fuerza en esa misma coyuntura del periodo de 1919-1939 que aquí analizamos. Asistimos entonces en estos años, en México, a un proceso de claro debilitamiento de *todas* las influencias culturales exteriores, quizá con la única excepción, que además se desarrolla ya en los momentos *finales* de esta misma coyuntura, del grupo de los emigrados españoles, refugiados en México a causa de la guerra civil española. Y vale la pena insistir en que, después de la guerra civil, los españoles han traído a nuestro país muchos de los elementos y obras principales de lo que fueron los desarrollos esenciales de la his-

toriografía alemana, traduciendo sistemáticamente las obras completas de Wilhem Dilthey, así como también los libros que todavía circulan de Leopold Von Ranke, de Carlos Marx, de Max Weber y además de Alfred Weber, de Theodor Mommsen o de Alphons Dopsch, entre tantos otros. Es, entonces, gracias a estos emigrados españoles que una buena parte de la historiografía alemana se conoció no solamente en México, sino incluso en toda América Latina a través de la ediciones publicadas por el Fondo de Cultura Económica como ya lo hemos mencionado.

Así que va a ser este contexto general de los años de 1929 a 1945, en donde se combinan todos estos factores referidos, que incluyen tanto la masiva y potente irrupción de la cultura popular en la cultura general y la fallida tentativa de implantación de la cultura estadounidense, como también la inicial difusión de la historiografía alemana promovida por la emigración española, los elementos que van a provocar como uno de sus resultados generales ese debilitamiento coyuntural de la tradicional presencia de las influencias culturales francesas en México, y con ello también en nuestra historiografía, lo que permite explicar ese impacto tan puntual y acotado de *Annales* que antes hemos apuntado.

El segundo período que hemos postulado, que va desde 1945 hasta 1968, es muy interesante, porque en él Francia va a desarrollar toda una política explícita y consciente de múltiples iniciativas culturales, encaminadas a recuperar y a restablecer su presencia e influencia intelectual en toda América Latina, a la que los franceses consideran entonces como uno de sus territorios o espacios casi naturales de expansión cultural. No hay que olvidar que el propio término de "América Latina" es de manufactura francesa, habiendo sido inventado por las "misiones" científicas francesas que vinieron a nuestros países durante la segunda mitad del siglo XIX. Y es curioso comprobar cómo, si en el origen este término tenía una clara connotación colonialista por parte de sus inventores, ahora, más de un siglo después, ha cambiado radicalmente su sentido para convertirse en una forma de afirmación claramente antimperialista, que se reivindica desafiante frente a Estados Unidos.

Conscientes entonces de esta influencia cultural más profunda en toda la cultura de Latinoamérica, los franceses van a organizar y lanzar esta enérgica ofensiva institucional posterior a la segunda guerra mundial, fundando en la ciudad de México en 1944 lo que se llamó el Instituto Francés

de América Latina, el IFAL. Y es curioso detenerse a reflexionar lo que ese mismo nombre implica. Porque los franceses lo llaman el Instituto Francés de América Latina y no de México, mientras que en cambio fundan también en esa misma época, el segundo lustro de los años cuarenta, desde el Instituto Francés de Estudios Andinos, con sede en Perú y con antenas en Ecuador y Bolivia, hasta el Instituto Francés de Santiago de Chile, en Santiago, y pasando también por el Instituto Francés de Puerto Príncipe en Haití. Pero a ninguno de ellos, excepto el mexicano, lo han llamado de "América Latina". Porque, en mi opinión, para los franceses México era en esos años la clara puerta de entrada hacia la cultura de "toda" América Latina, a partir de su rol social y general dentro de la dinámica global de todo el semicontinente. Así que cuando un pequeño grupo de franceses, dirigidos por Paul Rivet, que ha sido una persona de izquierda, ligada además al mismo Lucien Febvre y al equipo de *Annales*, fundó en 1944 en México un Instituto Francés, decidió llamarlo, obviamente, de América Latina. Y es un poco triste tener que reconocer que en ocasiones nosotros mismos no hemos sabido percibir muy claramente nuestro papel general dentro de la historia y la cultura de Latinoamérica y que, cuando hemos empezado a hacerlo, ha sido porque ya lo habíamos perdido.

México jugó el papel de ser una suerte de "líder cultural" dentro de América Latina entre los años de 1910 y 1959, y lo jugó por la sencilla razón de que tenía como su plataforma de apoyo global a todo el conjunto de efectos sociales y culturales de esa potente, aunque derrotada, revolución social que fue la revolución mexicana. Es esta última la clave que explica todas las diferencias de México frente al resto de las naciones latinoamericanas, y es ella también la que le otorga ese papel, que va a terminarse, cuando justamente en 1959 irrumpa con fuerza en el escenario de Latinoamérica la revolución cubana con todas sus múltiples consecuencias y ecos. Pero en los años que aquí analizamos ahora, es claro que nuestro país gozaba de ese papel hegemónico dentro de la cultura latinoamericana. Por lo demás y sólo de paso, mencionaré que tengo la impresión de que en el último lustro México está nuevamente siendo percibido por los franceses como esa suerte de posible antena de conexión general con toda América Latina, lo que una vez más se debe al reposicionamiento que hemos ganado dentro del semicontinente después del primero de enero de 1994 gracias a la presencia y a la lucha de los indígenas neozapatistas.

Volviendo a nuestro problema central, cabe señalar que en este periodo de los años 1944-1968, el IFAL fue un mecanismo fundamental para la difusión de la cultura francesa en general. Y es importante remarcar que entre 1948 y 1962, el director del IFAL fue François Chevalier, uno de los discípulos de Marc Bloch y autor de una obra que marcó por décadas los estudios de historia agraria en México, y que fue el libro de *La formación de los latifundios en México: Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII.* No es por casualidad que esta obra esté dedicada a Marc Bloch y, según lo ha contado el propio autor en varias ocasiones y en entrevistas diversas, lo que en parte él trató de hacer fue aplicar al caso mexicano el mismo modelo que Marc Bloch nos entregó en su bello y original libro titulado *Los caracteres originales de la historia rural francesa.* Y creo que la verdadera importancia de este libro de Chevalier, respecto del tema que nos preocupa, es que podemos considerarlo como la primera obra de gran aliento en la que se concretiza y se hace visible esta influencia directa de la historiografía de los Annales dentro de la historiografía mexicana, y además para el tratamiento ya de un tema que es también directamente de historia de México. A partir de este libro, comenzará toda una serie de obras y toda una línea de autores que de manera consciente intentarán recuperar más sistemáticamente y aplicar los paradigmas principales de la corriente de los Annales al desciframiento de los diversos temas de estudio de la historiografía mexicana.

Por lo demás, antes de que François Chevalier dirigiera el IFAL ya habían comenzado ciertos vínculos más regulares entre nuestra historiografía y la corriente francesa annalista. Entre 1945 y 1950 cuatro mexicanos habían viajado a París para estudiar con el propio Fernand Braudel que, como bien saben ustedes, no sólo ha sido el más importante representante de la corriente de los Annales a lo largo de toda su historia hasta hoy, sino que es también el historiador más importante de todo el siglo XX. Aunque vale la pena recordar que en aquellos tiempos Braudel *no* era todavía el personaje tan importante que más adelante llegará a ser, y ni siquiera era aún la cabeza visible de eso que después los especialistas de la historiografía del siglo XX llamaron la etapa de los "Annales braudelianos", que sólo cobrará vida entre 1956 y 1968.

Braudel era entonces un joven profesor con cierto prestigio, aun cuando todavía *no* publicaba *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en*

la época de Felipe II, y fue entonces cuando tuvo como alumnos a Luis González y González, Pablo González Casanova, Ernesto de la Torre Villar y Fernando Sandoval. Por eso, en el prólogo a la edición mexicana de *El Mediterráneo...*, escrito en diciembre de 1953, Braudel apuntó que si su libro pudiera dedicarse dos veces lo dedicaría a Jesús Silva Herzog, a la vez que agradecía a sus dos jóvenes discípulos, Ernesto de la Torre Villar y Pablo González Casanova, que según dice el mismo Braudel, "fueron a París sólo para escucharlo".

¿Qué tanto han sido estos cuatro mexicanos mencionados, transmisores y difusores del mensaje de Annales en la historiografía mexicana? Para responder hay que observar más de cerca el destino de cada uno de ellos, después de esa estancia parisina de sus años de formación. Fernando Sandoval murió muy joven y no pudo escribir ninguna obra historiográfica de envergadura. Pablo González Casanova, aunque dedica sus primeros libros a investigaciones de temas de historia, va a derivar luego rápidamente hacia la sociología, haciéndose más bien célebre dentro de esta última en México y América Latina a partir de la publicación de su libro *La democracia en México*. Por su parte, tanto Luis González y González como Ernesto de la Torre Villar, a los que podríamos agregar también el caso de Silvio Zavala, que en esos mismos años realizó también largas estancias en París vinculándose con Fernand Braudel en calidad de colegas, se autocalifican a sí mismos, y de hecho son realmente, de historiadores muy *eclécticos*, que se niegan a adscribirse a una sola tendencia y que más bien entremezclan en sus trabajos todo un abanico diverso y muy heterogéneo de autores y de referencias distintas. Luis González y González lo mismo cita a Nietzsche que a Braudel, a Croce que a Lucien Febvre, pero "sin incorporar", de modo "orgánico y sistemático", ni las perspectivas de Annales, ni tampoco las cosmovisiones históricas nietzscheana o croceana. Así que es pertinente la pregunta ¿qué tanto han asimilado y qué tanto han recuperado y utilizado después dentro de sus respectivos trabajos a las lecciones de Fernand Braudel, estos cuatro intelectuales mexicanos referidos? Al caracterizarlos en general, parece ser claro que, por distintas razones, ninguno de ellos reconocería haber jugado realmente el rol de verdaderos transmisores y divulgadores de la influencia de Annales en México, siendo más bien importantes por haber construido una suerte de primer vínculo "institucional" del más amplio contacto entre la historiografía mexicana y esos mismos Annales.

En cambio tengo la hipótesis personal de que Luis González y González tomó el término de "microhistoria" de Fernand Braudel, quien en sus cursos de 1946-1950 hablaba de la "microsociología" y también de la "microhistoria". Aunque es claro que Braudel se refería a esta última en términos peyorativos, en la medida en que la identificaba con la historia de los acontecimientos considerados en su absoluta inmediatez, con la famosa *histoire événementielle*. Así es muy probable que, de manera consciente o tal vez inconsciente, Luis González y González escuchó el término y lo recuperó muchos años después, aunque dándole obviamente un significado muy distinto. Porque para él, la microhistoria *no* es más que una versión sofisticada de la tradicional historia local y es él mismo quien lo afirma y quien lo reivindica con orgullo. Por ejemplo en su artículo "Teoría de la microhistoria" dice, citando a Alfonso Reyes, que tal vez la renovación que la historiografía mexicana necesitaba entonces, y pasaba justamente por la recuperación de los caminos y de las enseñanzas de esa historia local.

La microhistoria de Luis González y González está en las verdaderas antípodas de la microhistoria italiana, y es necesario insistir en este punto porque dentro del medio historiográfico mexicano todavía hay gente que se atreve a confundir esa microhistoria italiana de Giovanni Levi y de Carlo Ginzburg con la microhistoria mexicana. Y se trata de proyectos intelectuales absolutamente diversos, con objetivos, perspectivas, paradigmas y procedimientos metodológicos diametralmente opuestos, e incluso muchas veces hasta incompatibles entre sí.

Retornando entonces a ese "primer contacto institucional" antes evocado, hay que señalar que fue muy importante porque a través de las mediaciones establecidas por esos cuatro mexicanos que viajaron a París para escuchar a Braudel, y de la actividad paralela del IFAL en esos años, es que aconteció un hecho relevante que llama la atención; y es que ya en 1953, sólo *cuatro* años después de su edición original en francés, se publicó en México la segunda traducción en todo el mundo de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Y no fue la primera traducción sólo debido al tiempo considerable que consumió el proceso de su traducción al español y su edición, ya que el acuerdo de esta publicación española se había establecido desde el año de 1950. Así que la primera traducción fue la italiana, que salió en agosto de 1953, seguida de la edición mexicana que

empezó a circular hasta fines de diciembre de ese mismo año, en un tiraje de 4 mil ejemplares, que era una cifra enorme para la época.

Otros datos interesantes en torno de esta relación de *Annales* con la historia y la historiografía mexicana son los de que, en 1950, Lucien Febvre estuvo de visita en México, como representante de la UNESCO, pero no dio entonces, hasta donde se tiene noticia, conferencias sobre temas de historia. También es importante que, en 1954, se fundó una Mesa de Historiadores Franco-Mexicanos en el IFAL, lo que podemos considerar tal vez como una de las tantas secuelas de la visita de Braudel. Y esa Mesa fue importante, pues durante los años cincuenta y sesenta casi todos los historiadores franceses que han venido a México han discutido en condiciones de igualdad con sus colegas mexicanos dentro de este marco, lo que permite considerarlo como uno de los varios mecanismos de la transmisión de la influencia de *Annales* en nuestro país.

Fernand Braudel visita entonces México a finales de 1953, y al mismo tiempo que escribe entonces el prólogo para la edición mexicana de su *Mediterráneo...*, da también varias conferencias en el IFAL, en la Facultad de Filosofía y Letras, en la Facultad de Economía de la UNAM y en el COLMEX, además de viajar como invitado oficial de todas estas instituciones por Guanajuato, Acapulco, Mérida y Cuernavaca. Gracias al cuidado de intelectuales como François Chevalier y Jean Pierre Berthe, que han escrito diarios o cuadernos de notas sobre sus actividades de estos años, es ahora posible reconstruir, casi día por día, esa visita de Fernand Braudel a México entre el 8 de octubre y el 15 de noviembre de 1953. También es interesante agregar que uno de los dos traductores de *El Mediterráneo...*, fue Wenceslao Roces, que también es muy conocido por ser el gran traductor de *El capital* de Carlos Marx, e igualmente es interesante llamar la atención sobre el hecho de que una de las primeras reseñas del libro de Braudel en México, haya sido escrita por Adolfo Sánchez Vázquez, lo que da ya una idea de la importancia y el impacto considerable que, desde su misma aparición, tuvo dentro del ámbito mexicano este gran libro braudeliano.

Otro elemento importante dentro de estas conexiones entre la corriente francesa y la historiografía mexicana es el dato de que en 1952, Pablo González Casanova y Max Aub tradujeron la *Apología para la historia o el oficio de historiador* de Marc Bloch. A pesar de que se trata de

una buena traducción, hay que señalar que, desafortunadamente, la editorial Fondo de Cultura Económica lo rebautizó con el equívoco título de *Introducción a la historia*, lo que entonces ayudó a que el libro haya funcionado durante lustros y décadas, y no sólo en México sino en toda América Latina y aún en España, como un "manual" de introducción a la historia.

Y para hacerse una idea del profundo impacto de esta obra tanto en el ámbito mexicano como el latinoamericano, vale la pena recordar que de los aproximadamente 450 000 ejemplares del libro *Apología para la historia...,* que hoy circulan en todo el planeta en los múltiples idiomas en que ha sido traducido, 150 000 han sido editados en la América Latina hispanoparlante, es decir en Argentina, Cuba, Venezuela y México, y de esta cantidad, 120 000 fueron publicados en México por el FCE. ¿Por qué insistir en el punto?, porque creo que es también importante señalar que muy posiblemente este texto de Bloch de la *Apología para la historia...*, es el texto de metodología histórica más importante de toda la primera mitad del siglo XX, aún tratándose de un libro inconcluso. Y si consideramos, además, que dicho libro condensa de una manera magistral el núcleo duro del mensaje metodológico de los primeros *Annales*, entonces su vasta difusión en México y América Latina nos demuestra la *relevancia* que ha podido tener este vínculo entre la perspectiva annalista y las historiografías de nuestro semicontinente.

Sin embargo, y a pesar de la divulgación masiva de este libro, que permitiría suponer que ha servido efectivamente para formar a generaciones y generaciones de historiadores mexicanos y latinoamericanos, uno puede preguntarse entonces ¿por qué no es más fuerte ni más evidente esta influencia annalista?, y ¿por qué la historiografía positivista sigue teniendo tanto peso y presencia hasta hoy en toda América Latina? Y la respuesta es en parte que, en realidad, esta *Introducción a la historia* ha sido también uno de los textos más vulgarizados y banalizados dentro de nuestros ambientes historiográficos latinoamericanos. Pues, aunque se le emplea en cualquier curso de ciencias sociales, o de historia, se le presenta siempre "solamente" como un simple "manual" de introducción a la historia, e incluso hay personas que han leído el libro y *no* saben que Marc Bloch ha sido uno de los fundadores de la corriente francesa de los Annales, y tampoco saben que este es un libro que quedó inconcluso, ni que del proyecto global de lo que originalmente Bloch había proyectado, conocemos solamente 40 por ciento.

Hace siete años el hijo de Marc Bloch, Étienne Bloch, publicó dos borradores (más los planes preparatorios que se habían conservado) de la *Apología para la historia...* (ahora ya traducidos por el FCE), y ahí podemos comprobar cómo es de 35 o 40% del libro originalmente planeado lo que finalmente ha llegado hasta nosotros en el momento actual. Hay, así, una lectura muy simplista y muy reductora a la vez que, totalmente descontextuada del libro, ha impedido que sus efectos intelectuales estén a la medida de su difusión cuantitativa en nuestro país y en Latinoamérica.

También en 1956 apareció en español *Martín Lutero, un destino* de Lucien Febvre, siempre editado por el FCE; en 1959 la editorial UTEHA publicó *La sociedad feudal* de Marc Bloch y en 1961, *El problema de la incredulidad religiosa en el siglo XVI: la religión de Rabelais* del mismo Febvre. De tal modo que durante este periodo, desde 1945 hasta 1968, los historiadores mexicanos y latinoamericanos dispusieron de las que entonces eran las obras más importantes de esta perspectiva o enfoque de los Annales. Ellos comienzan desde aquellos tiempos a leer y discutir las contribuciones contenidas en *El Mediterráneo...*, de Braudel y en esa *Introducción a la historia* de Bloch, e incluso la conexión es tan ágil entre los Annales y México que en 1958 se publica simultáneamente, en París y México, el artículo "más importante de metodología histórica que se haya escrito en todo el siglo XX", y que es el artículo de Fernand Braudel "La historia y las ciencias sociales. La larga duración". Ya que Braudel mandó el texto a la revista *Cuadernos Americanos* antes de que apareciera en la revista de los *Annales*, y es así que en esta última fue publicado en París en octubre-diciembre de 1958, mientras que en México se incluye en el número de *Cuadernos Americanos* de noviembre-diciembre del mismo año.

Si las traducciones y los libros esenciales de los Annales estaban a la disposición de los historiadores mexicanos, ¿por qué la impronta de la Escuela de los Annales no fue *más fuerte* en la historiografía mexicana? Mi respuesta es que, aunque esos Annales franceses lograron tener un considerable impacto sobre ciertas elites de nuestras vanguardias intelectuales, *no* lograron en cambio penetrar realmente en la "masa" del común de los historiadores de la época. Y, en este sentido, es más que significativo que su principal difusor en México fuera ese grupo de *Cuadernos Americanos*, que "no era un grupo de historiadores", pues ni Jesús Silva Herzog, ni Octavio Paz (que hizo sus pininos en la revista), ni otros de los representantes

más importantes de esta revista eran historiadores. Eran, sin duda, un grupo extraordinariamente interesante y receptivo culturalmente, pero *no* estaban particularmente vinculados al trabajo y los territorios de la historia.

Mientras tanto, el núcleo formado por los historiadores que se concentraban en esta época en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que fue el espacio en donde se llevaba entonces a cabo el proceso de profesionalización del oficio de historiador, terminó en realidad bloqueando la entrada de esa influencia fuerte de los Annales en nuestra historiografía, debido al hecho de que, en su seno, predominaban las visiones de la historiografía alemana que antes hemos referido, visiones difundidas por los profesores de la emigración española, que afirmaron las versiones de la historia positivista e historicista (aclarando de paso que el historicismo *no* es otra cosa que un positivismo complejizado), y que en nuestro país comenzaron a ser dominantes precisamente en el mismo momento en que en Europa estas versiones eran duramente criticadas y superadas, batiéndose completamente en retirada dentro de las diversas historiografías europeas.

Además, es triste señalar que mientras que los primeros promotores de esta historia positivista/historicista fueron esos españoles que *sí* hablaban alemán y que habían estudiado en Alemania, teniendo como sus profesores directos a los mismos autores que divulgaban, a Max Weber y Alfred Weber, a Frederick Mainecke o al propio Wilhem Dilthey; en cambio sus primeros discípulos mexicanos era gente que ya *no* hablaba el alemán, así que su vínculo con las obras era ya indirecto, además de nunca haber conocido de manera directa los debates y las tesis de ese positivismo e historicismo, que no obstante ellos continuaban defendiendo y promoviendo en esa misma Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Así que esos "hijos" mexicanos en términos intelectuales de la emigración española, que no sabían alemán, repetían ya una primera versión filtrada por esos profesores españoles. Y luego vinieron los "nietos", que no hablaban alemán ni leían ya siquiera directamente las versiones en español de las obras de los autores positivistas e historicistas, sino que se limitaban a enseñar esas versiones hace tiempo superadas a partir sólo de resúmenes de los libros. Y hasta la generación actual, que es la de los "bisnietos", y que siguen repitiendo esa historia positivista ya sólo a partir de los resúmenes de los resúmenes. Esto nos recuerda un poco a ese juego infantil del "teléfono descompuesto" y es difícil decir que, no obstante, es todavía este el tipo de historia la que se enseña en una

de las más importantes instituciones de historia de nuestro país. Y es ese predominio de la historia positivista, ya anacrónico en los años de 1945 a 1968, y terriblemente más hoy día, el que en verdad bloqueó la posibilidad de una presencia mayor de los Annales hasta 1968.

Vista entonces más en general, diríamos que esta etapa (1945-1968) fue la de un impacto fuerte de los Annales, pero sólo dentro de ciertas elites de vanguardia de nuestras ciencias sociales, permaneciendo en cambio como algo más difuso y menos importante respecto a la masa del gremio de los historiadores que se formaban y se profesionalizaban en aquella época. Aunque si es claro que en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM se bloqueó este impacto de los Annales, en cambio también es cierto que en El Colegio de México dicha influencia *sí* fue acogida, aceptada y desarrollada mucho más ampliamente y de un modo consciente. Pues no hay que olvidar que el COLMEX es directamente hijo de la antigua Casa de España, y que fue una institución de vanguardia intelectual entre 1939 y 1968. Una institución que formaba gente crítica y más avanzada que muchas otras instituciones académicas mexicanas, aunque sin dejar de ser una institución muy minoritaria y muy reducida a ciertos grupos de las elites de entonces. Esto explica también que, a pesar de haber sido una buena caja de resonancia del mensaje annalista en México, sus impactos sociales no fuesen demasiado amplios tampoco para el conjunto de nuestra historiografía.

Y hay que señalar también que, después de 1968, El Colegio de México sufrió una mutación fundamental y perdió el vigor intelectual de sus fundadores para terminar convirtiéndose en una institución que hoy forma a muchos funcionarios públicos del país. Así, al conectarse directamente con el Estado mexicano, El Colegio de México perdió su carácter innovador y crítico, y pienso que muchos de los colegios de provincia, que se fundaron bajo este mismo modelo del COLMEX, han surgido también muchas veces con este mismo sesgo.

Existe un tercer período que va desde 1968 hasta 1989. Y creo que cada vez más estamos aprendiendo a valorar lo que realmente representó 1968, que no fue un simple movimiento estudiantil, ni fue una simple ruptura generacional, ni tampoco un fenómeno localmente mexicano, sino que fue una verdadera y profunda "revolución cultural de larga duración", que puso fin a los mecanismos de la reproducción cultural que habían sido vigentes en el mundo occidental e incluso en todo el mundo desde, aproxi-

madamente, 1870. Así que no es una casualidad que, entre 1966 y 1969, aparecieran movimientos estudiantiles y populares en China, con la gran revolución cultural; en Estados Unidos, en las universidades de Columbia y California, entre otras; en Argentina, con el conocido cordobazo de 1969; en Italia, con su célebre "otoño caliente" también de 1969; en Francia con su mayo francés; lo mismo que los movimientos importantes en Berlín, en Turquía, en Sri Lanka, en Tokio o en Nueva Delhi, etc. Porque en más de 250 ciudades del mundo, entre 1966 y 1969, hubo protestas estudiantiles que rápidamente tendían a convertirse en movimientos populares. Y la masacre del 2 de octubre de 1968 en México, en la Plaza de Tlatelolco, se explica, como lo ha demostrado Raúl Álvarez Garín en su último libro *La estela de Tlatelolco*, porque el movimiento estudiantil mexicano estaba a punto de convertirse en un vastísimo y muy combativo movimiento de masas, con amplia participación de las clases populares, que fue lo que realmente trató de detener el gobierno con esa masacre todavía no totalmente esclarecida hasta hoy.

Todos los movimientos estudiantiles de 1968 en el mundo entero fueron derrotados, masacrados, arrinconados o aplastados en términos políticos; pero también todos ellos triunfaron en cuanto al cumplimiento de sus principales reivindicaciones y demandas culturales. Porque vale la pena reflexionar ¿cuáles son las tres instituciones fundamentales que reproducen la cultura contemporánea? Y ellas son, en primer lugar, la familia; en segundo, la escuela, y en tercero, los medios de comunicación. Y si observamos la historia de estas tres instituciones a lo largo del siglo XX, y la situación que ellas presentan antes y después de 1968, veremos que lo mismo en México que en todo el mundo dicha situación es radical y absolutamente diferente a partir de ese mismo corte de la revolución cultural de 1968.

Así que la familia y la escuela en México son muy distintos antes y después de 1968. Y los medios de comunicación, que antes de estos finales de los años sesenta cumplían un papel bastante marginal y minoritario también se vuelven, como en todo el mundo, fundamentales. Y es como un efecto directo de esta revolución cultural de 1968, y de la represión y la persecución ejercidas por el gobierno en esas fechas, que un buen grupo de estudiantes mexicanos que habían participado en el movimiento se desencantaron del autoritarismo del Estado mexicano y se fueron a vivir a Europa; a veces incluso obligados para evitar ser víctimas de esa represión y hostiga-

miento. Y, aunque algunos de ellos se quedaron a vivir en Francia, muchos otros regresaron para cumplir un papel esencial de renovación profunda de nuestras ciencias sociales y de nuestra historiografía. Porque habiendo aprendido durante su estancia en Francia los principales aportes tanto de los Annales como de todas las ciencias sociales francesas, esa generación de los "sesentayocheros" mexicanos va a retornar a nuestro país para fermentar con dichos aportes a todas las ciencias sociales de nuestras instituciones de aquellos tiempos.

¿Qué sucede entonces después de 1968 en la historiografía mexicana? Para mencionar exclusivamente el caso de la ciudad de México, podemos señalar que después de esta fecha es cuando se inauguran nuevas licenciaturas y carreras de historia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y en la Universidad Iberoamericana, y siempre como distintos ecos y secuelas de esa gran ruptura del sesenta y ocho. Así que, aunque el positivismo siga tenazmente implantado a lo largo de este periodo y hasta hoy en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y que a partir de entonces se empiece también a enseñorear dentro del Centro de Estudios Históricos del COLMEX, a partir de los años setenta contamos en la ciudad de México con nuevas instituciones que también enseñan historia, y que además enseñan una historia mucho más actualizada y más rica que la anacrónica historia positivista o historicista, en la que la presencia de los autores y las obras de los Annales es siempre fundamental y a veces hasta claramente predominante.

Así que 1968 trajo profundos aires renovadores en toda la cultura mexicana y también en toda nuestra historiografía, aires que, dicho sea de paso, van a comenzar a ser combatidos frontalmente y van a estar en peligro de exterminación a partir de la llegada de Fox al poder. Pues en los próximos años, creo que vamos a vivir un embate fuerte en contra de todas las sucesivas libertades y conquistas culturales ganadas desde 1968 hasta hoy en los planos de la educación y de la cultura.

Mil novecientos sesenta y ocho creó un ambiente intelectual muy libre en el que se renovó a fondo la historiografía mexicana. Y se renovó sobre todo a partir de la difusión amplia de dos matrices de interpretación, que desde aquellos años comenzaron a ganar cada vez más fuerza y presencia dentro de nuestros ámbitos intelectuales. La primera de esas matrices fue una vez más la de la corriente de los Annales. Por eso no es casualidad que

a todo lo largo del periodo de 1968 a 1989, e incluso hasta hoy, lo mismo en la UAM-Iztapalapa que en la Escuela Nacional de Antropología e Historia se estudie normalmente y con asiduidad las obras de Pierre Vilar o de Jacques Le Goff, igual que los trabajos de Fernand Braudel, Marc Bloch, Georges Duby o de la llamada historia de las mentalidades en general. Tampoco es por azar que, después de 1968, se hayan abierto seminarios de esa historia de las mentalidades en el Departamento de Estudios Históricos del INAH, y en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, al igual que en el COLMEX y en muchas universidades de la provincia mexicana. Así que esta historia de las mentalidades se ha terminado por poner de moda en México en un momento en que en Francia ya absolutamente nadie la toma en serio. Pues esta historia tuvo sus comienzos en los años sesenta y llegó a su periodo de máximo auge en los años setenta, pero sólo para decaer y terminar por desaparecer del panorama historiográfico francés durante la siguiente década, en los años ochenta.

En esos años posteriores a 1980, la historia de las mentalidades fue duramente criticada por todos los grandes historiadores especialistas del tema de la cultura, lo mismo en Francia que en Italia, o en Inglaterra igual que en Estados Unidos. Y hoy lo que se hace en este terreno es historia de las prácticas culturales o nueva historia cultural al estilo de la microhistoria italiana, o psicohistoria, pero ya *no* historia de las mentalidades. Lo que no impide que en nuestras universidades de provincia hayan sobrevivido todavía esos seminarios de historia de las mentalidades como una huella indirecta de las secuelas originales de esa enorme ruptura cultural de 1968.

Junto a este diverso auge de los Annales del período de 1968 a 1989, se ha dado también un auge extraordinario del marxismo, e incluso han surgido autores que llevan a cabo combinaciones curiosas en las que desde el propio marxismo intentaron recuperar la perspectiva de Annales, o al revés: de gente que viniendo de la tradición de Annales llegó a conclusiones que la acercaron al marxismo. Y esto no sucedió sólo en México sino en todo el mundo. Por ejemplo, la obra de Immanuel Wallerstein no se entiende sin la doble matriz de la influencia directa de la obra de Marx, y luego de ciertos autores marxistas, y del otro lado de los trabajos de Fernand Braudel y más en general de todos los Annales. Pero es lo mismo con autores que son representantes importantes de la historiografía polaca, como Witold Kula o Bronislaw Geremek, igual que muchos actuales historiadores argen-

tinos, peruanos, ingleses, alemanes, etc., que desde sus respectivos países han intentado acercar el marxismo a las mejores tradiciones de los Annales durante esos años de 1968 a 1989. Así que no entendemos la historiografía mexicana de este periodo sin este doble y complejo influjo tanto del marxismo como también de los propios Annales.

Finalmente habría una última etapa, que comienza en el mundo en 1989 y en México en 1994, y que abarca hasta el momento actual, y que seguramente habrá de prolongarse todavía algunos lustros más. Para entenderla, es preciso partir una vez más del gran cambio que se ha operado en la historiografía mundial después de 1968, un cambio que se hace presente lo mismo en México que en América Latina y en todo el mundo. Estamos hoy en una situación que implica una verdadera ruptura de larga duración en cuanto al modo de funcionar de todas las historiografías del planeta. Pues creo que la historiografía occidental trabajó hasta 1968 en torno de polos hegemónicos o dominantes, que proveían de un modelo a imitar dentro de los estudios históricos al conjunto de las historiografías del mundo. Así, si ustedes se preguntan ¿cuál es la historiografía hegemónica en el mundo occidental en 1900?, pueden responder fácilmente que es la historiografía germano parlante, la historiografía alemana y austríaca; porque es dentro de ellas que escriben y se forman los autores que años más tarde serán los "clásicos" de esa misma historiografía en torno de 1900. Y son ellos también quienes escenifican los grandes debates historiográficos de aquella época, abriendo los nuevos campos de la investigación en historia y proponiendo las nuevas formas de ejercicio de nuestro oficio de historiadores. Y así, entre 1870 y 1930, es la historiografia germana la que cumple este rol hegemónico dentro de la historiografía mundial; en cambio, entre 1930 y 1968 va a ser la historiografia francesa de los Annales la que detentará este puesto de comando dentro los estudios históricos planetarios.

Pero es interesante comprobar que 1968 ha roto, entre tantas cosas, también este modo de funcionar de la historiografía mundial, instaurando una nueva situación en la que ese modelo de un centro o polo hegemónico ha desaparecido, para dar lugar a una nueva situación "policéntrica" en la que todas las historiografías del planeta están igualmente convocadas a desarrollar y proponer las nuevas líneas de la innovación historiográfica, los nuevos paradigmas y los nuevos modelos de interpretación en historia, igual que a escribir las obras que dentro de algunas décadas serán los textos clásicos de la historiografia de nuestra época.

Y es un poco frente a este desafío, y a la medida de lo que él implica, que habremos de presenciar las posibles futuras transformaciones de la historiografía mexicana. La que, superando esas anacrónicas y cada vez más paralizantes visiones de la historia positivista e historicista, sabrá quizá actualizarse y desarrollarse para situarse a la altura de este mismo desafío. En cualquier caso, hagamos votos, y trabajemos activamente para que así suceda.

DE LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES A LA HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA

Boris Berenzon Gorn
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Lo más dramático no es el pecado original sino las fotocopias.
Mario Bennedetti.

BREVE BALANCE

La historia de las mentalidades casi nació espontáneamente como una consecuencia natural y síntoma de las guerras mundiales. El hombre regresaba a lo privado, a él y a lo suyo, al rescate de los pensamientos que lo estructuraban como ser. Así la propuesta de la historia de las mentalidades surge de un grupo de historiadores como Lucien Febvre, Marc Bloch, Henry Pirenne; geógrafos como A. Demangeon, o sociólogos como L. Lévi Bruhl; grupo que inspiró a partir de 1929, los famosos *Annales de Historia Económica y Social.*

A muchos años del nacimiento de esta nueva oferta teórica que tuvo importantes ecos en México y América Latina, en la década de los setenta y ochenta, hago algunas reflexiones de lo que ha sido la fundamentación de la historia de las mentalidades y que puede ser partiendo de la base de que los padres fundadores de esta corriente buscaban la globalidad de la historia social, o más aún, una historia global económica y social.

La historia de las mentalidades ante la hiperespecialización puede convertirse en una teoría vacía que empiece a llenar el saco de la irreflexiva historia *light* o bien puede verse reconstruida por la antropología, la filosofía y el psicoanálisis; acercándose a la propuesta teórica de la historia intelectual e incluyéndose entre los movimientos de renovación crítica del aparato conceptual utilizado en diversos campos del estudio social.

Empecemos por acotar la noción de "mentalidad", a la que se recurre con frecuencia en historia, antropología, filosofía, psicología social, his-

toria de las religiones, entre otras. El efecto de esta cimentación conceptual muestra sus riesgos y distorsiones sobre la realidad histórica que se pretende esclarecer.

A menudo el discurso sobre las mentalidades ha oscilado entre lo fantástico o lo arbitrario y lo desesperanzadamente vago, cayendo en arquetipos jungianos,[1] si tenemos en cuenta los patrones de creencias, comportamientos y actitudes tradicionales en vigor de los que nadie se libra en su sociedad, más que en la nuestra, la mentalidad con la que acabaríamos no sería sólo un híbrido, sino un monstruo de estereotipos. Pero eso no quiere decir que las pruebas que a veces se discuten cuando se habla de mentalidades no sean importantes, es sólo que hay que volver a encauzar las hipótesis de los historiadores analizando cómo las series que se establecen en muchos casos para determinar las diferencias de mentalidades entre dos momentos, sociedades, etc., son aplicaciones de categorías que no se corresponden con sus valores reales o imaginarios.

Las distinciones magia/ciencia, metáfora/literatura no se muestran tan diferenciados como en principio se cree, al darse entremezcladas en muchos supuestos. Es frecuente que se resalte la inadecuación de diversos criterios –es *nuestro*, se suele decir– para establecer distinciones que se revelan artificiales y forzadas mostrándonos una realidad esquematizada en patrones de conducta. Lo que se critica básicamente es el efecto pernicioso de algunas categorías excluyentes sobre el conocimiento de esas épocas y sociedades más que en los modos en que se expresan.

El argumento principal subyacente en gran parte del debate sobre el concepto de mentalidad es el problema de la naturaleza de las uniformidades y las bases de la diversidad del pensamiento humano.[2] Nadie duda

1. Véase las propuestas que hace Carl Jung sobre un arquetipo, es decir un modelo aplicable a distintas sociedades o estereotipos sociales que impiden ahondar en la interpretación profunda del pasado, por ejemplo, cuando los historiadores se refieren al mundo griego antiguo parece bastante inapropiado hablar de la mentalidad griega, como si fuera compartida por todos los griegos, o por todos los relevantes (si pudiéramos identificarlos), por no decir que les era peculiar o distintiva.
2. El cambio en las formas prehispánicas de relación social, con sus consiguientes modificaciones en las formas de vida, constituyen el punto nodal del proceso histórico en el siglo XVII. Los grupos indígenas de vida seminómada se transformaron en sedentarios, la agricultura y la ganadería llegaron a ser la base económica de estos grupos perdiendo importancia la recolección y la cacería. Se transformaron las relaciones personales en el núcleo doméstico por la imposición de las normas matrimoniales y familiares del cristianismo. Apareció en la comunidad misional una autoridad capaz de regir la vida individual y comunitaria,

que los contenidos del pensamiento humano –las propias ideas o creencias– varían enormemente al igual que los modos en que se expresan. Pero el concepto de mentalidad plantea y sugiere una respuesta positiva al asunto adicional de sí hay que considerar que ciertas diferencias de contenido reflejan diferencias en las características referentes de la mente, ya se describan en términos de estructuras, procesos, operaciones, hábitos, capacidades o predisposiciones. Las asociaciones de estos términos y otros que se utilizan para describir las características de la historia de las mentalidades difieren, pero todas sirven para considerar que esas propuestas para interpretar la historia son mentales. Esto es, sirven para relacionar las diferencias en los contenidos de los pensamientos con las diferencias en las mentes que piensan, y ahí se sugiere algo más que la cuestión meramente tautológica de que "todo pensamiento" tiene que ser de algún pensador.

Podemos decir que la historia de las mentalidades olvidó conceptos fundamentales como la psique freudiana, que conlleva al individuo, para caer en el esquema de la inexistencia del sujeto "sujetado", es decir, la intersubjetividad más que el concepto de individuo aislado.

Las consideraciones tradicionales que se han establecido sobre una mentalidad resaltan la diversidad de planteamientos que se podían encontrar, centrándose principalmente en los campos de la medicina, la geometría y la filosofía, lo que permite analizar las relaciones entre los planteamientos que desde nuestro tiempo consideramos "científicos" o "racionales" frente a otros que percibimos como "mágicos" o "irracionales", mostrando lo entremezclado de aquella realidad. En filosofía y en matemáticas, el afán por construir argumentos rigurosos y de analizar qué es lo que nos hace pensar así, sin duda proviene, en parte, de factores internos de estas disciplinas.

---

y de dirigir las relaciones con el exterior, se transformaron las relaciones entre grupos distintos al quedar la hostilidad bajo el control español y al incrementarse los intercambios económicos. Se transformaron las relaciones entre los indígenas y los colonos españoles, así como también ciertos factores capaces de orientar el cambio hacia una mayor integración de los grupos entre sí: una misma religión, semejantes formas organizativas, una autoridad española por encima de todas y la posibilidad de que tanto el mestizaje como el idioma se hicieran comunes a todas las regiones. Pero esa homogeneidad que se pretendía hizo surgir diversas mentalidades con plurales resultados, lo que muestra como en nuestro país los arquetipos no son suficientes para la interpretación del pensamiento. Hubo, sin embargo, fuertes resistencias al proceso de penetración misional: *alzamientos* y *rebeliones*, manifestaciones de oposición como fugas entre otras acciones. Estas formas de resistencias fueron reprimidas por medios militares, pero no fue la coacción a mano armada lo que caracterizó la penetración española en algunos estados, ya que fueron más importantes la persuasión de los jesuitas y el consenso indígena.

Pero, también en parte, el esfuerzo por lograr la incontrovertibilidad puede relacionarse con una insatisfacción, no precisamente con las técnicas informales de poner de manifiesto un caso, sino con la retórica. Era de sobra conocido que lo que persuadía a la gente en los tribunales de justicia y en las asambleas políticas podía ser verdadero o no. En algunos ámbitos del pensamiento especulativo, como en medicina, las nociones informales de prueba aparecen encaminadas ante todo a la persuasión y dada la constante preocupación de los antiguos médicos por ganarse la confianza de sus clientes y pacientes, tal actitud es fácilmente comprensible. Ahora bien, para ciertos propósitos y en otros contextos, esto a todas luces no valía, y lo meramente persuasivo pasó a verse fuertemente contrastado con lo incontrovertiblemente verdadero. El desarrollo de la demostración puede diferir en este punto en otros aspectos del desarrollo de la lógica formal. Cuando Aristóteles formuló por primera vez los principios de no-contradicción y de tercero excluido trataba evidentemente de "explicitar" las reglas que obran "implícitas" en toda comunicación humana y que determinan, en efecto, las condiciones de la comunicación inteligible. La oposición entre persuasión y demostración se prestaba a ser, y de hecho fue ampliamente usada por parte de los filósofos y de los matemáticos, como forma de contraponer su propia obra a la de sus rivales y de vindicar, desde luego, su propia dirección intelectual.

Al relacionar la argumentación lógica y la demostración científica con el contexto competitivo propio del mundo griego, por ejemplo, su condición *agonística*. Lo decisivo no es sólo la capacidad de argumentar, sino la posibilidad de hacerlo por lo que se vincula el desarrollo del pensamiento griego con las condiciones políticas, señalando la importancia de la práctica de la discusión en las asambleas. Así se rechaza el peligroso y deslizante camino de la mentalidad entendida como un estado que surge de unas características especiales y singulares de las mentes de un pueblo o sociedad, a cambio de centrarnos en las condiciones materiales o sociales que favorecieron la aparición de unas determinadas manifestaciones culturales[3]. Es decir: son fundamentales los "contextos de comunicación" de cada sociedad.

3. Véase Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo. Una civilización negada*. Bonfil muestra desde la antropología el reacomodo del pensamiento en México y al hablar de México, hay que mover los hilos de un

Si contrastamos el mundo griego antiguo con la civilización china, lo crucial es preguntarnos si se pueden aplicar también a China los mismos tipos de factores que del pensamiento griego.

Al polemizar el valor del concepto mentalidad entre la cultura occidental y la cultura oriental se ven distintas valoraciones otorgadas al pensamiento puramente especulativo, caro a los griegos y poco estimado por la cultura china; o a la influencia de una escritura disociada del habla en el caso chino, son factores que nos sirven como elementos capaces de establecer un estudio más profundo y productivo de las mentalidades desde una comparación que en el caso mexicano habría que llevar hasta el México recóndito de los nahuas, tarascos, etcétera.

El caso de la metáfora nos sirve para determinar las diferencias culturales: mientras en la teoría confucionista tenemos la noción de que lo metafórico es una virtud en un cierto tipo de poesía, ni ahí ni en ninguna otra parte del pensamiento chino encontraremos la idea aristotélica de que la oposición entre lo metafórico y lo literal es la que hay entre lo desviado y la norma; cuando se considera un vehículo para expresar la verdad, la metáfora es un vicio y la poesía es una degradación de la filosofía. De hecho en el pensamiento confuciano se consideraba que la poesía era un poderoso instrumento de mandato moral tan valioso como la propia filosofía; más bien, se interesaban por hacer las comparaciones adecuadas, por usar la analogía correcta; y ese interés no niega, sino presupone claramente, la legitimidad de la analogía y la comparación cuando éstas se utilizan.

Si el interés de un tema histórico pudiera ser mensurable a un mismo tiempo en las escalas cuantitativas y de intensidad, creo que en torno de las mentalidades es mucho más lo que se ha producido en el orden teórico y metodológico, en cuanto a la aplicación de esa clase de principios y procedimientos a la realidad histórica. Pienso y temo, aunque sólo en cierto modo porque comparto en este campo la proclividad a la especulación conceptual,

enorme tejido de culturas que tienen su propio pasado y su propia herencia. Desdichadamente, esta multiplicidad ha sido negada a lo largo de los años que han pasado desde la conquista, y se ha visto a las diversas culturas asentadas en nuestro territorio exclusivamente bajo la mirada y los patrones occidentales. Al tratar de integrar las culturas indígenas al desarrollo nacional, lo único que se ha hecho es negar su origen y segregarlas de este México imaginario, que se ha creado tomando como modelo a las civilizaciones extranjeras. Matizando a Bonfil habría que recobrar su planteamiento de un mosaico cultural que es el México profundo.

que en el siglo naciente volveremos a manejar, y hasta manosear preferentemente, más argumentos definitorios y de procedimiento que productos acabados propios de la materia enunciada.

En América Latina la historia de las mentalidades tuvo un impacto fundamental para los estudiantes de los años setenta y ochenta. Las razones son obvias: era un terreno fértil para llevar a cabo la práctica de las propuestas francesas. Existían mundos subterráneos exquisitos para el paladar de la interpretación completa del ser, su existencia y su representación mental.

LA PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA DE LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES EN MÉXICO

En México, de 1978 a nuestros días se produjeron estas obras con las siguientes temáticas:

Solange Alberro escribe la *Introducción a la historia de las mentalidades* junto con Serge Gruzinski en la que reúne diferentes discursos, ensayos y conferencias de la antropología en torno del concepto de las mentalidades; de la misma manera en *La actividad del Santo Oficio de la inquisición en Nueva España: 1571-1700*, nos habla de la historia de la inquisición y la Iglesia católica en México y su estadística. En 1988 publica *Inquisition et societé au Mexique, 1571-1700*, la cual trata de la historia de la vida social, de las costumbres y de la inquisición y la Iglesia católica en México. Es prologuista de José Toribio Medina en *Historia del Tribunal del Santo Oficio en México* en 1991. Un año después nos expresa su pensamiento sobre los españoles en México con el *Del gachupín al criollo o de cómo los españoles de México dejaron de serlo*. En El Colegio de México hace la introducción y selección del libro de Edmundo O'Gorman y otros, llamado *Cultura, ideas y mentalidades*, el cual contiene discursos, ensayos, conferencias y la vida intelectual en México.

Por otro lado, Sonia Corcuera en 1981 nos enseña la vida social, costumbres, alimentos y hábitos de la historia de México en el libro *Entre gula y templanza*. En 1991 escribe *El fraile, el indio y el pulque: evangelización y embriaguez en la Nueva España (1523-1548)*, donde describe la vida social, costumbres, hábitos y alimentos en México desde 1519 hasta 1540. Para 1994 nos narra la historia de la evangelización en México con su obra

Del amor al temor: borrachez, catequesis y control en la Nueva España (1555-1771). A Manuel Ramos Medina le hace un prólogo a su libro dedicado a la cocina mexicana llamado *Hazme un cazón: los historiadores y sus recetas de cocina.*

Mientras tanto para esas fechas (1997) en Puebla escribe Rosalina Estrada Urroz y otros el texto llamado *Tres acercamientos a la historia de las mentalidades*, en él se muestra la vida social y costumbres en México.

Por su parte, Pilar Gonzalbo Aizpuru tiene la siguiente, y extensa, bibliografía referente a las mentalidades: *El humanismo y la educación en la Nueva España*, escrita en 1985 y en la que trata el humor, las agudezas, la historia y la educación en México. Para 1987 nos relata la historia de la educación de la mujer en México con *Las mujeres en la Nueva España: educación y vida cotidiana.* En 1989 escribe *La educación popular de los jesuitas* en el que, como su título indica, nos narra la historia de la educación de los jesuitas y la Iglesia primitiva (cristianismo y cultura). Para 1990, interesada en la historia de la educación de los indios en México, escribe la *Historia de la educación en la época colonial: la educación de los criollos y la vida urbana.* En ese mismo año aparece *Constelaciones de modernidad* que contó con dos tomos, ambos fueron anuarios conmemorativos del quinto centenario de la llegada de España a América, Gonzalbo coordinó un grupo de historiadores entre los que destacan Georges Baudot, María Elvira Buelna, Silvia Pappe y Marcela Suárez. La última publicación que tengo registrada es la de 1998 llamada *Familia y orden colonial*, en la cual realiza una revisión que va de 1540 a 1810 en los rubros de familia y matrimonio en México.

Serge Gruzinski cuenta con seis publicaciones especializadas en las mentalidades: en 1985 escribe *Les hommes-dieux du Mexique: pouvoir indien et societé coloniale, XVIe-XVIIIe siècles,* donde nos muestra la historia de los indios en México, su religión y su mitología. En 1988 contamos con su trabajo sobre la Iglesia católica en México, la escritura de los indios en México y la historia de la Nueva España, 1540-1810, revelado en París y llamado *La colonisation de l´imaginaire: societés indegenes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVIe-XVIIIe siècles.* El Instituto Nacional de Antropología e Historia le publica en el mismo año *El poder sin límites (cuatro respuestas indígenas a la dominación española),* trabajo en el que se muestran las relaciones gubernamentales y la integración cultural, religiosa

y mitológica de los indios y sus movimientos mesiánicos en México. Un año más tarde propaga, con la ayuda de la Universidad de Stanford, *Men-Gods in the Mexican Highlands: Indian Power and Colonial Society, 1520-1800*, el cual trata de lo mismo que el anterior llegando hasta 1810. Siguiendo con su estudio de los indios nos relata el primer contacto de ellos con Europa, su religión y su mitología, la influencia española en su civilización. En París en 1992, publica sobre la historia del descubrimiento y exploración de América *Painting the Conquest: the Mexican Indians and the European Renaissance*. Dos años más tarde publica *La guerra de las imágenes de Cristóbal Colón a "blade runner" (1492-2019)*, en el que desarrolla a la civilización, su influencia europea, su descubrimiento y la exploración de las imágenes en la mentalidad americana.

Sergio Ortega en 1978 nos relata la historia de su tierra natal Topolobampo, Sinaloa, de 1867-1910, titulado *El edén subvertido. La colonización de Topolobampo, 1886-1896.* Como editor en *De la santidad a la perversión, o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, divulgado en 1986, dentro del Seminario de Historia de las Mentalidades (fundado en 1979 y coordinado por el doctor Noriega en la Dirección de Estudios Históricos del INAH), nos muestra la religión católica y las costumbres sexuales en México. En 1987 vuelve a escribir sobre su natal Sinaloa en un texto auspiciado por el gobierno del Estado llamado *Sinaloa: una historia compartida.* Años más tarde hace un análisis sobre la historiografía de Sonora de 1521 a 1810 con *Historiografía del noroeste novohispano en las memorias de los simposios de historia y antropología de Sonora*, el cual se difunde en 1996.

En 1982 inicia una serie de seminarios que revelan las inquietudes de los historiadores de las mentalidades y que fueron publicados por el Fondo de Cultura Económica y por el Instituto Nacional de Antropología e Historia para su divulgación.

El primero es el Seminario de Historia de las Mentalidades, *Familia, y sexualidad en la Nueva España*, el cual nos habla sobre la historia de la familia, el matrimonio y el sexo en México. El segundo se realiza en 1985 y se llama *La memoria y el olvido*, Segundo Seminario de Historia de las Mentalidades. En 1987 nos encontramos con *El placer de pecar y el afán de normar*, y en él se describe la historia de las costumbres, los ritos, el matrimonio y el sexo durante la colonia. El tercer Seminario de Historia de las

Mentalidades, *Del dicho al hecho... Transgresiones y pautas culturales en la Nueva España*, que se llevó acabo en 1989. Y, por último, el cuarto Seminario de Historia de las Mentalidades, *Comunidades domésticas en la sociedad novohispana: formas de unión y transmisión cultural. Memoria del IV Simposio de Historia de las Mentalidades,* patrocinado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y divulgado en 1994.

BALANCE Y PROPUESTAS DE LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES Y LA VIDA COTIDIANA

Como pudimos observar la historiografía de las mentalidades en México abarca temas disímbolos y diversos, conceptual y metodológicamente, en donde se incluye también a la vida cotidiana. Un ejemplo de ello son los seminarios de la historia de las mentalidades dirigidos por Sergio Ortega o las propuestas de Solange Alberro, Serge Gruzinski, Sonia Corcuera, Pilar Gonzalbo, Antonio Rubial, Manuel Ramos, por señalar a los más representativos. Todos siguen líneas discursivas distintas que buscan acotar el objeto de estudio: la mentalidad, término que de entrada tiene caminos confusos, ya que encontramos desde arquetipos para explicar la sexualidad en el México novohispano, la comida, la familia, la sociedad, la religión, las costumbres, la vida cotidiana, la vida intelectual, los hábitos, la educación, la vida femenina, los indios y los mitos. Es decir, parecería ser que en una misma vasija sin fondo todos estos temas se pueden soportar en la propuesta de la historia de las mentalidades.

Sin embargo, habría que reconocer que, después de una lectura de la historiografía de estos años, sus esfuerzos y sus logros responden más a objetivos parciales que colectivos; por lo tanto, mientras algunos entienden que las mentalidades son actitudes mentales más o menos ocasionales en cuanto a lugar, sujeto y tiempo, otros creen que son actores propiamente considerados como los portadores o la encarnación misma de una mentalidad global.

Vale la pena aquí recordar dos cortes que han marcado el pensamiento mexicano, la ruptura del movimiento del sesenta y ocho, que abrió una crisis, por lo menos, en las clases medias ilustradas sobre planteamientos del ser del mexicano, y 1989, que para algunos significó (equivocada-

mente) el fin de las propuestas marxistas. La historiografía mexicana de estos años, a su propia escala, no ha dejado de reflejar la compleja crisis que viven las humanidades en el mundo, lo que muy atinadamente la Escuela de los Annales llamó *un tournant critique*, con dos características precisas en nuestro caso: una es, el tan acusado provincialismo de las ciencias sociales y de la cultura en su conjunto, que afecta igualmente al trabajo historiográfico, originando que imitemos sin proponerlo o propongamos sin conocer lo que se está haciendo afuera, de la misma manera que nos quedamos fuera de la discusión teórica sobre la teoría de las mentalidades; de la historia posmoderna, de la historia cotidiana y de las propuestas sobre el giro lingüístico, hermenéutico y el narrativismo. Vivimos en los ecos secundarios.

Otra característica importante de mencionar es el notable aumento cuantitativo de la producción historiográfica especializada, localista, regional y con tintes de regreso a un neopositivismo. Dicho lo anterior, la historia de las mentalidades se convirtió en uno de los espacios fundamentales para la subjetividad del historiador, pero sus elementos teóricos eran limitados, a pesar de los esfuerzos hechos.

En primer lugar habrá que decir que se trata de un concepto que la Escuela de los Annales toma del término en inglés *mentality*, olvidando la propuesta psicoanalítica freudiana-lacaniana de la psique, tal como Solange Alberro lo señala al decirnos que "la función social de la historia es dar raíces, proporcionar seguridad, profundidad, tanto al individuo como a un pueblo, a una cultura. Un individuo sin pasado, sin historia, no puede existir: no tiene dónde arraigarse, un pueblo sin memoria, como se ha dicho, no tiene desde dónde proyectar su futuro".[4]

Evidentemente Alberro se da cuenta que se trata de hacer una historia que presente los conflictos sociales y políticos desde el pensamiento, teniendo a la mentalidad como fuente y no como fin.

Habría que decir que se trata de abrir el abanico de la historia de las mentalidades y de la vida cotidiana a una interpretación mucho más analítica, que destruya la idea de la individualidad para llegar a la del sujeto. Para hablar de la representación inconsciente de los universos que se estudian, más que hablar de signos clásicos o arquetipos, habría que descifrar cada

4. Solange Alberro, "Testimonios", en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE, 1995 (Sección de Obras de Historia), p. 468.

uno de los casos que se estudian desde su propia singularidad para llegar al sentido de la globalidad. Se trata de entender o ligar el signo y su incertidumbre a la par de lo que aportan los documentos. La coexistencia de ambos sin que se pierda ni el mundo del imaginario ni el mundo de lo real. Es decir, ni las evidencias palpables ni los sueños intocables.

Por lo tanto, no podemos elegir entre la realidad empírica y la psíquica y tenemos que encontrar un mundo en el que la realidad psíquica y la empírica tengan un mismo hilo conductor. La historia individual no existe como tal, existe en tanto pertenece a una realidad histórica, si ésta no se olvida entonces estaremos cercanos a la propuesta que nos hace hoy la historia cultural donde somos conscientes que cualquier caso o hecho histórico tiene que confrontarse directamente con la teoría si no estaríamos ante el acabóse del hecho histórico. Es decir, el hecho histórico tiene su valor al confrontarse a la teoría, entendiendo que las teorías no mueren de un ataque frontal, sólo mueren quienes creen en ella.

Se trata entones, finalmente, de entender que la construcción de la historia de las mentalidades, la historia de la vida cotidiana y la historia cultural viven en mundos de tensiones como son lo público y lo privado, la generalidad y la singularidad y la identidad.

Se tratará de evitar lo que Derrida dice cuando señala que la letra o la historia se puede perder, roer en los archivos. Evidentemente, esto se revitaliza en la duda hiperbólica, en la singularidad apetitosa que construye la historia.

Como muchos historiadores, desde los inicios de mis estudios de licenciatura había ya hecho mis lecturas de libros de historia. En verdad siempre me dejaron insatisfecho porque no podía "imaginarme" a la gente que mencionaban. Además sólo se dedicaban a los "grandes" hombres: reyes, emperadores, generales, papas, cardenales, obispos, y a las guerras, los pactos, la construcción de los imperios. Nada se sabía de la gente, del vulgo, de cómo vivían, que pensaban, que sentían. Me llamó la atención que recién pude imaginar la personalidad de Napoleón desde una escena de *La guerra y la paz*, cuando el príncipe Pedro, luego de una gran batalla, herido gravemente, lo ve pasar recorriendo, como ave de rapiña, el campo luego de la batalla, mirando a los agonizantes y los muertos. El príncipe Pedro, que admiraba intensamente a Napoleón, cuando lo ve en esa actitud, recortado contra el cielo azul, donde las nubes se desplazan impulsadas por el

viento, se da cuenta cuán pequeño era. De igual manera comprendí lo que era el zarismo por el cochecito que cae por las escaleras en "El Acorazado Potemkin", o por el caballo que se precipita desde lo alto de un puente en "Octubre". Y más acá, entre nosotros, supe más de las políticas y guerras decimonónicas en el Mĕxico independentista leyendo la literatura de Fernando del Paso, o el genocidio de los indígenas en el *Bernabé, Bernabé* de Tomás de Matos.

Luego descubrí otra historia cuando leía la novela del historiador costarricense Jacobo Schifter *Pagos de Polaco*,[5] y sentí la necesidad de conocer su infancia. Algo similar me sucede cuando trabajo sobre el humor y los rumores, donde el conocimiento de los documentos sobre la revolución mexicana es fundamental para comprender el procedimiento del terror político, pero ello no determina la totalidad de la interpretación histórica.

Duby, Ariès, Delumeau, Le Goff, y los precursores en esta área Marc Bloch (fusilado por los nazis en 1944 junto a su esposa) y Lucien Febvre, que desde esa fecha han sido lecturas asiduas. Y más cerca ya, Carlo Guinzburg, Peter Brown, Thomas Laqeuer, John Boswell, son teóricos que han aportado importantes posibilidades para derribar el positivismo, el dominio del objeto sobre el sujeto de tal suerte que los historiadores de las mentalidades trataron de realizar en su campo lo que Freud había hecho desde el comienzo de su carrera: la atención por lo nimio, lo desestimado, lo no valorado, lo considerado sin importancia. Así la psiquiatría se había despreocupado de los sueños, los "lapsus", los actos fallidos, considerándolos formas menores de la actividad mental que, al no clasificarse como patológicas, es decir plausibles de ser ubicadas como anormales o normales, eran despreciables. Así tambiĕn los historiadores habían menospreciado lo que podía ser un acta notarial, una leyenda, un juicio, la vida diaria en un convento, un chiste, etc. El historiador de las mentalidades sostiene que la mentalidad de un individuo histórico, y aún la de un gran hombre, es lo que tiene de común

5. Véase Jacobo Schifter Sikora, *Pagos de Polaco*, San José, Costa Rica, Ilpes, 1999. Partiendo de una historia de amor en tiempos de conflicto y guerra que se mezcla con intrigas políticas cuyos alcances van más allá del ámbito geográfico donde se desarrolla la Costa Rica de los años treinta y cuarenta. En *Pagos de Polaco* Schifter incursiona por primera vez en el campo de la novela histórica (dado que sus trabajos anteriores son sobre la historia del judaísmo en Centroamérica), en la obra se mezclan la ficción con hechos y personajes reales teniendo como meta presentar los entretelones de la mentalidad de una época convulsa en la que la discriminación era moneda común, tanto como lo eran los esfuerzos de quienes la sufrían por librarse de ella.

con otros hombres de su tiempo. Todo esto fue rescatado por los historiadores. No hay documento superfluo, lo que pueden haber son lectores superficiales o prejuiciosos. Para Duby la historia es como un gran archipiélago y el historiador es el que lanza puentes entre una y otra isla tratando de establecer, conjeturalmente, conexiones. Ariès, en una afirmación que suscribiría un psicoanalista, dice que "al historiador le interesa solamente lo que el hombre dice sin saberlo."

Estas lecturas se vincularon con otras, para mí muy relacionadas, aunque provenientes de otras disciplinas, como la de Mijail Bajtin, con su monumental obra sobre *La cultura popular en la edad media y el renacimiento*, y los trabajos de Paul Veyne. Y en este somerísimo recorrido no puedo dejar de mencionar a Michel de Certau, muerto tempranamente, ex sacerdote, filósofo, historiador y psicoanalista, que creo ha dado las mejores reflexiones sobre el psicoanálisis y la historia que desde otro campo nos marcaban Nietzsche, Heidegger, Gadamer, Vattimo, Foucault y Derrida. Estos, y para utilizar la expresión de Vattimo, preconizan el fin de la historia, no a la manera simple de un Fukuyama, en un cumplimiento del ideal hegeliano, sino como fin de los grandes metarrelatos que hacían que la historia fuera una y única, la de los vencedores y los conquistadores, y acallaran la de los explotados y conquistados. El fin de la historia, en este sentido, es lo que da la palabra a otras formas de sentir y concebir el mundo y la existencia, es una manera de decir el reconocimiento y respeto por la diferencia y la alteridad. Aceptar esto es polemizar las verdades monolíticas y plantear la necesidad de una ontología débil, que está en las antípodas de lo que ha sido la característica del pensamiento en occidente.

Creo que todos estos pensadores, más allá de sus diferencias, comparten una misma mentalidad.

¿QUÉ VALOR TIENE EL RELATO CÓMO DOCUMENTO?

Desde luego no tiene el estatuto de "seriedad científica" que exige una objetividad tan ambicionada como imposible en las ciencias humanas. Nuestro documento, tanto para psicoanalistas como para historiadores, es un relato y no otra cosa. Lo que les dice un analista, o la historia de la muerte de Guillermo el Mariscal, o las memorias individuales, son relatos; es decir,

interpretaciones que hace un analista, un protagonista o un testigo de algo. Y esa interpretación, tanto para el historiador como para el psicoanalista, dice siempre alguna verdad, aún cuando su intención sea mentir. Y eso lo enseñó tempranamente Freud, aunque la verdad nunca se puede decir toda, como afirma Lacan. Ni aún un estudio estadístico en el campo de la historia deja de ser relato, o deja de estar entramado con un relato, ni deja de ser relanzado como relato dentro de una infinita e inagotable trama discursiva.

Quiero transcribir un fragmento de una disertación que hiciera Duby a los psicoanalistas. En él dice:

> Yo parto de cierto número de huellas que, felizmente para mí, en la época que estudio son poco numerosas, discontinuas. Estas huellas son extraordinariamente diversas y, en la concepción que tengo de la historia, tendería a interrogarlas a todas, aunque parecieran inocentes a primera vista: un documento de archivo, un contrato de casamiento, un testamento, están completamente ofuscados por la tradición de un vocabulario, de un vocabulario denso, poco maleable, e igualmente por el peso de una ideología que las construye. Tenemos testimonios que son más o menos personales y aquello a lo que llegamos finalmente es a la idea que tal o cual individuo, desaparecido hace ya mucho tiempo, se hacía del mundo, se hacía de 'su mundo'. No alcanzamos jamás la realidad. Alcanzamos a una realidad cotidiana cuando encontramos las huellas de una casa, o los restos de una vasija que sirvió a los paisanos del siglo XI, pero es un caso extremo, y la mayor parte del tiempo no alcanzamos más que un reflejo, el de la realidad en la conciencia de un individuo desaparecido. Creo que la historia es una ciencia de relaciones. Es necesario poner primero en relación esas informaciones, pero también completarla, y aquí interviene necesariamente la imaginación del historiador, es decir, su propia subjetividad. Ella intervino primero, previa a toda encuesta, en la elaboración de una problemática, en la confección de un cuestionario, y es allí que se establece una relación que, pienso, les puede interesar profundamente a ustedes los psicoanalistas, entre el objeto y el sujeto, entre el objeto que es ese tejido agujereado, en jirones, constituyendo la trama, y el sujeto que está animado por sus propias pasiones, por su propio deseo, que es prisionero inconsciente de las ideologías que gobiernan nuestro tiempo y que, aunque se esfuerce seguramente en liberarse de ellas, no lo logra jamás completamente.

En suma, diremos que no hay hechos, hay interpretaciones. Lo importante es asumir el carácter ficcional, es decir, el sentido del texto que declara su relación con el lugar singular de su producción. Lo que Freud, para nuestra práctica, describe como transferencia y contratransferencia, o mejor dicho, transferencia recíproca.

Por eso el mismo Freud hablaba de historias de enfermos y, para ello, utilizaba el término *historie* que, a diferencia de *geschichte*, que es historia en el sentido de la ciencia histórica, quiere decir relato, narración, leyenda, cuento. Por eso el mismo Freud utilizó con la misma soltura y el mismo rigor un relato de un paciente, como un texto autobiográfico (el presidente Schreber o la neurosis demoníaca), o una novela, *La Gradiva.*

Estamos habituados a hablar con total ligereza del tiempo, como si fuera un elemento que se nos da inmediatamente en la realidad. La sucesión como cronología encubre grandes complejidades que desconocen no sólo otras maneras de concebir la temporalidad por otros pueblos, lo que invalida la concepción del tiempo como una categoría *a priori*, sino también que el presente está marcado por el pasado y el futuro. Es decir, que desde el presente vamos hacia el pasado movidos por el deseo, que se proyecta hacia el futuro, como ilusión de un tiempo donde el deseo se realizaría.

En el psicoanálisis, lo infantil, que no es lo mismo que la infancia, es la presentificación, disfrazada de las huellas de la infancia interpretadas y reinterpretadas a lo largo de la vida, movido por el deseo. Es decir es realidad efectiva. El tiempo es pensable solamente en relación con el *a posteriori.*

Marc Bloch, siguiendo a su maestro Pirenne, decía que el historiador sólo puede serlo si ama el presente. Es para comprender el presente que se dirige al pasado para proyectarse al futuro, aunque ahora sin la soberbia predictiva que caracterizó al pensamiento del siglo XIX y a gran parte del siglo XX. Pero el pasado, para el historiador, tiene un estatuto más contundente que para el psicoanalista. No es el mismo pasado el de la historia y el psicoanálisis.

Si de tareas imposibles se trata, junto a las otras que Freud mencionaba, habría que agregar el relato del terror. ¿Cómo decir lo indecible? ¿Cómo trasmitir esa vivencia terrible de la condición humana? ¿Cómo hacer eso tan imposible cómo ineludible?

Auschwitz es el paradigma del horror, es el ejemplo que una y otra vez se menciona, pero no es el único, y como la comparación en la esfera de los excesos, es imposible, no podemos hablar de más o menos horror. ¿Cómo tolerar la visión de los niños descarnados en el Zaire, prendidos al pecho agotado de una madre que apenas los puede sostener? ¿Cómo comprender la lucha fratricida de los que ayer convivían familiarmente en la ex Yugoslavia, o la lucha entre los albaneses con esa cadena de inmigrantes que

huyen desesperados? ¿Cómo relatar y pensar la tortura y las desapariciones, tan cercanas a nosotros? ¿Cómo luchar contra la legitimación hipócrita, bajo el argumento de la ciencia, de la que se llamó la "guerra sucia"? Todas éstas siguen siendo tareas ineludibles de la sociedad en donde la palabra de los psicoanalistas y los historiadores no será vana. Por eso este tema no podía estar ausente en este ciclo de conferencias organizado por El Colegio de Michoacán.

Siguiendo a Michel de Certeau, diremos que son varias las acciones de Freud y de Lacan que invalidan en historiografía la ruptura entre psicología individual y colectiva. Considera lo "patológico" como una región donde los funcionamientos estructurales de la experiencia humana se exacerban y se revelan. Desde este punto de vista la distinción entre normalidad y anormalidad es sólo fenomenal no tiene pertinencia científica. Percibe en la historicidad su relación con las crisis que la organizan o la desplazan. Modifica el género historiográfico al introducir la necesidad, para el analista, de marcar su lugar. Es decir, de tener en cuenta la transferencia recíproca en el campo de su práctica. Utihzar el psicoanálisis en la historia es tarea fundamental y en ello existe un doble sentido. No es posible interpretar historias y relatos de otras épocas fuera de su contexto. El psicoanálisis no es la clave última, universal, ni autosuficiente. Por ejemplo: Vernat ha criticado ciertas interpretaciones freudianas de lo edípico, desconociendo el sentido que tenía para los griegos de la Grecia arcaica la tragedia en general y el mito edípico en particular. Josephine Rose ha mostrado que ciertas expresiones de Leonardo sobre la sexualidad eran fruto de la concepción de la época y la manera habitual de expresarse y no una expresión de la homosexualidad de Leonardo, más allá de que éste lo fuera o no. Por otra parte, es deber de nuestra disciplina realizar la crítica de sus conceptos y sus teorías a partir de la capacidad de analizarlos como productos históricos, vale decir, las condiciones de su producción en un momento dado del desarrollo de una cultura.

Bibliografía

Alberro, Solange y Serge, Gruzinski, *Introducción a la historia de las mentalidades*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1979.

_______ Alicia Hernández Chávez y Elías Trabulse (coords.), *La revolución francesa en México,* México, El Colegio de México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1992.

_______ *Del gachupín al criollo o de cómo los españoles de México dejaron de serlo*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1992.

_______ *Inquisición y sociedad en México, 1571-1700,* México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

_______ *Inquisition et societé au Mexique, 1571-1700*, México, Centre d' Etudes Mexicaines et Centramericaines, 1988.

_______ *La actividad del Santo Oficio de la inquisición en Nueva España: 1571-1700,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1981.

Ariès, Philippe, "L' histoire des mentalites", en *La nouvelle histoire*, Jacques Le Goff (ed.), Paris, 1978.

_______ *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987.

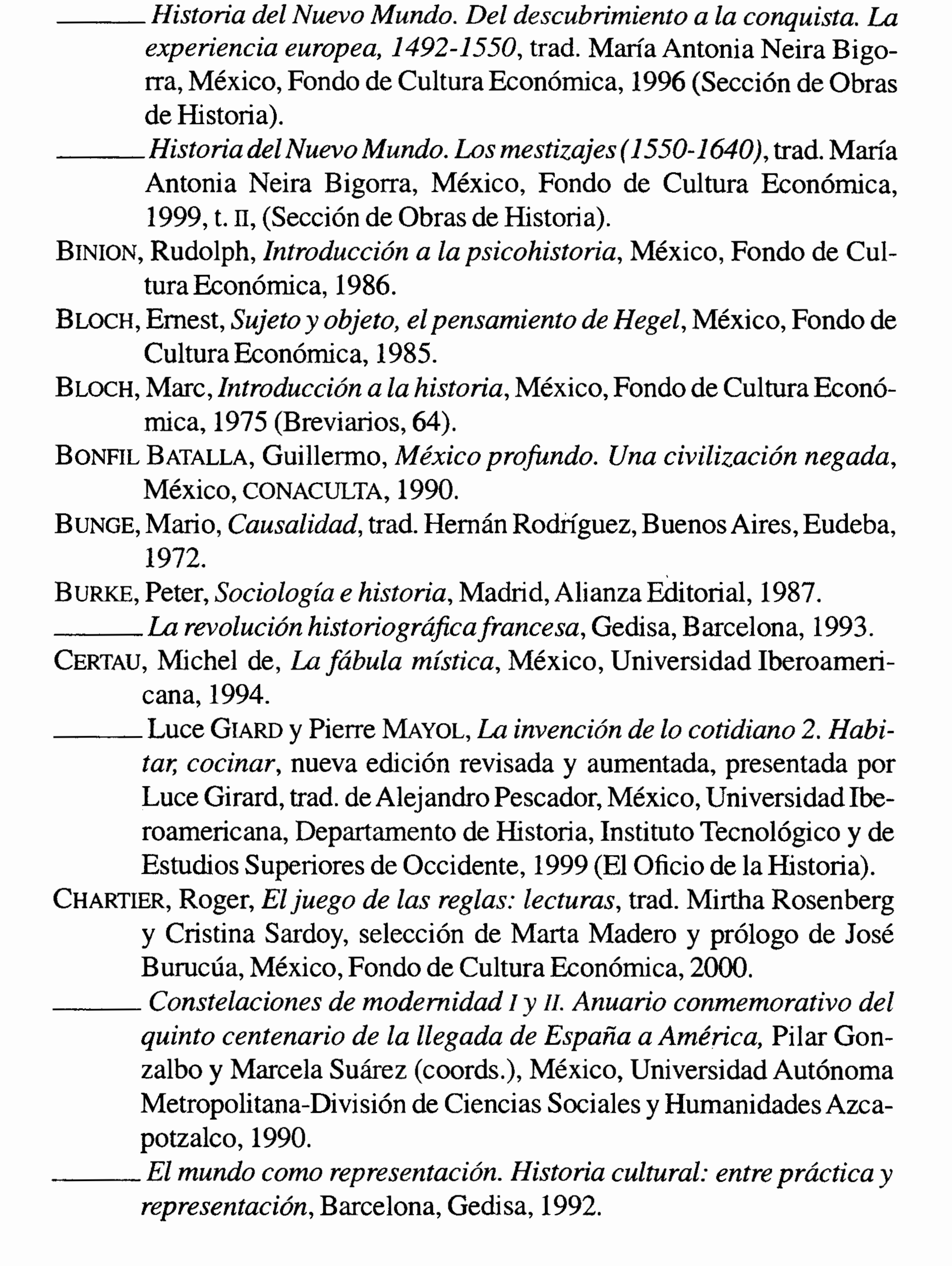
Barros, Carlos de, *et al*., (eds.), *Historia a debate. América Latina*, Santiago de Compostela, España, 1996.

Berenzon Gorn, Boris, "El santo al cielo en la en historia de las mentalidades", en *Vetas... Cultura y conocimiento social,* El Colegio de San Luis, septiembre-diciembre, 1999, año 1, núm. 3, pp. 29-45.

_______ *Historia es inconsciente (La historia cultural: Peter Gay y Robert Darnton),* prefacio de Lourdes Arizpe y prólogo de Álvaro Matute. México, El Colegio de San Luis, 1999 (Investigaciones).

Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 1985.

Bernard, Carmen y Serge Gruzinski, *De la idolatría. Una arqueología de las ciencias religiosas*, trad. Diana Sánchez, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, (Sección de Obras de Historia).



———— *Historia del Nuevo Mundo. Del descubrimiento a la conquista. La experiencia europea, 1492-1550*, trad. María Antonia Neira Bigorra, México, Fondo de Cultura Económica, 1996 (Sección de Obras de Historia).

———— *Historia del Nuevo Mundo. Los mestizajes (1550-1640)*, trad. María Antonia Neira Bigorra, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, t. II, (Sección de Obras de Historia).

BINION, Rudolph, *Introducción a la psicohistoria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

BLOCH, Ernest, *Sujeto y objeto, el pensamiento de Hegel*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975 (Breviarios, 64).

BONFIL BATALLA, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, CONACULTA, 1990.

BUNGE, Mario, *Causalidad*, trad. Hernán Rodríguez, Buenos Aires, Eudeba, 1972.

BURKE, Peter, *Sociología e historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

———— *La revolución historiográfica francesa*, Gedisa, Barcelona, 1993.

CERTAU, Michel de, *La fábula mística*, México, Universidad Iberoamericana, 1994.

———— Luce GIARD y Pierre MAYOL, *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*, nueva edición revisada y aumentada, presentada por Luce Girard, trad. de Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1999 (El Oficio de la Historia).

CHARTIER, Roger, *El juego de las reglas: lecturas*, trad. Mirtha Rosenberg y Cristina Sardoy, selección de Marta Madero y prólogo de José Burucúa, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

———— *Constelaciones de modernidad I y II. Anuario conmemorativo del quinto centenario de la llegada de España a América,* Pilar Gonzalbo y Marcela Suárez (coords.), México, Universidad Autónoma Metropolitana-División de Ciencias Sociales y Humanidades Azcapotzalco, 1990.

———— *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

CHBANI, Hafsa y Manuel PÉREZ-SÁNCHEZ, *Lo cotidiano y lo inconsciente. Lo que se observa se vuelve mente*, México, Paidós Ibérica, 1988 (Psicología profunda, 216).

CORCUERA DE MANCERA, Sonia, *Del amor al temor: borrachez, catequesis y control en la Nueva España (1555-1771)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

——— *El fraile, el indio y el pulque: evangelización y embriaguez en la Nueva España (1523-1548)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

——— *Entre gula y templanza*, México, UNAM, Colegio de Historia, 1981.

CORNAZ, Laurent, *La escritura o lo trágico de la transmisión. Esbozo para una histotia de la letra*, trad. Muriel Varnier, México, Psicoanalítica de la Letra, 1998 (École lacanienne de psychanalyse).

DARNTON, Robert, *The Kiss of Lamourette. Reflections in Cultural History*, New York, W. W. Norton, 1990.

ECO, Humberto, *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo,* trad. Ricardo Pochtar, 4a. ed., Barcelona, Lumen, 1999 (Palabra en el Tiempo, 142).

ESTRADA URROZ, Rosalina (coord.), *Tres acercamientos a la historia de las mentalidades*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1997 (Cuaderno de Posgrado en Historia, 1).

FLORESCANO, Enrique y Ricardo PÉREZ MONTFORT, *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995 (Sección de Obras de Historia).

FONTISI-DUCROUX, Françoise y Jean-Pierre VERNANT, *En el ojo del espejo*, trad. Horacio Pons, México, Fondo de Cultura Económica, 1999 (Sección de Obras de Historia).

GADAMER, Hans-Georg, *El giro hermenéutico*, trad. Arturo Parada, México, Catedra, 1995 (Teorema, Serie Mayor).

——— *Mito y razón*, prólogo de Joan-Carles Mèlich, Barcelona, Paidós Ibérica, 1997 (Paidós Studio, 126).

GINZBURG, Carlo, "Señales, raíces de un paradigma indiciario", en *La crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y la actualidad humana*, México, Siglo XXI, 1983.

——— *El queso y los gusanos*, México Siglo XXI, 1985.

GONZALBO AIZPURU, Pilar, *El humanismo y la educación en la Nueva España*, México, SEP/El Caballito, 1985.

_______ *Familia y orden colonial,* México, El Colegio de México, 1998.

_______ *Historia de la educación en la época colonial: la educación de los criollos y la vida urbana*, México, El Colegio de México, 1990.

_______ *La educación popular de los jesuitas*, México, Universidad Iberoamericana, 1989.

_______ *Las mujeres en la Nueva España: educación y vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 1987.

GRUZINSKI, Serge, *El poder sin límites (cuatro respuestas indígenas a la dominación española)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Instituto Francés de América Latina, 1988.

_______ *La colonisation de l´imaginaire: societés indegènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVI-XVIIIe siècles*, París, Gallimard, 1988.

_______ *La colonización de lo imaginario: sociedades indígenas y occidentalización en el México español, siglos XVI-XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

_______ *La guerra de las imágenes de Cristóbal Colón a "blade runner" (1492-2019)*, trad. Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

_______ *Les hommes-dieux du Mexique: pouvoir indien et societé colonial XVIe-XVIIIe siècles*, Paris, Archives Contemporaines, 1985.

_______ *Men-Gods in the Mexican Highlands: Indian Power and Colonial Society, 1520-1800*, California, Stanford University Press, 1989.

_______ *Painting the Conquest: the Mexican indians and the European Renaissance*, París, Flammarion/UNESCO, 1992.

_______ *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*, presentado por Hira de Gortari y Guillermo Zermeño, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/UNAM/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad Americana, 1996.

_______ "La memoria mutilada: construcción del pasado y mecanismos de la memoria en un grupo otomí de la mitad del siglo XIII", en *La memoria y el olvido: Segundo simposio de historia de las mentalidades*, México, INAH, 1985 (Colección Científica).

LE GAUFEY, Guy, *Anatomía de la Tercera Persona*, trad. Silvia Pasternac, México, Psicoanalítica de la Letra, 1998.

LIZCANO, Emmanuel, *Imaginario colectivo y creación matemática. La construcción social del número, el espacio y lo imposible en China y en Grecia*, prólogo de Antonio Escohotado, Barcelona, Gedisa/ Universidad Autónoma de Madrid, 1993 (Ciencias Sociales, Sociología-Antropología).

MEDINA, José Toribio, *Historia del Tribunal del Santo Oficio en México*, prólogo de Solange Alberro, México, CONACULTA, 1991 (Cien textos fundamentales para el mejor conocimiento de la historia en México).

NATHAN BRAVO, Elia, *Territorios del mal. Un estudio sobre la persecución europea de brujas*, México, UNAM, 1997 (Publicaciones Medievalia, 16).

O'GORMAN, Edmundo, *et al.*, *Cultura, ideas y mentalidades*, introducción y selección de Solange Alberro, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1992.

ORTEGA NORIEGA, Sergio, *De la santidad a la perversión, o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, México, Grijalbo, 1986.

_______ *El edén subvertido. La colonización de Topolobampo, 1886-1896*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1978.

_______ *Historiografía del noroeste novohispano en las memorias de los simposios de historia y antropología de Sonora*, México, UNAM, 1996.

_______ y Eduardo LÓPEZ MAÑÓN (coords.), *Sinaloa: una historia compartida*, México, Gobierno del Estado de Sinaloa/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1987.

RAMOS MEDINA, Manuel (comp.), *Hazme un cazón: Los historiadores y sus recetas de cocina*, prólogo de Sonia Corcuera de Mancera, México, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 1997.

Seminario de Historia de la Mentalidades, *El placer de pecar y el afán de normar*, México, Joaquín Mortíz-INAH, 1988.

Seminario de Historia de las Mentalidades, *Comunidades domésticas en la sociedad novohispana: formas de transmisión cultural. Memoria del IV Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994 (Serie Historia).

Seminario de Historia de las Mentalidades, *Del dicho al hecho... Transgresiones y pautas culturales en la Nueva España,* Antonio Guzmán Vázquez y Lourdes Martínez (eds.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989 (Serie Historia).

Seminario de Historia de las Mentalidades, *Familia y sexualidad en Nueva España*, México, Sep80, Fondo de Cultura Económica, 1982.

METODOLOGÍA DE LA NUEVA HISTORIA POLÍTICA

María Fernanda G. de los Arcos
Área de Historia, UAM-Iztapalapa

Una de las ramas de la historia que más se han desarrollado en los últimos tiempos es la llamada nueva historia política. En la década de los años setenta del siglo XX, dentro del campo de unos estudios históricos que habían experimentado la tan conocida renovación propia del siglo, se configuró lo que se ha querido llamar un regreso, retorno o vuelta del interés por el estudio de la política y lo político, con lo cual se habla hoy día de esa nueva o renovada historia sectorial en la que, entre otros asuntos, se propugna el análisis de la organización de la convivencia grupal, de las relaciones entre mayorías y minorías y la comprensión de las estructuras de poder en las determinadas sociedades y en las múltiples facetas que presenta su existencia a lo largo de la historia. Eso significa explicar igualmente la acción de las colectividades sobre los regímenes políticos, sobre las instituciones de administración y gobierno, con atención no solamente en los personajes descollantes y las elites, sino también con el conjunto de las clases y grupos sociales, así como respecto a las mentalidades, los valores y muy especialmente a los caracteres globales de la sociedad que se estudia. Junto a la biografía individual preconiza el recurso a la biografía colectiva; junto al acontecimiento singular, el estudio de la práctica cotidiana, de la "vida política" a largo plazo y la imbricación de los diferentes tiempos históricos en los procesos. Desde el artículo de Jacques Julliard aparecido en 1974 –que tantas veces ha sido citado– no son pocos los que se han referido al pretendido "abandono" de la política y de lo político por parte de los investigadores de la llamada Escuela de los Annales (planteamiento con el que no se puede estar completamente de acuerdo sin oponer la necesidad de una mayor dosis de reflexión y de una expresión más matizada) por lo que se podría hacer la invitación a hablar de una nueva o de una renovada historia política. Prochasson, por ejemplo,

señala que los complejos que la historia política tuvo en cierta época se debieron a la identificación abusiva de esta rama con la historia fáctica, a lo cual René Rémond ha respondido ampliamente.[1]

Algo que no facilita precisamente la discusión teórica entre historiadores es el hecho de que ciertos términos nos aparecen confusos no tanto porque en sí lo sean, ni solamente porque presenten dificultades de formulación a la hora de trasladar fenómenos de la realidad social al plano de la abstracción, ni siquiera tampoco por la reconocida preferencia que el historiador suele mostrar por el trabajo empírico, sino por la razón de que su uso colectivo no es homogéneo; ya que a veces se emplean los mismos vocablos para designar realidades diferentes, como sucede con los términos de historia social, hecho histórico, acontecimiento, suceso e incluso con la misma palabra escuela y desde luego en lo que aquí interesa específicamente con política y político. Es más que obvio, elemental, que del contenido del término se deriva la realidad que designa. Actualmente se prefiere en general, aunque no en exclusiva ni con carácter de unanimidad, un concepto amplio de política, como el que propone Burdeau, el sentido algo impreciso y flexible de "vida política" y el igualmente extenso de "lo político". Es preciso reconocer la dificultad de luchar contra ideas que pueden ser erróneas o inadecuadas pero que no por ello están menos presentes y, en particular, contra el vocabulario de los grandes medios de comunicación que llega a impregnar en mayor o menor medida la expresión académica. De ahí la contraposición entre "la política" y "lo político" que frecuentemente se utiliza en la actualidad.[2]

Característica de las últimas décadas ha sido una considerable proliferación de investigaciones que se inscriben dentro de estas tendencias, por lo que es imposible, dado lo limitado del espacio, hablar de la variedad de métodos que son utilizados por los diferentes autores. Me voy a contentar

1. El artículo "La política" de J. Julliard apareció en español en la obra colectiva coordinada por J. Le Goff y P. Nora, *Hacer la historia*, Laia, Barcelona, 1979, vol. II, pp. 237-257; Ch. Prochasson, "Vingt ans d'histoire politique en France", en C. de Barros (ed.), *Historia a debate. Los autores e historia a debate*, Santiago de Compostela, 1995, pp. 209-215; R. Rémond, *Pour une histoire politique*, París, Seuil, 1988, pp. 11-31.
2. G. Burdeau, *Tratado de ciencia política*, México, UNAM, 1975, p. 181; R. Rémond, "Du politique", en *Pour une histoire politique*, *op. cit.*, pp. 379-387; J. F. Sirinelli, "El retorno de lo político", en *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, núm. 9, 1993, Bilbao, pp. 25-35.

con hacer algunos planteamientos en torno del problema de la adopción de determinados enfoques básicos para abordar la comprensión y la explicación dentro de las exigencias actuales de la historia de lo político.

En efecto, creo que un buen tema para el debate y del que se pueden derivar otros muchos puntos de reflexión, es el contacto que pueda existir entre esta historia política nueva o renovada con el estudio de la caracterización global de las sociedades. Lo cual tendría la ventaja de alejar al investigador de una visión limitada de los alcances que el fenómeno político llega a experimentar: en ella se incluiría desde luego las estrechas ideas de cierta historiografía decimonónica –o de alguna más reciente que de la misma manera reduce el ámbito de la política a la acción de individualidades o de pequeños grupos de personas–, pero también de aquel concepto de superestructura artificialmente aislado; tal como fue presentado por algunas posiciones que se han tildado de marxismo vulgar, esquemático o demasiado inclinado hacia posiciones dogmáticas. ¿Es acaso factible o sensato proponer que lo político pueda eliminarse en los trabajos de análisis que aspiran a ser completos, en la elaboración de síntesis ambiciosas de pretendan establecer las interrelaciones entre facetas de la organización social que se refieran al ecosistema, la economía, la demografía, los valores grupales, la educación, la cultura tanto en su acepción restringida como en la amplia, las clases y demás divisiones sociales, los intelectuales, las cuestiones editoriales, etc.? Del mismo modo es igualmente aceptado que no pueden ser comprendidos de manera aislada asuntos que forman parte de los temas tratados por la historia política de cualquier época como son el derecho, las relaciones internacionales, las ideas, las biografías, los partidos, la guerra y la historia militar en general; así como temas de gran actualidad en el presente estado de las investigaciones como son los fenómenos electorales, las mentalidades y las representaciones, las mujeres, los marginados y algo muy trabajado desde diferentes puntos de vista como es la conflictividad social: rebeliones, motines, revoluciones, protestas y todo tipo de movimientos. Cualquiera de estos grandes campos temáticos al ser estudiado en profundidad remite forzosamente a la totalidad del fenómeno social en el que están inmersos y conducen a plantearse un problema que no es exclusivo de la historia política pero sí la afecta intensamente.

En cuanto a sus características básicas como campo de conocimiento, la historia se halla hoy en una diatriba, que tal vez suponga una

encrucijada, en torno de la cual se centran discusiones, polémicas y, obviamente, intentos de reconciliación. No cabe duda de que la coyuntura política tiene su parte de influencia, tal vez no tan determinante como algunos pregonan, pero sí digna de ser tenida en cuenta. Visto desde un ángulo positivo, se puede afirmar que el fondo del problema radica en la oposición que enfrenta a dos tendencias, las cuales presentan un renovado vigor debido al crecimiento de los estudios históricos, al menos en ciertas partes del mundo. Las dos tendencias son, por una parte, la superespecialización, que para algunos podría llevar a un desarrollo tan excesivo que provocaría la desaparición de la historia como disciplina y su diversificación en un número de historias sectoriales que dejarían de serlo para convertirse en otras tantas ciencias sociales en sí mismas: demografía histórica, etnohistoria, historia económica, historia cultural, etc. La otra tendencia viene representada por el deseo de continuar la búsqueda de la comprensión global de los fenómenos relativos al pasado de las colectividades humanas, ante la verificación de que todas las actividades y acciones sociales están profundamente relacionadas entre sí, que sólo es posible separarlas de manera artificial y artificiosa para proceder a su análisis, pero con la clara idea de que las fronteras entre ellas son difusas e incluso inexistentes. Se ha comentado y citado mucho el libro de François Dossé *L'histoire en miettes,* en el cual dice: "sin embargo entre los nuevos historiadores, numerosos son aquellos que no han renunciado a la historia total, que no confían en el movimiento centrífugo actual y prosiguen más allá de las modas una búsqueda en el sentido de una mejor inteligibilidad de la globalidad histórica".[3]

Esta llamada historia total, integral o global[4] y las historias sectoriales ¿han de vivir enfrentadas o mutuamente ignoradas? Mal harían los defensores de la primera si no practicaran por sí mismos alguna historia sectorial y si no emplearan para sus indagaciones de conjunto los resultados de investigación que se dan en las distintas ramas. Para hacer historia total es

3. F. Dossé, *L' histoire en miettes. Des "Annales" à la "nouvelle histoire",* París, La Découverte, 1987, p. 183.
4. En un principio se empleó el calificativo de historia "total" para significar algo distinto de la historia sectorial. El término usado por los especialistas fue tal vez considerado presuntuoso o inadecuado y empezó a ser sustituido por "global". Pero de un tiempo a esta parte se abusa hasta lo indecible de palabras como global, globalidad, globalizante, etc., en los medios de comunicación y en el lenguaje de los políticos, lo cual puede conducir a confusiones. P. Burke señala que Tawney empleó la expresión "historia integral" en 1932; véase *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989,* Barcelona, Gedisa, 1996, p. 113.

preciso recurrir a una ingente cantidad de monografías en búsqueda de la información, dada la dificultad de realizar en solitario estudios tan prolijos. Pero a su vez, el interesado en cualquier historia sectorial poco comprendería de su mismo campo si no tuviese en cuenta lo que se avanza en los particulares espacios de interés de aquellas que él no practica. Lo cual quiere decir que en historia como en muchas otras ciencias, humanas o no, se trabaja directa o indirectamente en equipo.

Cuestión estrechamente ligada con ésta es la comprobación de que en el interior de la historia ha surgido una variedad de ciencias sociales; algunas se han formado de la combinación de otras ya existentes, como es el caso, por ejemplo, de la etnohistoria o como tal vez se perfila con la historia de la cultura, según las tendencias de los últimos años. Es resultado de la obvia verificación de lo difuso y omnipresente de ciertos fenómenos que aparecen con gran precisión en algunos espacios, momentos, ocasiones y casos, que se muestran con más o menos claridad e intensidad en otros, pero que traspasan los límites de la parcela de la realidad que les es propia y permean casi todas las demás. Inmanuel Wallerstein en una obra aparecida en 1991 ha hecho un planteamiento del cual se desprende que la vieja división entre historia política, historia económica e historia cultural resulta cada vez más inapropiada:

> Además debemos abolir la sagrada tríada del siglo XIX de política, economía y cultura como los tres ámbitos supuestamente autónomos de la actividad humana, con una lógica y un proceso independientes. Debemos inventar un nuevo lenguaje que nos permitirá hablar del movimiento eterno, instantáneo, continuo de todos los procesos sociales, en y entre estos tres ámbitos supuestamente distintivos.
>
> Por último debemos entonces estar dispuestos a aceptar las implicaciones organizativas de este tipo de conceptualización, reorganizando las estructuras departamentales de nuestras universidades y las estructuras organizativas de nuestros académicos.[5]

Gil Pujol igualmente señala la situación que presenta en la actualidad una tendencia que se ha afirmado con el paso del tiempo, de manera paralela y consecuente con la adopción de "enfoques más amplios", hasta el

5. La edición española es algo más tardía: I. Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1998, p. 246.

punto de que "hoy en día tiene poco sentido hablar con carácter excluyente de historia política, historia social o historia cultural. Los límites entre estas diversas parcelas son hoy más borrosos que nunca, y así se ha constatado también desde otras parcelas de la práctica historiográfica".[6]

No creo que esté en la mente de nadie la idea de demoler sin más, sino de proceder al continuo cuestionamiento de nuestros propios cimientos, someterlos a la valoración ponderada que es la crítica para analizar su estado, saber si aún son capaces de mantener en pie y en funciones el edificio, separar las rémoras y las rutinas útiles que ayudan a trabajar de aquellas que no son más que inercias paralizantes, reflexionar sobre lo que queremos hacer y aún no se ha logrado. Creo que la frase que Jean-Pierre Rioux aplica al investigador de la historia de la cultura podría ser válida para los que trabajan otros campos: "El historiador de los hechos culturales sigue siendo simplemente un historiador en el pleno sentido del término, bien ligado a los pleonasmos heredados = toda historia es por definición social y sueña con ser total".[7] Es ésta una versión reciente de la tan conocida posición de Marc Bloch.[8] Es decir, no se ha dejado de considerar a las historias sectoriales como formas necesarias de fragmentar el objeto de estudio, pero finalmente como un procedimiento que conduce a una historia escindida y que recuerda la necesidad de buscar la comprensión completa del fenómeno social en la diacronía.

Quisiera emplear una expresión que tomo de Luis González: "ensanchamiento del mundo histórico",[9] para plantear una vez más si la explicación en historia se puede dar en modo satisfactorio sin referencia a la globalidad. De ahí las relaciones de la historia política por una parte con una historia globalizante y por otra con el uso de la historia política como vehículo de comprensión de la totalidad. Balmand parece estar de acuerdo con la concepción de la nueva o renovada historia política como una historia total puesto que reúne en su propio ámbito de indagación y de estudio todas las facetas de la realidad colectiva. Este mismo autor considera que la historia política de los últimos tiempos ha profundizado, renovado

6. X. Gil Pujol, "La historia política de la edad moderna europea hoy: progresos y minimalismo", en *Historia a debate*, *op. cit.*, p. 196.
7. J. P. Rioux y J. F. Sirinelli (coords.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, p. 9.
8. M. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou le métier d'historien*, París, Armand Colin, 1949, p. 96.
9. L. González, *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1999, p. 48.

y ampliado sus problemáticas, sus objetos y sus métodos, ha multiplicado los campos de investigación en un constante movimiento entre la política (en un sentido clásico del término, el poder y la vida política) y lo político en el sentido globalizador (los diversos aspectos de la cultura política y de las decisiones políticas que pesan sobre los individuos y los grupos). "Desde este punto de vista la historia puede orientarse en primer lugar hacia el análisis de los *fundamentos teóricos* y de los *cuadros institucionales del poder*".[10]

Se resalta la idea de una historia total o una historia globalizante que trate de comprender cada faceta en su contexto y a través de todas ellas acercarse al conjunto de la realidad social. René Rémond señala que:

> Alrededor de un núcleo estable y restringido que corresponde groseramente a las funciones regalistas del Estado tradicional, el campo de la historia política irradia en todas las direcciones y destaca como una multiciplicidad de digitaciones. Nada sería más contrario a la inteligencia de lo político y de su naturaleza que representarlo como algo aislado: no tiene márgenes y comunica con la mayor parte de los otros campos.[11]

No duda en afirmar que "la historia política pide inscribirse en una perspectiva global en la cual lo político es un punto de condensación"[12] para explicar más adelante que:

> Porque lo político es el lugar de gestión de la sociedad global, ordena a las otras actividades; define su estatuto, reglamenta su ejercicio. La ley autoriza o prohibe, alienta u obstaculiza. Los créditos públicos suscitan, asisten, favorecen. La decisión política puede crear situaciones enteramente nuevas que abren un campo a toda suerte de actividades.[13]

Prochasson también señala que la historia política se muestra muy ambiciosa y llega a reivindicar "una cierta hegemonía que antaño ella misma reprochaba a la historia económica y social".[14]

10. P. Balmand, "Le renouveau de l'histoire politique" en G. Bourdé y H. Martin, *Les écoles historiques*, París, Seuil, 1989, p. 374.
11. R. Rémond, *op. cit.*, p. 382.
12. *Ibid.*
13. *Ibid.*, p. 384.
14. Ch. Prochasson, *op. cit.*, p. 211.

No se trata de llegar a otro determinismo, tal como se ha achacado al excesivo peso prestado a la economía por algunos marxistas, lo cual ha dado pretexto a veces para tildar a toda metodología marxista de esquemática o dogmática; cosa bastante injusta pues si bien no faltaron, sino que sobraron "catecismos", posiciones doctrinarias, anticientíficas, también se tiene una buena cantidad de ejemplos más que elocuentes de lo contrario. Recuérdese por ejemplo la aportación de Witold Kula a la construcción de un modo de producción en una sociedad feudal y la importancia por él concedida a la "historia integral".[15] El estudio de la política puede, al igual que otras ramas de la actividad grupal ser el hilo de Ariadna que permita descubrir la lógica del laberinto de la realidad sin caer en la pretensión de ser la panacea del saber absoluto, la solución de todos los problemas de análisis, comprensión y explicación ni tampoco ostentar la hegemonía entre las demás historias sectoriales. René Rémond señala que:

> El historiador de lo político no reivindica para el objeto preferente de su atención esta hegemonía: no pretende que todo sea político, ni tendrá la imprudencia de sostener que lo político tiene siempre la primera y la última palabra, pero constata que lo político es el punto en el que confluye la mayor parte de las actividades y recapitula a los otros componentes del conjunto social.[16]

Pero hay quien considera claramente que "la historia política viene hoy a colmar una vacío que otrora fue ocupado por la historia económica y social pretendiendo a su vez –¡justo vuelco de las cosas!– no ser ni más ni menos que una historia total".[17]

Rémond reacciona contra el presunto carácter superficial de la historia política y considera que tal cosa tendría fundamento si la investigación se viera constreñida por un concepto limitado de lo político, lo cual provocaría su aislamiento de otras dimensiones de la vida colectiva así como de otros aspectos de la existencia individual. Pero, en una concepción amplia, lo político se relaciona a través de mil ataduras, por todo tipo de lazos, con todas las facetas de la vida colectiva. Lo político, señala Rémond, no consti-

15. W. Kula, *Théorie économique d'un système féodal*, París, Mouton, 1970; *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Península, 1977, pp. 78-80.
16. R. Rémond, *op. cit.*, p. 385.
17. Ch. Prochasson, *op. cit.*, p. 215.

tuye un sector separado sino que es una modalidad de la práctica social. Sin privilegiar un tipo de relación ya que no hay, por ejemplo, razón científica para establecer una relación más estrecha entre lo político y lo económico que con la ideología, lo cultural o cualquier otro término de relación. Señala respecto al libro *Pour une histoire politique* que el índice temático de los capítulos que componen la obra pone de relieve que no hay actualmente "ninguna realidad de nuestras sociedades que la historia política no haya comenzado a explorar, desde las clases sociales hasta las creencias religiosas pasando por los grandes medios de comunicación o las relaciones internacionales".[18] Una frase que ha sido recogida por varios exegetas de la corriente en distintas publicaciones subraya que la historia política en la actualidad se ha desarrollado ya hasta un punto en el que "ha descrito una revolución completa" por su inclinación a trabajar con elevadas cantidades de datos, ocuparse de la larga duración, captar los fenómenos más globales, buscar en las profundidades de la memoria colectiva o del inconsciente las raíces de las convicciones y los orígenes de los comportamientos.[19]

La renovación de la historia política ha sido, como señala Rémond, ampliamente estimulada por el contacto con otras ciencias sociales y los intercambios con otras disciplinas, ya que el objeto de la historia política es por su propia naturaleza interdisciplinario, lo cual hace que sea imposible practicar el aislamiento. La considera una ciencia encrucijada y por lo tanto la "pluridisciplinariedad es para ella como el aire necesario para la respiración",[20] algo no tan fácil de conseguir, como puede parecer a simple vista, debido a inercias y dificultades de comunicación que sin embargo no son insuperables:

> De hecho de esta colaboración entre prácticos de disciplinas diversas, la renovación de la historia política ha encontrado lógicamente un medio más propicio que las estructuras monodisciplinarias de las antiguas Facultades entre las cuales las ramas del saber estaban dispersas, al azar de la historia, en instituciones cuya razón de ser es aproximar a los especialistas de las diversas disciplinas, como la *Fondation Nationale de Sciences Politiques*. Retrocediendo en el tiempo, aparece

18. R. Rémond, *op. cit.*, p. 31.
19. *Ibid.*, pp. 31-32; P. Balmand, *op. cit.*, p. 373; M. C. Mina, "En torno a la nueva historia política francesa", en *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, núm. 9, 1993, Bilbao, pp. 59-91.
20. R. Rémond, *op. cit.*, p. 25.

claramente que esta institución cuya denominación subraya el carácter plural, ha jugado un papel determinante en la eclosión y después en la expansión de la nueva historia política, así como la sexta sección de la *École Pratique des Hautes Études*, antes de su constitución en EHESS, ha tenido por las mismas razones una parte decisiva en el desarrollo de la historia económica y social en Francia. Los dos ejemplos ilustran el papel de las instituciones pioneras en el seno de las cuales se encuentran y fraternizan los especialistas de orígenes diversos que intercambian ideas y experiencias. La diferencia entre las dos instituciones es que la *Fondation Nationale de Sciencies Politiques* no siendo directamente un establecimiento de enseñanza ha podido consagrarse principalmente a actividades de investigación y que, no estando en situación de competencia con las universidades, ha podido mantener relaciones de complementariedad amistosa con los departamentos de historia de la universidades y proponer un terreno de encuentro en el que pluridisciplinariedad ha podido desplegarse sin límites ni estorbos.[21]

Sobre los préstamos que ha recibido la nueva historia política, especifica:

Al igual que la historia religiosa ha extraído gran beneficio de las aportaciones de la sociología religiosa, la historia política debe mucho a los intercambios con otras disciplinas: sociología, derecho público, sicología social, ver sicoanálisis, lingüística, matemáticas, informática, cartografía y olvido algunas. Los préstamos han sido de desigual importancia y de naturaleza muy diferente según las disciplinas. De unas la historia política ha tomado técnicas de investigación o de tratamiento, de otras conceptos, un vocabulario, una problemática, a veces una y otra cosa a las mismas disciplinas, ya que los métodos y las técnicas están ordinariamente ligados al tipo de interrogaciones formuladas y a una forma de acercamiento intelectual. Así la historia política es deudora con respecto a las matemáticas de los procedimientos estadísticos, que le han permitido progresar en la puesta en evidencia de las correlaciones: análisis multivariados, análisis factoriales han sacado a la luz relaciones de concomitancia entre diversas series de fenómenos. El razonamiento matemático ha tenido su parte en la elaboración de modelos. La lingüística ha orientado la investigación hacia el análisis del discurso, redoblado el interés tradicional que los historiadores tenían por la lectura de los textos que se creen expresan las intenciones, o por el contrario las traicionan y tratan de disimular los proyectos o los desacuerdos; también ha suministrado métodos de tratamiento y de interpretación. En cuanto a la sicología social

21. *Ibid.*, pp. 25-27.

> ha aportado el precioso material de los sondeos de opinión y la posibilidad de los acercamientos fecundos con las encuestas con todo tipo de temas que permiten inscribir los comportamientos específicamente políticos en la perspectiva más amplia de la práctica social.[22]

De otras ciencias humanas, señala Rémond, la historia política ha tomado nociones e interrogaciones. La ciencia política, que ha tenido también una importante renovación, la ha conducido a preguntarse por fenómenos tan importantes, anteriormente demasiado olvidados o soslayados, como la abstención, cosa que viene a enriquecer una de las líneas fundamentales de indagación de la nueva historia política que es la de los procesos electorales. Ha tomado también nociones como las de representación o consenso que son básicas en los estudios políticos que se aplican a fenómenos contemporáneos pero que trasladadas como interrogantes a pasados más remotos pueden contribuir a renovar los análisis con diferentes puntos de vista. Lo mismo sucedería con partidos o grupos de presión que sirven para establecer cotejaciones con fenómenos similares de otras épocas para encontrar "analogías instructivas" y particularidades que ponen de relieve las diversas modalidades que se dan en situaciones históricas diferentes.[23]

Se achacó a la vieja historia positivista la preferencia por el documento excepcional, generalmente solemne, el texto de un armisticio, etc. Frente a ello, una buena parte de la renovación historiográfica del siglo XX se basó en una ingente cantidad de documentos, de los cuales la rutina administrativa ha dejado series en extremo útiles al menos desde el siglo XVI. Con la nueva historia política no podía ser menos, y de manera más incisiva aún porque sus fuentes suelen ser en extremo abundantes. Rémond habla de una masa documental tratada estadísticamente con empleo de métodos cuantitativos ya que no solamente se conservan series numéricas de elecciones, sino también censos de población, partidos, ejércitos, lecturas, acciones de censura, participantes en movimientos de protesta o de revolución, migraciones, exilios, simpatizantes de tal o cual tendencia y mucho más. Sin pretender desde luego que la cuantificación sea la panacea de la explicación total, ya que actualmente sin menoscabo del acercamiento numérico

22. *Ibid.*, pp. 25-26.
23. *Ibid.*, p. 26.

se insiste en la importancia de lo cualitativo y se prefiere combinar ambos tipos de estudio como dos formas complementarias de comprensión.[24]

Como cualquier otra rama de la historia la que se ocupa de los fenómenos políticos tiene que proceder al análisis y al establecimiento de los hechos históricos después de una prolija investigación basada en fuentes de información oportunas, adecuadas, variadas, suficientes, criticadas y verificadas. El acercamiento crítico no solamente se referirá a las fuentes de información sino también al conjunto del proceso de avance del conocimiento sobre el caso que se estudia, es decir planteamientos, cauces de investigación, pautas de explicación y conclusiones parciales y generales. Todo ello ha de ser sometido a un control cuidadoso y a una revisión constante y desprejuiciada. Una ciencia se define por su objeto y por la crítica continua a sus propios planteamientos y resultados. Estos siempre se establecen en función de los métodos aplicados. La historia como ciencia social no escapa a esa necesidad de interrogación ininterrumpida sobre sus objetivos, interpretaciones y técnicas empleadas.

Tampoco en lo que se refiere a la elección del espacio de estudio se está a salvo de un problema que se presenta con frecuencia, ya que hay una posibilidad cercana de cometer extrapolaciones buscando en el pasado realidades político-territoriales que hoy existen pero que no eran tales en el periodo de interés. Las llamadas "historias nacionales" a veces han cometido abusos en ese sentido. Es interesante observar como la atención se presta a una diversidad que combina lo nacional con lo local, municipal, provincial, regional, así como a lo supranacional. La historia de ámbito llamado "mundial" o "universal" ha tenido, en ciertos aspectos, avances muy importantes con una cuestión que hoy atrae un renovado interés y es la "resurrección" del concepto geopolítica, así como las relaciones entre fenómenos propios de la política interna de las diversas entidades y aquellos que se enmarcan en cuestiones de política exterior. El mismo interés se da en la ciencia política por superar la vieja división, no demasiado racional ni operativa, de un esquema que no puede menos que antojarse rígido, ya que se han contrapuesto dos tendencias: una que trataría de llevar al análisis la

24. *Ibid.*, pp. 28-29.

posibilidad de encontrar en los problemas y las tensiones internas la clave de la explicación de las decisiones, actitudes, etc., que se toman respecto a las relaciones establecidas o por establecer con otras entidades geopolíticas. Mientras que la otra tendencia ha puesto el acento en la importancia de las presiones políticas exteriores dentro del ámbito gubernamental interno.[25]

Trasladada esta inquietud al campo de la historia, Pierre Milza invita a superar la barrera teórica y epistemológica, a elaborar métodos que permitan calibrar las relaciones entre uno y otro de los supuestos "compartimentos estancos". Examina "algunas cuestiones que se le plantean al historiador de lo político".[26] Una de ellas es la pregunta de si la política exterior es más o menos autónoma. ¿Existen realmente territorios cerrados que encerrarían a una y a otra?, ¿las soluciones y los planteamientos en política exterior no varían según el tipo de régimen?, ¿son categorías distintas como a veces se ha pretendido?, ¿ hasta dónde llegan las interacciones de lo que sucede entre uno y otro espacio?, ¿desaparecen clases y grupos sociales en los asuntos de política exterior? Esto se planteaba, si bien en distintos términos, con las organizaciones obreras ya en tiempos de la AIT y, con especial urgencia, cuando estalló la guerra Francoprusiana en 1870.[27]

Señala Milza que "un número de teóricos y prácticos de las relaciones internacionales tiende hoy día a rechazar esta dicotomía".[28] Sería desastroso mantenerla ya que puede causar una distorsión severa a la comprensión global de los fenómenos, aunque también sería grave amalgamar los dos ámbitos. Una primacía de lo interno sobre lo exterior hace que los historiadores de lo político tengan un campo que compartir con los especialistas en relaciones internacionales. La clave como en otros aspectos reside precisamente en la ampliación del horizonte de estudio. La aplicación de los métodos de la larga duración lleva a preguntarse "junto a factores propiamente *políticos* por aquellos que son propios de la demografía, las estructuras económicas y sociales, el pasado y la memoria histórica, los mecanismos de identidad, las ideologías y los valores dominantes, la conciencia de una

25. A. Panebianco, "La dimensión internacional de los procesos políticos", en G. Pasquino, *et al., Manual de ciencia política*, Madrid, Alianza Universidad Textos, 1992, pp. 413-480.
26. P. Milza, "Politique intérieure et politique étrangère", en *Pour une histoire politique*, *op. cit.*, p. 318.
27. *Ibid.*, pp. 315-344.
28. *Ibid.*, p. 320.

misión determinada y variable en la esfera mundial".[29] Habla también Milza del problema de los "modelos exteriores" que inspiran a los diferentes grupos de cada entidad: cuando esto sucede los modelos que se quieren imitar, seguir o rechazar pueden variar según los grupos y las circunstancias ya que finalmente "la relación entre política interna y política exterior es de una extrema complejidad"[30] y dependen entre otros factores de la naturaleza del Estado y de las relaciones de éste con la sociedad civil.[31]

¿Cómo explicar las aparentes contradicciones entre las acciones que se dan en política exterior y la ideología que se pretende defender?, *v. gr.*, el apoyo dado a la dictadura franquista por parte de las democracias occidentales, así como la posición de la Francia de la III República, concretamente del periódico llamado *Le Petit Journal*, que "propugnaba" la libertad de los pueblos y al mismo tiempo alentaba y reclamaba la colonización y la expansión imperialista por parte de los gobiernos franceses. La búsqueda de consenso interno a través de la utilización de la política exterior es también mencionada por Milza, sea "la patria en peligro", sea la adhesión a una política gubernamental tipo "misión universal", el destino manifiesto u otras. En lo que se refiere a los análisis que se inscriben en el tiempo corto, señala Milza que el peso de la política interna en las opciones internacionales puede ser percibido en diferentes niveles. Uno de ellos es el de las grandes familias políticas que tienen cada una su "propia política exterior" y que se reflejan sea en la imposición de una línea, sea en la adopción de medidas de compromiso o "entre los diferentes grupos asociados al poder", "o por reacción a las opciones internas y externas de un adversario común (el anticomunismo de las organizaciones democráticas pluralistas de la Europa de la posguerra)".[32]

En cuanto al influjo que puedan ejercer los factores externos en política interna, Milza evoca en primer lugar las circunstancias "geopolíticas" aplicando comillas a este adjetivo: "la geopolítica está de moda. En el catecismo epistemológico de los 'internacionalistas', al menos de aquellos que trabajan sobre periodos muy recientes, ella [la geopolítica] tiende a reem-

29. *Ibid.*, pp. 322-324.
30. *Ibid.*, p. 329.
31. *Ibid.*, p. 329.
32. *Ibid.*, pp. 332-333.

plazar como clave universal de lectura a la sacrosanta explicación económica, heredada de la vulgata marxista".[33] Milza contesta el determinismo geográfico y recurre al conocido geógrafo Yves Lacoste para resaltar que las circunstancias geográficas son como los argumentos basados en la historia que se emplean por algunos según sus conveniencias y son recusados por los adversarios de los primeros por las mismas razones.[34] Yves Lacoste señala que es necesario tener en cuenta la enorme complejidad de los problemas, preservarse de todo determinismo larvado, considerar de manera muy amplia el factor geográfico (incluyendo en el concepto la demografía, la economía, la organización social y política); combinar, como lo hace el historiador respecto al tiempo largo y los tiempos cortos, los diferentes niveles del análisis espacial y admitir que "el análisis geográfico no se refiere solamente a las 'permanencias' sino también a las situaciones de crisis". Añade Milza que a ese precio la geopolítica puede aportar mucho al estudio de las relaciones internacionales.[35] Con estas opiniones de Yves Lacoste, Milza afirma que los mismos geógrafos permiten aseverar que la primacía de la política exterior sobre la política interna "está lejos de ser algo universalmente establecido", si bien " en este mundo de interdependencia que vivimos, la presión externa es más fuerte que nunca".[36] Se refiere con ello a la situación energética en Europa, entre otras cuestiones. Al ser tan abundantes los puntos de encuentro, el estudio de las interacciones de ambas esferas acercaría a una visión más global de la historia.[37]

Es muy necesario relacionar la renovación de los estudios que indagan las interacciones entre política exterior y política interna con el fenómeno de lo que se puede llamar la nueva historia militar. A ésta incluso se la podría incluir en un campo aún más vasto que sería el estudio de la violencia y los preparativos para ejercerla con fines ofensivos o servirse de ella como medio defensivo, la "polemología" como dijo Vilar. Espino considera que la historia militar se ha renovado gracias fundamentalmente al influjo de los sociólogos que han estimulado la aparición de nuevas visiones en

33. *Ibid.*, p. 338.
34. *Ibid.*, p. 339.
35. *Ibid.*, pp. 339-340.
36. *Ibid.*, p. 340.
37. *Ibid.*, p. 344.

este campo. Hoy se encuentran trabajos de más o menos reciente actualidad, producidos en las últimas décadas que permiten afirmar que se está ya muy lejos de la historia de las batallitas y que se ha abierto un extenso espacio de indagación que puede tener claramente, si se enfoca de manera adecuada, un carácter globalizante, así como una profundización en el hecho social, utilizando las a menudo magníficas fuentes militares que permiten el recurso a la prosopografía, tanto en lo que se refiere a la oficialidad y a la suboficialidad como a los mayoritarios componentes de las tropas.[38]

No son solamente interesantes en las fuentes militares las hojas de servicios o las fichas de reclutamiento, sino que también se conservan ricos acervos en cuanto a cartografía, ingeniería militar, avituallamiento, estudios de terreno, cuentas, tránsito de tropas, migraciones, así como grupos de poder y grupos de presión, política interna y externa, inserción en la sociedad, regímenes pretorianos, golpes militares, etc. Sin olvidar lo mucho que se puede utilizar para la historia de las representaciones como banderas, estandartes, himnos, símbolos, rituales, educación, formación, disciplina, ideología ... No es menos ventaja contar con una abundante y variada bibliografía, tanto reciente como antigua, tanto de historiadores como de sociólogos, antropólogos, politólogos, políticos, filósofos, economistas y otros. Lo cual concuerda y refuerza la ventaja de la abundancia y la variedad de las fuentes, si bien la disponibilidad de ellas, el acceso y las facilidades de consulta, particularmente las más recientes, son también líneas de estudio que pueden llevar a conclusiones muy reveladoras. Lo mismo sucede con la censura de otro tipo de materiales, científicos o no, que den información o comuniquen opiniones sobre las guerras y la actividad militar en cualquiera de sus facetas. Una dificultad no precisamente menor para el análisis lúcido del fenómeno bélico es la toma de posición mental del propio investigador, el estudio de la guerra lo hacen a menudo militaristas o pacifistas y no es raro que las opiniones personales y las cuestiones de ética se transporten también a un pasado incluso remoto. La objetividad en estos casos tiene que emplazar a la autocrítica justamente en la primera línea de la exigencia. Azéma ha subrayado el análisis que Marc Bloch hacía en 1940 de las rela-

38. A. Espino López, "La historia política y la renovación de la historia militar", en *Historia a debate, op. cit.*, pp. 247-254.

ciones entre guerra y política. Dice Azéma que el estudio de la guerra y la historia política pueden hacer buenas migas.[39]

Se puede estar de acuerdo con Balmand cuando rechaza la idea de que las visiones y los métodos de la nueva historia política tengan forzosamente que centrarse en el ámbito temporal de la época contemporánea, ya que en efecto existen temas que forzosamente se refieren casi en exclusiva a los siglos XIX y XX como son los partidos políticos o las elecciones en los sistemas democráticos, pero otros muchos campos de indagación de la nueva historia política, sin caer en extrapolaciones, pueden ser practicados con referencia a pasados más remotos,[40] al igual que es posible su aplicación al conjunto de métodos de estudio de las estructuras de poder. Constituye éste una de las formas de abordar el complicado esquema del conjunto de relaciones que componen el real ejercicio del poder en una sociedad determinada o mediante la comparación, tanto en el tiempo como en el espacio, de varias de ellas, para contrastar diferencias y similitudes. Una metodología que se pretende capaz igualmente de conducir a través del fenómeno de lo político a la comprensión de la globalidad histórica del grupo humano que se estudia y de la misma manera remite obviamente a la larga duración.[41]

Si una crítica relativamente frecuente a la historia política tradicional, la cual se da también en el seno de la ciencia política, ha sido la excesiva preocupación por el fenómeno de esa estructura de estructuras que es el Estado, cuya importancia atrae justamente la atención pero con el resultado negativo de oscurecer, marginar o llegar a ignorar a veces otras realidades. Hoy día sin proceder a la inversa, lo cual sería igualmente perjudicial, se pretende que el análisis puede ser trasladado a otros fenómenos, cuya comprensión se combinaría con la de la instancia estatal para lograr visiones más complejas, contrastadas, complementarias y próximas de la realidad.[42] Se pretende que los elementos de unas estructuras de poder abarcarían un amplio espectro en el que estarían comprendidos todos aquellos individuos

39. J. P. Azéma, "La guerre", en *Pour une histoire politique*, *op. cit.*, pp. 345-347.
40. P. Balmand, *op. cit.*, p. 374.
41. M. F. García de los Arcos, "Elementos y cohesión de las estructuras de poder: algunos problemas para el historiador", en *Iztapalapa*, Universidad Autónoma Metropolitana, núm. 32, enero-junio de 1994, México, pp. 107-122.
42. J. F. Schaub, "L'histoire politique sans l'État: mutations et reformulations", en *Historia a debate, op. cit.*, pp. 217-235.

y grupos organizados que representen apoyo o resistencia al poder constituido, aquellos cuyo conocimiento arroje luz sobre las delimitaciones de las esferas del poder *de facto* y del poder *de iure*, sus diferentes funciones, atribuciones, complementariedad, subordinación o equilibrio. Elementos son también las instituciones entendidas como las relaciones estables y duraderas por medio de las cuales se ejerce el poder, la administración, el gobierno o se canaliza la oposición, en las cuales se dan importantes contactos entre las mayorías y las minorías.

No es raro encontrar aún hoy día expresiones en las cuales se contrapone una supuesta "historia de las personas" frente a una historia de los sistemas, masas o colectividades como si fueran realidades distintas o irreconciliables. Es tal vez una forma de preconizar y defender el retorno a la vieja historia política y lo que se quiere significar a través de "personas" es la vuelta a la primacía de la visión biográfica individual sobre la de los conjuntos humanos. No creo que haya tal contraposición entre sistemas y personas, ni que nadie ignore que aquellos se componen de éstas. Por el contrario una historia renovada y vigorizada de las instituciones supone una mejor y más profunda comprensión de éstas mediante el recurso a los métodos de la prosopografía aplicados no solamente a los altos mandos, sino también a empleados de mediana e inferior categorías. Se las puede abordar igualmente como los cauces que son para el real ejercicio del poder, cuestionando justamente las relaciones entre representantes de la determinada institución y el gran público que debe dirigirse a ella. La insistencia en el carácter social del poder político ha llevado a lo que se llama hoy la historia vista "desde abajo" que supone un vuelco respecto a la tradicional, al entender que el fenómeno del dominio escapa en el quehacer del historiador a las visiones centradas en exclusiva en personajes y grupos de notables individualidades. Por el contrario, interesa la imposición de normas, de valores, de elementos mentales –religiosos u otros–, la formas en que son recibidos, adoptados o rechazados, sea total o sea parcialmente, qué modificaciones se operan en las diferentes instancias sociales, cómo se adaptan al poder y qué modalidades y variedades asume la resistencia. El estudio de las estructuras de poder permitiría desarrollar análisis conducentes a la explicación del fenómeno político "desde abajo", un análisis incluyente de los grupos medios y los considerados inferiores en la escala social y que, en consecuencia, no dejan tan abundantes registros directos ni han sido tomados tan en

cuenta en general por la historia política *old fashion*, si bien en lo que a ellos se refiere se ha hecho mucho hasta hoy en cuanto a sublevaciones, motines, rebeliones y otras manifestaciones de movimientos populares, tanto sociales como sociopolíticos.[43]

Si en lo que se refiere al análisis de los elementos de las estructuras de poder la renovación metodológica aparece claramente dibujada, lo mismo sucede en el campo de los mecanismos y factores de cohesión entre los diversos elementos y tipos de elementos. En el campo de la cohesión se pueden distinguir los grandes grupos de los principios y de las prácticas que se traducen en creencias, ideas y valores colectivos por una parte; en el derecho vigente, por otra, sus modalidades de acción y de actuación y, finalmente, las relaciones que se anudan entre los diferentes individuos y grupos en el ejercicio cotidiano de la política. Un campo fértil muy practicado actualmente en el cual convergen la nueva historia política, la nueva historia cultural, la cultura política vista de una manera amplia y creativa, en un terreno propio de la tan trabajada historia de las mentalidades y su versión más actual, la historia de las representaciones.[44]

Fenómenos tan importantes como los que se refieren al establecimiento de la multicausalidad de la identidad o la solidaridad grupal pueden ser estudiados en su origen, génesis, evolución o derivaciones en el tiempo largo, en relación con la memoria histórica, la transmisión de valores, mitos, símbolos, a través de la educación, la propaganda, etc., y su plasmación en el aparato legal. Como señala Gil Pujol, "se ha ampliado de forma insospechada aquello considerado 'político' y por esta misma razón la naturaleza de 'lo político' es ahora múltiple y mucho más compleja".[45] Es justamente esta evaporación de los límites fronterizos entre los campos del saber histórico aquello que permitiría, no sin el peligro de caer en confusiones y ambigüedades, una comprensión más global y más ajustada de los tiempos pasados y

43. J. Sharpe, "La historia desde abajo", en P. Burke (ed.), *Formas de hacer la historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, pp. 38-58; X. Gil Pujol, *op. cit.*, pp. 195-208; P. Goubert, *El antiguo régimen*, Madrid, Siglo XXI, 1979 y 1984, vol. II, pp. 4-12; J. Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 97-109; G. Rudé, *La multitud en la historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

44. E. Kantorowicz, "Mourir pour la patrie", *Mourir pour la patrie*, París, PUF, 1984; E. J. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; E. Florescano, *Etnia, estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Aguilar, 1997.

45. X. Gil Pujol, *op. cit.*, p. 196.

de los grandes procesos del presente. Algo que significa la exigencia de una constante renovación metodológica y el reto de la crítica a las posiciones mentales y los hábitos que son más familiares, confortables y queridos.

Bibliografía

Annales. Histoire, Sciences Sociales. El número correspondiente a marzo y abril de 1997 tiene una sección dedicada a la construcción del Estado en los siglos XIV al XVIII.

Barros, Carlos de (ed.), *Historia a debate*, Santiago de Compostela, Actas del Congreso Internacional Historia a Debate, 1995, 3 vols.

Berstein, S. y P. Milza, *Axes et méthodes de l'histoire politique,* París, PUF, 1998.

Bloch, Marc, *Apologie pour l'histoire ou le métier d'historien,* París, Armand Colin, 1949.

Bourdé, G. y H. Martin, *Les écoles historiques*, París, Seuil, 1989.

Brodie, B., *Guerra y política,* México, FCE, 1978.

Burdeau, G., *Tratado de ciencia política*, México, UNAM, 1975.

Burke, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1996.

Casanova, J., *La historia social y los historiadores,* Barcelona, Crítica, 1991.

Dossé, François, *L'histoire en miettes. Des "Annales" à la "nouvelle histoire"*, París, La Découverte, 1987.

Duverger, M., *Sociologie de la politique*, París, PUF, 1973.

Elias, N., *La sociedad cortesana*, México, FCE, 1982.

Ferro, M., *La gran guerra*, Madrid, Alianza Editorial, 1970.

Florescano, E., *Etnia, estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Aguilar, 1997.

Furet, F., *Pensar la revolución francesa*, Barcelona, Petrel, 1980.

García de los Arcos, M. F., "El misterio del pequeño número o sobre la historia del poder; una aproximación a la nueva historia política", en *Iztapalapa*, Universidad Autónoma Metropolitana, núm. 26, julio-diciembre de 1992, México, pp. 55-75.

_______ "El ámbito de la nueva historia política: una propuesta de globalización", en *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, núm. 9, 1993, Bilbao, pp. 37-57.

_______ "Elementos y cohesión de las estructuras de poder: algunos problemas para el historiador", en *Iztapalapa*, Universidad Autónoma Metropolitana, núm. 32, enero-junio de 1994, México, pp. 107-122.

GONZÁLEZ, Luis, *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1999.

GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M., *et al.*, *Instituciones y corrupción en la historia*, Valladolid (España), Universidad de Valladolid, 1998.

GOUBERT, P., *El antiguo régimen*, Madrid, Siglo XXI, 1979 y 1984, 2 vols.

GUERRA, F. X., "Lugares, formas y ritmos de la política moderna", en *Sociedad y Estado*, Universidad de Guadalajara, núm. 6, mayo-agosto de 1993, Guadalajara (Jalisco), pp. 9-22.

HOBSBAWM, E. J. y T. RANGER (eds.), The *Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

JULLIARD, J., "La política", en J. LE GOFF y Pierre NORA (coords.), *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1979, vol. II.

KANTOROWICS, E., "Mourir pour la patrie", *Mourir pour la patrie*, París, PUF, 1984.

KULA, Witold, *Théorie économique d'un système féodal*, París, Mouton, 1970.

_______ *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Península, 1977.

LE ROY LADURIE, E., *Entre los historiadores*, México, FCE, 1989.

MINA, M. C., "En torno a la nueva historia política francesa", en *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, núm. 9, 1993, Bilbao, pp. 59-91.

PASQUINNO, G., *et al.*, *Manual de ciencia política*, Madrid, Alianza Universidad Textos, 1992.

PARKER, G., *La revolución militar Las innovaciones militares y el apogeo de occidente. 1500-1800*, Barcelona, Crítica, 1990.

RÉMOND, R., *Pour une histoire politique*, París, Seuil, 1988.

_______ *Les droites en France*, París, Aubier-Montaigne, 1982.

RENDÓN CORONA, A., *Élite y jerarquía del poder*, México, UAM, 1984.

RIOUX, J. P. y J. F. SIRINELLI (coords.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997.

RUDÉ, G., *La multitud en la historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

SIRINELLI, J. F., "El retorno de lo político", en *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, núm. 9, 1993, Bilbao, pp. 25-35.

SHARPE, J., "La historia desde abajo", en BURKE, P. (ed.), *Formas de hacer la historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993.

SARTORI, G., *La política. Lógica y método de las ciencias sociales*, México, FCE, 1987.

TUÑÓN DE LARA, M., *Historia y realidad del poder*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.

VILAR, P., "Sobre los fundamentos de las estructuras nacionales", en *Historia 16*, núm. extra, abril de 1978, pp. 5-15.

VOVELLE, M., *La mentalidad revolucionaria*, Barcelona, Crítica, 1989.

WALLERSTEIN, I., *Impensar las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1998.

DE LA HISTORIA DE LAS IDEAS A LA HISTORIA CONCEPTUAL: HACIA UNA HERMENÉUTICA HISTORIOGRÁFICA POSGAOSIANA

Luis A. Torres Rojo
El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

Hay, detrás de lo que a continuación se dirime, una motivación singularmente anacrónica y de poca originalidad: destacar, aunque sólo sea dentro de la inmediatez del diálogo académico, algunas ideas que circunstancialmente posibiliten la renovación de la pregunta acerca del orden y el sentido de la historia frente al caos aparente de su acontecer.

Renovación, porque aquella no se esgrime ya desde la atalaya filosófica como núcleo privativo, sino que se proyecta a partir del encuentro entre hermenéutica e historia, entre lenguaje y temporalidad, hacia una racionalidad de tipo experiencial o existenciario –la historia misma es insensata, sensato es, a lo sumo, su reflexión–, que, como tal, aparece esencialmente ligada a la pluralidad de la palabra y la tradición.

Parto, por ello, del contacto con la hermenéutica de Gaos y su peculiar relación con el método de la historia de las ideas de lengua española que, al conformarse en su unidad como filosofía de la filosofía, enuncia asimismo la conjugación de la verdad histórica o contingente de las formas ametódicas de ideación, con las exigencias de sistematicidad y universalidad del conocimiento metodológico y, por ende, científico.

Posteriormente, sobre los límites señalados de un pensamiento que restringe lógicamente el nexo del lenguaje con el mundo de la vida y de la historia, establezco la ampliación semántica llevada a cabo por la hermenéutica filosófica de Gadamer, circunscribiéndola a la formulación que restituye al concepto y a lo inconceptual su pertinencia como modos de la comprensión histórica y de la significación discursiva con que se estructuran tanto la representación como el sentido del propio acaecer.

El ahondamiento respecto a esta determinación lingüística de toda experiencia histórica, se postula en lo que sigue y como asunto central de la exposición, en torno del modelo teórico de Reinhart Koselleck, que básicamente reconduce la pretensión totalizante del *logos* hermenéutico –como doctrina de la inserción existencial en la historia–, hacia una integración trascendental con la histórica –como doctrina de las condiciones de posibilidad de las historias.

De esta manera, del cruce significativo entre lingüisticidad, historicidad y temporalidad, emerge la propuesta de la historia conceptual que, en su capacidad para responder a la bilateralidad inmanente a toda historia –historia como acontecimiento y como su representación–, fundamenta su distinción y pretendida autonomía ante la historia de las ideas tradicional, particularmente en su acepción política, así como su carácter propedéutico por lo que toca a su relación más abierta con la historia social.

Finalmente, desde la definición del conocimiento conceptual, restablezco la identidad del pensamiento hermenéutico del sabio iberoamericano –lo posgaosiano–, en dos sentidos: el que deriva hacia la crítica del método de la historia de las ideas, ejemplar y gaosianamente configurado en la semántica del indigenismo puesta en marcha por Villoro, y el que tiende, como aspiración, a desarrollar una lectura complementariamente histórica de los principios aquí apenas esbozados y que terminaría por conformar, en el ámbito de la fusión de horizontes temporales, el único acabamiento posible de la epistemología historiográfica no metódica de lengua española: el que rememora para proyectar.

I

En el estudio introductorio a su publicación más reciente, Álvaro Matute, uno de los historiógrafos contemporáneos mexicanos de mayor renombre, trae a colación desde el primer párrafo de su escrito el siguiente epígrafe de Luis Villoro, el cual considera un "combate por la historia" y al que asigna el valor indiscutible de una "obligación":

> Creemos que los historiadores americanos necesitan plantearse con mayor gravedad el problema del objeto y métodos de su ciencia. Con ello no pedimos que hagan filosofía. Quien tal pensara solo demostraría tener una pobre idea del his-

> toriador, al reducirlo al papel de simple técnico o ingenuo narrador. *Al historiador compete reflexionar sobre los fundamentos y fines humanos de su ciencia.* Sólo él puede formular nuevas hipótesis de trabajo y aplicarlas en procedimientos concretos; mientras no haga esto, todas las teorías filosóficas acerca de la historia serán vacías especulaciones. Por eso, las grandes reformas de la historiografía nunca fueron resultado de los filósofos de la historia en cuanto tales, sino de los mismos historiadores.[1]

Sin que sea este el lugar para señalar los riesgos y, en última instancia, la pertinencia de hablar dentro de la historia recurriendo al léxico de las ciencias, los métodos y las hipótesis, sí lo es para acercarse de forma breve y propositiva al núcleo de la reflexión esgrimida por Villoro y reactualizada por Matute desde su indiscutida centralidad: los fundamentos y fines humanos de la comprensión histórica –aunque, amparado en la circunstancia prejuzgada por el filósofo mexicano–, haciendo hincapié más en los primeros que en los segundos.

¿Cuáles son, entonces, los fundamentos humanos de la historia, dando por descontado que ésta responde ya a la pulverización de los metarelatos y las identidades y que, por tanto, difícilmente puede restringirse filosóficamente a lo mexicano o americano sin más? ¿Cuáles, según la historia de las ideas –sea ello lo que sea como enunciación abierta al despliegue de la inteligencia y la imaginación– y que, resultará obvio decirlo, han sido una de las disciplinas que más brillante y bellamente se han tratado en el idioma español? ¿Cuáles, desde la perspectiva generacional que parece haber optado por el silencio, según muestra la longeva gravedad de una tesis que de principio parecería elemental?

La idea del presente texto parte de dichas interrogantes y se sujeta a dos limitaciones implícitas ya en el título que lo encabeza: la referencia exclusiva al tránsito posible entre la historia de las ideas y la historia conceptual, en donde tránsito debe entenderse como concomitancia o reciproci-

1. Véase Á. Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, UNAM/FCE, 1999, p. 13. Salvo llamada en contra, todas las cursivas son mías. Como dato que busca afirmar el carácter urgente del sentido último de la tesis de Villoro –y que bien podría partir de la exégesis realizada sobre la tesis misma–, es conveniente subrayar, incluso retóricamente, que la cita había sido empleada ya por Matute al final de la introducción a su libro *La teoría de la historia en México 1940-1973*, México, SEP, 1974, pp. 27-28. Por su parte, las ideas de Villoro aparecen como conclusión a un trabajo de 1958 titulado "La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana". Puede verse en L. Villoro, *Historia Mexicana*, vol. 9, núm. 3, enero-marzo de 1960, pp. 329-339.

dad, y en la que el primer término enuncia paradigmática o categorialmente el método gaosiano, por un lado, y, derivada de lo anterior, la recomposición de dicho método en una hermenéutica historiográfica de índole conceptual, por el otro.[2]

De esta manera, si bien en el desenlace de estas líneas se toma en cuenta la obra de alumnos directos e indirectos de Gaos –como la de los propios Lira, Villoro y Matute–, se hace con el único propósito de apoyar la exposición o con la intención de señalar algunos de los efectos más significativos que la permanencia –consciente o no–, casi exclusiva en un vitalismo de tinte fenomenológico, ha producido en la historiografía mexicana de las ideas de la segunda mitad del siglo XX.

No es, pues, una revisión historiográfica lo que aquí se propone, sino la explicitación de una vía que al tiempo que arrastra la versión dada de la hermenéutica –interpretación sujeta positivamente al *logos* filosófico– hacia una orientada comprensivamente en el lenguaje, restablece las directrices semánticas de la historiografía ya contenidas en Gaos y las incardina al desarrollo posterior realizado por la historiográfía hermenéutica alemana, con cuya tradición, es bien conocido, el sabio iberoamericano guardó una entrañable y fructífera comunión.

II

A pesar de que, como se encuentra ya sugerido, el impacto fundamental del método de Gaos sobre la historiografía mexicana de las ideas, puede ser caracterizado tendencialmente por producir en ella cierta unidad de decisión al situar sus puntos de partida en el interior de la antropología filosófica, y por mantener una consideración de la hermenéutica –en el mejor de los casos– como ciencia auxiliar,[3] es necesario recordar y destacar que dentro de algunos de los textos no sólo historiográficos del filósofo trasterrado habi-

2. Para la noción del método de Gaos véase A. Lira, "José Gaos y los historiadores", *Revista de la Universidad de México*, núm. 18, agosto, 1970, México, pp. 28-29.

3. El caso de Zea es en este sentido transparente y extremo, pero, en mi opinión, incluso la prolija obra de L. Villoro, renovada constantemente en cuanto a temáticas y enfoques, termina por someter sus aportes a lo dicho por la razón filosófica, aunque no sea ya del tipo instrumental. Véase como un ejemplo que sintetiza su historicismo filosófico, sostenido por lo menos hasta el año de su publicación, *El pensamiento moderno*.

tan inquietantes cuestiones relativas a la relación entre lenguaje e historicidad y, por lo tanto, mayormente desplegadas hacia la verdad o las verdades históricas –es decir la comprensión–, que hacia los métodos o las hipótesis –esto es, el conocimiento específicamente racional– y que por motivos que aquí sería inadecuado abordar, han sido hasta ahora poco atendidas por la reflexión teórica involucrada.

Inmersa en este matiz estrictamente hermenéutico del historicismo, que se sujeta en lo esencial a determinaciones fenomenológicas[4] y que implica, a su vez, el reconocimiento de una epistemología de lo existente compuesta por dos entidades distinguibles aunque relacionadas fenoménicamente, el sujeto y el objeto; la concepción del lenguaje de Gaos aparece inevitablemente vinculada a la formalización lógica que lo concibe como la representación –importante, pero sólo una más de las posibles– que media la relación entre pensamiento y realidad y que es por sólo ello imprescindible al trato filosófico.[5] Hay, además, una especificación ulterior, formalmente anunciada por el encuentro entre el lenguaje como objeto de la filosofía y la historia, y que contiene, asimismo, una doble posibilidad: desde la filosofía, como historia de los conceptos filosóficos o filosofía analítica[6] y desde la historia, como hermenéutica filosófica que en alguno de sus discípulos destacados –el caso de O'Gorman–, sobreviene incluso como hermenéutica historiográfica.[7]

Filosofía del renacimiento, México, FCE, 1992, en especial los capítulos "La crisis de la modernidad" y "¿Hacia una nueva figura del mundo?", en los que se sostiene la idea de la posmodernidad como *Aufheben* hegeliano, es decir, como superación del pensamiento moderno. (Hay una versión abreviada en "Filosofía para un fin de época", *Nexos*, vol. XVI, núm. 185, mayo de 1993, pp. 43-50.) Véase de L. Zea, "Crisis del sentido de la historia occidental" e "Historia de las ideas e identidad latinoamericana", en *Latinoamérica en la encrucijada de la historia*, México, UNAM, 1981, pp. 125-139 y 109-123. Para el contraste entre razón filosófica y razón lingüística, C. Nieto, *La conciencia lingüística de la filosofía. Ensayo de una crítica de la razón lingüística*, Madrid, Trotta, 1997; o bien J. Mordones, "Razón hermenéutica", en *Diccionario de hermenéutica*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1998, pp. 693-699. Finalmente, la definición del historicismo filosófico puede verse en J. Gaos, "¿Es el historicismo relativismo escéptico?", en *Discurso de Filosofía y otros trabajos sobre la materia*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1959 (1947), notas 4 a 9, pp. 68-70.

4. Véase G. Palacios, "El capítulo faltante de *El oficio de historiar*", en Luis González, *El oficio de historiar*, México, UNAM, 1999, pp. 11-29. 18; y V. Yamuni, *José Gaos, su filosofía*, México, UNAM, 1989, p. 36.
5. Véase J. Gaos, "Notas sobre la historiografía", en Álvaro Matute (comp.), *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, SEP, 1974 (1960), notas 13 (p. 70) y 22 (p. 74).
6. J. Gaos, "La antropología filosófica de nuestros días", en *Historia Mexicana*, vol. 16, núm. 3, enero-marzo de 1967, pp. 432-449.
7. Así, por ejemplo, en "Historia y vida", 1974 (1956), ensayo en el que E. O'Gorman emplea cuidadosamente dicha expresión (p. 147).

Esta hermenéutica filosófica vinculada al lenguaje, y que es filosófica porque culmina siendo una filosofía de la historia, en tanto que teoría del sentido de la historia,[8] pero también y principalmente porque su *a priori* epistémico –existenciario exclusivamente volcado hacia el conocimiento–, al tiempo que determina su unidad con el carácter y contenido de la ciencia y lo científico, postula la pluralidad histórico-antropológica de los métodos genéticamente condicionados por la diversidad de los objetos,[9] y que se encuentra ya a cabalidad planteada en las "Notas sobre la historiografía" de 1960, es llevada por Gaos en 1969, pocos meses antes de su muerte, a una enunciación definitiva o definitoria de su propio alcance: "cuando se eleva [la interpretación] a la ciencia de la interpretación de los cuerpos de expresiones verbales o artísticas, esta ciencia es la Hermenéutica. Esta ciencia es la fundamental o central de todas las humanas y singularmente de la Historia".[10]

Desde la perspectiva de Gaos, en cuanto ciencia de lo histórico, la hermenéutica y su objeto, la historiografía o, particularmente, la obra o texto historiográfico, conservan un mínimo de identidad (isomórfica) con el tipo de conocimiento que los sustantiva o califica como tales, por lo que al reconocer las unidades últimas que constituyen el objeto historiográfico, y dado que éstas no son sino expresión formal del pensamiento humanizado históricamente, lo que emerge a expensas de necesidad filosófica son las proposiciones lógicas;[11] de cuya interrelación pueden derivarse cuerpos sistemáticos[12] y que en su acepción como expresiones verbales –que son siempre dichas a alguien y recibidas o respondidas por alguien–, engloban en su circularidad la presencia de una verdad que es universal siendo contingente y circunstancial.[13]

Como unidades mínimas de significación histórica –distinta por su objeto de la filosófica, que parece sedimentada en el concepto–, las proposiciones historiográficas postuladas por Gaos asumen su pleno sentido en la

8. J. Gaos, "Notas sobre la historiografía", *op. cit.*, nota 47, p. 85.
9. *Ibid.*, nota 66, p. 92.
10. J. Gaos, "Notas sobre el objeto y el método en la historia de las ideas", en Andrés Lira, "Seminario José Gaos", *Historia Mexicana*, vol. 20, núm. 1, julio-septiembre de 1970 (1969), nota 13, p. 165.
11. J. Gaos, "Notas sobre la historiografía", *op. cit.*, nota 10, p. 70.
12. *Ibid.*, nota 52, p. 87.
13. *Ibid.*, notas 53 a 64, pp. 87-91.

predicación respecto a un sujeto,[14] lo que si bien irrumpe la calidad modal y distingue motivacionalmente la proposición frente al silogismo, lo hace sobre la secuela irresuelta de la separación entre lenguaje y pensamiento y, en consecuencia, sobre la percepción del primero como mera forma verbal, fenomenológica o de comunicación, mediante la cual el segundo ejerce su dominio relativo al mundo y sus objetos.[15] Sin predicación no hay sustanciación historiográfica posible[16] y, por eso, las ideas y no los conceptos, aunque sí, hasta cierto punto, las imágenes literarias y las metáforas, son propuestos como núcleos de significación.[17]

Adicionalmente, pero a partir de la misma distinción de origen, la doble y esencial ambigüedad que oscila como posibilidad permanente en lo expresado por la expresión verbal –y que sólo puede ser controlada técnicamente mediante la interpretación, en cada caso de la expresión–, da lugar, a pesar de que formalmente lo falso pueda inferirse de lo verdadero enunciado en los términos de la "conformidad de las proposiciones con los objetos o la realidad propuestos por ellas",[18] a un ocultamiento decisivo: la forma mental, con todo y su consideración historicista, queda suspendida como la estructura antropológica básica de la significación y, entre ella y la realidad plural, la forma verbal, el lenguaje, el habla caracterizada como concreción de la convivencia y su sentido,[19] aparece restringida a sus capacidades figurativa y comunicativa del pensamiento y sus objetos fenomenológicos, destacadamente, de entre ellos, las ideas.

Lo extremo de la cuestión anterior está señalado, sin embargo, no tanto por la posibilidad inmanente de verdad/normalidad o falsedad/anormalidad de las proposiciones, como por las consecuencias que acarrea su identificación –tan común como inconsciente– con la cualidad de lo literal y lo figurado del lenguaje. La primera de ellas tiene que ver con la unilateralidad que de principio establece la hermenéutica gaosiana al sujetar el

14. *Ibid.*, nota 22, p. 74.
15. Véase J. Gaos, "Pensamiento de lengua española", en *Obras Completas VI*, México, UNAM, 1990 (1942-43), p. 88. La noción de las formas verbales como objeto fenoménico en la filosofía de Gaos aparece en V. Yamuni, *op. cit.*, p. 36.
16. Gaos, "Notas sobre la historiografía", *op. cit.*, nota 22, p. 74.
17. Así, por ejemplo, en J. Gaos, "Filosofía y literatura, según un filósofo español", en *Obras Completas VI*, *op. cit.*, pp. 223-231.
18. Gaos, "Notas sobre la historiografía", *op. cit.*, nota 54, pp. 87-88.
19. *Ibid.*, nota 13, pp. 70-71.

acto interpretativo al hecho sobre la expresión, cancelando cualquier condición significante posible de lo expresado. Dada la ambigüedad esencial que recae sobre lo expresado por la expresión verbal, y que la confirmación de la verdad o falsedad de lo expresado corresponde a la hermenéutica de la expresión –la literalidad de ésta respecto al objeto real y a la forma mental–, el factor que da origen a toda resolución posible es el factor lógico-formal de la proposición: historiográficamente la falsedad –como ausencia de conformidad– y la figuridad de las proposiciones de esta manera igualadas, son sólo significativas en su relación con la estructura de la verdad y, aunque auténticas históricamente,[20] no lo son en su realidad primera como sentido figurado o *enunciado traslaticio* de predicados reales que, en su configuración absoluta –la metáfora absoluta–, *es irreductible a las propiedades de la lógica*, configurando más bien *un caso especial de la inconceptualidad*, y por tanto, de la verdad y su comprensión.[21]

De ahí también que, en el extremo opuesto a la supresión de lo inconceptual y como formulación de la segunda consecuencia sugerida, la hermenéutica de Gaos se dirija conceptualmente hacia la filosofía, la historia y la historiografía; así como a sus múltiples y mutuas sobreposiciones, sin considerar al concepto más que parcialmente como unidad mínima de significación o sentido.[22] Esto es, tratándose de conceptos filosóficos y no lingüísticos, es decir, de conceptos de pensamiento equivalentes cada uno a su objeto real,[23] resulta ser el ámbito de la "razón teórica" –la única capaz de dar cuenta discursiva y sistemáticamente de todo lo que existe, fenoménico o no–, el lugar de residencia exclusiva y pertinente de la hermenéutica conceptual gaosiana: lo trascendental/cardinal y lo categorial/principal

20. Gaos, "Notas sobre el objeto y el método en la historia de las ideas", *op. cit.*, nota 8, p. 163.

21. Las cursivas pertenecen a H. Blumenberg citado por J. Villicañas, y F. Oncina, "Introducción", en R. Koselleck y H. G. Gadamer, *Histórica y hermenéutica*, trad. Faustino Oncina, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 14, 15 y 17. Para lo inconceptual como "residuo comprensivo" véase del mismo H. Blumenberg *Las realidades en que vivimos*, trad. Pedro Madrigal, Barcelona, Paidós, 1999, específicamente los artículos "Una aproximación antropológica a la actualidad de la retórica" (1971), pp. 115-142 y "Situación lingüística y poética inmanente" (1966), pp. 143-163; en los que el autor propone su metaforología desde una muy particular y original lectura del "mundo de la vida" de Husserl; o bien la voz metáfora del *Diccionario de Hermenéutica*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1998, pp. 516-525, encomendada a Ch. Maillard.

22. El pensamiento discursivo, por ejemplo, es definido por Gaos como "...secuencia de juicios integrados por conceptos". Véase Gaos "Historia y concepto de la verdadera 'antropología filosófica'", en *Discurso de filosofía y otros trabajos sobre la materia*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1959, p. 58.

23. V. Yamuni, *op. cit.*, p. 37: "La expresión verbal notificante de objetos de Gaos...".

–inexistencia/infinitud–, los conceptos dominantes y modales trascendentales –necesario/eternamente–, y algunos otros como los de creación y aniquilación –no ser/nada.[24]

En la historia y la historiografía, por su parte, la ambigüedad y la propensa falsedad de la expresión verbal culminan con la exclusión del concepto del reducto pura o estéticamente literario –al cual solamente se reclaman restringidas lógicamente sus operaciones y facultades–,[25] y con su inclusión *sui generis* en el léxico de la ciencia, tanto por la autoctonía –en la historia– que se le exige desde la comprensión, la explicación y la composición historiográficas,[26] como por lo que implica la ubicuidad de su situación: sin ser más que un componente in-significante –en su unicidad– de la proposición que se significa predicando, asume, ahora como sinónimo de categoría,[27] la cualidad generalizante que clasifica y sistematiza, aunque a un nivel distinto del teórico filosófico o discursivo trascendental; en Gaos, la conceptuación historiográfica ejerce como condensación metodológica que dirige, y en cuya autoctonía reside, amen de la garantía del éxito práctico y teórico del concepto, su propia posibilidad para invalidar circunstancialmente la repetición desmotivante a que toda enunciación del *método* da lugar.[28]

Hasta aquí, los límites planteados para aprehender la hermenéutica historiográfica de Gaos, han pretendido dar cuenta de una cuestión fundamental: la distinción entre pensamiento y lenguaje de la que parten su antropología filosófica y su método fenomenológico, si bien le permite constituir una epistemología de la unidad en lo diverso,[29] lo hace a costa de restringir lo comprensivo al conocimiento lógico-formal. De tal manera, significacio-

24. Véase J. Gaos, "Historia y concepto de la verdadera (antropología filosófica)", *op. cit.*, pp. 58 y ss., así como V. Yamuni, *op. cit.* pp. 38-48. Como sugiere perspicazmente la alumna de Gaos al referirse a la temática conceptual de la filosofía de su maestro, la plena equivalencia entre concepto y objeto sólo se da en la metafísica –avocada a objetos no fenoménicos–, en cuyo contexto ambos vocablos pueden aparecer como sinónimos. Es por ello que solamente en donde no existe relación fenoménica alguna, habitan el concepto con significado y sentido en sí, tanto como su posibilidad hermenéutica.
25. J. Gaos, "Notas sobre la historiografía", *op. cit.*, nota 49, pp. 85-86.
26. *Ibid.*, nota 51, p. 86.
27. *Ibid.*, nota 51, pp. 86-87.
28. *Ibid.*, nota 51, p. 87, y Gaos, "Notas sobre el objeto y método en la historia de las ideas", *op. cit.*, nota 10, pp. 163-164.
29. Gaos, "¿Es el historicismo relativismo escéptico?", *op. cit.*, nota 8, pp. 69-70 y "Notas sobre la historiografía", *op. cit.*, nota 66, p. 92.

nes cuya verdad primigenia –como lo metafórico, lo simbólico y lo mítico– puede reconocerse como pre-categorial o inconceptual –en el sentido de que se trata no ya de entornos considerados "preliminares a la formación de conceptos" o "esferas rectoras de concepciones teóricas aún provisionales" o, incluso, "lenguajes especializados aún sin consolidar", sino de modalidades auténticas de comprensión de conexiones referidas "hacia atrás con el mundo de la vida, en cuanto sostén motivacional constante de toda teoría"–, son marginadas, para su observación (historiográfica) científica, de su matiz más propio y fundacional.[30]

Igualmente producto de la dislocación entre *episteme* y comprensión, el tránsito del concepto de la filosofía a la historia, que equivale asimismo a su traslado de la teoría a la metodología y a su conversión de unidad in-significante en categoría de índole general, compone el otro polo de la teoría del conocimiento de Gaos entre los que han quedado suspendidas, en una especie de inmanentismo antropológico trascendental, tanto las ideas como su respectivas historias. Careciendo de la posibilidad, por un lado, de reinterpretar la relación entre logos y fantasía desde una perspectiva que le restituya a la última su núcleo comprensivo, y asignando por el otro al concepto filosófico la función de suplir en su secuencia lógica toda carencia de sentido, –lo que, y no en el fondo, expresa menosprecio a la presencia más circunstancial, "hacia sí", hacia las conexiones con la experiencia, del concepto histórico o historiográfico–, las ideas y la historia de las ideas, tal como las postula Gaos y como las ofician sus discípulos, quedan sujetas de manera muy peculiar, por sus aristas, al proyecto husserliano de la "teleología de la logización":[31] la idea de América, creer, saber, conocer, imágenes y conceptos del pensamiento español; de la historia de las ideas a la filosofía de la historia...

III

En conformidad con las ideas hasta aquí esbozadas, a una nueva hermenéutica historiográfica correspondería, primordialmente, tanto la restitución en

30. H. Blumenberg citado por J. Villicañas y F. Oncina, *op. cit.*, pp. 14 y 15.
31. *Ibid.*, p. 17.

la historia de lo inconceptual como modalidad fidedigna de conexiones con el mundo de la vida, como la del concepto considerado en su dimensión teórica y en su ser comprensivo en cuanto forma auténtica de significación.

En realidad, ambas cuestiones obedecen a una sola temática planteada por la historia conceptual, tal y como se ha desarrollado a partir de la obra cautivante de H. G. Gadamer y, más específicamente, alrededor de tres de sus categorías propuestas como fundantes de la comprensión: historicidad, lingüisticidad y temporalidad.

Derivada del ahondamiento de los existenciarios heideggerianos, la hermenéutica filosófica de Gadamer comienza por desencantar el predominio lógico de la *episteme* científica al interior de las llamadas ciencias del espíritu, en aras de una versión ampliada de la experiencia vital que, por mediación de la lingüisticidad histórica y temporalmente efectuada, irrumpe el *logos* de la relación sujeto-objeto proponiendo otra en los términos de la formación (*Bildung*).[32] Esta circunstancia, al igual que la que se establece paralelamente entre pensamiento y mundo, se expresa ya no como identidad lógica entre los términos, sino como conexión antropológica en estado recíproco de conformación –el círculo hermenéutico–, dentro de la cual la forma lógica del lenguaje retrocede hacia su ámbito privativo como una más de las formalizaciones posibles y, en su lugar, reaparece el lenguaje natural como sujeto de toda significación. El pensamiento, la forma mental, histórica y temporalmente circunscrita, no es más el ente emanador de significados materializados sígnicamente, sino resultado propio de la acción misma de nombrar –objetos–: "el ser que puede ser comprendido es lenguaje".[33]

Esta "lingüisticidad como forma de realización de la comprensión",[34] se ejerce junto a su especificación histórica que, por un lado, como *historia efectual*, denota su carácter de momento estructural general de la

32. Para el concepto véase H. G. Gadamer, *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1996 (1975), pp. 38-48. Aquí lo empleo según su acepción de la p. 43, "retorno a sí mismo desde el ser del otro", que es la que Gadamer coloca en oposición a la tesis de "eliminación de malentendidos" característica de la relación entre sujeto y objeto del discurso científico: "lo que convierte en ciencias a las del espíritu se comprende mejor desde la tradición del concepto de formación que desde la idea de método de la ciencia moderna", p. 47. La "eliminación de malentendidos" se discute a favor del "diálogo", véase H. G. Gadamer, "Lenguaje y comprensión", en *Verdad y Método II*, trad. Manuel Olasagasti, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1994, p. 184.

33. H. G. Gadamer, "Texto e interpretación", en *ibid.*, p. 323.

34. H. G. Gadamer, "Prólogo a la segunda edición", en *Verdad y método I*, *op. cit.*, p. 17.

comprensión, es decir, de pertenencia al ser de lo que se comprende y, por el otro, como historicidad, más que declarar algo sobre el modo de ser de una estructura procesual, enuncia sin más el modo de ser del hombre que está en la historia.[35]

De manera análoga, la temporalidad emerge como factor de la comprensión entrelazándose y constituyéndose lingüística e históricamente como acto comprensivo que, lejos de agotarse como mera sucesión lineal de datos ónticos, se "cumplimenta (*vollzieht sich*) en la maduración de quien llega a ser consciente de su tiempo comprendiéndolo, reuniendo en sí todas las dimensiones temporales y, por consiguiente, agotando completamente la propia experiencia".[36]

El núcleo de intersección simultánea de las principales categorías que conforman este *ser ahí* orientado comprensivamente es el concepto, tanto por lo que la lingüisticidad expresa filosóficamente considerada como condición de la comprensión –"[es] la razón la que se actualiza comunicativamente en el lenguaje [...]: el lenguaje no es un mero hecho, sino principio"–,[37] y que es el enunciado en el que se fundamenta la afirmación del concepto como objeto esencial de la filosofía,[38] tanto por lo que su historia y temporalidad –la historia conceptual– aducen al desvelar su origen inserto en la palabra dicha a alguien: el contenido polívoco y polisémico de la estructura de la verdad que, como habla puesta en marcha, no tiene más acreditación posible "que la producida en el lenguaje mismo".[39]

Sobre la clarificación subsiguiente que distingue y equipara la unidad de la palabra –aquello que es previo a la pluralidad de las palabras o de los lenguajes y que incluye una infinitud implícita de lo que vale la pena

35. H. G. Gadamer, "La continuidad de la historia y el instante de existencia", en *Verdad y método II*, *op. cit.*, pp. 134-135.
36. R. Koselleck, "Histórica y hermenéutica", en Koselleck y Gadamer, *Histórica y hermenéutica*, *op. cit.*, p. 68. En referencia a lo que considera ser el problema central del planteamiento de H. G. Gadamer, en *Verdad y método II*: "cómo se relaciona la hermenéutica con el tiempo".
37. H. G. Gadamer, "Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica", en *Verdad y método II*, *op. cit.*, p. 113.
38. "Y si es cierto que la filosofía no posee ningún objeto propio con el que medirse y al que ajustarse con sus recursos de concepto y lenguaje, ¿no significa eso que el objeto de la filosofía es el concepto mismo? El concepto, en el sentido que solemos atribuirle, es el verdadero ser [...] es, por decirlo así, el autodespliegue del pensamiento en su relación iluminadora y cognitiva con lo que es". H. G. Gadamer, "La historia del concepto como filosofía", en *ibid.*, p. 81.
39. H. G. Gadamer, "Lenguaje y comprensión", *op. cit.*, p. 193, y "La historia del concepto como filosofía", *op. cit.*, p. 87.

traducirse en palabras o de lo que es digno de decirse–, con la unidad del concepto –lo que es digno de pensarse legítimamente o en conformidad con las demás palabras conceptuales–,[40] Gadamer postula como tarea de la historia conceptual (como filosofía), la aprehensión del proceso de formación conceptual que desde la palabra se produce y que, hermenéuticamente –la formación del concepto está siempre condicionada hermenéuticamente por un lenguaje hablado–, comprende el retorno –religación– del concepto a la palabra y a la verdad global que está en ella presente:

> En esta vida lingüística permanente que preside la formación de conceptos nace la tarea de la historia conceptual. No se trata sólo de ilustrar históricamente algunos conceptos, sino de renovar el vigor del pensamiento que se manifiesta en los puntos de fractura del lenguaje filosófico que delatan el esfuerzo del concepto. Esas 'fracturas' en las que se quiebra en cierto modo la relación entre palabra y concepto, y los vocablos cotidianos se reconvierten artificialmente en nuevos términos conceptuales, constituye la auténtica legitimación de la historia del concepto como filosofía. Pues lo que ahí aflora es la filosofía tácita que existe en las palabras y conceptos del lenguaje cotidiano y del lenguaje de la ciencia.[41]

IV

Con el énfasis puesto en el fructífero enfoque de la correlación entre lengua hablada y pensamiento articulado en la palabra conceptual, a raíz de los escritos gadamerianos y su nueva hermenéutica,[42] emergen al interior de las ciencias del espíritu importantes desarrollos relativos a la realidad de sus fundamentos humanos. De entre ellos, dos son los que aquí tendrían pertinencia directa: por un lado, el ya reseñado de Blumenberg y su metaforología como residuo comprensivo y ampliación inconceptual de la historia conceptual, y que se encuentra esencialmente ligado a la hermenéutica mito-simbólica de origen español[43] y, por el otro, la histórica (*Historik*) y

40. H. G. Gadamer, "La historia del concepto como filosofía", *ibid.*, p. 84.
41. *Ibid.*, pp. 84 y 92-93.
42. Así aparece –neohermenéutica o hermenéutica de corte neoclásico– en A. Ortíz-Osés, "Hermenéutica española", en *Diccionario de hermenéutica*, *op. cit.*, p. 245.
43. Véase de A. Ortiz-Osés, "Identidad hermenéutica iberoamericana", pp. 329-340, "Identidad simbólica", pp. 340-341, en *ibid.*, y *Visiones del mundo. Interpretaciones del sentido*, Bilbao, Universidad del Deusto, 1995.

la historia conceptual (*Begriffsgeschichte*) de Reinhart Koselleck, que por constituirse como doctrina auténticamente historiográfica resulta, a la luz de lo posgaosiano, la de mayor peso para decidir el tono y tenor de lo que a continuación se escribe.[44]

Discípulo predilecto y avanzado de Gadamer en la Universidad de Heidelberg y después colaborador decisivo del *Archiv für Begriffsgeschichte* (Archivo para la Historia Conceptual), revista de la Academia de la Ciencia y la Literatura de la Universidad de Maguncia –dirigida entre otros por E. Rothacker y el propio Gadamer–, así como fundador en el *Zentrum für Interdisziplinäre Forschung* (Centro para la Investigación Interdisciplinar) de Bielefeld, de un grupo de trabajo avocado a estudiar la problemática de los confines entre lingüística e historia, Reinhart Koselleck ha producido una de las obras más lúcidas e influyentes de la teoría historiográfica alemana contemporánea.

Su intención y su construcción teóricas, tras las que sostiene su oficio de historiador de la modernidad, presentan los aspectos que mayormente distinguen su pensamiento de otras formulaciones menos radicales,

44. En la continuidad relativa que existe entre la hermenéutica de Gadamer y la histórica de Koselleck, así como en el carácter más genuinamente historiográfico de la reflexión teórica que éste realiza, sostengo el aplazamiento hasta ahora de una cuestión medular: las variadas identidades del pensamiento ¿conceptual?, de Gaos y Gadamer –incluso posibles de inscribir dentro de la sugestiva, siempre que esté acotada hermenéuticamente, categoría del *Zeitgeist*: el año de nacimiento (1900), la hechura inicial bajo la teología católica, la formación crucial en la tradición filosófica y hermenéutica alemana, particularmente Dilthey, Husserl y Heidegger, la militancia en las formas no metódicas o ametódicas del conocimiento histórico, la actitud política efectiva ante su época y algunas más, circunstanciales, en torno de la temática y los años de publicación de ciertos de sus textos–, y que, comprensivamente, aparecen desde la perspectiva historiográfica mejor caracterizadas –en los términos de la ejemplaridad que busco– por la interpretación de la historia de Reinhart Koselleck. Así, propongo dentro de un esquema que pretende cumplir las especificaciones diacrónicas y sincrónicas del método conceptual, que la identidad hermenéutica posible de descubrir entre Gaos y Gadamer es de tipo koselleckiano o, si se prefiere, que muchas de las tesis historiográficas del sabio mexicano constituidas con base en una hermenéutica clásica –como ciencia auxiliar– en tránsito hacia otra como ciencia fundamental, contienen en germen postulados que sobre-viven a la ruptura gadameriana y que se encuentran con inusitada vigencia en la restitución realizada por Koselleck del *logos* histórico que, junto al hermenéutico, conforman su percepción del todo comprensivo: la histórica como doctrina de las condiciones de posibilidad de las historias. Para el *Zeitgeist* correlativo a las universidades alemanas de la década de los veinte, véase F. Gil Villegas, *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*, México, El Colegio de México/FCE, 1996, pp. 225-248, y para la formación de Gaos en la órbita de influencia de Ortega, V. Yamuni, *op. cit.*, pp. 8-14; así como L. Zea, "Alemania en la cultura hispanoamericana", en *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica*, México, UNAM/FCE, 1956, pp. 59-89 y "Ortega el americano", en *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica*, México, UNAM/FCE, 1956, pp. 93-120.

aunque más influyentes en el mundo iberoamericano como las de Lovejoy, Skinner y Pocock, y de otras como la de Reichardt y Schmitt que, aunque críticas del "elitismo" y la "centralidad" que le atribuyen a la *Begriffsgeschichte*, no dejan de reconocer su aguda pertinencia e indudable utilidad.[45]

Como punto trascendente de su reflexión, Koselleck realiza desde la ampliación del núcleo existenciario de Heidegger y conforme a la "implicación histórica de toda experiencia" de Gadamer, el deslinde de la teoría de la historia (*Theorie der Geschichte*) –como *Historik* (histórica)– de la pretensión hermenéutica a considerarla un subcaso más del comprender existencial. Distinta de la historia (*Historie*) entendida como "ciencia de la historia" (*Wissenschaft von der Geschichte*) y como "arte de su representación o narración" (*Darstellung oder Erzählung*), así como de las ciencias históricas (*Geschichtswissenschaften*) ocupadas en tematizar y estudiar las historias mismas (*Geschichten*). La histórica es postulada como teoría histórica situada al margen de los hallazgos determinables empíricamente de historias pasadas y fundamentalmente orientada hacia las condiciones de posibilidad de las historias, consideradas en las aporías de la finitud del hombre en su temporalidad:

> Inquiere aquellas pretensiones, fundadas teóricamente, que deben hacer inteligible por qué acontecen historias, cómo pueden cumplimentarse y asimismo cómo y por qué se les debe estudiar, representar o narrar. La Histórica apunta, por consiguiente, a la bilateralidad propia de toda historia, entendiendo por tal tanto los nexos entre acontecimientos (*Ereigniszusammenhänge*) como su representación.[46]

Estas pretensiones, derivadas en primera instancia por Koselleck del análisis existenciario del *Dasein* finito de Heidegger, y cuyo cometido es recuperarlo en su legibilidad como ontología fundamental mediante su traducción y complementación histórica, adquieren en el discurso del historiador alemán la forma de un agregado de categorías trascendentales antitéticas, dispuestas antropológicamente –es decir, referidas a determinaciones prelingüísticas o extralingüísticas– y encaminadas hacia la tematización de

45. Para un balance de las propuestas de los autores citados en relación a la *Begriffsgeschichte*, véase J. Villicañas, y F. Oncina, "Introducción", *op. cit.*, pp. 23-27, M. Richter, "*Begriffsgeschichte* and the history of ideas", en *Journal of the history of ideas*, núm. 48, 1987, pp. 247-263.

46. R. Koselleck, *Histórica y hermenéutica, op. cit.*, p. 70.

"algo así como la estructura fundamental temporal de posibles historias", sin por eso hacer ya "suficientemente descriptibles historias concretas".[47] De esta manera, a la determinación central de la finitud de la analítica del *Dasein*, el *precursar la muerte* (*Vorlauf zum Tode*), Koselleck agrega al mismo nivel de significación las de *poder matar* (*Totschlagenkönnen*) y *poder matarse* (*Sichumbringenkönnen*); tras estas, encuentra la antítesis entre *amigo-enemigo* llevada al nivel existenciario como "modo enteramente formal de finitudes que se manifiestan sobre el trasfondo de todas las historias de autoorganización humanas".[48] El tercer par antitético *interior-exterior*, aguda exacerbación del binomio que lo antecede, representa en la propuesta de Koselleck una adición nítidamente gadameriana a la definición de la "espacialidad del *Dasein*" como cooriginaria con su ser-en-el-mundo (*In-der-Welt-Sein*), ya que, para la histórica, dicha espacialidad ha de considerarse históricamente seccionada en un espacio interior y un espacio exterior: "no hay ninguna unidad de acción social o política que no se constituya delimitando otras unidades de acción".[49] Como cuarto factor determinante, la histórica se constituye como *generatividad* que, desde una base biológico-antropológica, da lugar a la realidad y la actividad de las generaciones en su sucesión diacrónica y a su delimitación factual más genérica: "o bien es posible tender un puente sobre la fracturas siempre dadas previamente entre las generaciones, o no lo es".[50] Finalmente, como quinta postulación de la finitud histórica, Koselleck aporta la dicotomía *amo-esclavo*, con la que busca pese a su aparente anacronismo, explicitar condiciones jerárquicas –arriba-abajo– inherentes a cualquier formalización o generalización de las relaciones de poder.[51]

Sobre este conjunto de connotaciones antitéticas que, como tales, expresan sólo idóneamente la tensión temporal de la estructura de finitud posheideggeriana o histórica –condiciones mínimas trascendentales necesarias entre las unidades de acción y dentro de éstas–,[52] y que, como se ha

47. *Ibid.*, pp. 73 y 84.

48. *Ibid.*, p. 77. Como desdoblamiento de la oposición amigo-enemigo –que el historiador alemán retoma de Carl Schmitt–, Koselleck consigna la existente entre secreto-público como constitutiva igualmente de cualquier unidad de acción social, pp. 78-81.

49. *Ibid.*, pp. 74-75.

50. *Ibid.*, pp. 81-82.

51. *Ibid.*, pp. 83-84.

52. *Ibid.*, p. 85.

manifestado, no remiten a la variedad de las historias que efectivamente acontecen sino a estructuras prelingüísticas y extralingüísticas, a modos de ser (*Seinsweisen*) que, aun debiendo ser mediados lingüísticamente, no se diluyen objetivamente en la mediación lingüística, sino que poseen también su propio valor autónomo, Koselleck instala su crítica histórica a la pretensión hermenéutica de resolver en su cosmos la historicidad radicalmente percibida por aquella.[53]

Si bien el historiador del *Zentrum* de Bielefeld parte del pleno reconocimiento de la hermenéutica filosófica de Gadamer, lo hace con la intención de establecer sus límites y de desprender de ello una conformación adecuada entre histórica y hermenéutica como todo comprensivo. Siendo para Koselleck la hermenéutica "primordialmente la doctrina de la inserción existencial en lo que se puede denominar historia (*Geschichte*), posibilitada y transmitida lingüísticamente",[54] lo histórico aparece, en primer lugar, como rango autónomo propicio a ser cubierto por determinaciones extra o prelingüísticas tendientes a un modo de ser de historias posibles que provocan sólo algo parecido a entender y comprender y, frente a lo cual, la hermenéutica, como doctrina de la comprensión, queda relegada a reaccionar ante un acontecimiento predeterminado teóricamente por la histórica: "luego la Histórica remite –formulado en términos sencillos– a nexos de acciones, a formaciones de finitud en un ámbito también extralingüístico; la hermenéutica remite a su comprensión".[55]

En segundo lugar, y en relación a su mediación lingüística, lo histórico evoca, asimismo, una doble distinción: la que provoca la representación hermenéutica de su objeto –en todo procesamiento lingüístico (*Versprachlichung*) importa el objeto que es expresado lingüísticamente–, que por su especificidad y complejidad el propio Gadamer reconoce como *inasequibilidad*, como inalcanzable pretensión de sentido (*Unerreichbare Sinnvorgabe*) que la historia impone a todo intento de comprender y que la hace superior a todo esfuerzo hermenéutico, por un lado, y la que, por el otro, desde su caracterización como ámbito narrativo, coloca a la ciencia histórica prácticamente como la superación de todo proceder hermenéutico.[56]

53. *Ibid.*, p. 87.
54. *Ibid.*, p. 86.
55. *Ibid.*, p. 87.
56. *Ibid.*, p. 89.

En este último cariz, que es ya discernible como momento previo a la fundamentación del concepto como vértice significante y significativo entre histórica y hermenéutica, Koselleck argumenta dentro del "marco metódicamente más reducido de las ciencias ligadas a textos y [...] sus interpretaciones" –jurídicas, teológicas y filológicas–, la índole exclusiva de la tarea histórica, pues mientras aquellas permanecen en sus exégesis en mayor o en menor medida supeditadas a la formalización o al *status* de sus fuentes, ésta

> [...] se sirve básicamente de los textos sólo como testimonios para averiguar a partir de ellos una realidad existente allende los textos. Por consiguiente, tematiza, más que [las otras exégesis] de textos un estado de cosas que en cualquier caso es extratextual, aun cuando constituya su realidad sólo con medios lingüísticos [...] Escribir la historia de un período significa [así,] hacer enunciados que no pudieron ser hechos nunca en ese período.[57]

V

Determinada la relación comprensiva imputable a histórica y hermenéutica como aquella que hay que inquirir de lo que se "filtra sin quererlo a través de los textos y que sólo más tarde resulta ser la verdad histórica",[58] el modelo koselleckiano se constituye a continuación, aunque sin extraviar sus rasgos de generalidad, como pensamiento estructurante también de las condiciones de posibilidad de las historias concretas. Su rango esencial: el concepto o, más precisamente, la historia conceptual.

Así como la histórica se refiere a las determinaciones extra o prelingüísticas de la historicidad, y la hermenéutica remite a la mediación o posibilitación lingüística de toda experiencia histórica, el punto de su unión

57. *Ibid.*, pp. 91 y 92. "Debemos diferenciar entre la historia efectual que madura en la continuidad de la tradición ligada a los textos y de su exégesis, por un lado, y, por otro, la historia efectual que, aunque posibilitada y mediada lingüísticamente, va más allá de lo asequible con el lenguaje. Hay procesos históricos que escapan a toda compensación o interpretación lingüística. Éste es el ámbito hacia el que la Histórica se dirige, al menos teóricamente, y que la distingue, aun cuando parezca ser abrazada por la hermenéutica filosófica", p. 93.

58. *Ibid.*, p. 93.

teórica ha sido postulado por Koselleck vía la conjugación de dos categorías apenas superables en su universalidad y sólo equiparables históricamente, por ello, a las de espacio y tiempo: espacio de experiencia y horizonte de expectativa, de cuya tensión se puede deducir algo así como el tiempo histórico.[59]

En tanto que dato antropológico previo sin el cual la historia no es posible, ni siquiera concebible, y como modos de ser diferenciables y complementarios de la existencia antropológica, la experiencia y la expectativa se constituyen en la posibilidad analítica más aguda de la propuesta koselleckiana, al responder temporalmente tanto a la bilateralidad inmanente de la historia –la historia en y para sí–, como a la estructurada científicamente por la histórica:

> [Los] dos conceptos no están sólo contenidos en la ejecución concreta de la historia, ayudándola a avanzar. En tanto que categorías son las determinaciones formales que explican esa ejecución, para nuestro conocimiento histórico. Remiten a la temporalidad del hombre y, si se quiere, metahistóricamente a la temporalidad de la historia.[60]

Como resulta ya totalmente previsible desde esta perspectiva que es, sin retórica, paradigmática, el cruce significativo entre histórica y hermenéutica apunta hacia su desdoblamiento en una intersección de tipo histórico-semántica, en la que, al igual que la que se encuentra expresada modélicamente en la caracterización de la experiencia y la expectativa, el concepto

59. El tiempo histórico representa una de las categorías centrales de la compleja obra de Koselleck y, como tal, esta sujeta a múltiples empleos y acepciones –sólo es definible aquello que no tiene historia (Nietzsche)–. Baste decir en este contexto, que se trata de uno de los descubrimientos realizados por Koselleck en torno de la semántica de la modernidad (*Neuzeit*), elevado al rango de categoría de conocimiento e interpretación. Aquí aparece en su sentido más lato, es decir, como escenario de finitud en el que ocurren las historias tensionadas por la experiencia y la expectativa, y tras un registro de corte obviamente gadameriano –el límite para la división– del transcurso histórico que conserva un mínimo de sentido. Véase R. Koselleck, "Representación, acontecimiento y estructura" y "Modernidad", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 141-153 y 287-332; H. G. Gadamer, "La continuidad de la historia y el instante de existencia", en *Verdad y método II*, *op. cit.*, pp. 133-143; y para el escenario como figuración del mundo de la vida, H. Blumenberg, "Una aproximación antropológica a la actualidad de la retórica", *op. cit.*, p. 127 y ss.

60. Véase Koselleck, "'Espacio de experiencia' y 'horizonte de expectativa'. Dos categorías históricas", en *Futuro pasado...*, *op. cit.*, pp. 336-337.

–explícitamente, la unidad mínima de significación histórica–, asume funciones y contenidos trascendentes y trascendentales.[61]

Recuperados inicialmente por Koselleck desde la perceptiva gadameriana que los asume como bastión de la historia que se efectúa, y de su representación, –esto es, como mediaciones dotadas de contenido significante entre los estados de cosas, los contextos, los procesos y, en general, entre la historia que en su momento fue real, por un lado, y las condiciones que le permiten a esa misma historia manifestarse hoy como posible y, de ese modo, ser representada, por el otro–, los conceptos históricos afinan su perfil al contrastarse fácticamente en su ubicuidad histórica y semántica, así como en su necesidad teorética.[62]

De esta forma, y con los únicos atenuantes de no esgrimirse, en primer lugar, como historia del concepto, o del lenguaje, o de toda aquella configuración que cancele la inmediatez hermenéutica del concepto –lo conceptual en tanto que *Dasein* histórico reformulado–, y de constituirse, en segundo lugar, limitadamente sobre la "terminología sociopolítica que es relevante para el acopio de experiencia de la historia social",[63] Koselleck postula una distinción clave y tres de sus implicaciones coordinadas para iniciar el desarrollo de su modelo conceptual: mientras que la historia social "sólo precisa de los textos para derivar de ellos estados de cosas y movimientos que no están contenidos en los textos mismos", la historia conceptual "se ocupa, en primera línea, de textos y de palabras", lo cual, además de imponer diferencias también en el sentido del método o la metódica, conlleva necesariamente a una regulación de carácter teórico entre las disciplinas:

61. En sentido estricto, la ubicación previa de la teoría conceptual tendría que dar cuenta, al menos, de dos temáticas inherentes a la del tiempo histórico koselleckiano situadas al margen, por así decirlo, de la experiencia y la expectativa: las estructuras formales del tiempo y su efectualidad histórica; sin embargo, la orientación comprensiva otorgada prioritariamente al presente texto, lo comprometió inicialmente más con la generalidad de los fundamentos humanos de la historia, que con los propiamente históricos de la misma (esta por demás señalar que la unidad de ambos términos sólo se ha quebrantado en aras de la exposición dentro de un espacio sumamente limitado). Por ello, remito para estos aspectos cruciales de la obra de Koselleck a sus artículos reunidos bajo el título *Sobre la teoría y el método de la determinación del tiempo histórico*, en especial "Historia, historias y estructuras formales del tiempo" y "Representación, acontecimiento y estructura", en *Futuro pasado*, *op. cit.*, pp. 127-140 y 141-153, respectivamente.
62. Véase R. Koselleck, "Representación, acontecimiento y estructura", en *ibid.*, pp. 150-151.
63. Koselleck, "Historia conceptual e historia social", en *ibid.*, p. 106.

1. En qué medida la historia conceptual sigue el método histórico-crítico clásico, pero contribuye con una elevada selectividad a concebir los temas de la historia social. Aquí ayuda subsidiariamente el análisis de los conceptos de la historia social.
2. En qué medida la historia conceptual representa una disciplina autónoma con una metodología propia, cuyo contenido y alcance hay que determinar de forma paralela a la historia social, pero solapándose de forma contrapuesta.
3. En qué medida la historia conceptual contiene una pretensión genuinamente teórica que no puede ser realizada más que de forma insuficiente por la que desempeña la historia social.[64]

A la primera cuestión, Koselleck responde afirmativamente en la medida que la exégesis de fuentes orientada a la aprehensión de los conceptos centrales de los textos, no puede proponerse al margen del contenido del método histórico-filológico tradicional, tales como la situación del autor y de los destinatarios, las circunstancias económicas, culturales, políticas y religiosas de sus sociedades, los usos lingüísticos de las comunidades, sus sectores y sus generaciones, etc., pero sí realiza, al concentrar unidades de significado, una labor que afina la perspectiva histórica –evitando los anacronismos, por ejemplo–, e incide en la afirmación armónica de la historia social concebida como síntesis estructural.

En cuanto al inciso dos, encaminado a señalar la dinámica interior del conocimiento conceptual, es claro que se trata también del deslinde de la *Begriffsgeschichte* respecto de la historia tradicional de las ideas políticas (Meinecke, Lovejoy), como de aquella revitalizada por la *New History* de la escuela de Cambridge e impulsada por sus seguidores desde la plataforma de la filosofía política.

Así, para Koselleck, dentro de la teoría del tiempo histórico, los conceptos activan posibilidades de sentido en dos niveles; por un lado, contenidos en los testimonios, tematizan sincrónicamente el ámbito del espacio de

64. *Ibid.*, pp. 105-106. Dentro de este esquema de la historia social como síntesis de historias, la historia de las ideas –o del pensamiento según el léxico koselleckiano–, aparece esgrimida como ciencia histórica, o bien como uno de los temas de la historia social y, por tanto, en cierta forma determinada por sus postulados teóricos y metódicos dirigidos allende los textos. En dicha unidad sostengo, por mi parte, la posibilidad de relacionar concomitantemente la historia conceptual y la historia de las ideas, de manera similar a como lo propone M. Richter, "Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner and the *Geschichtliche Grundbegriffe*", en *History and Theory. Studies in the Philosophy of History*, vol. 29, núm. 2, 1990, pp. 67-70.

experiencia y el horizonte de expectativa del tiempo investigado y, por el otro, diacrónicamente, producen y requieren la traducción científica de su significado histórico en términos comprensibles para la actualidad.[65] Esta situación semántica, que aparece en el pensamiento del historiador alemán como "exigencia metódica de la diacronía" para completar los estudios históricos, es la que argumenta el carácter autónomo de la historia conceptual frente a la historia social y de las ideas:

> Esta perspectiva metódica se transforma consecuentemente a lo largo del tiempo y también respecto al contenido, en una historia del concepto que se ha tematizado. Al liberar a los conceptos en el segundo paso de una investigación, de su contexto situacional y al seguir sus significados a través del transcurso del tiempo para coordinarlos, los análisis históricos particulares de un concepto se acumulan en una historia del concepto. Únicamente en este plano se eleva el método histórico-filológico a historia conceptual, únicamente en este plano la historia conceptual pierde su carácter subsidiario de la historia social.[66]

La mutua acción de solapamiento beneficia aquí, sin embargo, primordialmente a la historia social. Por ejemplo, tratándose de la permanencia, el agotamiento, el cambio o la renovación del significado de un concepto en relación con las estructuras extra-textuales que lo acompañan, solamente a través del análisis diacrónico es posible comparar y mensurar los desplazamientos históricos o semánticos y su recíproca interconexión, con lo que se "aumenta el rendimiento de la historia social" y se "acrecienta la relevancia socio-histórica de sus resultados".[67]

De cualquier forma, la peculiaridad conceptual se halla emplazada sobre una ulterior y más drástica determinación respecto a una historia del lenguaje con pretensiones de asumirse como historia social. Esto es, el planteamiento de Koselleck reargumenta y precisa la distinción gadameriana entre palabra y concepto, llevándola hacia su conjunto de estructuras temporales y de determinaciones de la experiencia histórica.

65. Véase R. Koselleck, "'Espacio de experiencia' y 'horizonte de expectativa'. Dos categorías históricas" y "Compromiso con la situación y temporalidad", *op. cit.*, pp. 333-334 y 198.

66. Koselleck, "Historia conceptual e historia social", en *ibid.*, p. 113.

67. *Ibid.*, p. 113.

De acuerdo con el esquema de trilateralidad lingüística que simplifica el círculo hermenéutico significante-significado-referente, los conceptos históricos son distinguibles de las palabras de las fuentes, en primera instancia, desde la exégesis crítica, dado su carácter polisémico y su concreta pretensión de generalidad: "cada concepto [socio-político] depende de una palabra, pero cada palabra no es un concepto social y político".[68]

De manera menos inmediata, la traducción de una palabra en concepto está íntimamente ligada a la naturaleza del lenguaje que se emplea, por lo que, frente a la condición de polivocidad inherente –cualidad histórica común– a todas las palabras y a todos los conceptos en tanto que palabras, y que Koselleck entiende como la adhesión de los significados a los significantes determinada por el "contenido pretendido", el "contexto hablado o escrito" y la "situación social", el historiador alemán postula una polivocidad del concepto, en tanto que concepto, que a diferencia de la polivocidad de las palabras que comúnmente deviene en univocidad en el acto comunicativo, permanece apegada a una multiplicidad de significantes y significaciones:

> Ahora bien, una palabra puede hacerse unívoca –al ser usada–. Por el contrario, un concepto tiene que seguir siendo polívoco para poder ser concepto. También él está adherido a una palabra, pero es algo más que una palabra: una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra.[69]

Propuestos a este nivel como resultado del proceso en que a la polivocidad de las palabras se agrega la pluralidad de la realidad de la experiencia histórica, los conceptos asumen para Koselleck la forma de concentrados de contenidos significativos, a los que la concurrencia simultánea de los significados de las palabras y de lo significado por ellas, otorga la capacidad de la aprehensión del sentido y la cualidad que unifica en sí la totalidad del significado:

68. *Ibid.*, pp. 116 y 117.
69. *Ibid.*, p. 117.

> Así, un concepto puede ser claro, pero tiene que ser polívoco. *Todos los conceptos en los que se resume semióticamente un proceso completo se escapa a la definición; sólo es definible aquello que no tiene historia* (Nietzsche). Un concepto reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, sólo está dado y se hace experimentable por el concepto.[70]

Es necesario recordar aquí que la noción de totalidad expresa no sólo la ubicación trascendental del concepto, sino también y principalmente, su dinámica al interior del nexo con la pluralidad de la experiencia histórica. Los conceptos, además de contener o abarcar determinadas condiciones sociopolíticas –por lo que son propuestos por Koselleck como indicadores o índices de dichas condiciones–, son al mismo tiempo factores de los contextos que engloban: "con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la teoría concebible".[71]

El aspecto medular de la tesis anterior, amén del que le sirve a Koselleck para restablecer el carácter del lenguaje conceptual como medio consistente en sí mismo para tematizar la capacidad de experiencia y la vigencia de las teorías, implica el reconocimiento de la convergencia de concepto e historia desde una perspectiva que rebasa el simple alineamiento entre el "espíritu de la época" articulado lingüísticamente y el contexto de los acontecimientos, para situarse por completo dentro de una teoría del conocimiento capaz de responder ante la complejidad de una relación desigual y mutuamente diferenciada compuesta por la transformación de los significados de los conceptos, la transformación de los estados de cosas –materiales o ideales– y el cambio de la situación contextual y sus ámbitos de presión hacia nuevas denominaciones:

> La investigación de un concepto no debe proceder sólo semasiológicamente, no puede limitarse nunca a los significados de las palabras y su modificación. Una historia conceptual tiene que considerar una y otra vez los resultados de la investigación en *historia del pensamiento* o en historia de los hechos y, sobre todo, debe trabajar también onomasiológicamente, alternando con la intervención semasio-

70. *Ibid.*, p. 117.
71. *Ibid.*, p. 118.

lógica. Esto significa que la historia conceptual debe clasificar también el gran número de denominaciones para estados de cosas (¿idénticos?), para poder dar razón acerca de cómo algo ha sido incluido en un concepto.[72]

La aplicación diacrónica fundada en la hermenéutica histórico-existenciaria, la condensación total del significado de la experiencia histórica en el concepto que es a su vez índice y factor, así como la relación de concomitancia exigida entre concepto y acontecimiento, constituyen de esta forma el postulado de autonomía de la historia conceptual y, por su condición específicamente metódica, prefigura también y consecuentemente su representación teórica.

Para dirimir este tercer aspecto de su planteamiento conceptual, Koselleck recupera una de sus premisas ya revisadas: mientras que el análisis sincrónico tematiza situaciones, el diacrónico hace lo propio con su transformación. De ahí que el nexo entre concepto y sociedad, entre historia conceptual e historia social/historia del pensamiento, asuma un carácter crítico dentro de la teoría del conocimiento histórico o, si se prefiere, dentro de la teoría histórica del conocimiento.

Esto es, la persistencia de las palabras tomada por sí misma, no implica necesariamente que el estado de cosas que sintetizan permanezca igualmente inalterado e, inversamente, estados de cosas cuya modificación ha sido nula o de largo plazo, han recibido, sin embargo, múltiples y variadas denominaciones. El asunto se traslada así, nuevamente, hacia la dimensión del pensamiento diacrónico, aunque dentro de un ámbito distinto de generalidad:

> En el cambio de perspectiva pueden hacerse visibles eliminaciones entre los significados antiguos de palabras que apuntan a un estado de cosas que se extingue y los nuevos contenidos que surgen para esa misma palabra. Entonces pueden considerarse aspectos del significado a los que ya no corresponde ninguna realidad,

72. *Ibid.*, p. 119. Simplificadamente, la teoría lingüística considera el método semasiológico como el procedimiento que, partiendo del signo, realiza la determinación del concepto correspondiente. Parte de la identificación de los entornos, de la capacidad distribucional y de los paradigmas semánticos en los que figuran los signos, para, de esa forma, referirlos a su campo conceptual. Por su parte, el método onomasiológico o "estudio semántico de las denominaciones", va del concepto hacia la determinación de sus signos lingüísticos y analiza "la sustancia del contenido para establecer la forma del contenido o signos lingüísticos que segmentan el *continum* conceptual de las ideas". Véase el *Diccionario Enciclopédico Lexix/22*, ff. 15 y 19, España, 1977.

> o realidades que se muestran a través de un concepto cuyo significado permaneció desconocido. Precisamente una consideración retrospectiva diacrónica puede descubrir secciones que están ocultas en el uso espontáneo del lenguaje.[73]

Como puede advertirse, se trata de un punto de vista que al localizar y abordar temporalmente los distintos niveles del significado de un concepto, permite desplazar la relación metódica entre sincronía y diacronía hacia el ámbito propiamente teórico de la reflexión histórica, en donde lo que se tematiza es, más bien "la simultaneidad de lo anacrónico que puede estar contenida en un concepto".[74]

Así, la premisa teórica de la historia conceptual queda expuesta como la necesaria comparación y articulación de la permanencia y el cambio que, desde su particularidad lingüística realizada en fuentes y en categorizaciones científicas, produce a su vez presupuestos teóricos que ninguna historia social referida a hechos históricos –incluyendo, claro está, las ideas–, puede producir y mucho menos soslayar.

La cualidad general del lenguaje, que le permite a cualquier significado ir más allá de lo que originalmente contuvo, conceptualmente se traduce tanto en la posibilidad del concepto para configurarse como categoría científica que formaliza la articulación o bien que brinda la perspectiva adecuada para la comparación, como y primordialmente, en su capacidad para delimitar radicalmente las condiciones de las historias posibles:

> Existe la historia conceptual, cuyas premisas teóricas producen enunciados estructurales, sin cuya aplicación no puede llegarse a una historia social que proceda con exactitud. [Esta última] precisa pues de una teoría [conceptual], sin la que no podría concebir lo que hay de común y de diferente en el tiempo.[75]

VI

De la extraordinaria obra conceptual que el equipo dirigido por Koselleck, Conze y Brunner ha realizado sobre la emergencia de la modernidad occi-

73. Koselleck, "Historia conceptual e historia social", *op. cit.*, p. 122.
74. *Ibid.*, p. 123.
75. *Ibid.*, pp. 124 y 126.

dental, partiendo *strictu sensu* de la alemana (*Neuzeit*),[76] he de referirme, ya sin solución, esquemáticamente, a aquellos neologismos que más peculiarmente traducen la aplicación conceptual dentro del entorno de la crítica a la historia de las ideas posgaosiana: los conceptos de movimiento.

Situados al interior más amplio de los procesos histórico-semánticos de "singularización colectiva",[77] los conceptos de movimiento de la modernidad son proyectados por Koselleck, en un primer nivel de generalidad, como aquellos que expresan en su novedad el incremento específico de significado que ha implantado en ellos algo parecido al movimiento histórico o a la temporalización de la historia y, al nivel histórico efectual de la política y el lenguaje, como acuñaciones que sobre estiman perspectivistamente el movimiento histórico en el futuro, para justificar la acción política aliada con él:

> La lucha semántica por definir posiciones políticas o sociales y en virtud de esas definiciones mantener el orden o imponerlo, corresponde, desde luego, a todas las épocas de crisis que conocemos por fuentes escritas. Desde la revolución francesa, esta lucha se ha agudizado y se ha modificado estructuralmente: los conceptos ya no sirven solamente para concebir los hechos de tal o cual manera, sino que se proyectan hacia el futuro. Se fueron acuñando progresivamente conceptos de futuro; primero tenían que pre-formularse lingüísticamente las posiciones que se querían alcanzar en el futuro, para poder establecerlas o lograrlas. De este modo, disminuyó el contenido experiencial de muchos conceptos, aumentando proporcionalmente la pretensión de realización que contenían. Cada vez podían coincidir menos el contenido experiencial y el ámbito de esperanza.[78]

76. Véase O. Brunner, W. Conze, y R. Koselleck (dirs.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland, 1750-1870,* (*Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*), Stuttgart, Klett-Kotta, 1972-1999, 8 vols. El diccionario se compone de 120 voces reunidas en siete volúmenes, más el índice crítico, y debe su orientación fundamental a las ideas enunciadas por Koselleck en un texto de 1963, posteriormente publicado (1967) por el *Archiv für Begriffsgeschichte*: *Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit* (Directrices para el léxico de conceptos políticos-sociales de la época moderna).

77. Koselleck concentra en dicha caracterización una serie de transformaciones semánticas ocurridas en el ámbito discursivo occidental durante, aproximadamente, 1750 y 1870, y que, en términos generales, enunciarían la singularización de experiencias históricas antes pluralizadas: de las historias a la Historia, de las libertades a la Libertad, de las revoluciones a la Revolución, de los progresos al Progreso, etc. Véase R. Koselleck, "Historia magistra vitae", en *Futuro pasado, op. cit.*, p. 56.

78. R. Koselleck, "Historia conceptual e historia social", *op. cit.*, p. 111.

No es casual, bajo la anterior tesitura, que muy probablemente Kant hacia finales del siglo XVIII, haya coordinado por vez primera el movimiento perspectivista de la historia en el futuro con la acción política supeditada a él, conceptualizando dicho proceso como republicanismo y saturando de futuro con ello un concepto tradicional de organización –el de república–, que más que a la permanencia programable y necesaria en la construcción de la sociedad ideal deducida moralmente, aludía o delimitaba una simple situación histórica:

> Así pues, la temporalización no sólo ha transformado los antiguos conceptos de organización social, sino que también ha ayudado a crear otros nuevos encontrando todos su denominador temporal común en el sufijo *ismo*. Su carácter común consiste en que se basan sólo parcialmente en estados de experiencia y en que la expectativa del tiempo venidero crece proporcionalmente a la carencia de experiencia.[79]

Emplazados desde este marco de referencia histórico-conceptual, esencialmente configurado en los términos de la representación histórica y temporal de la estructura del progreso, es decir, de la revolución y la aceleración permanente, proyectable y programable de la historia,[80] no sólo el proceso de recepción de la semántica de la modernidad adquiere relevancia para los estudios historiográficos mexicanos o americanos, sino que los fundamentos propios de la historia de las ideas oficiada por Gaos y después de Gaos, encuentran su más adecuada delimitación teórica e histórica.

Un ejemplo paradigmático de ello lo constituye el concepto americano de movimiento indigenismo, especialmente en la formulación de

79. R. Koselleck, "Modernidad", en *ibid.*, p. 325. Al concepto de republicanismo le siguen cronológicamente y en importancia política, según el historiador alemán: democratismo, liberalismo, socialismo y comunismo.
80. Como concepto político agudamente resignificado en la modernidad, el de revolución representa íntegramente el movimiento cumulativo-irreversible de la racionalidad histórica anclada en el futuro y, junto a los de progreso, liberación y emancipación, integrarían las máximas político-semánticas del proceso de temporalización –como secularización– occidental. De la complejidad de su análisis, menciono apenas dos generalidades útiles para pensar su recepción americana: su papel catalizador en la reconfiguración de la utopía en ucronía, y las consecuencias que para la teoría de la decisión política acarreó su absolutización permanente como cotidianidad: "con otras palabras, la revolución recibe un acento trascendental, y se convierte en principio regulador tanto para el conocimiento como para la acción de todos los hombres incluidos por ella. El proceso revolucionario y la conciencia de la revolución, afectada por aquél y que vuelve a actuar sobre él, se corresponde desde entonces de forma inseparable". Véase R. Koselleck, "Criterios históricos del concepto de revolución", *ibid.*, p. 76.

Villoro, y cuyas implicaciones académicas y sociopolíticas, amén de indudables y fácilmente reconocibles, han trascendido con mucho las fronteras espaciales y temporales de su textualidad.[81]

Amparado en la realidad lógica que descubre el sentido de lo histórico desde los principios de la filosofía de la historia propios del método gaosiano,[82] Villoro no puede partir más que de considerar como unidad mínima de significación el nexo lógico establecido entre sujeto-concepto-predicado-mundo, lo que si bien, por un lado le permite justificar el empleo artificial de una palabra que no deriva de fuentes históricas sino del "espíritu de la época" como categoría científica, –es decir, al no significar el concepto de indigenismo por sí mismo, sino en su relación con lo que lógicamente se dice del sujeto o del mundo, puede fungir, bien acotado, como contenedor o acompañante de esencialidades históricas–, por el otro lado, aunque montado también sobre el anterior anacronismo, lo lleva inevitablemente a la supresión de la propia y primigenia circunstancialidad histórica y temporal del concepto.

Baste, para clarificar, la exégesis atenta de su tesis principal: "esta doble faceta: concepción y conciencia indigenistas, constituye lo que llamamos 'indigenismo'. Podríamos definir a éste como aquel conjunto de concepciones teóricas y de procesos concienciales que, a lo largo de las épocas, han manifestado lo indígena".[83]

Semánticamente, el primer cuestionamiento emerge dado el *a priori* en que se sustenta la idea de lo indígena del indigenismo como permanencia transepocal y que oculta –paradójicamente y a pesar de la intención desideologizante del autor–, uno de los aspectos cruciales del campo temático,

81. Para lo que sigue es imprescindible el reconocimiento de una abstracción: la que hasta cierto punto pasa por alto las posibilidades y peculiaridades del concepto en México y Perú, situándolo más ampliamente como producto del tiempo histórico americano, y que el propio Villoro asume al equiparar su propuesta con las conclusiones emanadas del segundo congreso continental de indigenistas celebrado en Cuzco, Perú, en 1949. Véase L. Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1979 (1949), nota 41, pp. 206-207.

82. De hecho, el prólogo a la segunda edición de *Los grandes momentos del indigenismo en México*, avalado por el autor hasta por lo menos 1979, no es otra cosa que la precisión autocrítica del carácter encubridor del lenguaje, descrita en los términos de la ideología del marxismo revisionista de los años setenta: "[el libro] no logra mostrar con claridad el carácter ideológico de las concepciones indigenistas. Porque para ello tenía que haber mostrado cómo, en cada momento, los conceptos empleados ocultaban una realidad concreta, al expresarla en un lenguaje que la disfraza". L. Villoro, *ibid.*, p. 11.

83. L. Villoro, *ibid.*, p. 15.

a saber, la traslación mediante la que la voz latina indígena = originario, se convierte en el concepto que denomina en exclusividad a la población aborigen de la Indias Occidentales, y que no ocurre sino al finalizar el siglo XVIII,[84] en el ámbito de las singularizaciones colectivas –sobre todo la de las historias en historia universal–, que le permiten a Clavijero hacer de los pueblos indios "ejemplo clásico" o "pueblo modelo" digno de pertenencia al pasado común de la humanidad, como "pueblo indígena" de América, y que será la premisa sobre la que los criollos proyectarán el futuro del Anahuac como futuro precortesiano.[85]

Ahora bien, la complejidad que aquí apenas asoma, y que debe complicarse por lo menos con la referencia al proceso paralelo que amplía el significado de lo natural = indio = aborigen, hacia la integridad de lo americano, se acentúa con la observación de que, y no obstante la cada vez más patente indigenización del indio en el discurso político de las elites americanas, los conceptos que se resignifican o se acuñan hasta bien entrado el siglo XX para referir la relación de lo no indio con el indio o el indígena, son de raíz indiana.[86]

Acotada por esta perspectiva que resalta ya la carencia de la idea frente al concepto, aparecerá lógicamente comprensible, entonces, que sobre la categoría de indigenismo ocurra una supresión histórica similar y quizá de consecuencias políticas más trágicas.

Así, y aunque genealógicamente la conformación política del concepto esté por descubrirse, me parece pertinente apuntar algunas de las condiciones generales del contenido de su historia posible. En primer lugar, y no sólo porque de esta forma se inscriba cronológicamente, sino también porque constituye su núcleo simbólico o su arquetipo mítico fundacional, de prefiguración histórica y temporal, hay que considerar dentro de su tradición

84. A este respecto, la investigación histórica apenas comienza. Véanse como meros apuntes de la intención: L. González de Alba, "Del indigenismo", en *Nexos*, vol. 22, núm. 258, junio de 1999, pp. 53-57; y O. Mazín, "De los indios a los indígenas: procesos de transformación", en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. 20, núm. 78, primavera de 1999, pp. 11-15.

85. L. Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM, 1983, pp. 172-173.

86. Como por ejemplo indiano, indianizar e indianista. Véase R. Alcides, *El indio en los diccionarios. Exégesis léxica de un estereotipo*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1983, pp. 149-237; J. Comas, "Algunos datos para la historia del indigenismo en México", en *América Indígena*, vol. 8, núm. 3, junio de 1948, pp. 181-218, y M. Marzal, *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*, México, Anthropos-UAM, 1993, pp. 419-432.

genérica los escritos literarios de Clorinda Matto de Turner y los políticos de González Prada que, al unísono, y como superación realista del romántico y caduco indianismo, proyectan la acción indigenista como conquista política y económica de futuro.[87]

En segundo lugar, la configuración de la revolución mexicana como ejemplo tópico de significación histórica, en tanto que efectualmente indígena y agraria, pero de teoría universal y de conducción mestiza y urbana. En tercer lugar, la contundente presencia de la revolución rusa en el espíritu de la época que, por un lado patentiza las ilimitadas posibilidades de su racionalidad revolucionaria al alcanzar la entera disponibilidad de la historia en cuanto artificio humano y que, por el otro, despliega el horizonte temporal hacia nuevos sujetos, contenidos y ritmos del proceso histórico mundial.[88] Finalmente, en cuarto lugar, se precisa la exégesis del cuerpo semántico de la reforma universitaria acaecida en América del Sur a partir de 1918 y que, en su especificación peruana, alumbrará el concepto de indigenismo en su más pleno sentido histórico: como índice y factor del tiempo de la revolución y la aceleración histórica americana –la hora de América–, encargado de sintetizar la ucronía alterna –de alteridad indígena– a occidente.[89]

Asimilado lo anterior, el concepto aparece ya nítidamente perfilado en el pensamiento de Mariátegui en 1927, bajo la advocación del indigenismo socialista[90] y en estrecha relación –relación que necesita ser observada con la intervención de la onomasiología– con los vocablos puestos en movimiento por Haya de la Torre en 1924: Indoamérica, indoamericano e indoamericanismo, y que incluso se ligarán, posteriormente, como socialismo indoamericano.[91]

87. Véase C. Figueroa, "Clorinda Matto de Turner: encrucijada de 'indianismo' e 'indigenismo'", Tesis PHD, George Washington University, UMI, Dissertation Services, 1991, p. 41.

88. Para la noción de la "entera disponibilidad de la historia" véase R. Koselleck, "Sobre la disponibilidad de la historia", *op. cit.*, pp. 251-266; la concepción de la política moderna como artificio se encuentra en G. Marramao, *Poder y secularización*, Barcelona, Península, 1989 (1983), pp. 45 y ss.

89. Sobre la ucronía americana véase Gaos, "Pensamiento de lengua española", en *Obras Completas VI*, *op. cit.*, p. 82 y ss.

90. Véase J. Mariátegui, "Indigenismo y socialismo", en *El proceso del gamonalismo. Boletín de defensa indígena,* suplemento de Amauta, vol. 1, núm. 3, marzo de 1927, pp. 37-39.

91. Véase R. Haya, *Construyendo el aprismo*, Buenos Aires, Claridad, 1933, p. 5.

Desde esta perspectiva, que va de lo literario a lo político futurológico, el asunto de la exacta dilucidación del origen del concepto puede quedar igualmente diferida, dado que en los términos que aquí interesan, es decir, la de los de su acepción política, es indudable su determinación peruana.

No sucede lo mismo, sin embargo, con el comportamiento posterior del concepto que, además de la justificación científica de sus premisas centrales, recibe de parte de la antropología mexicana de la revolución institucionalizada –la revolución permanente–, la posibilidad política de realizarse como historia efectual, esta vez mediante su agregación semántica a las relaciones internacionales como indigenismo interamericano.[92]

De esta manera, para 1940, puede decirse concluyentemente, el concepto ha recibido en sí tal cantidad de significación, que ha logrado imponerse epocalmente y producir de esa forma sus propios referentes sociales y políticos. En algunos de los documentos más importantes del período y la temática, esto es, los reunidos alrededor del Primer Congreso Indigenista Interamericano, celebrado en Pátzcuaro, Michoacán, aparecen ya sólidamente sustentadas al menos dos formulaciones trascendentes hasta entonces inéditas o impensables: la certeza de la irreversibilidad del proceso revolucionario de indigenización universal encarnado por la revolución mexicana:

> [...] México ha realizado, en gran parte, el programa del movimiento. La revolución ha dejado de ser lo que fue en sus orígenes; un impulso y un ímpetu para convertirse en una doctrina que marcha, una realidad que se palpa, una esperanza de la que nadie duda, un *horizonte que todos contemplan*. Este Congreso Indigenista es una de las formas logradas de la revolución mexicana, que, en este caso, ya abarca a todos los pueblos de América.[93]

Y, menos ideática, aunque más consistente, la reiterada mención que en cada una de las descripciones de los compromisos base firmados por las delegaciones oficiales asistentes al Congreso –incluida la de EU–, se hace

92. Véase R. Haya, *Treinta años de aprismo*, México, FCE, 1956 (1940), pp. 193.

93. "Discurso del dr. José Ángel Escalante, Delegado de la República del Perú, en ocasión de la clausura del Primer Congreso Indigenista Interamericano, en representación de las delegaciones que lo constituyeron", en *México Agrario*, vol. 2, núm. 2, 1940, p. 150.

de una realidad que sólo conceptualmente puede ser aprehendida en toda su significación histórica: la de los Estados de Indoamérica o, bien, la de las Repúblicas indoamericanas.[94]

Por todo lo anterior, y aún y cuando Villoro no deja de considerar y, de hecho, de desarrollar lúcidamente en el "tercer momento" de su adaptación del concepto de indigenismo a la realidad histórica mexicana, algunas de sus peculiaridades histórico-filosóficas más ascendradas, me parece pertinente aseverar que éste, como categoría, al no poder desprenderse del sentido inmanente a la serialidad lógica de la filosofía de la historia que lo sustenta, termina por cancelar el acontecimiento semántico en su más profunda y significativa unidad histórica y temporal.

En todo caso, lo que importa no es tanto, o no tan sólo, señalar los riesgos del anacronismo conceptual, sino restaurar la reflexión ahí donde la historia de las ideas se ha detenido y orientarla hacia la simultaneidad de lo anacrónico que el concepto tematiza y desde la que se hace plausible la pregunta hermenéutica por la posibilidad pasada y futura de las historias. En su decadente vigencia como doctrina positiva de Estado y como objeto de deslinde de nuevas construcciones conceptuales, el indigenismo político, sometido restringidamente a críticas de carácter ideológico y decantado por ello sólo de lo que es directamente encubridor, parece haber sobrevivido a su transformación dialéctica en sus aspectos temporales más distintivos y comprometedores; de hecho, como indianismo, y por más que en éste se apele a la simple pulverización de las identidades contenida en conceptos sin historiar, tales como los de *autonomía* y *autogestión*,[95] como argumento casi único de su pretendida posmodernidad, conceptualmente sigue remitiendo a un proceso inmerso en la experiencia de la racionalidad lógica de la historia propia de los metarelatos de la modernidad y, como trágica conse-

94. Véase *Acta Final. Primer Congreso Indigenista Interamericano*, México, Comisión Permanente del Congreso Indigenísta Interamericano, 1940, varias resoluciones. "[...] es deber de este Congreso señalar los grandes derroteros que deben seguir los Estados de Indoamérica en su política económica y social a favor de la raza indígena que integra sus distintas nacionalidades [...]".

95. Al respecto véase E. Cruz, "Autonomía: problema cultural o de seguridad nacional", en *VI Jornadas lascasianas. La problemática del racismo en los umbrales del siglo XI*, México, UNAM, 1997, pp. 329-336; H. Díaz-Polanco, *La rebelión zapatista y la autonomía*, México, Siglo XXI, 1997, y L. Villoro, "En torno a la autonomía de los pueblos indígenas", en S. Zavala, *Presente, cultura y derechos de los pueblos indígenas de México*, México, Archivo General de la Nación/FCE, 1996, pp. 161-191.

cuencia, amparado también en el horizonte de la futurología como el ámbito adecuado para dirimir o tensionar la decisión política.[96]

VII

La clave para esclarecer la retórica de este texto es simple y llana en su oscilación: restablecer el campo semántico trazado por Gaos para la disciplina histórica, a la luz de la frontera del conocimiento hermenéutico y de la libertad creadora que éste apareja.

Re-establecer tanto en el sentido de volver a situar, rememorándolo, en un lugar central algún aspecto menospreciado o desapercibido, como en el que implica asentarlo sobre nuevas y más sofisticadas bases, aunque del mismo origen conceptual y de la misma raíz humanista.

En la fusión temporal de horizontes que provoca el encuentro posible de la hermenéutica de Gaos, como filosofía de la historia, y la histórica de Koselleck, lo que menos importa, por ahora, es explicitar las coincidencias y similitudes teóricas y metodológicas de entreambos modelos, necesariamente accidentales o de obvia derivación por el fondo común heideggeriano. En el pensamiento de Gaos existen ciertamente multitud de anticipaciones –incluso de estricto apego conceptual– relacionadas con el cruce significativo entre hermenéutica y tiempo histórico,[97] que después serán desarrolladas teóricamente por Koselleck y cuya presencia lleva inevitablemente a la reflexión de la superioridad de Gaos como filósofo de la historia, y otras que, como la de la inserción historiográfica en el tiempo

96. Véase V. Toledo, "Zapatismo y ecología. Una ruta hacia la paz y la modernidad alternativa", en *La Jornada del Campo*, núm. 61, 1997, pp. 6-8, y el documento de libre acceso en internet de L. Hernández, *Movimientos armados y procesos de paz en América Latina: la experiencia mexicana vista desde el sur*, (Xerox), 1999, pp. 1-14.

97. Dos ejemplos representativos: la precisión histórico-conceptual que Gaos realiza sobre el término política, como trabajo previo a la descripción de lo político como segunda característica fundante del pensamiento de lengua española y, de mayor amplitud, la circunstancia teórica que lo impulsa a comenzar sus *Notas sobre la historiografía* distinguiendo el significado conceptual de las palabras Historia, historia e historiografía. Véase J. Gaos, "Pensamiento en lengua española", *op. cit.*, p. 70, y "Notas sobre la historiografía", *op. cit.*, nota 1, p. 66.

histórico, por su sorprendente identidad, dieron lugar a estas líneas y quizá darán ocasión a otras posteriores.[98]

Sin embargo, hay en las obras consideradas de Gaos y Koselleck cierta unidad que no debe soslayarse, debido, sobre todo, a su peculiaridad pragmática. Así como el pensamiento de lengua española construye el mundo de la vida desde formas ametódicas que lo vinculan esencial y directamente con la política como ciencia del artificio del hombre en la historia,[99] la histórica de Koselleck, tensionada por el concepto como índice y factor de la experiencia de lo histórico, deriva igualmente hacia la consideración de la palabra "puesta en marcha" como la llave del quehacer humano, radicalmente político.

De esta manera, tanto los conceptos como las ideas encuentran, en sus respectivas historias, un fondo común: la palabra que, respondería yo finalmente a la exigencia de Villoro y de Matute, dicha a alguien, conforma el fundamento más cabalmente humano de la ciencia histórica.

Ciudad de México, agosto de 2000

BIBLIOGRAFÍA

ACTA FINAL, *Primer Congreso Indigenista Interamericano*, México, Comisión Permanente del Congreso Indigenista Interamericano, 1940.

ALCIDES, Raúl, *El indio en los diccionarios. Exégesis léxica de un estereotipo*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1983.

BLUMENBERG, Hans, "Una aproximación antropológica a la actualidad de la retórica", en *Las realidades en que vivimos*, trad. Pedro Madrigal, Barcelona, Paidós, 1999 (Pensamiento Contemporáneo, 58).

______ "Situación lingüística y poética inmanente", en *Las realidades en que vivimos*, trad. Pedro Madrigal, Barcelona, Paidós, 1999 (Pensamiento Contemporáneo, 58).

98. En el discurso de Gaos, la superioridad del filósofo está definida en relación con su cualidad "humanista" para ejercer indirectamente –¿estéticamente?–, el dominio sobre lo(s) demás. Véase V. Yamuni, *op. cit.*, p. 14.

99. Véase J. Gaos, "Pensamiento de lengua española", *op. cit.*, p. 88.

BRUNNER, Otto, W. CONZE y R. KOSELLECK (dirs.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politish-sozialen Sprache in Deutschland, 1750-1870*, Stuttgart, Klett-Kotta, 1972-1999, 8 vols.

COMAS, Juan, "Algunos datos para la historia del indigenismo en México", en *América Indígena*, vol. 8, núm. 3, julio de 1948.

CRUZ, Elisa, "Autonomía, problema cultural o de seguridad nacional", en *VI Jornadas lascasianas. La problemática del racismo en los umbrales del siglo XI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

DÍAZ-POLANCO, Héctor, *La rebelión zapatista y la autonomía*, México, Siglo XXI, 1977.

Diccionario Enciclopédico Lexis/22, V. España, Ameo, 1977.

"Discurso del dr. José Ángel Escalante, delegado de la República del Perú, en ocasión de la clausura del Primer Congreso Indigenista Interamericano, en representación de las delegaciones que lo constituyeron", en *México Agrario*, vol. 2, núm. 2, abril-junio de 1940.

FIGUEROA, Carmen, "Clorinda Matto de Turner: encrucijada de 'indianismo' e 'indigenismo'", tesis PHD, George Washington University, UMI, Dissertation Services, 1991.

GADAMER, H. G., *Verdad y método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1996.

______"Lenguaje y comprensión", en *Verdad y método II*, trad. Manuel Olasagasti, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1994.

______"Texto e interpretación", en *Verdad y método II*, trad. Manuel Olasagasti, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1994.

______"La continuidad de la historia y el instante de existencia", en *Verdad y método II*, trad. de Manuel Olasagasti, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1994.

______"La historia del concepto como filosofía", en *Verdad y método II*, trad. Manuel Olasagasti, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1994.

______"Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica", en *Verdad y método II*, trad. Manuel Olasagasti, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1994.

______"Réplica hermenéutica y crítica de la ideología", en *Verdad y método II*, trad. Manuel Olasagasti, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1994.

______"Retórica, hermenéutica y crítica de la ideología. Comentarios metacríticos a *Verdad y método I*", en *Verdad y método II*, trad. Manuel Olasagasti, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1994.

GAOS, José, "Filosofía y literatura, según un filósofo español", en *Obras Completas IX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

______"Pensamiento de lengua española", en *Obras Completas VI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

______"Notas sobre la historiografía", en Álvaro MATUTE, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (SepSetentas, 126).

______"Notas sobre el objeto y el método en la historia de las ideas", en Andrés LIRA, "Seminario José Gaos", *Historia Mexicana*, vol. 20, núm. 1, julio-septiembre de 1970.

______"La antropología filosófica en nuestros días", en *Historia Mexicana*, vol. 16, núm. 3, enero-marzo de 1967.

______"¿Es el historicismo relativismo escéptico?", en *Discurso de filosofía y otros trabajos sobre la materia*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1959.

______"Historia y concepto de la verdadera 'antropología filosófica'", en *Discurso de filosofía y otros trabajos sobre la materia*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1959.

GIL VILLEGAS, Francisco, *Los profetas y el mesías. Lukákcs y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1996.

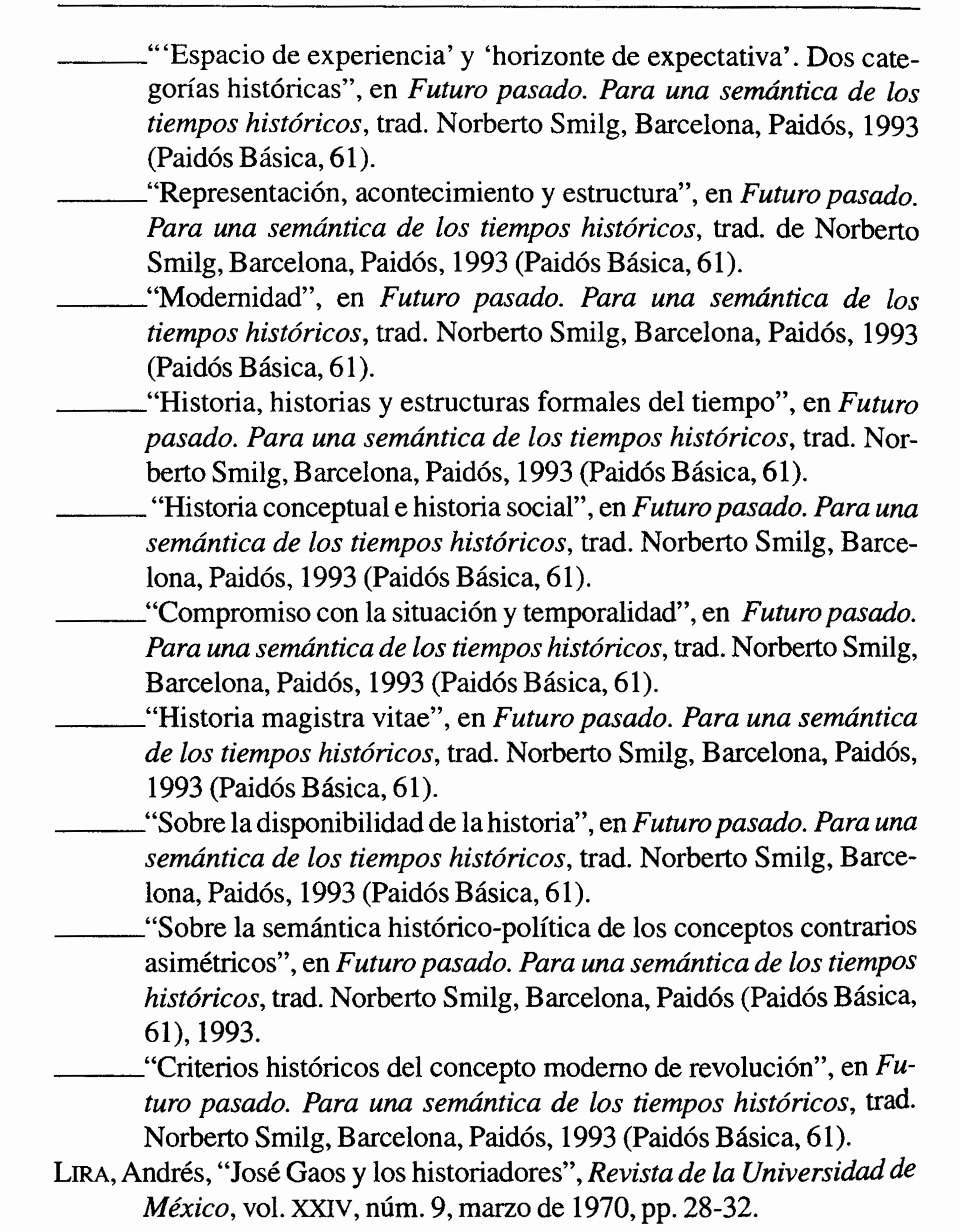
GONZÁLEZ DE ALBA, Luis, "Del indigenismo", en *Nexos*, vol. 22, núm. 258, junio de 1999, pp. 53-57.

HAYA, R., *Treinta años de aprismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

______*Construyendo el aprismo*, Buenos Aires, Claridad, 1933.

HERNÁNDEZ, Luis, "Movimientos armados y procesos de paz en América Latina: la experiencia mexicana vista desde el sur", (Xerox), 1999.

KOSELLECK, Reinhart, "Histórica y hermenéutica", en R. KOSELLECK, y H. G. GADAMER, *Historia y hermenéutica*, trad. Faustino Oncina, Barcelona, Paidós, 1997 (Pensamiento Contemporáneo, 43).



______"'Espacio de experiencia' y 'horizonte de expectativa'. Dos categorías históricas", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993 (Paidós Básica, 61).

______"Representación, acontecimiento y estructura", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. de Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993 (Paidós Básica, 61).

______"Modernidad", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993 (Paidós Básica, 61).

______"Historia, historias y estructuras formales del tiempo", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993 (Paidós Básica, 61).

______"Historia conceptual e historia social", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993 (Paidós Básica, 61).

______"Compromiso con la situación y temporalidad", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993 (Paidós Básica, 61).

______"Historia magistra vitae", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993 (Paidós Básica, 61).

______"Sobre la disponibilidad de la historia", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993 (Paidós Básica, 61).

______"Sobre la semántica histórico-política de los conceptos contrarios asimétricos", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós (Paidós Básica, 61), 1993.

______"Criterios históricos del concepto moderno de revolución", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993 (Paidós Básica, 61).

LIRA, Andrés, "José Gaos y los historiadores", *Revista de la Universidad de México*, vol. XXIV, núm. 9, marzo de 1970, pp. 28-32.

MAILLARD Chantal, "Metáfora", en ORTÍZ-OSÉS, A. y P. LANCEROS (dirs.), *Diccionario de hermenéutica*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1998, pp. 516-525.

MARIÁTEGUI, José, "Indigenismo y socialismo", en *El proceso del gamonalismo. Boletín de defensa indígena*, suplemento de *Amauta*, 7, vol. 1, núm. 3, marzo de 1927, pp. 1-3.

MARRAMAO, Giacomo, *Poder y secularización*, Barcelona, Península, 1989.

MARZAL, Manuel, *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, 1993.

MATUTE, Álvaro, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica, 1999.

_______ *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (SepSetentas, 126).

MAZÍN, Oscar, "De los indios a los indígenas: procesos de transformación", en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. 20, núm. 78, primavera de 1999, pp. 11-15.

MORDONES, José, "Razón hermenéutica", en ORTÍZ-OSÉS, A. y P. LANCEROS (dirs.), *Diccionario de hermenéutica*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1998, pp. 693-699.

NIETO, Carlos, *La conciencia lingüística de la filosofía. Ensayo de una crítica de la razón lingüística*, Madrid, Trotta, 1997.

O'GORMAN, Edmundo, "Historia y vida", en MATUTE, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (Sepsetentas, 126).

ORTÍZ-OSÉS, Andrés, "Hermenéutica española", en A. ORTÍZ-OSÉS y P. LANCEROS (dirs.), *Diccionario de hermenéutica*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1998, pp. 245-251.

_______ "Identidad hermenéutica iberoamericana", en A. ORTÍZ-OSÉS y P. LANCEROS (dirs.), *Diccionario de hermenéutica*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1998, pp. 329-340.

_______ "Identidad simbólica", en A. ORTÍZ-OSÉS y P. LANCEROS (dirs.), *Diccionario de hermenéutica*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1998.

_______ *Visiones del mundo. Interpretaciones del sentido*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1995.

PALACIOS, Guillermo, "El capítulo faltante de *El oficio de historiar*", en Luis GONZÁLEZ, *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1999.

RICHTER, Melvin, "Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner and the *Geschichtliche Grundbegriffe*", en *History and Theory. Studies in the Philosophy of History*, vol. 29, núm. 2, 1990, pp. 38-70.

——— "*Begriffsgeschichte* and the History of Ideas", en *Journal of the History of Ideas*, núm. 48, 1987, pp. 247-263.

TOLEDO, V., "Zapatismo y ecología. Una ruta hacia la paz y la modernidad alternativa", en *La Jornada del Campo*, núm. 61, 1997.

VILLICAÑAS, J., y F. ONCINA, "Introducción", en R. KOSELLEK y H. G. GADAMER, *Historia y hermenéutica*, trad. Faustino Oncina, Barcelona, Paidós, 1997 (Pensamiento Contemporáneo, 43).

VILLORO, Luis, "En torno a la autonomía de los pueblos indígenas", en ZAVALA, *Cultura y derechos de los pueblos indígenas de México*, México, Archivo General de la Nación-Fondo de Cultura Económica, 1996.

______"Filosofía para un fin de época", en *Nexos*, vol. XVI, núm. 185, mayo de 1993, pp. 43-50.

______*El pensamiento moderno. Filosofía del renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

______*El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.

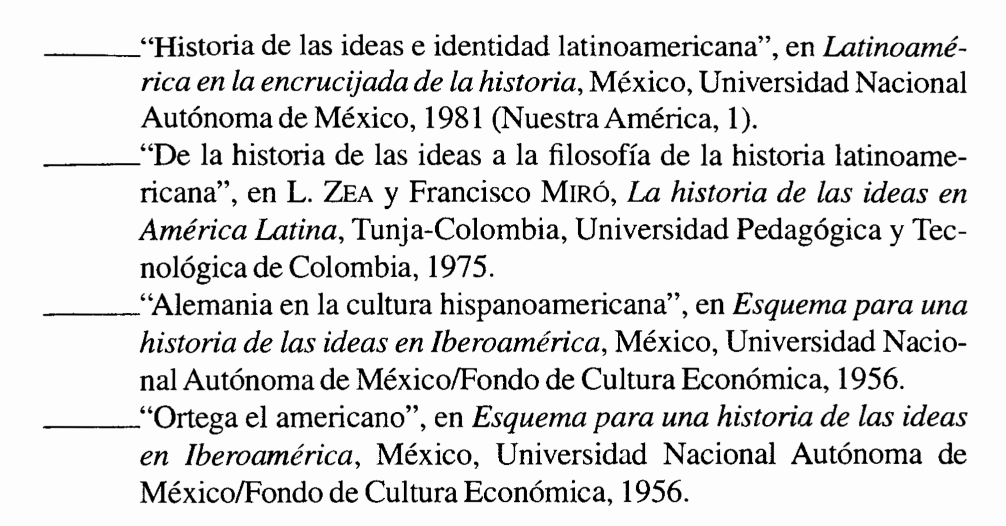
______*Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1979.

______"Historia de las ideas", en *Historia Mexicana*, vol. 15, núms. 2 y 3, octubre de 1965-marzo de1966.

______"La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana", *Historia Mexicana*, vol. 9, núm. 3, enero-marzo de 1960.

YAMUNI, Vera, *José Gaos, su filosofía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

ZEA, Leopoldo, "Crisis del sentido de la historia occidental", en *Latinoamérica en la encrucijada de la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981 (Nuestra América, 1).



———"Historia de las ideas e identidad latinoamericana", en *Latinoamérica en la encrucijada de la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981 (Nuestra América, 1).

———"De la historia de las ideas a la filosofía de la historia latinoamericana", en L. ZEA y Francisco MIRÓ, *La historia de las ideas en América Latina*, Tunja-Colombia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1975.

———"Alemania en la cultura hispanoamericana", en *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica, 1956.

———"Ortega el americano", en *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica, 1956.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

M

S

T

Tendencias y corrientes de la historiografía
mexicana del siglo XX
Conrado Hernández (coord.)
se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2003
en los talleres de
Gustavo Gonzalo Cárdenas
La edición consta de 1 000 ejemplares.
Coordinación:
Patricia Delgado González
Corrección:
Heriberto Muñiz Serrato
Composición tipográfica:
Rosa María Manzo Mora
Portada:
Guadalupe Lemus Alfaro



Al constituir un conocimiento de suyo cambiante, la esencia de la historiografía es su continua revisión; ésta muestra los cambios y los avances en el conocimiento histórico a través de los aportes de sus sucesivos creadores. En última instancia, también revela los enfoques progresivos o simultáneos de lo histórico que delimitan tendencias y corrientes que dan cuenta de la relación estrecha entre las ideas originadas en contextos más amplios, las necesidades específicas de una época y las circunstancias concretas que en los historiadores dieron origen a un determinado relato histórico.

Los autores del presente volumen asumen el reto de plantear criterios para ordenar y analizar la historiografía del siglo XX dentro de las tendencias y corrientes delimitadas a partir de afinidades temáticas, teóricas y metodológicas. Se presentan diez ensayos, ocho que analizan las historiografías positivista, liberal, conservadora, de izquierda, así como la historia de las ideas de 1940 a 1960, los nuevos géneros historiográficos, la influencia de la corriente francesa de los *Annales* y la historia de las mentalidades. Y dos con propuestas teóricas y metodológicas: por una parte, la invitación a renovar los enfoques y los métodos para practicar una nueva historia política; por la otra, la propuesta de reorientar la historia de las ideas difundida por José Gaos en una nueva historia conceptual fundada en el nexo reciente entre hermenéutica e historia.


ISBN 970-679-095-0





Colección Debates